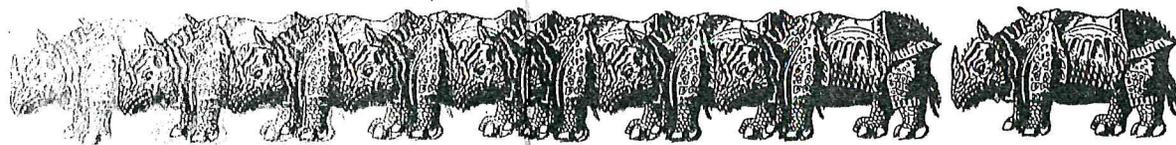

Tiempo de México



ENRIQUE SEMO

obras reunidas



Con una cierta mirada

Enrique Semo

obras reunidas



La búsqueda

2. La izquierda y el fin del régimen de partido
de Estado (1994-2000)



OCEANO

EDITOR: Rogelio Carvajal Dávila

LA BÚSQUEDA

2. La izquierda y el fin del régimen de partido de Estado (1994-2000)

© 2004, Enrique Semo (investigador de la Facultad de Economía,
Universidad Nacional Autónoma de México)

D. R. © EDITORIAL OCEANO DE MÉXICO, S.A. de C.V.
Eugenio Sue 59, Colonia Chapultepec Polanco
Miguel Hidalgo, Código Postal 11560, México, D.F.
☎ 5279 9000 ☎ 5279 9006
✉ info@oceano.com.mx

PRIMERA EDICIÓN

ISBN 970-651-781-2

*Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento
informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.*

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

ÍNDICE

Agradecimientos, 13

Proemio, 15

Los tiempos de la izquierda. Cronología, 17

1994

Noche en la selva, 57

21 de agosto: el México gradualista y conservador, 58

Dos tácticas, 60

La hora de la negociación, 62

La revolución llega a Chiapas, 65

-El PRD y el nuevo gobierno, 68

1995

-El PRD y el Acuerdo Político Nacional, 73

El III Congreso, 75

Maniobras chiapanecas, 78

Guerra de posiciones, 81

1996

EZLN: cambio de piel, 85

Aguas Blancas, 88

-Hacia las elecciones internas en el PRD, 91

El EZLN y la transición a la democracia, 93

Primero de mayo, 108

El EZLN y el poder judicial, 111

Socialdemocracia en el Este, 114

La izquierda va al paraíso, 117

-Las elecciones internas en el PRD, 121

-Los retos electorales del PRD, 123

- Los amos de Guerrero*, 126
Alianzas para la transición, 128
 ¿*Ha muerto el socialismo en México?*, 130
- 1997
- *PAN-PRD ¿una alianza antidemocrática?*, 135
Amnesia, 138
Mao, Deng y el gato amarillo, 140
 – *El ascenso del PRD*, 146
Heberto Castillo. In memoriam, 148
La oposición en el Distrito Federal de ayer y hoy, 155
Reinventando la izquierda mexicana, 156
La larga marcha hacia la democracia, 159
Chiapas y el 6 de julio, 161
La izquierda y las elecciones del 6 de julio, 163
Amnesia cuestionada, 164
Los veneros de la democracia: los años de Política, 166
La segunda vida del Che Guevara, 169
 – *Cárdenas en el Distrito Federal*, 172
Poder municipal y cambio social, 174
Confianza, 177
- 1998
- EZP, Chiapas y las elecciones de 1998*, 179
Juan Pablo II y Fidel: la fuerza de las ideas, 181
Sesenta días: primera llamada, 184
En busca de un nuevo estilo de gobernar, 187
 – *El PRD y la revolución*, 190
Chiapas, cada día más lejos de una solución negociada, 193
La izquierda cuestionada, 196
El gobierno del Distrito Federal y el PRD, 198
Esperando a Sergio, 201
Democracia en la fábrica, 204
Labastida, la oligarquía chiapaneca y la reforma social, 207
Chiapas: el origen de la violencia, 210
La condición humana según José Saramago, 213
La tercera vía en ascenso, 215
 – *El FOBAPROA, el PAN y el PRD*, 217
1910 en la memoria colectiva, 220
La lección venezolana, 223

- 1999
- *La renovación de la dirección del PRD*, 227
 – *Las paradojas del PRD*, 229
La democracia de Valentín Campa, 233
La consulta zapatista va, 237
 – *El fracaso de las elecciones internas*, 240
La generación de 2000, 246
 – *Bienvenidos a la cultura de la resistencia*, 249
La Primavera de Praga veinte años después, 250
Clientelismo de ayer, hoy y mañana, 253
 ¿*La gran alianza para 2000?*, 261
Amalia García y las alianzas, 263
 UNAM: *nuevas posibilidades de solución*, 266
 – *Alianza PRD-PAN*, 269
Voto razonado a favor de la alianza opositora, 271
Pensamiento de izquierda, 273
 – *El PRD: diez años de vida*, 276
 1989 *reconsiderado*, 284
Otoño en Berlín, 286
La lección de Solidaridad, 289
Después de Seattle, 292
Primero los pobres, 294
Las revoluciones de terciopelo diez años después, 297
- 2000
- La izquierda y las elecciones: globalidad humanizada*, 301
La izquierda y las elecciones: democracia integral, 304
La izquierda y las elecciones: el reto de la UNAM, 307
 – *PRD: urge una nueva estrategia electoral*, 310
 – *El voto de Cárdenas*, 312
En busca de una cuarta vía, 314
 – *Las reformas del PRD*, 316
La izquierda hoy, 318

Notas, 323

Índice de nombres, 327

Índice analítico, 345

AGRADECIMIENTOS

En la elaboración de este segundo tomo he recibido múltiples ayudas. Cabe señalar en forma especial el apoyo de la Simon Guggenheim Memorial Foundation de Nueva York y de la Catherine T. MacArthur Foundation de Chicago. Las sugerencias y correcciones de mi editor, el doctor Rogelio Carvajal de la editorial Oceano, han sido invaluable. En la recopilación de materiales desempeñaron un papel importante Ana Ascencio, Armando Martínez y Leandro Vergara. Teresita Peralta estuvo a cargo de la mayor parte del trabajo secretarial.

PROEMIO

Los textos aquí reunidos cubren un periodo bien delimitado: los años 1994-2000, el sexenio de Ernesto Zedillo, los últimos seis años del viejo régimen de partido único. Pero no sólo tienen un marco temporal bien definido, responden también a un tema muy preciso: el desarrollo de la izquierda, o mejor dicho de las izquierdas, durante esos años. De los cerca de 400 artículos que publiqué en revistas y periódicos en ese lapso, sólo escogí los que se refieren directamente a su trayectoria. Agregué, además, una extensa cronología que se propone seguir los pasos de la izquierda día a día y notas que ayudan a comprender mejor el contexto en que fueron escritos algunos de los ensayos.

En esos seis años, mientras los rasgos del sistema económico impuesto por la tecnocracia neoliberal desde 1982 se consolidaban, en la vida política una era llegaba a su fin. Se aceleraba el desgaste de prácticas, símbolos y discursos que nos habían dominado durante 71 años, abriendo paso al pluralismo y la diversidad. La preocupación por la transparencia de las elecciones y los derechos humanos seguía dominando la escena, y el avance de la oposición se manifestaba en las elecciones legislativas y de los gobiernos locales. Pero todos sabíamos que la transición política no podía ser considerada como consumada mientras no cayera la inexpugnable fortaleza de la presidencia, cúspide y puesto de mando de toda la vieja estructura.

En las elecciones intermedias de 1997, la oposición avanzó y el PRD dio la sorpresa colocándose en el segundo lugar en la cámara de diputados. En la campaña electoral para las elecciones presidenciales del año 2000 el problema central seguía siendo el destino del partido gobernante: ¿mantendría la presidencia o la oposición lograría imponer la alternancia también en esa posición clave? La victoria de Vicente Fox el 6 de julio resolvió la interrogante, dando inicio, en el ámbito político, a una nueva era.

Para la izquierda, lo más importante fue la rebelión zapatista que estalló el primero de enero de 1994, misma que puso en movimiento a la sociedad civil y aceleró el proceso democratizador, así como la consolidación del

PRD como espacio para la acción parlamentaria de las corrientes de izquierda. En esta obra ambos sucesos se examinan con detalle.

El sujeto de todos los textos es la izquierda. Los otros actores del gran teatro nacional, la sociedad civil, el Estado, los empresarios, la Iglesia, aparecen en escena sólo en la medida en que influyen en sus posiciones y su desarrollo. Corresponde a otras obras colocar a estos últimos en el centro de la gran trama de fin de siglo o intentar una visión global del proceso que marcó los últimos años del viejo régimen.

La mayoría de los artículos fueron escritos al calor de los hechos, pero ninguno tiene propósitos exclusivamente coyunturales. Responden a la necesidad de poner a prueba las principales tesis teóricas enunciadas en el primer tomo, que ya hacia 1994 habían madurado. Me propuse confrontarlas con la práctica política cotidiana para revestir de carne y hueso la anatomía de la abstracción. El énfasis está en el análisis de las opciones que se abrieron ante la izquierda y las consecuencias que se derivan de la adopción de una u otra de ellas. El deber ser que norma la crítica proviene de las tesis ya expuestas. Espero que el lector encuentre en este segundo tomo, a la vez, un testimonio y un ejercicio crítico que alimente la reflexión sobre un periodo decisivo para la historia de la democracia en México.

LOS TIEMPOS DE LA IZQUIERDA. CRONOLOGÍA

1994

1 de enero

Se inicia la rebelión zapatista. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ocupa San Cristóbal de las Casas y las sedes municipales de Ocosingo, Las Margaritas y Altamirano.

Entra en vigencia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre México, Canadá y Estados Unidos.

3 de enero

A sólo dos días de hacer pública la Primera Declaración de la Selva Lacandona, el EZLN toma prisionero al general Absalón Castellanos Domínguez, exgobernador de Chiapas.

6-24 de enero

El EZLN plantea como condiciones para establecer el diálogo con el gobierno federal las siguientes: reconocimiento como fuerza beligerante, cese al fuego de ambas partes, retiro de las tropas federales y creación de una Comisión Nacional de Intermediación, en la que se discutan las demandas económicas, políticas y sociales, así como el cese de las hostilidades.

21 de febrero

Se inician las conversaciones de Catedral entre el EZLN y el gobierno federal.

2 de marzo

Por conducto de Manuel Camacho Solís, el gobierno federal presenta al EZLN un documento de 34 compromisos para que sea consultado con las comunidades indígenas, pero a las once de la noche del 23 de marzo, con motivo del asesinato de Luis Donald Colosio, el EZLN se declara en "alerta roja" y suspende la consulta.

4 de mayo

En busca del diálogo, se da un nuevo encuentro entre el EZLN y el gobierno federal. Sin embargo, un mes después el EZLN dice "NO" a las propuestas gubernamentales y el 12 de junio lanza su Segunda Declaración de la Selva Lacandona en la que convoca a la sociedad civil a la realización de la Convención Nacional Democrática (CND).

16 de junio

Manuel Camacho Solís renuncia como comisionado para la Paz en Chiapas y el día 23 Jorge Mádrazo Cuéllar ocupa su lugar.

9 de agosto

Tiene lugar la primera reunión de la Convención Nacional Democrática, convocada por el EZLN, que se inicia en San Cristóbal de las Casas y concluye en Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac, Chiapas. Participan 6,000 delegados de todo el país, entre organizaciones sociales, civiles, políticas y sindicales, así como intelectuales y periodistas, quienes acuerdan luchar por un gobierno de transición y una nueva constitución, por el reconocimiento de la autonomía y la participación igualitaria de los pueblos indios en la vida política, y exigir la salida del ejército federal de las comunidades zapatistas.

21 de agosto

En las elecciones presidenciales, Cuauhtémoc Cárdenas logra el tercer lugar de la votación con 17.1%. El Partido de la Revolución Democrática (PRD) obtiene 74 curules para la LVI Legislatura y 18.85% de los escaños en el senado de la república. En el Distrito Federal obtiene 21% del total de los votos, tres veces más que en 1991

5 de septiembre

Los perredistas se dividen ante los resultados de las elecciones. Algunos exigen desconocer los comicios, denunciar los fraudes y llamar a la constitución de un gobierno de salvación nacional. Otros, en cambio, llaman a consolidarse como un partido interlocutor y construir alianzas para un cambio de rumbo.

20 de septiembre

Epigmenio García Villegas, veterano de la Revolución mexicana, muere en Santa Catarina, Tepoztlán, Morelos. El teniente coronel del Ejército Revolucionario del Sur fue uno de los que firmaron el manifiesto histórico conocido como Plan de Ayala. Murió como muchos, en medio de la precariedad económica y la indiferencia total y absoluta de la sociedad.

5-9 de octubre

En la Convención Nacional Democrática celebrada en San Cristóbal, el EZLN denuncia la falta de voluntad del gobierno para encontrar una solución pacífica y anuncia la suspensión del diálogo.

1 de noviembre

El EZLN secunda la iniciativa del obispo Samuel Ruiz de integrar la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI).

4-6 de noviembre

En la segunda sesión de la Convención Nacional Democrática, en la cual participan sobre todo neocardenistas y simpatizantes zapatistas, se decide demandar la nulidad de las elecciones presidenciales y se anuncian movilizaciones que confluirán en la ciudad de México. A esta segunda sesión, realizada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, asistieron alrededor de 4,000 delegados de toda la república.

9 de noviembre

A nueve meses de su primer encuentro, Cuauhtémoc Cárdenas se reúne nuevamente con el Subcomandante Marcos. Su visita a territorio zapa-

tista busca contribuir a la construcción de una salida política y pacífica a la guerra.

13 de noviembre

En los comicios electorales celebrados en Tabasco para elegir gobernador, se declara vencedor al candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Roberto Madrazo Pintado, sobre el perredista Andrés Manuel López Obrador, quien en protesta contra el fraude encabeza la llamada Caravana por la Democracia.

14 de noviembre

Aparece *El año que estuvimos en ninguna parte*, libro que narra la aventura de Ernesto Che Guevara en África, hecho que antecede a su estancia en Bolivia. Escrita por Paco Ignacio Taibo II, Félix Guerra y Froylán Escobar, esta obra propone despejar algunas interrogantes sobre las diferencias del guerrillero argentino con Fidel Castro, su idea de llevar la revolución a todo el mundo y los motivos que lo condujeron a la que fuera su penúltima expedición en el Congo.

30 de noviembre

El presidente electo Ernesto Zedillo Ponce de León da a conocer a los miembros de su gabinete, entre los cuales se encuentra el panista Antonio Lozano Gracia, quien fue asignado a la Procuraduría General de la República (PGR), convirtiéndose así en el primer militante del Partido Acción Nacional (PAN) en ser convocado para formar parte del gabinete presidencial.

1 de diciembre

Toma posesión el presidente electo Ernesto Zedillo Ponce de León.

6 de diciembre

El EZLN desconoce la elección de Eduardo Robledo Rincón para dirigir el gobierno de Chiapas. El 8 de diciembre, paralelamente, toman posesión Eduardo Robledo como gobernador electo y Amado Avendaño como representante del gobierno de transición en rebeldía.

Toma de alcaldías, plantones y bloqueos de carreteras se suceden en San Luis Potosí, por parte de militantes del PRI, PAN y PRD, como consecuencia

del descontento desatado por los fraudes en las elecciones municipales del 4 de diciembre.

20-23 de diciembre

Se produce la crisis financiera más mortífera de la historia de México. Una cadena de devaluaciones estrangula no sólo las finanzas públicas de las grandes empresas, sino también millones de economías familiares.

23 de diciembre

La Secretaría de Gobernación reconoce a la CONAI como la instancia mediadora para el diálogo con el EZLN.

1995

1 de enero

El EZLN lanza la Tercera Declaración de la Selva Lacandona. En ella propone a la sociedad civil la formación de un Movimiento para la Liberación Nacional.

8 de enero

A raíz de la elección de Eduardo Robledo como gobernador de Chiapas se generan en la entidad numerosas movilizaciones sociales. Perredistas e integrantes de la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Soconusco exigen que se reconozca el gobierno de transición en rebeldía que encabeza Amado Avendaño.

15 de enero

En la reunión celebrada en la Selva Lacandona, el secretario de Gobernación, Esteban Moctezuma, y el EZLN se comprometen a reabrir el proceso de negociación política.

19 de enero

Más de 4,000 priístas, apoyados por efectivos de la policía y del ejército, desalojan a los perredistas que mantenían cercado el palacio de gobierno tabasqueño desde el pasado 31 de diciembre. El saldo final es de 130 heridos leves.

2-5 de febrero

Después de la entrevista entre Cuauhtémoc Cárdenas y el EZLN, celebrada el 26 de enero, en la tercera sesión de la Convención Nacional Democrática se convoca al EZLN, a los integrantes de la CND y a Cárdenas a comprometerse en la conformación del Movimiento para la Liberación Nacional por una nueva constitución y un gobierno de transición.

9 de febrero

El presidente Ernesto Zedillo anuncia que se ha descubierto la identidad de varios de los dirigentes del EZLN y libra órdenes de aprehensión en contra de ellos. El ejército federal avanza sobre las poblaciones indígenas y el EZLN suspende el diálogo.

12 de febrero

Se celebran comicios electorales en Jalisco para elegir gobernador, en los que sale triunfante con 57% de los votos el candidato del PAN, Alberto Cárdenas Jiménez.

14-20 de febrero

Mientras Eduardo Robledo Rincón solicita licencia para dejar el gobierno de Chiapas, en el que lo sustituye Julio César Ruiz Ferro, el EZLN condiciona el reinicio del diálogo a la salida del ejército federal de Chiapas y la anulación de las órdenes de aprehensión.

24 de febrero

Othón Cortés Vázquez es detenido por la PGR, al ser acusado de participar en el asesinato de Luis Donald Colosio. Con ello se desecha la hipótesis del asesino solitario. El 7 de agosto de 1996 sería liberado al ser declarado inocente, con lo cual se cancela, una vez más, la hipótesis del complot.

28 de febrero

Raúl Salinas de Gortari es detenido en la casa de su hermana Adriana, acusado de estar involucrado en el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu.

8 de marzo

Nueva concentración multitudinaria en el Zócalo de la ciudad de México contra la guerra en Chiapas. En ella se recibe la marcha que encabeza Amado Avendaño, gobernador en rebeldía, que arriba desde ese estado sureño.

9 de marzo

Guillermo Ortiz, secretario de Hacienda, anuncia el nuevo programa económico para salir de la crisis provocada por la devaluación de diciembre. Entre las medidas se encuentra el alza de 35% de la gasolina y de 20% del diésel, el gas doméstico y la electricidad. Asimismo, propone aumentar 50% el IVA; medida que fue aprobada por mayoría del voto priísta en el congreso el 8 de marzo del mismo año.

22 de marzo

El EZLN recibe, a través de la CONAI, la propuesta gubernamental Bases para el Diálogo y la Negociación del Acuerdo de Concordia y Pacificación.

9 de abril

Se firma en San Miguel, municipio de Ocosingo, Chiapas, el Protocolo de Bases para el Diálogo y se acuerda una primera reunión para el 20 de abril, teniendo como sede permanente San Andrés Larráinzar. Sin embargo, el gobierno aduce falta de garantías y la reunión no se realiza.

1 de mayo

La Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) participa en la marcha del primero de mayo convocada por sindicatos independientes en la ciudad de México e inicia la jornada de lucha en rechazo al incremento salarial de 12% que ofrece la Secretaría de Educación Pública (SEP).

12-15 de mayo

Se realiza el segundo encuentro entre el EZLN y el gobierno federal.

25 de mayo

El grupo parlamentario del PRD en la cámara de diputados consigue el apoyo de legisladores panistas en su lucha para evitar que se grave el IVA en alimentos y fármacos, logrando que se acuerde mantener el régimen de tasa cero en estos renglones.

28 de mayo

Se celebran comicios en Guanajuato y Yucatán. En esta entidad gana, con una diferencia de cinco puntos sobre el candidato del PAN, el priísta Víctor Cervera Pacheco. En las elecciones extraordinarias de Guanajuato, en cambio, el vencedor es el candidato del PAN, Vicente Fox Quesada, con 58.4% de los votos contra 32.8% del priísta Ignacio Vázquez Torres.

7 de junio

El EZLN promueve un gran diálogo nacional, como estrategia política para enfrentar al gobierno. Propone realizar una consulta que permita conocer la opinión de la sociedad sobre las demandas indígenas, la necesidad de un frente opositor, la reforma política y el futuro del EZLN.

28 de junio

Diecisiete campesinos que se dirigían a una manifestación al municipio de Atoyac de Álvarez son asesinados en una emboscada en el vado de Aguas Blancas, municipio de Coyuca de Benítez, Guerrero. Algunos sobrevivientes informan que los ejecutores fueron policías estatales uniformados de azul y negro.

1 de agosto

En el III Congreso del PRD los delegados aprueban diseñar una política de alianzas que obligue al gobierno federal a firmar un pacto para lograr la transición democrática.

6 de agosto

A raíz de la matanza de Aguas Blancas se vive un estado de ingobernabilidad en el municipio de Coyuca de Benítez, Guerrero. La Organización Campesina de la Sierra del Sur y el PRD mantienen ocupado el palacio municipal de esa entidad.

27 de agosto

Se realiza la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia en todo el país. En ella participan más de 50,000 promotores y se instalan más de 10,000

mesas receptoras en las que 1'088,000 ciudadanos respondieron a las preguntas planteadas por el EZLN.

Septiembre

Alumnos que fueron rechazados para ingresar a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) toman la rectoría de dicha casa de estudios. Denuncian venta de exámenes y disminución de la matrícula.

Octubre

Las manifestaciones del sindicato petrolero en contra de la privatización de plantas petroquímicas secundarias de Petróleos Mexicanos (PEMEX) crecen, al tiempo que Ernesto Zedillo anuncia el 11 de octubre, en Washington, que el proceso continuará y que una vez aprobada la ley correspondiente, se emprenderán los estudios para la privatización de los ferrocarriles y el gas natural. Estas privatizaciones se suman a la del transporte público de la ciudad de México, tras ser declarada la quiebra de Autotransportes Urbanos de Pasajeros Ruta-100.

18-22 de octubre

Se reanudan las pláticas de paz en San Andrés Larráinzar. El EZLN y el gobierno acuerdan la instalación de seis mesas de trabajo sobre los temas derechos y cultura indígena, justicia, participación y representación política, acceso a los medios de comunicación y desarrollo de los pueblos indios.

21 de octubre

Fernando Yáñez Muñoz es detenido e identificado por Ernesto Zedillo como el Comandante Germán, uno de los principales mandos del EZLN. Seis días después será liberado.

12 de noviembre

Se realizan las elecciones de consejeros ciudadanos (representantes vecinales) para el Distrito Federal, con una abstención de 80%. El PRI sale favorecido con 200 de los 365 candidatos elegidos.

14 de noviembre

En las elecciones para presidentes municipales en Michoacán, el PRD gana 54 municipios. Deja en segundo lugar al PRI, con 42 de los 78 que gobernaba. Acción Nacional consigue otros 13 municipios.

Abril-diciembre

El PRD, dirigido por Andrés Manuel López Obrador, así como El Barzón y el Instituto de la Revolución Democrática afirman que la venta de los activos del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA) no soluciona el problema de la cartera vencida. Por el contrario, tal acción representaría la expropiación del patrimonio familiar de los deudores. A pesar de que con la venta de los activos del FOBAPROA se pierden 20,000 millones de los 41,000 millones destinados a evitar la quiebra del sistema financiero privado, PRI y PAN aprueban la creación del Fondo en el Congreso de la Unión.

7 de diciembre

La nueva Ley del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) es aprobada en la cámara de diputados. Un día después, trabajadores, dirigentes y jubilados del IMSS salieron a las calles a protestar; a pesar de ello, el 12 de diciembre la mayoría priísta de la cámara de senadores la ratifica.

1996

1 de enero

El EZLN lanza la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona. En ella plantea su decisión de coadyuvar a construir una fuerza política de nuevo cuño, no partidaria, que luche no por el poder sino por las demandas populares, que sea independiente y autónoma, civil y pacífica.

16 de febrero

El EZLN y el gobierno federal firman los Acuerdos de San Andrés Larraínzar en materia de derechos y cultura indígena. En ellos se incluyen temas como la autonomía de los pueblos indígenas, el uso y disfrute de los recursos naturales y el respeto a su cultura y formas de gobierno, que requieren de reformas constitucionales.

Marzo

A raíz de la difusión de un video de la matanza de Aguas Blancas, el gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa Alcocer, pide licencia y lo sucede en el cargo el priísta Ángel Heladio Aguirre Rivero.

8 de marzo

Miles de mujeres marchan por las calles de la ciudad de México en el día internacional de la mujer. Protestan contra la carestía de los productos básicos, por la democracia y las relaciones de igualdad; exigen, además, justicia para las viudas de Aguas Blancas, libertad a campesinas presas en Tabasco y la renuncia del presidente de la república.

21 de marzo

Se realizan elecciones para jefes de manzana y una semana después para presidentes de colonia en el Distrito Federal. El PRD postula candidatos en casi todas las áreas vecinales, logrando ganar en casi cien de ellas. También conquista cerca de 4,000 posiciones para representantes de manzana.

3 de abril

Se inicia el Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo convocado por el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) en el poblado La Realidad, en plena Selva Lacandona. Llegan más de cien periodistas y delegados de Canadá, Estados Unidos y varios países de América Latina. Alrededor de la mitad de los delegados pertenecen a comités de solidaridad con los zapatistas.

22 de abril

En Morelos organizaciones cívicas, empresariales, profesionales, de servicios, defensoras de los derechos humanos, religiosas y sociales, así como diputados federales del PAN y del PRD, convocan a la Marcha del Silencio para exigir al gobierno de Jorge Carrillo Olea poner fin a la ola de asaltos y secuestros.

1 de mayo-10 de junio

Después de más de un mes de movilizaciones, continúa la lucha magisterial de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación por mejores prestaciones salariales y laborales. A las demandas históricas de 100% de incremento salarial, 90 días de aguinaldo y 30 de prima vacacional, se suma el rechazo a la descentralización de la educación a las entidades federativas y a la privatización de la seguridad social.

28 de junio

Al concluir el acto conmemorativo del primer aniversario de la matanza de Aguas Blancas, irrumpen decenas de miembros del llamado Ejército Popular Revolucionario (EPR). Una persona que se identifica como el Comandante Ignacio lee el "Manifiesto de Aguas Blancas", en el que el EPR se define como un grupo armado en rebeldía.

14 de julio

El PRD elige a su presidente nacional mediante voto directo, universal y secreto. Contienen Heberto Castillo, Amalia García, Jesús Ortega y Andrés Manuel López Obrador. Este último gana la elección con 72% de los votos.

17 de julio

Una red de organismos de derechos humanos entrega a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (CIDH-OEA) un informe según el cual en el gobierno de Zedillo no se han respetado los derechos humanos ni la ley.

27 de julio-3 de agosto

Se realiza el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo.

Agosto

El examen único para ingresar a la educación media superior provoca fuertes protestas de estudiantes contra la SEP y el Centro Nacional para la Evaluación de la Educación Superior (CENEVAL).

25 de agosto

Aparece en el Distrito Federal el EPR. Anteriormente había hecho acto de presencia en los estados de Guerrero y Oaxaca. En entrevista a *Proceso*, denuncia la guerra psicológica y de contrainformación que han desatado en su contra la Secretaría de Gobernación y el ejército mexicano para enfrentarlos con el EZLN e impedir la unidad revolucionaria. Explica que no desea la guerra, pero que mantiene mecanismos de autodefensa ante el crimen y la impunidad como forma de gobierno.

7 de septiembre

Para lograr la transición a la democracia, el PRD busca construir un pacto político con otros partidos, empresarios, dirigentes de iglesias, movimientos sociales y funcionarios gubernamentales.

11 de septiembre

Aceptan al PRD como miembro con plenos derechos en la Internacional Socialista. En el marco de la celebración del XX Congreso en Nueva York, 150 partidos progresistas de todo el mundo dan la bienvenida a éste y otros partidos como el Socialista Húngaro, el Frente Sandinista de Liberación Nacional,

el Partido Socialista de Chile, Al Fatah, los partidos de izquierda de Eslovenia y Eslovaquia, y el Frente de Fuerzas Socialistas de Argelia.

18 de septiembre

La Secretaría de Derechos Humanos del PRD informa públicamente que de los 440 militantes perredistas asesinados en México durante los últimos siete años, 153 son oriundos del estado de Guerrero.

25 de septiembre

En una acción antiguerrillera, más de 400 efectivos de la milicia, judiciales y policías municipales ocupan el pueblo de San Agustín Loxicha, enclavado en plena sierra sur oaxaqueña; los lugareños aseguran que 17 personas fueron detenidas.

3 de octubre

El Congreso del Trabajo y 25 organizaciones más apoyan al sindicato petrolero en su rechazo a la venta de la petroquímica.

10 de octubre

El diputado perredista Víctor Quintana continúa el ayuno en la cámara de diputados en protesta por el "carpetazo" a la investigación de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO). Se unen Manuel Ortega, secretario de Asuntos Campesinos del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del PRD e integrantes de El Barzón.

15 de octubre

Unos 3,000 obreros de los complejos Pajaritos, Cangrejera, Morelos y Cosoleacaque (en los que se concentra 85% de la industria petroquímica del país) salen a las calles a protestar en rechazo a la venta de las 61 plantas de industria secundaria que existen en el país.

1997

11 de enero

El EZLN rechaza la propuesta del ejecutivo, tras conocer que ésta modifica la iniciativa de la Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA). Señala, además, que no regresará a la mesa de negociaciones en tanto no se cumplan los Acuerdos de San Andrés sobre derechos y cultura indígena, firmados en febrero de 1996.

29 de enero

Comienza el foro Sindicalismo Frente a la Nación, organizado por diversas agrupaciones sindicales —otrora oficialistas—, con la finalidad de establecer las bases de una nueva central obrera. Los dirigentes de las 75 organizaciones participantes demandan romper con los esquemas corporativos y de control de los trabajadores, y rechazan la privatización del IMSS.

19 de febrero

El general Jesús Gutiérrez Rebollo, comisionado del Instituto Nacional para el Combate a las Drogas (INCD), y dos oficiales más, ingresan al penal de alta seguridad de Almoloya de Juárez, acusados de proteger al principal narcotraficante del cártel de Juárez, Amado Carrillo, el Señor de los Cielos.

23 de febrero

El gobernador de Morelos, Jorge Carrillo Olea, y el de Sonora, Manlio Fabio Beltrones, son señalados por el diario estadounidense *The New York Times* como presuntos protectores de narcotraficantes.

11 de marzo

La Comandante Ramona e integrantes del Congreso Nacional Indígena participan en un mitin en la explanada de Ciudad Universitaria. La representante zapatista exige el respeto a los Acuerdos de San Andrés y el retiro de los militares de las zonas indígenas.

13 de marzo

La cámara de representantes del congreso estadounidense desertifca al gobierno mexicano en lo que atañe a su cooperación en la lucha antinarcóticos.

16 de marzo

En el estado de Morelos se celebran elecciones en las que resultan vencedores, en la mayoría de las diputaciones y municipios sometidos a votación, los candidatos del PAN y del PRD.

5 de abril

Muere Heberto Castillo Martínez, nacido en Ixhuatlán de Madero, Veracruz, en 1928. Fue militante del Movimiento de Liberación Nacional desde 1961 y estuvo encarcelado tres años por su participación en el movimiento estudiantil del 68. En los años setenta fundó el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), el cual, junto con otros partidos de izquierda (Partido Socialista Unificado de México [PSUM] y Partido Patriótico Revolucionario [PPR]) y organizaciones sociales (Movimiento Revolucionario del Pueblo y Unidad Izquierda Comunista) constituyeron en 1987 el Partido Mexicano Socialista (PMS). Candidato a la presidencia de la República en 1988, declinó en favor de Cuauhtémoc Cárdenas. Fue fundador del PRD en 1989.

16 de abril

En un hecho inédito en América, son expulsados tres observadores de la Federación Internacional de los Derechos Humanos (FIDH) (órgano de consulta de las Naciones Unidas), cuya misión era obtener información sobre el funcionamiento de la administración de justicia en México.

6 de mayo

En el marco de la visita del presidente estadounidense William Clinton a México, Ernesto Zedillo se compromete a fortalecer la economía de mercado frente a la economía mixta, así como a ampliar el TLCAN mediante la creación de una zona de libre comercio en todo el continente.

24 de mayo

Se registran combates entre el ejército mexicano y el EPR en el municipio de Olinalá. Un segundo episodio de enfrentamientos se vive tan sólo tres días después en el poblado de El Quemado, en la sierra de Atoyac.

23 de junio

Tras la muerte del líder obrero Fidel Velázquez, Leonardo Rodríguez Alcaine es ratificado como secretario general interino de la Confederación de Trabajadores de México (CTM).

6 de julio

Cuauhtémoc Cárdenas gana la primera elección directa de jefe de Gobierno del Distrito Federal. El PRD se adjudica 38 de 40 curules uninominales de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, 74 diputaciones nominales y 54 plurinominales en la cámara de diputados, así como 16 escaños en el senado de la república. Asimismo, se posiciona como primera fuerza electoral en la cuarta circunscripción, compuesta por los estados de Morelos, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y el Distrito Federal, al obtener 2'392,238 votos de un total de 6'455,106 sufragios.

Al triunfo electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en la ciudad de México se suman los de los panistas Fernando Canales Clariond en Nuevo León e Ignacio Loyola Vera en Querétaro, y una controvertida victoria del candidato priísta Fernando Moreno Peña en Colima. Además, en esas elecciones el partido en el poder pierde la mayoría absoluta en seis congresos locales (Sonora, Colima, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Campeche).

27 de julio

Una delegación del EZLN sale a Europa para participar en el Segundo Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, logrando una solidaridad importante a nivel mundial.

27 de agosto

Mediante un decreto publicado en el *Diario Oficial de la Federación*, se da a conocer la "Declaratoria de Rescate" de 23 autopistas concesionadas a la iniciativa privada en el proyecto de modernización de la red carretera iniciado por Carlos Salinas. Según cifras oficiales, se absorberán pasivos por 60,000 millones de pesos.

31 de agosto

Es instalada la LVII Legislatura, primera con un congreso plural y de mayoría opositora.

Septiembre

Al haber conquistado el PRD la mayoría en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal con 38 curules, se asignan las 26 diputaciones de representación proporcional: 11 al PRI, 9 al PAN, 4 al Partido Verde Ecologista de México (PVEM), 1 al Partido Comunista Mexicano (PCM) y 1 al Partido del Trabajo (PT).

15 de septiembre

El priísta Antonio González Curi asume la gubernatura de Campeche en medio de fuertes protestas encabezadas por la legisladora perredista Layda Sansores.

Septiembre-diciembre

Al interior del Congreso de la Unión, el PRD cosecha triunfos al lograr que se especifique la colaboración de la federación, estados y municipios en lo relativo a la protección civil, y se garantice el derecho a una segunda nacionalidad de los millones de connacionales que viven fuera del país.

2 de octubre

Son aprehendidos doce miembros de los cuerpos de elite Jaguares y siete de los Zorros tras haber asesinado a tres jóvenes el 8 de septiembre después de un operativo realizado en la colonia Buenos Aires del Distrito Federal.

Se llevan a cabo elecciones en Veracruz y Tabasco para renovar ayuntamientos. En el primero de estos estados el PRI obtiene 49.5% de los votos, frente a 27.6% del PRD y 18.6% del PAN. En Tabasco, en cambio, el PRI se adjudica la totalidad de las victorias tanto en los ayuntamientos como en el congreso local.

30 de octubre

El PRD exige en el Congreso de la Unión reducir el IVA a tasa cero en gas, luz, teléfono doméstico, alimentos, útiles escolares, ropa y calzado. Pro-

pone también exentar del ISR a los trabajadores que perciben hasta cuatro salarios mínimos, gravar los rendimientos del mercado financiero y convocar a una Convención Nacional de Contribuyentes para llevar a cabo una reforma fiscal integral que amplíe la base de contribuyentes, reduzca la evasión de impuestos y permita hacer eficiente el sistema de administración tributario.

9 de noviembre

El PAN sufre un importante retroceso en las elecciones realizadas en Jalisco al perder la mayoría absoluta del congreso, así como importantes municipios conquistados por el PRI. Por su parte, el PRD logra triplicar la proporción de sufragios captados en esa misma entidad en la contienda de 1995.

17 de noviembre

El banquero Jorge Lanckenau Rocha deja el arraigo domiciliario al que se le sometió desde el 29 de agosto para ingresar al penal de Topo Chico en Monterrey, después de que la Secretaría de Hacienda pide ejercer acción penal contra él. En su calidad de director general de Banca Confía había autorizado operaciones que ocasionaron el quebranto de dicha institución, con un déficit que ascendía a más de 53.7 millones de pesos.

28 de noviembre

Alrededor de doscientas organizaciones sindicales (con más de un millón y medio de obreros) crean la Unión Nacional de Trabajadores (UNT). Ese paso produce deserciones y rompimientos al interior de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC) y la CTM.

4 de diciembre

A pocos días de que se firme el acuerdo preferencial entre el gobierno de México y la Unión Europea, diversos partidos políticos, organismos de derechos humanos, organizaciones ciudadanas y plataformas de solidaridad con el EZLN en una decena de naciones europeas, anuncian protestas y marchas en contra del gobierno mexicano debido a los últimos acontecimientos en Chiapas.

5 de diciembre

Cuauhtémoc Cárdenas rinde protesta como primer jefe de Gobierno electo ante la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.

8 de diciembre

El Foro Metropolitano del Frente Zapatista de Liberación Nacional resuelve emprender movilizaciones nacionales el primero de enero de 1998, ante el incumplimiento de los Acuerdos de San Andrés por el gobierno federal.

11 de diciembre

Con el voto de los legisladores del PRI y del PAN se aprueba la Ley de Ingresos 1998, a partir de la cual el gobierno mexicano asume una deuda de 380,000 millones de pesos como costo fiscal del rescate de bancos y apoyo a deudores (FOBAPROA).

12 de diciembre

El Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG) del EZLN informa sobre la situación de 6,000 indígenas zapatistas perseguidos, asesinados y desalojados de sus tierras en el municipio de San Pedro Chenalhó, como resultado de los ataques de las bandas paramilitares y la policía del estado.

21 de diciembre

Al conocer la situación de las comunidades desplazadas en Chiapas, legisladores e integrantes del CEN del PRD buscan impedir que los gobiernos federal y estatal entreguen recursos a grupos paramilitares, como Paz y Justicia, en esa entidad.

22 de diciembre

Un asesinato colectivo perpetrado en contra de los desplazados en Las Abejas y de simpatizantes zapatistas refugiados en Acteal, municipio de Chenalhó, Chiapas, deja un saldo de 45 muertos: 21 mujeres (cuatro de ellas embarazadas), 15 niños y 9 hombres. Esta masacre es realizada por grupos armados priístas y paramilitares, que mantienen la guerra en contra del EZLN.

1998

4 de enero

Julio César Ruiz Ferro, gobernador del estado de Chiapas, es sustituido en el cargo por Roberto Albores Guillén, tras haber presentado su renuncia al presidente Zedillo. De este modo, Albores se convierte en el quinto funcionario en gobernar dicha entidad en los últimos cinco años.

8 de enero

Surge en Guerrero el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI) como grupo guerrillero. Sus dirigentes aseguran que la organización surgió de un desprendimiento del EPR.

13 de enero

Muere Arnaldo Orfila Reynal, nacido en Argentina en 1897. Doctor en ciencias químicas, militó en el Partido Socialista de Argentina; fue cofundador de la Universidad Popular Alejandro Korn y ocupó la dirección del Fondo de Cultura Económica (FCE), de la que fue despedido por Díaz Ordaz en 1965 tras haber publicado *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis. En 1965 creó la editorial Siglo XXI, con el apoyo de muchos intelectuales, y se hizo cargo de la dirección general hasta 1993. Recibió la Legión de Honor del gobierno francés en 1985, el premio Alfonso Reyes en 1992 y la condecoración cubana Carlos Manuel Céspedes en 1998.

5 de febrero

El diputado Ricardo Monreal renuncia al PRI, sumándose a una lista de deserciones que tan sólo en el sexenio de Zedillo incluye a Manuel Camacho Solís, Dante Delgado, Francisco Luna Kan, Enrique González Pedrero, Layda Sansores, Ricardo García Sainz, Demetrio Sodi de la Tijera, Julio Hernández López, Carlos Sansores Pérez, el general Luis Garfias Magaña, Ignacio Morales Lechuga, Marcelo Ebrard Casaubon, Alejandro Rojas Díaz Durán, Virginia Betanzos y Sergio Valdés, entre otros.

18 de febrero

Tom Hansen (exdirector de la organización estadounidense conocida como Pastores por la Paz) es detenido por funcionarios del Instituto Nacional de Migración (INM) y expulsado del país por actuar como observador internacional en los diálogos de paz en Chiapas, actividad no permitida a los portadores de visa turística. Esta deportación se suma a la de María A. Darlington, ocurrida el 9 de febrero, y a la de Robert Schweitzer, acaecida el 17 del mismo mes, ambos ciudadanos estadounidenses acusados de participar en actividades pro zapatistas.

18-22 de marzo

Al IV Congreso Nacional del PRD en Oaxtepec, Morelos, asisten 1,378 delegados, 256 consejeros y 30 legisladores, quienes acuerdan impugnar el centralismo del CEN y demandar la vinculación efectiva del trabajo partidario con los movimientos sociales, así como la claridad en las propuestas en materia económica y referencias concretas a la globalización mundial y sus efectos.

Mayo

La Comisión de Vigilancia de la Contaduría Mayor de Hacienda de la cámara de diputados adopta por unanimidad la decisión de auditar de manera integral el fideicomiso para el FOBAPROA, antes de discutir la iniciativa presidencial que propone que dichos pasivos (que a la fecha suman cerca de 580,000 millones de pesos) se conviertan en deuda pública.

1 de mayo

En la marcha conmemorativa del día del trabajo en la ciudad de México, por vez primera se manifiestan conjuntamente el sindicalismo independiente y la Unión Nacional de Trabajadores, para protestar contra el desempleo, la caída del poder adquisitivo del salario y la privatización de la seguridad social.

15 de mayo

El gobernador Jorge Carrillo Olea presenta al congreso de Morelos una solicitud de licencia definitiva para separarse de su cargo.

Junio

El obispo Samuel Ruiz renuncia a su papel de mediador entre el EZLN y el gobierno federal, al tiempo que la CONAI se disuelve.

7 de junio

La incursión militar en la población de El Charco, Guerrero, presuntamente para detener guerrilleros del EPR y del ERPI, deja un saldo de 11 muertos, 5 heridos y 22 detenidos, entre los que se encontraban cuatro menores y una mujer de 21 años. Los 300 habitantes de esa comunidad mixteca huyen al monte ante la llegada de cientos de militares que sitian el pueblo y abren fuego en contra de guerrilleros y campesinos de quince comunidades que se habían congregado para realizar una asamblea en la escuela de la comunidad.

10 de junio

Fuego cruzado entre fuerzas zapatistas y federales en el municipio de El Bosque, Chiapas, como consecuencia de un operativo policiaco-militar llevado a cabo por la federación para dismantelar el municipio rebelde de San Juan de la Libertad. El saldo fue de 10 muertos, 7 heridos y más de 50 desaparecidos.

5 de julio

Triunfa el PRD en las elecciones locales de Zacatecas, al obtener 42% de la votación. El candidato perredista, antes militante del PRI, Ricardo Monreal, gana la gubernatura. Se triunfa también en los municipios de la capital del estado y en Fresnillo.

11 de agosto

En el contexto de una franca recesión de las economías asiáticas, el yen japonés se desploma golpeando severamente los mercados financieros de todo el mundo. La Bolsa Mexicana de Valores cae a su nivel más bajo del año y el peso llega a 9.35 por dólar, alcanzando una depreciación de 14.7% por encima de la meta inflacionaria, cifra que contrasta con la de 3% registrada el año anterior.

28 de agosto

Según la encuesta del Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Guadalajara, aplicada en el Distrito Federal, Cuauhtémoc Cárdenas aparece como el candidato con más posibilidades de llegar a la presidencia en 2000.

10 de septiembre

Día de convulsión de los mercados financieros nacionales: el dólar casi alcanza los 11 pesos, la bolsa cae 10% y las tasas de interés se disparan a 50%.

2 de octubre

Más de 30,000 personas se manifiestan en la plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco con motivo de la conmemoración del 2 de octubre. Líderes del 68 presentan una denuncia penal ante la Procuraduría General de la República para que se abra la averiguación correspondiente y se castigue a los responsables de la masacre. Además de la tradicional marcha, el gobierno del Distrito Federal organiza actividades conmemorativas en varios puntos de la ciudad de México.

7 de octubre

Como consecuencia de que la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) declara legal el cobro de interés sobre intereses en los créditos bancarios, estas instituciones cuentan con el aval para perseguir, presionar y embargar propiedades correspondientes a más de nueve millones de deudores, que representan una cartera vencida de 36,000 millones de pesos en créditos hipotecarios.

8 de octubre

La Academia Sueca entrega el premio Nobel de literatura al escritor José Saramago. El creador de *El Evangelio según Jesucristo* y *Todos los nombres* asegura que el premio no es para él, sino para el pueblo de Portugal y la izquierda en todo el mundo. Además, reitera su apoyo a la causa de los indígenas de Chiapas.

Noviembre

Estadísticas de la Universidad Obrera de México indican que el poder adquisitivo del salario ha caído en más de un tercio durante el sexenio, ya que en sólo cuatro años de gestión zedillista el precio de la canasta básica aumentó 205.06%.

9 de noviembre

La Alianza Opositora gana las elecciones estatales para gobernador en Tlaxcala. Los partidos de la Revolución Democrática, del Trabajo y Verde Ecologista de México habían postulado a Alfonso Sánchez Anaya, quien superó a Joaquín Cisneros Fernández, abanderado priísta, con 2.5% de la votación.

11 de noviembre

El expresidente de Banca Unión, Carlos Cabal Peniche, es detenido en Melbourne, Australia, por una orden de aprehensión con fines de extradición solicitada por autoridades mexicanas. El exbanquero enfrenta hasta entonces 20 procesos penales relacionados con delitos patrimoniales y con la violación a la Ley de Instituciones Bancarias.

13-15 de noviembre

El Consejo Nacional del PRD aprueba un nuevo Reglamento General de Elecciones Internas que se propone mejorar la organización y hacer más transparente el funcionamiento de los comicios.

14 de noviembre

Por decreto del ejecutivo se establece un alza de 15% en los precios de la gasolina y otros combustibles, más de 1% mensual a partir de enero, lo que daría un incremento superior a 30% respecto del término de 1999. De igual manera, las tarifas eléctricas se incrementan 13%, el consumo del agua 14% y las autopistas 15%.

8 de diciembre

Muere Luis Sánchez Aguilar (1941-1997), impulsor de la socialdemocracia en México. En 1967 fundó la asociación civil Acción Comunitaria, que

en 1981 se transformaría en el Partido Socialdemócrata (PSD), y en 1988 declinó su candidatura a la presidencia de México en favor de Cuauhtémoc Cárdenas. En 1994 el PSD se fusionó en la Alianza Democrática Nacional, de la que Sánchez Aguilar fue coordinador. Como diputado federal en la LVI Legislatura denunció la corrupción de Salinas de Gortari y la represión contra las organizaciones sociales.

12 de diciembre

Gracias a la coalición PRI-PAN en la cámara de diputados, se aprueba la Ley de Protección al Ahorro, que da vida al Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB).

15 de diciembre

El grupo parlamentario del PRD en la cámara de diputados logra que se discuta y se apruebe la reforma a los artículos 4º y 25 constitucionales, en los cuales se eleva a rango constitucional el derecho de las y los mexicanos a vivir en un medio ambiente sano. Se publica en México el libro *La privatización en México. Consecuencias sociales y laborales*, dirigido por Enrique de la Garza Toledo, fruto de un seminario organizado por el Instituto de la Revolución Democrática.

18 de diciembre

Sesenta y un miembros del ejército mexicano, quienes se hacen llamar Comando Patriótico de Concientización del Pueblo, se insubordinan y cuestionan la disciplina castrense del país. Piden, entre otras cosas, la eliminación del fuero de guerra, la destitución del secretario de la Defensa Nacional y que el nombramiento del nuevo titular sea por consulta con los generales activos, no por decreto del presidente de la república.

1999

21 de enero

El juez Ricardo Ojeda Bohórquez sentencia a 50 años de prisión a Raúl Salinas de Gortari, tras considerar que el hermano del expresidente fue el autor intelectual del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu.

22-26 de enero

Se lleva a cabo la cuarta visita pastoral del papa Juan Pablo II a México. En este contexto el pontífice da a conocer las conclusiones del Sínodo de las Américas a través de un documento titulado *Ecclesia in America* (Iglesia en América), en el que se esbozan los desafíos de la iglesia católica en el continente americano. Reitera su condena al aborto y la eutanasia y habla también de la brutalidad de las economías de mercado que producen una radical polarización entre ricos y pobres.

8 de febrero

En Baja California Sur la coalición PRD-PT gana la gubernatura, 3 alcaldías y 12 diputaciones. Leonel Cota Montaña, candidato a gobernador por la coalición, obtiene 54.57% de los sufragios, 18% arriba del abanderado priísta, quien consigue 36.63%.

Febrero-marzo

La Coalición Opositora desconoce los resultados electorales en Guerrero. Miles de perredistas realizan marchas y mítines en los municipios más importantes del estado, y participan en el Éxodo por la Democracia al Distrito Federal para demandar a la Suprema Corte de Justicia de la Nación la limpieza de las elecciones en esa entidad.

Marzo

Cuauhtémoc Cárdenas exhorta a la oposición para que elija, mediante elecciones primarias, a un solo candidato a la presidencia de la República para las elecciones que se celebrarán el próximo año.

11 de marzo

Porfirio Muñoz Ledo funda dentro del PRD la corriente Nueva República y expone sus principios.

14 de marzo

El PRD realiza elecciones internas. Ante la crisis institucional generada por las irregularidades en 32% de las casillas de votación, el CEN del PRD decide convocar a nuevas elecciones, conjurando así los posibles conflictos al interior del partido.

21 de marzo

Se lleva a cabo la Consulta Nacional por el Reconocimiento de los Derechos de los Pueblos Indios y el Fin de la Guerra de Exterminio. En ella se obtiene el apoyo total de la mayoría de los votantes.

24 de marzo

El gobernador de Quintana Roo, Mario Villanueva Madrid, rinde declaración ante el fiscal antidrogas para responder a las imputaciones que lo acusan de tener nexos con el narcotráfico y de facilitar el transporte de drogas por el estado de Quintana Roo. Pocos días después, Villanueva Madrid se da a la fuga.

5 de abril

CONASUPO es liquidada y con ello se pone fin a la organización que permitía proporcionar a la población más pobre productos de primera necesidad a bajo costo. Además, queda legitimado el saqueo al que fue sometida la empresa paraestatal durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

20 de abril

El Consejo General de Huelga (CGH) de la UNAM, reunido en el Centro Médico Siglo XXI, decide iniciar la huelga ante la aprobación del incremento de cuotas por parte del rector Francisco Barnés de Castro y el Consejo Universitario.

2 de mayo

Rodolfo Montiel Flores y Teodoro Cabrera García, campesinos integrantes de la Organización Ecologista de la Sierra de Petatlán y Coyuca de Catalán en el estado de Guerrero, son aprehendidos por elementos del ejército mexicano, acusándolos de guerrilleros y narcotraficantes. En el cuartel del XL Batallón de Infantería en Ciudad Altamirano se les tortura. Casi un año después, el 16 de abril de 2000, Rodolfo Montiel Flores recibe el premio Ambiental de la Fundación Goldman por su defensa del medio ambiente.

8 de mayo

El senador Pablo Salazar Mendiguchía renuncia al PRI junto con otros 3,000 correligionarios, de los cuales la mayoría pasa a las filas del PRD.

12 de mayo

La lucha por la defensa de la educación pública y gratuita es el eje político de la marcha multitudinaria de estudiantes y trabajadores de la UNAM, la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad de Chapingo, la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), maestros de la CNTE y trabajadores electricistas.

17 de mayo

El Consejo Político Nacional del PRI da a conocer su decisión de abrir la postulación de su candidato a la presidencia de la República y a la jefatura de Gobierno del Distrito Federal a la consulta de sus miembros, simpatizantes y ciudadanos. Con eso se pretende poner fin, al menos en apariencia, a la práctica conocida como "dedazo".

26 de mayo

Cuauhtémoc Cárdenas acepta ser el candidato a la presidencia de la República por el Partido del Trabajo (PT), tan sólo un día después de que dirigentes del PAN y del PRD iniciaran formalmente conversaciones en búsqueda de una coalición para las elecciones de 2000.

4 de julio

En las elecciones celebradas en Nayarit, en las que participa la primera alianza entre el PAN y el PRD que se da en el país, el candidato Antonio Echeverría Domínguez obtiene 52% de los votos, frente a 43% conseguidos por el candidato del PRI. Mientras, en el Estado de México el priísta Arturo Montiel consigue 40% de los sufragios, seguido por el candidato del PAN con 36% y el del PRD con 21%. Sin embargo, en estos comicios llenos de impugnaciones y acusaciones de fraude, destaca un abstencionismo de 52.7% del padrón electoral.

18 de julio

El despacho canadiense de Michael Macker, contratado por las autoridades mexicanas para realizar las auditorías al FOBAPROA, entrega a la cámara de diputados el informe final de su investigación. En él da a conocer los programas implementados por el gobierno de Zedillo para salvar a la banca. El documento concluye que "el sistema bancario es aún débil, ya que sólo ha diferido la solución del problema principal, que es la falta de capitales para su funcionamiento". Macker califica de ineficaz al rescate bancario y se queja de las limitaciones en que tuvo que realizar su trabajo por ocultamiento de información por parte de las autoridades.

25 de julio

El PRD realiza una segunda vuelta de comicios internos para elegir a su Comité Ejecutivo Nacional. Con impugnaciones mínimas en esta ocasión, se declara la victoria de la planilla 9, encabezada por Amalia García.

18 de agosto

Es presentado el libro de Víctor Ronquillo, *Las muertas de Juárez*, que aborda el tema de las ejecuciones de más de 187 mujeres (según el registro oficial) en Ciudad Juárez. Ultrajes y asesinatos cruentos que comenzaron a sucederse desde 1993, sin que hasta la fecha autoridades judiciales del estado hayan podido deslindar responsabilidades ni frenar la ola de ejecuciones que, en realidad, no se han podido cuantificar.

1 de septiembre

Después de 51 años de existencia, Ferrocarriles Nacionales de México deja de operar al ser concesionados más de 25,000 kilómetros de vías férreas por la administración de Ernesto Zedillo principalmente a empresas estadounidenses.

12 de septiembre

El PAN anuncia que Vicente Fox Quesada será su candidato oficial para contender por la presidencia en las elecciones que se celebrarán el 2 de julio de 2000.

27 de septiembre

El jefe de Gobierno capitalino, Cuauhtémoc Cárdenas, presenta ante la Asamblea Legislativa su solicitud para dejar el cargo y así poder dedicarse de lleno a su campaña a la presidencia como candidato de la Alianza por México. Tan sólo dos días después se anuncia de manera oficial que Rosario Robles, secretaria de Gobierno, asumirá el relevo en la jefatura.

Octubre

Después de doce años de militancia en el PRD, Porfirio Muñoz Ledo decide separarse del partido y asumir la candidatura a la presidencia de la República por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM).

Noviembre

Francisco Barnés de Castro renuncia a su cargo como rector de la UNAM y es sustituido por Juan Ramón de la Fuente, secretario de Salud del gobierno zedillista.

7 de noviembre

Francisco Labastida gana a Roberto Madrazo Pintado, Manuel Bartlett y Roque Villanueva las elecciones internas del PRI y obtiene la candidatura a la presidencia de la República. Mientras tanto, Jesús Silva Herzog es elegido para contender por la jefatura de Gobierno del Distrito Federal.

26 de noviembre

Muere Valentín Campa, nacido en Monterrey, Nuevo León, en 1904. Fue dirigente sindical y miembro del Partido Comunista Mexicano desde 1921, líder de distintos movimientos sociales a partir de 1925, y miembro activo del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros. Fue condenado a prisión en muchas ocasiones. Después de la huelga ferrocarrilera de 1958-1959, permaneció en la cárcel once años. Fue candidato a la presidencia de la República por el Partido Comunista Mexicano en 1979 y miembro fundador del PRD en 1989.

27 de noviembre

Los delegados al V Congreso Nacional del PRD aprueban la participación de su partido en la Alianza por México, que estaría integrada, además, por los partidos del Trabajo, Convergencia por la Democracia, Sociedad Nacionalista y Alianza Social, designando como candidato presidencial para los comicios de 2000 a Cuauhtémoc Cárdenas.

28 de noviembre

Son encontrados alrededor de doscientos cadáveres (cifra dada a conocer por el diario estadounidense *The New York Times*) en tumbas clandestinas localizadas en diversos ranchos de Ciudad Juárez, Chihuahua. Se presume que los cuerpos pueden ser víctimas del cártel de Juárez.

29 de noviembre

Tras 224 días de huelga en la UNAM, se establece el diálogo entre el CGH, el rector Juan Ramón de la Fuente y la Comisión de Contacto del Consejo Universitario en el antiguo Palacio de Minería. La base de la reunión es el reconocimiento de los 130 delegados del CGH como interlocutores y la disposición a discutir los seis puntos del pliego petitorio.

30 de noviembre-1 de diciembre

Miles de personas provenientes de varios países irrumpen en la Ronda del Milenio, impulsada por la Organización Mundial de Comercio en Seattle, Estados Unidos. Luchar por justicia social y democratizar el proceso de globalización son las demandas de trabajadores siderúrgicos, ambientalistas, de-

fensores de los derechos humanos y estudiantes que conforman el nuevo movimiento social a nivel mundial.

15 de diciembre

Los senadores del PRD, PAN y PRI integrantes de la COCOPA presentan al pleno del senado de la república un informe de actividades. Insisten en la necesidad de conformar una nueva instancia de intermediación entre el gobierno federal y el EZLN, ante la disolución de la CONAI.

2000

1 de febrero

Un informe oficial de los servicios de salud del estado de Guerrero revela que 33,605 mujeres y 1,474 hombres han sido esterilizados en dicha entidad en tan sólo cinco años por medio de intervenciones quirúrgicas que tienen el propósito de disminuir los índices de natalidad en las zonas más marginadas de Guerrero. Los afectados afirman que el programa (que por cierto se imparte con el apoyo del Banco Mundial) se lleva a cabo a través de amenazas o engaños para obtener su consentimiento.

6 de febrero

La huelga en la UNAM, iniciada por el CGH hace 321 días, es interrumpida violentamente por la Policía Federal Preventiva, que ocupa las instalaciones universitarias. Seiscientos treinta y dos paristas son detenidos. En respuesta, padres de familia, estudiantes e integrantes de diferentes organismos sociales realizan una marcha en protesta por la toma del campus universitario y la detención de los estudiantes.

8 de febrero

El PRD condena la intervención de la Policía Federal Preventiva en la UNAM y exige la libertad inmediata de todos los estudiantes presos y el retiro de las denuncias contra la mayoría de los detenidos.

19 de febrero

Centenares de granaderos irrumpen en las instalaciones de la Escuela Normal Rural Luis Villarreal de El Mexe, Hidalgo, donde toman presos a ocho estudiantes. Los normalistas, ayudados por los pobladores de Tepatepec, capturan a su vez a 77 granaderos, a quienes, antes de liberar, exhiben desnudos en la plaza pública.

22 de febrero

Muere Fernando Benítez Gutiérrez, nacido en la ciudad de México en 1922. Fue director de *El Nacional* (1947-1948) y creador de uno de los primeros grandes suplementos culturales de México, publicación que más tarde

impulsaría en otros diarios. Novelista e historiador prolífico, en sus textos reflejó su fascinación por las comunidades indígenas, a las que siempre apoyó. Obtuvo diversos premios nacionales e internacionales: en 1947 por parte del gobierno de Francia, medalla Manuel Gamio al Mérito Indigenista en 1979, Nacional de Antropología en 1980, Nacional de Periodismo en 1986 y la medalla al Mérito Ciudadano en 1992 otorgada por la Asamblea de Representantes del Distrito Federal (ARDF).

28 de febrero

Estudiantes de la Escuela Normal Rural Luis Villarreal de El Mexe, Hidalgo, e integrantes de la Federación de Campesinos Socialistas de México marchan al Distrito Federal en defensa de sus compañeros encarcelados y acusados de secuestro y robo agravado. En el proceso que se les sigue, denuncian que han sido objeto de prácticas vejatorias, intentos de soborno y presiones por parte del gobierno de ese estado.

23 de marzo

Se celebra la firma del Tratado de Libre Comercio entre México y la Unión Europea.

29 de marzo

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) solicita a la cámara de diputados su aprobación para proceder penalmente contra Óscar Espinosa Villareal, secretario de Turismo y exregente de la ciudad de México, a quien se le acusa del delito de peculado por un monto de 420 millones de pesos.

16 de abril

Rosario Ibarra de Piedra, presidenta del Comité Eureka (Comité Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos), declara que continúa su lucha para que se castigue a los responsables de la desaparición de numerosos jóvenes integrantes del movimiento estudiantil de 1968. Entre las acciones futuras del Comité está la presentación de denuncias ante la Procuraduría General de la República y la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, así como ante instancias internacionales, tal como lo han hecho familiares de desaparecidos de Chile, Argentina y Guatemala en sus respectivos países.

28 de abril

El pleno del Tribunal Superior de Justicia de Morelos (TSJ) aprueba por unanimidad la destitución de Jorge Carrillo Olea como gobernador, inhabilitándolo doce años para ocupar un cargo en la administración pública estatal. El órgano judicial lo encuentra culpable de violaciones a las constituciones local y federal y de incurrir en omisiones graves en la aplicación de medidas correctivas en materia de seguridad pública.

Mayo

El general retirado Julio César Santiago Díaz y dos exprimeros oficiales de Seguridad Pública son condenados a ocho años de prisión por homicidio y lesiones por omisión al señalarlos como responsables de la matanza de Acteal, acaecida el 22 de diciembre de 1997.

8 de mayo

El Grupo Financiero Santander Mexicano adquiere por 14,650 millones de pesos el Grupo Financiero Serfin, al cual el gobierno inyectó, a través del rescate bancario, recursos fiscales por 123,000 millones de pesos.

15 de mayo

Más de 20,000 personas, entre integrantes del Consejo General de Huelga, maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación y otras organizaciones sociales, marchan de la Escuela Normal Superior al Zócalo de la ciudad de México en defensa de la educación pública.

23 de junio

Alrededor de 50,000 estudiantes, académicos y trabajadores de la UNAM asisten al mitin convocado por el candidato a la presidencia de la República, Cuauhtémoc Cárdenas, único que se hizo presente en la máxima casa de estudios del país.

Julio

Durante la LVII Legislatura de la cámara de diputados, el grupo parlamentario del PRD impulsa reformas y decretos constitucionales en materia

de derechos de niñas, niños y adolescentes, igualdad de la prestación de servicios médicos del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) a hombres y mujeres, y atención de la población joven, así como sobre la ley inquilinaria, el turismo y el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

2 de julio

Cuauhtémoc Cárdenas contiene como candidato de la Alianza por México (PRD, PT, Partido de la Sociedad Nacionalista [PSN], Partido de la Alianza Social [PAS] y Convergencia por la Democracia, Partido Político Nacional [CDPPN]) a la presidencia de la República, en tanto que Andrés Manuel López Obrador lo hace por la jefatura de Gobierno del Distrito Federal. Cárdenas obtiene 6'256,780 votos, ubicándose en la tercera posición. López Obrador gana el Distrito Federal, con 39.5% de los sufragios. Además, el PRD capitalino gana 11 de las 16 delegaciones, así como 19 distritos electorales.

18 de agosto

Se registra un enfrentamiento entre priístas en el municipio de Chimalhuacán, Estado de México, en pos del control político y administrativo de dicho municipio. Las partes contendientes son Antorcha Campesina, encabezada por Jesús Tolentino Román Bojórquez, y la Organización de Pueblos y Colonias (OPC), liderada por Guadalupe Buendía Torres, la Loba. El saldo del enfrentamiento es de diez personas muertas, 98 heridos y 204 detenidos.

20 de agosto

Pablo Salazar Mendiguchía gana las elecciones para gobernador del estado de Chiapas.

Ricardo Miguel Cavallo, director del Registro Nacional de Vehículos (RENAVE), es apresado en México. El exmarino de la armada argentina fue reconocido por varias de sus víctimas que fueron secuestradas y torturadas en la Escuela de Mecánica de la Armada, durante la dictadura militar en dicho país (1976-1983).

1 de diciembre

Vicente Fox Quesada toma posesión como presidente de la república.

5 de diciembre

Andrés Manuel López Obrador toma posesión como jefe de Gobierno del Distrito Federal.

Noche en la selva

El sábado 6 de agosto de 1994 se inició la Convención Nacional Democrática (CND) convocada por el EZLN. Alrededor de 5,000 participantes de organizaciones estudiantiles, obreras, campesinas, urbanas, religiosas y sociales del país viajaron hacia Aguascalientes, en la Selva Lacandona. En este sitio se debatirían durante cuatro días (6, 7, 8 y 9) las propuestas del tránsito a la democracia, los comicios del 21 de agosto y los actos de resistencia civil en solidaridad con el EZLN, así como la instauración de un nuevo congreso constituyente y un gobierno de transición.

En la noche oscura de la selva, la tempestad tropical estalló sin aviso previo. El lunes 8 de agosto, en apenas algunos minutos, el verde valle recientemente bautizado con el nombre de Aguascalientes, Chiapas, se transformó en un inmenso pantano que amenazaba con tragarse a la Convención. El anfiteatro perdió su techo y los albergues construidos por los zapatistas con tanto entusiasmo y decisión resultaron insuficientes para cobijar a los miles de participantes que buscaban un rincón seco para reposar sus transidos huesos. Repletos de hombres, mujeres y hasta niños mojados, exhaustos, enlodados y sobre todo sorprendidos, semejaban escenas de un purgatorio dantesco. Sólo un momento en una larga experiencia que parecía tomada de una novela de García Márquez, en la cual se mezclaban tiempos, esperanzas y reclamos de tres mundos incompatibles: la urbe capitalina, la ciudad criolla y mestiza reinante en el mundo indígena y las avanzadas de la colonización india al borde de la selva.

Acostado en mi sleeping bag me encogía para ceder espacio a los damnificados que seguían entrando hasta quedar hecho un nudo. Pese a la situación, no podía contener una risita nerviosa al pensar que en 20 metros cuadrados estaba hacinado, hecho bola, un número sorprendente de famosos intelectuales mexicanos: Elena Poniatowska, que no perdía su dignidad en medio del lodo; Rius, que insistía infructuosamente en dormir en una hamaca; Blanche Petrich, con medio cuerpo en una tarima y la otra mitad en el

suelo, que jamás se quejaba; Federico Campbell, que luchaba valientemente contra los efectos de una insolación; Enrique González Rojo, que, como de costumbre, tomaba las cosas con filosofía; y el neumólogo Mario Rivera, quien más tarde me confesaría que ésa era la primera noche en su vida que había dormido en el suelo.

Difícil imaginar un conjunto de individualidades más disímolas. Evidentemente cada uno de ellos venía movido por impulsos diferentes, entre los cuales el cálculo político desempeñaba un papel limitado. Quizá el único impulso común a todos ellos era la intuición de que en ese rincón de la Selva Lacandona estaba naciendo algo nuevo, un brote renacentista en un México que —políticamente hablando— se resistía a cambiar.

Empeñado en abstraerme de las vicisitudes de mi cuerpo, concentré todos mis esfuerzos en responder por segunda vez a las preguntas que me obsesionaban: ¿Qué podía esperarse de esta Segunda Convención de Aguascalientes? ¿Por qué había venido, pese a todas las dificultades y peligros? Debo confesar que, al principio, el obstáculo que parecía insalvable para aceptar la invitación había sido el escepticismo. La famosa "sociedad civil" podía haber desoído el llamado del EZLN y la reunión haberse transformado en un encuentro entre los guerrilleros y sus partidarios más inmediatos. Entre los convocados había grupos extremistas cuyos proyectos y estilo están peleados con el proceso en el cual se hallan envueltos grandes sectores del pueblo mexicano: la transición pacífica a la democracia. Pero nada de eso pasó. La solidaridad con los indígenas chiapanecos se imponía a las diferencias políticas.¹

21 de agosto: el México gradualista y conservador

Los comicios del 27 de agosto de 1994 fueron precedidos por acontecimientos que impactaron a la opinión pública y pusieron en tela de juicio la estabilidad del país, como el levantamiento zapatista del primero de enero y el asesinato de Luis Donald Colosio, candidato presidencial del PRI, el 23 de marzo. En amplios sectores de la sociedad y en los medios de información se habló de que en los comicios había el peligro de un "choque de trenes" entre el aspirante presidencial del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, y Ernesto Zedillo, quien había sucedido a Colosio como candidato del PRI. Se suponía que la candidatura de Cárdenas por segunda ocasión evitaría que el PRD repitiese sus pobres resultados de las elecciones legislativas de 1991. Sin embargo, según los cómputos oficiales, a fin de cuentas Zedillo captó 50% de los votos, Diego Fernández de Ceballos, el candidato panista, 27%, y Cárdenas 17%.

Los resultados de las elecciones del 21 de agosto confirmaron todos los rasgos básicos de la vía mexicana de transición a la democracia: un proce-

so gradualista, largo y tortuoso, marcado por grandes impulsos populares y pequeñísimas concesiones del grupo gobernante, que ha ido cediendo paulatinamente espacios periféricos sin abandonar el mando central.

El avance más importante es la elevada participación popular en la preparación y la calificación de las elecciones, así como la votación masiva que alcanzó niveles sin precedentes. Es posible afirmar que, sin haber sido del todo transparente o competitiva, la elección presidencial de 1994 quedará en nuestra historia como un primer paso, titubeante pero significativo, en la transformación del voto de un acto de opinión (ignorado o manipulado por el poder) en un acto de elección por medio del cual la ciudadanía nombra efectivamente a sus representantes en el gobierno.

La larga marcha por medio de la cual una república oligárquica ha de transformarse en una verdadera república representativa, ha conocido una aceleración. Para todos los auténticos partidarios de la democracia, éste es sin duda un motivo de aliento. Y digo auténticos porque me refiero no a aquellos para quienes la democracia significa sólo y exclusivamente un medio para abrirle paso a su propia corriente política, sino una condición que se aplica a la sociedad en su conjunto y a todos sus componentes, sin diferencias de credos. Una práctica cotidiana y una cultura por medio de las cuales los ciudadanos imponen periódicamente su derecho a elegir a sus gobernantes. Con su participación antes y durante la jornada electoral, la ciudadanía infligió una derrota al viejo sistema político en el cual los gobernantes eran nombrados antes de las elecciones. Ningún político puede hoy hacer carrera atendiendo exclusivamente a la opinión de sus superiores. Deberá también tomar en cuenta las simpatías de los ciudadanos, de cuyo voto depende. Y eso es un gran cambio.

Pero ese avance viene marcado por una ratificación de las inclinaciones conservadoras de una parte significativa del electorado. La victoria del PRI consagra el control de ese partido sobre el proceso de transición y el desgastante contrapunteo entre multitudinarios movimientos populares democráticos y minúsculas concesiones sistémicas. La idea de amplios sectores de la oposición de que el poder del PRI se basaba en mecanismos que no resistirían unas elecciones relativamente abiertas y competitivas, demostró ser falsa. El partido gobernante goza de legitimidad y su poder no se finca exclusivamente en el pacto corporativo, el clientelismo, la intimidación y el fraude. Aun cuando todo eso estuvo presente en la jornada que acabamos de vivir, debemos reconocer que hay una parte importante de la población que ve en el PRI y en el sistema existente una opción viable, una realidad aceptable.

El 21 de agosto ha confirmado la confluencia de las fuerzas de centro y de derecha que han gobernado a este país desde el año de 1988. Las concesiones mutuas, las coincidencias implícitas, los contubernios locales entre PRI

y PAN definen el bloque político-social que gobernará a México en los próximos seis años. El 1-2 que lograron el PRI y el PAN obliga a las fuerzas de centro-izquierda a mantenerse en la oposición. Pero cuestiona también los términos de la misma. Ante todo, esa fuerza debe inscribirse en el proceso de transición en los términos reales de éste, abandonando toda ilusión de solución radical e inmediata, volcando su experiencia, su inventiva y su imaginación en la aceleración de un proceso que conocerá más continuidades que rupturas.²

Dos tácticas

Algunos días después de los comicios presidenciales, la imagen del proceso electoral ha recuperado toda la rudeza de sus contrastes. Durante 48 horas los comentaristas de la televisión se deshicieron en loas sobre la jornada del 21 y sus resultados.

Y luego comenzaron a llegar los sombríos informes de los observadores, las denuncias de irregularidades y fraudes, las revelaciones sobre "errores" en el conteo y la información. Los analistas empezaban a atar cabos sueltos, la desconfianza se abrió paso una vez más. El México contradictorio: bronco y *nice*, tradicional y moderno, corrupto e idealista, sonriente y amenazador, tolerante e intransigente, volvió a imponer su presencia, rasgando el cartel turístico que para uso interno y externo habían fabricado el gobierno y la televisión. Una vez más, el intento de presentar un México ficticio, color de rosa, para consumo de inversionistas y clasemedieros atemorizados, ha fracasado. Somos como somos: una democracia bárbara. Un país que se empeña en vivir la paradoja de transitar a la democracia, sin deshacerse del sistema de partido de Estado. Una nación que pretende instaurar una república representativa sin desterrar el caciquismo, las relaciones clientelares, la corrupción institucionalizada.

Como todas las elecciones presidenciales desde la década de los treinta, las de 1994 se realizaron, desde el principio hasta el fin, bajo las condiciones que fija el sistema de partido de Estado. Fueron por lo tanto asimétricas: es decir, el PRI gozó de múltiples prerrogativas y ventajas sobre sus contrincantes. Todo el poder y los recursos económicos del Estado se volcaron una vez más a su favor. Los comicios mismos estuvieron marcados por irregularidades y prácticas fraudulentas. La libertad de elección de millones de mexicanos fue vulnerada por la coacción y el cohecho.

Y sin embargo, la campaña electoral de 1994 fue más abierta y competitiva, y los comicios menos fraudulentos que los del pasado. Las campañas de los partidos de oposición gozaron de más garantías y tuvieron más acceso a los medios de difusión. El sistema no se cayó y los paquetes de las casillas no

se han quemado aún. Además, el proceso de calificación no ha terminado. Existen instituciones ante las cuales pueden presentarse las quejas y reclamaciones, y éstas están llegando ya por millares.

Ante esta situación, la izquierda podía optar por dos cursos de acción:

1. Aceptar los resultados, denunciando todas las injusticias e irregularidades cometidas. Con base en esa denuncia, pedir una reforma profunda de las leyes electorales o incluso la redacción de una nueva carta magna que consagre un sistema pluralista y un estado de derecho.
2. Exigir la invalidación de los comicios pasados, la instauración de un gobierno interino y la realización de nuevas elecciones.

Me parece que la correcta es la primera, y que la segunda es errónea y perjudicial. La número uno responde al estado de ánimo de la mayoría de los mexicanos tal y como ésta se expresó durante la campaña y en las urnas. La número dos ignora la relación de fuerzas existente y orienta al país hacia una confrontación desgastante y estéril. Responde a la idea de que el sistema de partido de Estado puede ser derrocado en este momento de un solo golpe. La primera reconoce que su desaparición ha sido y continuará siendo un largo proceso marcado por luchas de posiciones, avances y retrocesos.

Limpiar las elecciones resulta una tarea terapéutica que la sociedad no puede descuidar. Es probable que la magnitud del fraude no sea suficiente para cambiar el lugar que ocupa cada uno de los contendientes en el resultado final. Pero en un estado de derecho lo que más importa no es la frecuencia del crimen, sino el crimen mismo. Éste debe ser castigado para reforzar la ley y desanimar a delincuentes futuros. Por eso, la procuraduría electoral debe investigar todos los casos que le sean presentados, someter a juicio a los responsables de actos delictivos, nulificar los votos de casillas en las cuales se descubran grandes irregularidades. El progreso de la democracia así lo exige.

La tarea de la izquierda es difícil y complicada. En 1994 se confirmó la tendencia ya esbozada en 1991: la izquierda perdía el segundo lugar que volvía a ser ocupado por el PAN. Las grandes campañas orquestadas por el gobierno, el PRI y el PAN contra Cárdenas, no son una explicación suficiente. En 1988, en condiciones mucho más adversas, el resultado fue completamente diferente. ¿Qué ha sucedido desde entonces en la cabeza y el corazón de millones de electores?, ¿por qué transfirieron su preferencia a otras opciones? O mejor dicho, ¿por qué el PRD no pudo ganar la adhesión del nuevo electorado?

Poco hay en los resultados para sembrar el pesimismo en el seno de la izquierda. Sólo aquellos que estaban seguros de que las elecciones presi-

denciales debían y podían ser ganadas por ellos, ahora pueden sentirse frustrados. Un partido de izquierda que se afianza con 17% de los votos (y probablemente más) en un país como México, en plena transición a la democracia y que puede sentirse orgulloso de su aportación decisiva a ese proceso, es un logro nada desdeñable en el periodo de reacción que aún predomina en el mundo, siempre y cuando se tenga una visión a largo plazo.

Quedan por reevaluarse aspectos centrales de la actuación, tales como la relación entre partido y sociedad, la construcción de una nueva cultura de izquierda, los lazos con las fuerzas emergentes de la sociedad civil, la relación entre política y moral, etcétera.³

La hora de la negociación

El brutal asesinato del secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, acaecido el 28 de septiembre, nos enluta a todos. Sea del color que sea, el asesinato político es un atentado contra el anhelo de paz, democracia y respeto a los derechos humanos de la inmensa mayoría de los mexicanos. Ahora más que nunca la salud pública exige que los autores intelectuales sean descubiertos y llevados ante la ley, que se disipe la sombra que protege la fuente de violencia y autoritarismo que corroe la vida de nuestro país.

El nuevo homicidio anula definitivamente las teorías sobre el "asesino solitario" de Colosio, el "accidente" que le costó la vida al cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, el "atracó" que sacrificó al colaborador de Cárdenas, Francisco Javier Ovando. No se trata de sucesos sueltos. Existen fuerzas poderosas que están decididas a impedir el cambio. Imposibilitadas por su naturaleza a actuar públicamente, recurren a la intriga, la intimidación y, en última instancia, al asesinato. Hasta hace poco, su acción no llegaba hasta los círculos más altos de la política. Hoy el campo de sus desmanes no tiene límites y afecta no sólo a la oposición, sino también a la posición. La frecuencia y el nivel de sus acciones indican la presencia de fuerzas políticas que se resisten violentamente a la orientación que han tomado los eventos de los últimos meses, y que están dispuestas a hacer cualquier cosa para impedir el nuevo rumbo.

Los asesinos se sienten amparados por pactos de silencio que sólo pueden existir entre cómplices. Están empujando al país por un camino de forcejeos ocultos, vendettas mafiosas y actos de terror que, en las condiciones actuales, pueden desembocar en el desastre. Lo que todos nos preguntamos ahora es cómo parar su ofensiva y cómo consolidar los avances democráticos.

La única respuesta sensata es acelerar el paso de la democracia, consolidar la legitimidad de las instituciones, responder a las demandas de mejoramiento económico de las mayorías. En ese proceso tiene una gran impor-

tancia la apertura de las negociaciones que el PRD, el PRI y el PAN han aprobado ya.

El último asesinato demuestra que el equilibrio surgido después de las elecciones es precario, y que para consolidar la paz es necesario lograr un consenso que sólo puede venir de la negociación directa. Y no nos hagamos ilusiones. Ningún acuerdo aceptable puede ser una posición totalmente satisfactoria para todas y cada una de las fuerzas participantes. Negociar supone estar dispuesto a ceder. Incluir a todas las corrientes importantes del país significa aceptar de antemano un resultado moderado. El punto de partida de cada uno puede ser maximalista; el resultado será inevitablemente la satisfacción de las demandas mínimas de cada uno.

La negociación debe tener como punto de partida la aceptación, por parte de cada uno de los participantes, de sus fuerzas y debilidades. El PRI no puede negar que pese a todas las ventajas con las cuales contó en las últimas elecciones, más de la mitad de los electores manifestó su deseo de cambio democrático. El PAN debe aceptar que la concertación entre dos que predominó durante el sexenio pasado no es ya posible, y que el soñado sistema bipartidista no puede tener éxito. El PRD tendrá que reconocer que las iniciativas de sus contendientes lograron reducirlo a un tercer lugar, y que los fraudes que se produjeron en las elecciones pasadas no eran suficientes para producir la insurgencia cívica esperada. Los tres deben aceptar que hay otras fuerzas importantes que no se sienten representadas por los partidos y que deberán ser consultadas.

La negociación no puede reducirse a discutir otro pasito en el camino de elecciones más transparentes, a cambio del apoyo de todas las fuerzas a una toma de posesión pacífica. Si quiere ser base de un acuerdo más profundo y duradero que deje el terreno despejado para otros problemas importantes, debe aceptar la necesidad de la adopción de un conjunto de medidas suficientes para asegurar un avance pacífico hacia un sistema político competitivo y auténticamente representativo.⁴

Uno de los frutos positivos de las elecciones del día 21 fue la resolución del Consejo Nacional del Partido de la Revolución Democrática de impulsar el diálogo sobre la reforma política no sólo con las otras fuerzas sociales y políticas, sino también con el gobierno. La respuesta de Salinas de Gortari ha sido dar la bienvenida a la propuesta de ese "importante partido político" y reiterar su disposición a la negociación. Esperamos que las cosas sigan en esa dirección con el nuevo gobierno.

Parece que se inicia otra etapa del proceso de democratización, en la cual la negociación desempeñará un papel mayor. Desde que éste empezó, en 1978-1979, ha predominado el contrapunteo presión popular-represión-con-

cesiones limitadas. La negociación entre fuerzas políticas de signo opuesto ha sido esporádica y de contenido circunstancial. En ningún momento se han puesto de acuerdo los principales protagonistas en una agenda general de reformas con su respectivo calendario.

Los términos de la transición democrática no se deciden en la mesa de negociaciones. Son más bien fruto de un largo proceso en el cual se confrontan las fuerzas de una nación. De las numerosas transiciones democráticas que registra Samuel P. Huntington en su libro *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX* ninguna ha sido fruto *exclusivo* de la negociación. Para que un poder autoritario acepte la necesidad de democratizar el sistema, es necesario que el pueblo y la oposición lo obliguen a ello. Para que una oposición democrática renuncie al derrocamiento del poder autoritario, a su transformación radical, es imprescindible que se convenza, en la práctica, de que no tiene la suficiente fuerza para ello o que el costo social en que se incurriría es inaceptable.

Hay otro actor que debe definirse: la sociedad civil que alberga impulsos contradictorios. En su seno deben imponerse las tendencias democráticas que no son sino una de las tres vías posibles: aguantar el régimen autoritario con algunas modificaciones cosméticas a cambio de estabilidad y avances económicos y sociales; buscar el cambio radical y recurrir a la revolución violenta o, en última instancia, presionar por un cambio gradual sin cataclismos sociales ni grandes sacrificios. Entonces, y sólo entonces, se hace posible la negociación. Cada uno de los participantes ha aprendido su lección y está dispuesto a tratar al adversario con respeto y a plantear sus demandas y reivindicaciones en el estricto marco de la realidad que el país vive, a ceder y conceder, a postergar sin renunciar a sus principios, comprometer su independencia o difuminar su identidad. Pero una negociación inteligente, pragmática, flexible, hábil puede acelerar los procesos y reducir los costos sociales de una transición que todos deben haber aceptado como más o menos inevitable a mediano plazo.

Lo más probable es que esta situación esté surgiendo lentamente; que las condiciones para la negociación entre las fuerzas más importantes del país (y ello incluye no sólo a los tres partidos principales, sino también a los empresarios, la Iglesia y la izquierda social y guerrillera no representada por el PRD) se estén constituyendo. El gobierno aceptó hacia finales de enero de 1994 la negociación con la izquierda radical y ahora acepta también al PRD. Desaparecidas las exclusiones sostenidas a lo largo del sexenio pasado, el escenario está puesto. Sólo falta que el actor principal se decida realmente, que el gobierno pase de los dichos a los hechos y que los demás lo secunden.

El PRI ha acumulado experiencias. Ahora sabe que a diferencia de lo

que sucedía en el pasado, la oposición encarnada en el PAN y el PRD no puede ser liquidada ni cooptada. Sabe también que, pese a todas sus ventajas, esos dos partidos obtuvieron probablemente más de la mitad de los votos emitidos. Seguirá peleando cada espacio palmo a palmo, pero no puede dejar de convivir. Y convivir significa establecer mínimas reglas de juego aceptables para los tres. Ha aprendido también que la derrota electoral no es sinónimo de aniquilamiento. Si asimila las lecciones de Chihuahua y Baja California,⁵ no puede dejar de reconocer que en determinadas circunstancias la oposición fortalece.

El PAN ha mostrado habilidades tácticas insospechadas. Partido viejo y experimentado, después de 1988 cosechó lo que Cárdenas había sembrado. Pese a haber ocupado sólo el tercer lugar en la contienda electoral y haciendo a un lado la corriente de Clouthier y Fox, negoció. No se le puede culpar de eso, sino de los términos de la negociación. A cambio de tres gubernaturas, convino en reducir considerablemente el paso de las reformas a nivel nacional, quizá también pensando que el sistema de dos partidos es siempre posible, que la fuerza de la izquierda podría ser marginada.

El PRD no podía negociar antes de haber fijado con claridad su identidad y su autonomía. Con su posición intransigente, Cárdenas ha hecho una gran aportación a la constitución de una fuerza de centro-izquierda de contornos definidos y de vocación combativa. Pero el resultado de las últimas elecciones debe haberle demostrado que el palacio del autoritarismo no puede ser tomado por asalto. Que el proceso democratizador será largo y complicado y que por él se tendrá que transitar con el PAN y otras fuerzas democráticas, y también que aún no ha llegado el tiempo para que la izquierda asuma la presidencia.

Las izquierdas social y guerrillera han demostrado que en un país como el nuestro la democracia no puede avanzar sólo por vías parlamentarias. Allí donde reinan los caciques y sus clientelas, las autoridades arbitrarias y la represión, la ignorancia y la corrupción, no se puede renunciar a la lucha en la calle e incluso en la montaña y la selva. Pero también deben admitir que éstas no pueden derrocar por sí mismas al sistema PRI-gobierno y que, por lo tanto, su lucha es parte de un proceso, no todo el proceso. La aceptación de esas realidades está ya presente con claridad prístina en los escritos y el discurso de Marcos.⁶

La revolución llega a Chiapas

Una vez más, Chiapas ocupa el centro de la atención política y muchos sentimos que ahí no sólo se juega el destino de una región. Preocupa-

dos como estamos por el peligro de la reanudación de las hostilidades y la acumulación de dificultades que se yerguen en el camino de las negociaciones, hemos dejado de pensar en las posibilidades de éxito.

Los problemas económicos, sociales y políticos de Chiapas son extraordinariamente complejos. No pueden ser resueltos sin afectar estructuras profundamente enraizadas y eso significa que para la mayoría de ellos no existen soluciones capaces de satisfacer, aun cuando sea mínimamente, a todos los actores del drama desencadenado el primero de enero. En Chiapas para que unos ganen, otros deben perder.

Chiapas es un muestrario de todas las deformaciones surgidas a raíz del desarrollo desigual de nuestro país. Pobreza extrema y atraso educativo conviven con empresas altamente lucrativas y una concentración extrema de la propiedad y la riqueza. Tras la fachada republicana, el cacicazgo es la forma en que se ejerce el poder en cientos de comunidades, cerrando el camino a todas las formas de democracia representativa. La discriminación racial y la opresión afectan la vida de cientos de miles de indígenas.

Estado fronterizo, Chiapas conoce los reflejos de las convulsiones centroamericanas y la inmigración económica y política. La Revolución mexicana casi no llegó a esa parte del país y esta situación prevaleció sin demasiadas dificultades durante décadas. Pero la aparición de actividades modernas y más remunerativas, el aumento de la población y luego la crisis han agudizado hasta la ruptura todas las contradicciones.

Éstos no son problemas exclusivos de Chiapas. Existen en nuestro país muchos Chiapas, algunos de ellos en las afueras de las zonas urbanas más pujantes: la ciudad de México, Guadalajara, Puebla, Querétaro. Para ellos, el gobierno sigue teniendo la iniciativa. Pero la situación es muy diferente en el estado fronterizo del sur.

Ahí, el primero de enero se inició una revolución social local. El sistema tradicional de poder se resquebrajó. Un gobernador tuvo que renunciar ignominiosamente, un exgobernador que había sido nombrado secretario de Gobernación fue cesado sin ceremonias y en Chiapas los rumores son que ha huido del país y que está vendiendo apresuradamente sus propiedades en la entidad. Otro más fue secuestrado por el EZLN y acusado de crímenes y corruptelas que aún no se han esclarecido. Quien fue nombrado gobernador electo en los comicios del 21 de agosto es cuestionado por una parte importante —quizá la mayoría— del electorado.

Cuatro gobernadores en capilla, cuatro. Los símbolos y las prácticas autoritarias, la cultura de sumisión y complicidad, el poder arbitrario construidos alrededor de la figura todopoderosa del señor gobernador han sufrido serios deterioros. ¿No es esto una crisis gravísima de las formas tradicionales de

poder? Casi todos los sectores de la población, aun aquellos que más se distinguían por su pasividad, han entrado en movimiento, planteando públicamente sus demandas, organizándose, estableciendo relaciones de confrontación y alianza al margen del poder. Se han movilizadado al máximo partidos políticos, asociaciones gremiales, grupos intelectuales, iglesias. Pero desde luego, el factor que ha puesto en marcha todos estos elementos es la rebelión armada del EZLN, que cuestiona territorialmente la soberanía del poder constituido, el sistema de propiedad vigente, el estatus legal de la población indígena. Frente a él, el poder central ha colocado 20,000 o 30,000 soldados del ejército nacional, que llevan ya diez meses estacionados en la entidad y que, en cierto sentido, sustituyen al poder civil.

En el momento en que pueden reiniciarse las pláticas, el régimen tradicional se encuentra cuestionado en cuatro niveles diferentes:

- Una parte del territorio de la entidad está bajo el poder de una fuerza armada apoyada por numerosas comunidades que no aceptan la autoridad del gobierno constituido.
- Numerosas propiedades agrícolas han sido ocupadas por campesinos que se niegan a reconocer los títulos existentes y exigen su reparto.
- Una parte importante de la población no acepta los resultados de las elecciones del día 21 a nivel estatal y municipal y realiza actos importantes de resistencia civil que en algunos lugares han adquirido la forma de acciones más radicales.
- Al margen de la policía y el ejército, terratenientes, pequeños propietarios y caciques han engrosado las filas de sus guardias blancas y grises y se aprestan a entrar en acción. Crece la criminalidad, creando nuevos espacios de poder.

Si este cuadro no responde al concepto de una revolución, no sé que nombre darle. Sea cual fuere el destino del EZLN, se ha ganado ya un lugar destacado en la historia contemporánea de México. Es su privilegio haber iniciado una revolución —de alcance regional, es verdad— en México, a finales del siglo XX. Frente a esa realidad, el gobierno se encuentra, antes de reiniciar en serio las conversaciones, en la necesidad de tomar decisiones estratégicas con efectos a mediano y largo plazos. Restablecer sin más el *statu quo* exigiría un baño de sangre. Satisfacer las demandas populares de cambio implicaría entrar en conflicto violento con los grupos que dominan económica y políticamente la entidad, y cuyas ramificaciones se extienden a todo el país.

La revolución no puede triunfar en un solo estado. Pero el orden es-

tablecido tampoco podrá ser restaurado íntegramente. La disyuntiva extrema puede formularse en los siguientes términos: ¿Porfirio Díaz y Tomochic o Lázaro Cárdenas y La Laguna? Es verdad que nadie espera algo tan drástico. La mayoría de los gobiernos posrevolucionarios se especializaron en las soluciones intermedias, siempre cargaditas a favor de los de arriba. Incluso bajo la presión de grandes luchas populares, han predominado las medidas que privilegian el cambio lento sin lastimar demasiado y de inmediato los intereses de los grupos dominantes más conservadores. Pero ¿es posible una solución de ese tipo en Chiapas hoy, sin caer inevitablemente en el derramamiento de sangre?

Antes de sentarse a la mesa de negociaciones, el gobierno federal deberá tomar decisiones que trasciendan la casuística y la maniobra. En su tiempo, Lázaro Cárdenas —cuyo aniversario estamos celebrando— se deshizo de los dinosaurios: Calles —que, por cierto, también cumple años— y Morones, recurriendo al pueblo y movilizándolo a los trabajadores. ¿Será capaz Zedillo de hacer lo mismo en ese rincón olvidado de la patria?

La legitimidad popular que necesita está al alcance de la mano. La decisión se complica, es verdad, si se consideran sus connotaciones nacionales e internacionales. La posición y el discurso del EZLN han despertado círculos concéntricos de simpatía y solidaridad que se extienden a lo largo y ancho del país. Probablemente hayan contribuido incluso a la organización de grupos dispuestos a secundarlos en la vía armada de la lucha revolucionaria en otras entidades, en caso de que la salida negociada fracase. Las asociaciones nacionales de ganaderos y empresarios no van a tolerar sin protestar la vulneración de los intereses de sus colegas en tierras chiapanecas. La opinión pública mundial no aceptará fácilmente una solución represiva contra los indígenas. Por su parte, Estados Unidos espera una salida acorde con las políticas económicas del Banco Mundial y la consolidación del poder de los medios empresariales en la localidad. Pero una decisión reformista para Chiapas encuentra contrapesos más que suficientes en otros aspectos de la política de los gobiernos actuales. Llevar la reforma social a Chiapas sería un buen comienzo para el nuevo presidente.⁷

El PRD y el nuevo gobierno

En su primer discurso oficial, el 2 de diciembre de 1994, Ernesto Zedillo declaró: “Como presidente de la república procuraré con todos los partidos políticos por igual, un trato fundado en el diálogo, el respeto y la verdad”. Algunos días más tarde buscó contactos con diputados perredistas. El 7 de enero de 1995, el PRD firmaba junto a todos los partidos el Acuerdo Político Nacional. Luego, el día 13 del mismo mes, el presidente se reunía por prime-

ra vez con dirigentes de ese partido. Algunos de ellos, influidos por experiencias pasadas, sobre todo durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, mostraban serios recelos sobre las intenciones del gobierno.

El domingo pasado, el pleno del Consejo Nacional del PRD resolvió proponer la instalación inmediata de “una mesa de negociación” para tratar con el gobierno la situación en Chiapas, Tabasco y Veracruz, y abordar “con una agenda precisa, la reforma democrática del Estado como el inicio de una transición a la democracia”.

El documento fue el resultado de tres días de tormentosos debates que sacudieron a la dirección del partido y la llevaron al borde de la fractura. Su aprobación representa un avance para la tendencia que apoya la participación del PRD en una transición democrática negociada y, puesto que nadie abandonó sus filas, una victoria para la consolidación de la unidad en la diversidad que parece ser una de las características distintivas de ese partido. En esta ocasión, el arquitecto del difícil acuerdo fue Porfirio Muñoz Ledo, quien supo conciliar entre los extremos sin sacrificar la orientación de la organización.

El problema que enfrentó a los miembros del PRD ha estado sacudiendo a la izquierda mexicana desde su nacimiento. Es el de su relación con el Estado y con el gobierno priísta en turno. Empujada por la represión y el ninguneo, durante varias décadas la izquierda independiente vivió al margen del sistema político corporativo, en los pequeños condominios de las ciudades o las chozas ocultas del campo. Con excepción de algunos contactos esporádicos, el gobierno sólo se dirigía a ella para hostigarla o satanizarla. Por lo tanto, a la mayor parte de la izquierda el sistema se le aparecía como irreformable y el Estado como un enemigo con el cual se estaba trabado en lucha mortal. Mientras que para los gobiernos del PRI la negociación sólo representaba un paso en la cooptación o el aniquilamiento, para la izquierda era la antesala de la traición.

Cuando en 1977 el gobierno de López Portillo llegó a la conclusión de que el sistema no podía preservar su legitimidad y su estabilidad sin integrar en él a una parte de la oposición de izquierda, sin legalizar su presencia y el trato cotidiano con ella, encontró en las filas de ésta una gran resistencia. ¿Tratar con los representantes de la burguesía no equivalía a traicionar al pueblo? ¿Negociar con el gobierno no era legitimar un sistema que estaba a punto de derrumbarse? Además, pesaban los rencores producidos por choques pasados. Entre 1977 y 1988 la cohabitación se fue tejiendo lentamente en una relación totalmente asimétrica. La izquierda era legal y como tal se le trataba, pero sólo a condición de que aceptara su carácter de participante menor en un sistema cuyos candados le impedían cualquier acceso importante al poder. Quien en sus filas quisiera participar de los dulces frutos de éste, no podía apelar al voto popular sino a la transa, la venta, la traición.

Los movimientos y los partidos de izquierda desconfiaban de los dirigentes que dialogaban o negociaban en secreto con los poderosos y sus aprehensiones eran alimentadas por un estilo de gobernar que descremaba cíclicamente a la oposición, corrompiendo o cooptando a sus dirigentes.

En 1988 se produjo un cambio radical. La muy esperada y anhelada división del PRI llegó y representantes destacados de ese partido establecieron una alianza con ella. Una alianza que, pese a sus tensiones, ha ido adoptando visos de estabilidad. La fuerza de ese bloque político demostró ser muy superior a la de la izquierda aislada y dirigida o a la del centro condenada al silencio y encerrada en el partido de gobierno. La reacción del gobierno de Salinas a su formación fue el enfrentamiento. Incapaz de regresar a sus oponentes a la ilegalidad, rompió el diálogo y los sometió a un tratamiento sistemático de exclusión, fraude electoral y confrontación, mientras iniciaba un compromiso histórico con el PAN.

El nuevo partido, por su parte, centró todas sus energías en ganar las elecciones presidenciales y preparar la defensa del voto, excluyendo la colaboración negociada con los representantes de un sistema que estaba, según su previsión, una vez más a punto de hundirse. Las posiciones se endurecieron. Había sin duda negociaciones y acuerdos, pero éstos eran siempre locales y coyunturales. Durante seis años predominó en la relación entre el gobierno y el nuevo partido la confrontación. Costosa como era para el nuevo partido, ésta le ayudó a cimentar la alianza entre centro e izquierda, definir su identidad opositora y fortalecer sus lazos con los sectores más radicalizados de la población. En esencia, en el periodo de Salinas la relación con el gobierno no era muy diferente de la que guardara antes la izquierda independiente.

En quince días, Zedillo ha cambiado esta situación. Sólo necesitó cuatro encuentros con representantes del PRD para establecer las posibilidades de diálogo. Se vislumbró la posibilidad de conversar y de discutir los problemas del país directamente con el presidente de la república.

En el PRD esto provocó reflujos profundos. Mientras que un sector sigue convencido de que perdió las elecciones sólo debido al fraude, que existe un gran movimiento popular latente que únicamente necesita ser convocado y que, como su predecesor, Zedillo no aceptará el camino de la transición democrática negociada, otro realiza una lectura diferente de las elecciones: es posible que Zedillo acepte como inevitable ese camino, y además existe el reflujo en el movimiento popular; ergo, vale la pena intentar la negociación. Para quien sea capaz de leer entre líneas, lo que en realidad se discutió en el CEN del PRD es si ya están maduras las condiciones para dialogar directamente con el gobierno y cuáles deben ser los planteamientos con los que hay que encararlo.

Como negociadores, los gobiernos del PRI tienen muy mala fama. Durante décadas concibieron a sus contendientes como realidades pasajeras. La negociación era sólo un artificio para dividirlos, cooptarlos, desarmarlos; en una palabra, aniquilarlos. Su objetivo principal era ganar tiempo que siempre trabajaba en favor de la fuerza más estable: el Estado. El problema es si las condiciones han cambiado. ¿Las repetidas declaraciones del nuevo presidente sobre su disposición a una "reforma electoral final" son manifestaciones de un propósito genuino o una cortina de humo que será retirada tan pronto el enemigo se aquiete? ¿El indudable restablecimiento del diálogo con el PRD es un reconocimiento de su permanencia o una treta para separarlo de su base popular y dispersarlo?

La aceptación por parte del presidente de la propuesta para la instalación de una mesa de negociación en los términos propuestos por el PRD puede ser el principio de un cambio importante, pero también puede reducirse a una medida táctica de efectos limitados o un paso demagógico. El problema es si el PRI está dispuesto a aceptar al PRD como actor con plenos derechos en el juego democrático. Por su parte, el PRD, que ha dado un paso decisivo en el camino de la aceptación de la negociación, debe mostrar que está dispuesto a conceder, que entiende que no son épocas para demandas maximalistas.

Su dirección debe definir con precisión la relación que existe en las condiciones actuales entre oposición y diálogo, y demostrar que es capaz de practicarla con una flexibilidad que haga honor a la tozudez que demostró en los seis años salinistas de ininterrumpida confrontación.⁸

El PRD y el Acuerdo Político Nacional

Mientras los siete de Halifax se congratulaban de la situación de México, la mayoría de los mexicanos nos sumíamos en la depresión. En términos económicos, el primer semestre ha sido desastroso y los indicadores muestran que el que viene no será mejor. La decisión del PAN de retirarse de la mesa del Acuerdo Político Nacional, de la cual estaba ya ausente el PRD, anula la perspectiva de una solución negociada de la transición a la democracia. Y, por si fuera poco, el escándalo electoral de Tabasco y los asesinatos tanto del fiscal encargado de la investigación del caso Ruta-100 como de Abraham Polo Usanga, acercan la política a la nota roja.

Evidentemente, los representantes de las siete potencias industriales hablan de un México diferente del que vive de manera cotidiana la inmensa mayoría de los mexicanos. Se refieren a un lejano país latinoamericano que, a pesar de haber sido víctima de una nefasta especulación financiera, cumple religiosamente con sus compromisos crediticios internacionales, aplica sin chistar las draconianas condiciones del paquete Clinton, y acata al pie de la letra las órdenes del Fondo Monetario Internacional (FMI).

El otro México, el del hambre y el desempleo creciente, el de la desesperación y los suicidios, el de la descomposición política y la violencia criminal, está fuera de su campo de visión. Se trata, en realidad, de dos países muy reales pero muy diferentes entre sí.

El primero es un peón más en el tablero de la estrategia global de los Siete Grandes para el mundo de los "países emergentes". El segundo, el lugar donde viven cerca de 90 millones de mexicanos con sus pesadillas y sus sueños. El problema crucial de este fin de siglo parece ser: ¿cuál de los dos Méxicos se impondrá, el de los Siete Grandes o el de los mexicanos?

Y a propósito de la crisis política, muchos de nosotros nos preguntamos qué papel desempeñará el PRD en ella. Los avances del PAN en Jalisco, Guanajuato y Yucatán parecen sugerir que ese partido corre el peligro de ser

marginado del proceso de democratización al cual tanto ha aportado. Sin embargo, los más recientes sucesos indican que cualquier conclusión es aún prematura.

La presentación que hizo Andrés Manuel López Obrador de las pruebas de fraude electoral que incriminan en forma escandalosa al gobernador priísta de Tabasco (Roberto Madrazo Pintado), nos recuerda la existencia beligerante del PRD y la vigencia de sus posiciones.

Aun cuando de un corte diferente, la presencia del PRD en cinco estados sureños es tan real y vigorosa como la del PAN en los estados norteros. Es verdad que hasta ahora no se han convertido en victorias electorales, pero también es cierto que los éxitos del PAN no se debieron sólo a su pragmatismo y su capacidad de captar el voto de castigo de los electores, sino también a sus arreglos con Salinas.

El endurecimiento actual no debe hacernos olvidar que desde 1989 se ha ido formando entre el PRI y ese partido una convergencia, un "compromiso histórico" que va más allá de la flexibilidad política, la capacidad de negociación o la hábil maniobra. Su base es doble: una amplia coincidencia en el proyecto económico y la preferencia de una transición gradualista a la democracia. Es decir, una transición en la cual el presidente de la república conserva el control del proceso a cambio de reconocer y respetar las victorias electorales del PAN.

Los símbolos visibles de ese "compromiso histórico" son el reconocimiento temprano del triunfo electoral de Salinas, las reformas a los artículos 3º y 27 de la Constitución (vieja demanda panista), el apoyo del PAN a las inicuas reformas electorales del sexenio anterior, y las primeras gubernaturas panistas.

El "compromiso" se hace aún más evidente por la presencia de un panista en la Procuraduría General de la República que, en las circunstancias actuales, ha adquirido el nivel de una supersecretaría de Estado.

¿Cómo interpretar entonces el reciente endurecimiento de las posiciones del PAN, su retiro de la mesa del Acuerdo Político, su decisión de oponerse a todas las iniciativas del PRI en el congreso, su llamado a la resistencia civil?

El problema con el partido gobernante es su prepotencia. Después de 67 años en el poder, el viejo y mañoso PRI no logra liberarse del desdén por sus adversarios. Está acostumbrado a debilitar y aislar a sus oponentes, y luego traicionar sus acuerdos, con la misma facilidad con que ignora sus promesas electorales. En Yucatán volvió a hacer de las suyas y, repentinamente, el PAN se encontró en la misma situación que el PRD.

No existe en realidad garantía alguna de que el PRI-gobierno cumpla con los acuerdos alcanzados en los Compromisos para un Acuerdo Político Nacional. Los consejeros del PAN condenaron por unanimidad el fraude en

Yucatán, la ciudadanización de los Consejos en el Distrito Federal y, por solidaridad reveladora, el "atropello electoral" en Tabasco, donde el costo de la campaña del PRI alcanzó un "monto insultante e inadmisibles".

El PRD ha sido excluido del compromiso histórico de centro-derecha por motivos obvios. Su programa económico es opuesto al neoliberalismo. Por el origen y la composición de sus seguidores, no puede aceptar una transición gradualista a la democracia. Ha demostrado una y otra vez con hechos que está por una transición negociada, basada en un acuerdo entre todos los partidos y otras fuerzas de la sociedad civil y controlada por los firmantes en su conjunto. Una salida muy diferente, y en realidad la única que asegura una verdadera superación de las prácticas corporativas.

Es, por lo tanto, dudoso que sólo con flexibilidad política y disposición a la negociación logre con el PRI la relación que tiene con el PAN. Y, considerando el deslizamiento hacia el conservadurismo de sectores importantes de la población urbana, es poco probable que pueda, simplemente con una mayor mesura en su discurso y en las formas de protesta a las que recurre, conquistar el voto de castigo tantas veces invocado.

La decisión del PAN confirma la justeza de la posición del PRD. No se puede pactar con un PRI prepotente, endurecido por casi siete décadas de poder absoluto, sin exigir garantías prácticas, hechos que prueben que está dispuesto a cumplir con los acuerdos que suscribe. Pero esto no exime al PRD de la necesidad urgente de revisar su posición sobre las negociaciones con el PRI.

La discusión de si se debe o no negociar con el partido de gobierno, lo ha transportado del mundo real al mundo imaginario. La política es lucha y compromiso. El EZLN negocia. ¿Por qué no ha de negociar el PRD? Lo único verdaderamente pertinente en la discusión es cómo, cuándo y dónde debe recurrirse a la lucha o a la negociación, o la forma de combinarlas, los tiempos de su alternancia y los términos de los acuerdos.

La verdad es que en sus primeros seis años de existencia, el PRD ha sido más consecuente en la lucha que hábil en la negociación. De acuerdo con la vieja tradición de la izquierda mexicana, no ha sabido cosechar en la negociación lo ganado en la lucha. Es tiempo de reconsiderar. Como dijo Lorenzo Meyer, el PRD necesita urgentemente una victoria para reafirmar su posición en las condiciones inéditas surgidas después de los sucesos de diciembre, y la clave puede estar en la combinación inteligente de la lucha y la negociación.¹

El III Congreso

El III Congreso Nacional del PRD se celebró del 23 al 27 de agosto de 1995. En él se discutió la reorganización de la dirección y las reglas que debían

normar la democracia interna. Uno de los puntos más debatidos fue el de las tácticas que deben regir la relación con el gobierno.

La economía se debate en una crisis peor que la de 1929 y la descomposición del viejo sistema político se ha acelerado. Nunca había tenido México una necesidad tan urgente de un buen partido de centro-izquierda. La posibilidad reside en el movimiento social que inició la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 y que ha resistido con gran vitalidad todos los embates del poder. Sin embargo, esa posibilidad se enfrenta a grandes obstáculos que no deben ocultarse.

En el último año el PRD ha debido vencer una serie de duras pruebas. Primero se presentó el retroceso electoral de la elección presidencial de 1994, luego una racha de violentas luchas internas por el poder, y finalmente las desavenencias entre dos estrategias contrapuestas. Antes de su III Congreso, el partido vio alzarse el espectro de la división. Nadie se ponía de acuerdo sobre nada. Como lo dice un documento preparatorio del congreso: "Es frecuente que en un día, en un mismo diario o en un mismo noticiero, aparezcan compañeros de un mismo órgano dirigente con posiciones diametralmente opuestas".

¿Quiénes? ¿Cuándo? Cárdenas y Muñoz Ledo. En un gran mitin público, dos dirigentes del partido se trabaron en aguda polémica y un precandidato perdedor en comicios internos amenazó con negar su apoyo a su contrincante para las elecciones de gobernador. Como si eso no fuera suficiente, las elecciones internas para puestos de dirección acaban casi siempre en acusaciones mutuas de fraude y corrupción.

El PRD cuenta con una lista impresionante de dirigentes populares prestigiados, pero muchos de ellos no se deciden a establecer un compromiso definitivo con la nueva organización, y otros parecen considerar que sus victorias personales, las de sus camarillas o posiciones en el interior del partido, son más importantes que los avances de éste en el seno de la sociedad. Trabados en una lucha interna sin fronteras, no se ocupan por consolidar la presencia de su partido en las elecciones de Jalisco, Yucatán o Baja California, lugares en los cuales el bipartidismo está avanzando a paso acelerado.

El costo del pleito público en prestigio y credibilidad no parece preocuparlos. Así se renueva la triste costumbre de la izquierda, según la cual la ampliación de la propia parcela de poder en el espacio común es más importante que la ampliación de este espacio en la escena nacional.

Las causas de la situación están expuestas en el documento ya citado. Se trata de un vicio de origen. En la formación de la organización participan fuerzas muy heterogéneas: partidos, personalidades, movimientos y ciudadanos sin afiliación. Por esto su composición representa una gran diversidad de intereses, posiciones y estilos.

La situación tiene sus ventajas y desventajas. Capaz de reflejar la heterogeneidad del pueblo como ningún partido de la izquierda independiente del pasado, el PRD no cuenta con órganos de dirección afianzados. En lugar de ellos, privan las camarillas, los grupos clientelares, las estructuras corporativas y los caudillos que hacen pedazos todas las instituciones.

Después de las elecciones del 21 de agosto del año pasado, la fuente principal de unidad de esa amplia coalición, el proyecto de llevar a Cárdenas a la presidencia, se está secando. Cuando quedó claro que ese objetivo no podía ser alcanzado, la unidad fue puesta en entredicho. La cuestión es qué la va a sustituir.

Lo que la etapa actual exige es cimentar las bases de un partido de izquierda moderno con una perspectiva clara a largo plazo, dispuesto a disputar el poder por la vía electoral a todos los niveles y, si es necesario, defender los derechos humanos y la legalidad del voto.

Un partido que lucha por la democracia para todos y la justicia social para las mayorías. Un partido que sea capaz de aglutinar todas las fuerzas que estén interesadas en acelerar la transición a la democracia y que pueda unir a expropiados del campo, obreros desocupados, deudores insolventes y empresarios quebrados por un cambio razonable en la política económica. El problema es si existe en el PRD un grupo de dirigentes con suficiente visión, dispuesto a enfrentar la complejidad de la tarea, subordinando los intereses personales y las aspiraciones inmediatas de las camarillas a la consolidación de órganos de dirección institucionales.

Si los dirigentes son capaces de guiar la transformación de la federación en partido, la nueva fuerza sobrevivirá. Si no, tarde o temprano será marginada. Durante el último año, todo apuntaba hacia la dispersión, pero el III Congreso ha disipado el peligro y demostrado que existen factores de unidad suficientemente poderosos para impedir la debacle. Ahora es claro que durante un buen tiempo el espacio de centro-izquierda será ocupado en el ámbito electoral primordialmente por el PRD. A medida que se acerquen las elecciones presidenciales de 2000, aparecerán sin duda otros partidos y coaliciones electorales que le disputarán su espacio, pero el PRD llevará una ventaja importante.

Realizado en Oaxtepec, el tormentoso evento resultó ser sorpresivamente un impulso a la unidad. Al avalar una línea estratégica que no es la suya, Cárdenas ha dado un apoyo importante a la institucionalización de la dirección. Por su parte, los esfuerzos de Porfirio Muñoz Ledo y Mario Saucedo contribuyeron considerablemente a recomponer las relaciones entre los diversos grupos dirigentes y sellar las convergencias.

Sólo el futuro dirá qué tan sólidos y duraderos son los avances logrados

y es prematuro afirmar que la estructura interna del PRD se dirige firmemente hacia la modernidad. Por ahora, sólo es posible decir que, como partido, sus perspectivas han mejorado. La dirección se ha hecho ligeramente menos carismática y más política, algo menos faccional y más colectiva (en el sentido de la dependencia mutua). Pero la mayor parte del poder sigue en manos de los caudillos y sus clientelas, de las facciones y sus alianzas que se ramifican dentro y fuera del partido, desdibujando sus contornos y enturbiando su imagen. Aun después de su III Congreso, el PRD se parece todavía más a las huestes revolucionarias de los años 1913-1928 que a una fuerza capaz de protagonizar una transición pacífica a la democracia en las próximas décadas.

El congreso aprobó una línea que puede colocar al partido en el centro de la vida política del país. Opuesta radicalmente a la que practica el nuevo gobierno, se distancia sin embargo de las posiciones maximalistas. Al gobierno le pide que abandone el gradualismo de sus predecesores desde 1977, y a los sectores más radicales les pide dejar de lado una oposición intransigente a la negociación y la exigencia de desconocer a Zedillo y pugnar por un gobierno de salvación nacional. Esto crea posibilidades de una transición negociada a un régimen de transparencia electoral, pluripartidismo y estado de derecho, lo máximo a lo que puede aspirar el país en los próximos cinco años.

En lo que atañe al PRD, su participación en ese proceso depende de su capacidad de recuperar la trayectoria ascendente de sus votos.²

Maniobras chiapanecas

Los movimientos tácticos, concesiones mutuas y acuerdos que se sucedieron con rapidez entre el 27 de agosto y el 12 de septiembre del año en curso en las conversaciones sobre Chiapas, pueden servir de modelo para comprender futuros diálogos sobre la reforma política.

El 27 culmina la Consulta Nacional, demostrando, una vez más, que el EZLN cuenta con un apoyo o simpatía nacional importante. Cinco días más tarde, el presidente de la república anuncia en una reunión con los miembros de la comisión parlamentaria que se ocupa del asunto, que está de acuerdo en que el EZLN participe en el Diálogo Nacional de Reforma del Estado. Marco Antonio Bernal matiza presionando: siempre y cuando se desarme. La comisión parlamentaria rectifica: aun cuando no lo haga. El jueves 7, la Secretaría de Gobernación emite un comunicado confirmando la oferta y pidiendo al EZLN, en cambio, que se abstenga de obstaculizar la instalación inmediata de las mesas de trabajo que deben discutir las demandas locales de los indígenas. El EZLN reconoce públicamente la importancia del paso. El 12 de septiembre en la madrugada se logra el primer acuerdo importante después de cinco me-

ses de negociaciones infructuosas. El estancamiento es superado, las pláticas entran en la etapa constructiva de examen de los asuntos en litigio.

El acuerdo altera la posición de todos los actores que participan en el proceso de transición democrática en que se halla inmerso el país. El EZLN obtiene una estatura nacional que había estado buscando en vano durante meses. Podemos discutir hasta el aburrimiento las múltiples facetas y los contradictorios significados del plebiscito. Si con él el EZLN se había propuesto renovar y ratificar públicamente sus lazos con la sociedad civil y abrir caminos para su transformación en fuerza política nacional reconocida, lo logró. Por su parte, al renunciar a la posición anterior que otorgaba a los guerrilleros sólo beligerancia local, Zedillo da muestras de flexibilidad, eleva su popularidad entre los sectores organizados de la sociedad civil, acelera las pláticas de San Andrés y abre el Diálogo Nacional a fuerzas que no son partidistas, ampliándolo.

Otro de los ganadores fue el organizador de la encuesta, Alianza Cívica. Demostró que su sistema nacional de consultas recoge correctamente la existencia de un fuerte deseo en sectores importantes de la población por expresar sus opiniones y participar en política sin las mediaciones existentes. Sucesos posteriores le dan rápidamente la razón. El voto de 1'088,000 ciudadanos y las 10,032 mesas instaladas en miles de poblaciones sin apoyo oficial y sin los recursos de los partidos, son una demostración de fuerza y de capacidad de movilización imponente. Además, el objetivo explícito de los organizadores de influir tanto en el EZLN como en el gobierno para abrir cauces a una solución pacífica, también se logró. La inclusión del EZLN en el Diálogo Nacional de Reforma del Estado fortalece las posiciones del PRD. En el seno del PRI se consolida la posición de quienes están de acuerdo con una transición negociada a la democracia.

¿Quiénes perdieron? Han sufrido un revés aquellos que desde un principio han estado negando la legitimidad de la rebelión armada en Chiapas; aquellos que se han dedicado a ensuciar el pasado de los dirigentes del EZLN para negar su presente y su futuro; quienes han pretendido aislarlos de la sociedad para imponer una solución militar. Han perdido los que piensan que en el proceso de transición sólo debe oírse a quien ya tiene una voz dentro del sistema y niegan la existencia de otras voces; aquellos que quisieran una reforma democrática que se limite al México imaginario, sin llegar a las entrañas del México profundo. Retroceden los dinosaurios que piensan que con la oposición sólo se negocia para discutir el precio de su rendición.

Zedillo ha decidido construir nuevos pactos de gobernabilidad paso a paso, sin desplantes ni escándalos, y el EZLN, sin abdicar de su condición guerrillera, ha aceptado el reto de las coincidencias parciales y el peligro de los acuerdos negociados con tal tino que nadie puede acusarlos de claudica-

ción o cooptación. Ya más de un analista ha llamado la atención sobre lo barroco de la situación. Pero éste es un precedente que se repetirá muchas veces antes de que termine la transición a la democracia, porque al fin y gracias al grito de Chiapas, el México real está alcanzando al México formal.

Las contradicciones del mundo de caciquismo, violencia extralegal, semiesclavitud, discriminación racial y miseria crónica en que vive un número creciente de mexicanos no pueden ser resueltas en el marco de las instituciones republicanas, sencillamente porque en la ley los caciques no existen.

La transición no puede concebirse exclusivamente como un acuerdo de las cúpulas para renovar y fortalecer las instituciones democráticas a nivel nacional, porque repetiría la triste historia de las innumerables reformas del Estado que han tenido lugar en México desde 1824. Pretendiendo perfeccionar las instituciones republicanas, no se atrevieron a abordar el problema de su aplicación en regiones dominadas por la arbitrariedad de los caudillos del tipo de Santa Anna o Cedillo, o los caciques al estilo Patrocinio González o Rubén Figueroa que, ancestralmente, se han reído de ellas.

Para ser efectiva, la transición nacional a la democracia debe incluir acuerdos locales para hacerlos llegar a todos los rincones de un sistema político que durante siglo y medio ha tolerado la consolidación y reproducción de prácticas autoritarias totalmente ilegales y ha garantizado su inmunidad a las reformas legales.

En una palabra, la transición a la democracia a nivel nacional deberá ser acompañada por decenas o cientos de transiciones particulares, concretas, diferentes entre sí a nivel local. Si las negociaciones de San Andrés Larráinzar terminan con un arreglo que incluya ¡al fin! la instauración real de la república, la reforma agraria, la igualdad de las razas y los géneros en Chiapas, si este ejemplo comienza a cundir en Guerrero, Tabasco, Oaxaca, Michoacán y las miles de micropatrias en las cuales la ley es letra muerta y la vida de los pobres no vale nada, se habrá producido un triunfo de alcances impredecibles en la democratización real, en la fusión del México formal y el México real, en la instauración —que no en la restauración— de una república que nunca existió en esos lugares.

La aportación inapreciable de la rebelión indígena de Chiapas al proceso democratizador es recordarnos que éste no puede limitarse a reformar el sistema electoral, la división de poderes, los derechos de los partidos a nivel nacional. Debe, además, asegurar que las nuevas leyes y prácticas lleguen a todo el país. Si no lo aborda, será más de lo mismo; si lo logra, se elevará al nivel de una verdadera revolución política.

La experiencia del EZLN se inscribe en otra mucho más amplia. La izquierda se reinventa. Al desechar viejas ideas, estilos y prácticas en México y en

el mundo, está adquiriendo nuevas mentalidades y erigiendo nuevas identidades acordes con la época en que vivimos. Es la segunda vez en el siglo XX que lo hace. La primera tuvo lugar en el fragor de la primera guerra mundial y la tempestad de las grandes revoluciones sociales que la acompañaron y entre las cuales se cuentan la rusa, la china y la mexicana. La segunda tiene lugar en condiciones muy diferentes: una revolución científico-técnica de alcances impredecibles, una prolongada onda depresiva de la economía mundial, el derrumbe del socialismo realmente existente (o, mejor dicho, inexistente), el ascenso de fundamentalismos conservadores, religiosos, nacionalistas y neoliberales.

En la primera ocasión, la izquierda sustituyó una certidumbre puesta en crisis por la guerra, por otra impulsada por la revolución. Cambió la socialdemocracia de la Segunda Internacional por el comunismo de la Tercera. En esta ocasión, el cambio requerido es mucho más complejo. El derrumbe de una doctrina y una fe ha desembocado en una búsqueda titubeante. Hoy la izquierda se asemeja a un hombre que se abre paso a tientas en la oscuridad. Si algo ha aportado el EZLN a ese proceso es reivindicar el valor de las ideas. Ha probado que una buena idea sustentada con dignidad vale más que diez grupos clientelares.

El EZLN no tiene tanques, pero ha sabido convertir un movimiento indígena en una fuerza nacional. Tampoco cuenta con diputados, pero ha logrado llevar al gobierno a la negociación de sus demandas. Estaba aislado en las profundidades de la selva y se ha vuelto omnipresente en los medios de difusión. Abriéndose, ha aceptado el mandato de una sociedad civil que, sin coincidir con su táctica de lucha armada, comprendió rápidamente la importancia de su mensaje libertario.

Su experiencia no es una receta aplicable a todo el país y tampoco puede servir de modelo para el conjunto de la izquierda. Ahora ya podemos decir que en el futuro inmediato es muy difícil que se repita la confluencia inédita de indígenas rebeldes, revolucionarios capaces y cristianos comprometidos que hizo posible el EZLN. Pero sí es un ejemplo de pensamiento creativo, de adaptación a circunstancias cambiantes, de renovación audaz de objetivos. Una luz para todos aquellos empeñados en la única tarea posible en este momento: la reinención de una, varias, muchas izquierdas.³

Guerra de posiciones

El desempeño del PRD en las jornadas electorales de los últimos dos meses puede desanimar a quienes aún viven bajo el síndrome de 1988: la idea de que el país está listo para una victoria de Cárdenas y de un gobierno de centro-izquierda. Pero aun aquellos que estamos convencidos de que la victoria de 1988 fue una coyuntura irrepitable, que la opinión pública, como en la

mayor parte del mundo, se ha movido hacia la derecha, y que por lo tanto en México la hora de la izquierda no ha llegado aún, hacemos una serie de preguntas que sólo los dirigentes de ese partido pueden contestar.

Comencemos por los resultados. En Michoacán el PRD se adjudicó 358,116 votos, lo que representa 31.77% del total, sólo 6% por debajo del PRI, el partido ganador. En Chiapas obtuvo 204,134 votos, 29.74%, colocándose en un cómodo segundo lugar frente al PAN, que alcanzó 9%. En Oaxaca logró 100,703 votos, 24.62%. En Tlaxcala obtuvo 19.14%; en Sinaloa 13%; en Puebla 9.37%; y en Tamaulipas 5.50%. En Michoacán el PRD consiguió mantener su votación; en todos los demás lugares la aumentó.

Tres conclusiones. Primera: el PRD es un partido de presencia electoral creciente que aprovecha los descabros del PRI. Sin embargo, su ascenso es más lento que el del PAN, que se está transformando rápidamente en partido gobernante en las ciudades grandes y medianas del país.

Segunda: si a estos datos se agregan los de Tabasco, Veracruz y Zacatecas (en todos los cuales el PRD ha obtenido más de 11% de la votación total), llegamos a la conclusión de que este partido se coloca—no sólo a nivel de elecciones presidenciales, sino también en las más difíciles elecciones locales—como un partido de oposición significativo, cuya voz deberá ser escuchada; es decir, en un partido que puede hacer una política local de oposición efectiva. Sin embargo, con excepción del Distrito Federal, Michoacán, Tabasco y quizá Chiapas, no es aún un contendiente real por el poder.

Tercera: si se comparan estos resultados con los que obtenía la izquierda (que generalmente se presentaba dividida) en las elecciones locales antes de 1988, debemos reconocer un crecimiento notable y la metamorfosis de una fuerza concentrada en el Distrito Federal y media docena de estados en una fuerza presente en la mayor parte del país. Por otro lado, y con excepción de los estados ya citados, hoy el PRD, como ayer el PCM, PMT, PSUM, PMS, Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), es una fuerza que si bien puede influir en la política nacional y local, no es aún un contendiente viable por el poder.

La fuente de decepción principal es la idea de que en México sólo puede hacerse política de verdad desde los altos puestos: presidente de la república, miembro del gabinete, gobernador. Que en un país como el nuestro, de tradición autoritaria, sólo cuenta el que manda. Esto nunca ha sido cierto. Influyeron decisivamente en la vida política de México Demetrio Vallejo y Othón Salazar, los cientos de dirigentes del 68, Cárdenas y Muñoz Ledo desde la oposición, los comandantes y subcomandantes de Las Cañadas de Chiapas, por sólo citar un puñado de todos aquellos que han hecho al México actual.

Pero en el país que está surgiendo de la lenta agonía del viejo régimen, la idea de que sólo hacen política los gobernantes es aún menos cierta. Si el sistema parlamentario se consolida, una oposición importante puede influir profundamente en la marcha del país, siempre y cuando reúna una serie de características. Examinemos la situación en Michoacán, Tabasco, Chiapas, Oaxaca: el PRI naturalmente puede gobernar ignorando al PRD, pero entonces deberá hacer frente a violentos choques al estilo Tabasco. En Michoacán, con 70,000 votos más, Cristóbal Arias habría podido ser gobernador, pero ¿como representante de un partido, con 31.77% del voto y cerca de 60 municipios, nada puede hacer por los michoacanos? Eso depende de la política de oposición que se adopte.

Una de las tareas inmediatas del PRD es afinar los instrumentos, las prácticas, las ideas, para una política de oposición consistente y efectiva a nivel de los estados, y una política de gobierno honesta e inteligente a nivel de los municipios. Con todo respeto por las diferencias, lo que los zapatistas hacen desde posiciones de paz armada en Chiapas, el PRD debe hacerlo desde la situación de oposición mayoritaria en los lugares en que se ha conquistado con múltiples sacrificios ese derecho o los gobiernos de los municipios.

Dudo que el PRD pueda aspirar a la victoria en las elecciones de diputados en 1997. Puede, sin embargo, constituirse en la oposición más definida, incorruptible y eficaz del país. Pero la adopción de ese objetivo, realista e innovador a la vez, exige recorrer un largo y complicado camino. Si se acepta que como partido el PRD apenas ha cumplido seis años y está por ingresar a la primaria con su mochila nueva, hay que comenzar por aprender a pasar lista con el electorado. Si se abandona la ilusión de la victoria inminente y la ruptura inevitable, y se acepta la perspectiva de la guerra de posiciones, el primer paso es la institucionalización de la dirección nacional y las direcciones locales del partido.

En este sentido, el PRD se retrasa considerablemente respecto del PAN y el PRI. Desde fuera, su dirección parece una coalición temporal de caudillos (inexplicablemente y sin olvidar las excepciones muy meritorias de Rosa Albina Garavito, Amalia García y Nuria Fernández, hay pocas mujeres entre ellos) siempre listos a deslindarse, a marcar su línea personal, a convencer al público de que ellos valen personalmente más que su partido como institución o, por lo menos, más que los otros caudillos. Los compromisos adquiridos con los electores vienen siempre en último lugar.

A principios del siglo XX, durante la Revolución, los mexicanos siguieron a sus caudillos: Zapata, Villa, Carranza, Obregón, no directamente, sino a través de grupos clientelares dirigidos por caudillos menores, quienes, a su vez, comandaban a numerosos caciques de aldea que encabezaban clientelas

aún más reducidas. El fenómeno del caudillo puede sin duda repetirse en el México de fines del siglo XX o principios del siglo XXI, pero no puede servir de modelo para la construcción de una institución política duradera, como una forma estable de organizar y ejercer la oposición y el poder.

Sin el pleito público que precedió las elecciones en Michoacán, el candidato del PRD pudo haber ganado las elecciones. Si siguen peleando, pueden perder más aún. Las diferencias internas en un gran organismo político son inevitables; la forma de resolverlas bajo el régimen de los caudillos es diferente de la que priva en un partido moderno, democrático y disciplinado, dedicado a construir un nuevo poder por medio del voto. El servicio al pueblo desde la oposición pide fidelidad a los principios, disciplina de partido y consecuencia.⁴

1996

EZLN: cambio de piel

Una vez más el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se encuentra en el centro de las tempestades. Para los rebeldes, ha llegado el momento de transitar de la condición de movimiento guerrillero a la de fuerza política legal. Forzada por las condiciones del país y la marcha de las negociaciones, la rebelión de Las Cañadas debe iniciar una nueva etapa en su historia. Esta extraña guerrilla que lleva diez años de preparación, doce días de combate y dos años de acción política desde posiciones de paz armada, debe ahora buscar un nuevo papel en el espectro de la política nacional. Tarea por demás difícil y peligrosa, sobre todo si se tiene en mente el esfuerzo del gobierno para impedir que el movimiento salga de los cuatro municipios que lo vieron nacer y la disposición de muchos de sus enemigos a frustrar su empeño, cobrándole todas las cuentas pendientes.

El EZLN busca los medios para conservar su prestigio, movilizar a sus simpatizantes, preservar su organización, pese al inevitable cambio de piel que le espera. Sus múltiples enemigos locales y nacionales están decididos a desprestigiarlo, aislarlo y, si es posible, dispersarlo. No son pocos los que, además, quieren ver a sus comandantes muertos.

Es en ese contexto en el que hay que analizar la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona. El EZLN es una organización *sui generis*, mezcla de rebelión moral en búsqueda de la dignidad perdida (su lema "para todos todo, nada para nosotros" recuerda de inmediato el "prohibido prohibir" de los estudiantes de París en el 68), reclamo indígena largamente postergado y política radical pragmática, que ha sabido adaptarse a la cambiante situación nacional y mundial. Hasta ahora, su fuerza de atracción ha estado en esa mezcla excepcional y explosiva pero incómoda. El gran problema es cómo conservar esa excepcionalidad y, al mismo tiempo, adquirir una identidad igual a la de otras fuerzas de izquierda: las ya conocidas, ya probadas, ya trilladas *movimiento popular* o *partido político* que han exhibido todas sus virtudes y limitaciones.

Como todas las demás fuerzas de izquierda, el EZLN ha debido renunciar como opción a corto plazo a la perspectiva de la ruptura, el derrumbe o, como lo llamábamos antes, la revolución. Quiéralo o no, su única perspectiva posible es convivir con el régimen político existente o, mejor dicho, vivir en él.

Más que una declaración de fe o, como dirían otros, un programa, su más reciente documento es una brújula, un itinerario de viaje para sortear los traicioneros escollos de un viaje peligroso o un plan táctico para un periodo de transición difícil a un objetivo bien delimitado. Discutir sus contenidos fuera de ese contexto tiene poco sentido. Es tiempo de que la izquierda recupere el respeto perdido a las ideas y para ello es necesario pasar por un gran debate. Pero difícilmente puede considerarse que el punto de partida de éste deba ser la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona. Como lo ha hecho explícito muchas veces, en ningún momento el EZLN ha pretendido que la forma de lucha adoptada por él sea la idónea para todas las fuerzas de la izquierda. Desde sus primeros pasos públicos se concibió como el interlocutor de un movimiento extraordinariamente diverso y pluralista, y vio en la lucha armada adoptada por él un complemento, una respuesta a una situación local excepcional, no un imperativo para toda la izquierda. No hay razón alguna para pensar que su actitud haya cambiado.

En la Cuarta Declaración ha reiterado que no pretende ser vanguardia. Al pronunciarse sobre los partidos políticos, el poder, el camino hacia la democracia; al llamar a la creación de un frente de organizaciones populares no partidistas, no está trazando una línea para toda la izquierda en su conjunto, sino para sí mismo. Está presentando no *la* opción, sino *una* opción; pretende constituirse no en vanguardia del pueblo, sino en vocero político de una parte del pueblo. Por tanto, la discusión con la Cuarta Declaración no es si sus soluciones son las apropiadas para el conjunto del movimiento de izquierda, sino si en el movimiento de izquierda hay lugar para una opción como la del EZLN. El problema no es si el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) debe constituirse en sustituto del Partido de la Revolución Democrática (PRD), sino si México necesita, junto con un órgano electoral de centro-izquierda, un frente común de organizaciones sociales y movimientos populares como el que propone el EZLN.

La izquierda mexicana ha sido en el último medio siglo, siempre y a todas horas, una izquierda heterogénea. Sus expresiones organizativas e ideológicas han sido muy variadas: partidos políticos, frentes electorales, sindicatos, movimientos campesinos organizados, movimientos populares urbanos gremiales y por la democracia, periódicos, revistas y guerrillas. Más recientemente, este vasto repertorio se ha enriquecido con ONG ecologistas, feministas y democráticas. Ha sido también, siempre y a todas horas, una izquierda

dispersa, vale decir, carente de centros permanentes o de una fuerza capaz de hegemonizar a toda esa diversidad. A veces, un impulso como el movimiento de 1968 o la insurrección electoral de 1988 lo logra por un breve instante, pero la dispersión no tarda en imponerse.

Podemos gustar de esa realidad o rechazarla, pero es dudoso que podamos cambiarla en el futuro próximo, porque es una expresión auténtica del desarrollo desigual de nuestro país, la diversidad de las situaciones políticas locales y el genio de un pueblo que tiene alma posmoderna desde la antigüedad azteca o maya, y antipatía por el vanguardismo, la racionalidad cartesiana, los sistemas hegelianos y las organizaciones monolíticas. México nunca contó con un partido como el de la Izquierda Unida italiana (excomunista) o el movimiento sandinista nicaragüense, que lograra marcar la pauta a todos los demás.

De todas estas alternativas, el EZLN podía escoger por eliminación sólo entre dos: *partido político* o *movimiento popular* en sus diferentes matices. Ha optado por el segundo. Si consideramos cuidadosamente su situación, debemos conceder que ha tomado la única decisión posible. Sólo como movimiento popular puede intentar conservar su base indígena chiapaneca y nacional, la calidad moral que le ha conquistado la simpatía de una gran parte de la juventud y los intelectuales, el apoyo de las organizaciones radicales que son por ahora su única base nacional de masas, la fraternización con las ONG como Alianza Cívica. Optar por una salida partidista de inmediato hubiera sido simple y llanamente optar por el suicidio, separarse de sus bases y de su auditorio. Dar un salto en el vacío.

La opción de movimiento popular tiene mucha tradición en México. La lista de los grandes movimientos populares que se han sucedido a lo largo del tiempo es infinita. Recordemos sólo algunos de los más recientes: la Insurgencia Sindical de los años 1970-1976, el movimiento de renovación magisterial en el seno del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, el navismo en San Luis Potosí, los movimientos de colonos urbanos de los años ochenta, la Coalición de Ejidos Colectivos del Valle del Yaqui y el Mayo, El Barzón, el movimiento cívico de Tepoztlán. ¿Por qué no puede el EZLN seguir sus pasos?

Ahora bien, el movimiento popular es algo muy diferente del partido político. Efectivamente no aspira al poder, sino a la satisfacción de sus demandas específicas. Lucha con denuedo por la autonomía respecto de los partidos y el Estado. Eso está en su naturaleza, pero no justifica las andanadas del EZLN contra los partidos en general ni contra el PRD en especial, que siempre le ha brindado solidaridad, apoyo y aliento. Hay, en la izquierda de México, lugar para movimientos y partidos muy diversos. La gran pregunta que todos

nos hacemos es si el EZLN podrá sortear todas las minas que están en su camino. Abandonada la condición privilegiada de interlocutor desde posiciones de paz armada ¿conservará su atracción? ¿Será capaz de unificar movimientos y organizaciones que por su misma naturaleza son divergentes y disidentes? Si no lo logra, podrá imponerse objetivos más modestos. Sólo podemos desearle larga vida y éxito en su metamorfosis.¹

Aguas Blancas

El 28 de junio de 1995 policías y agentes judiciales del estado de Guerrero detuvieron a integrantes de la Organización de Campesinos de la Sierra del Sur en el vado de Aguas Blancas y, sin pretexto alguno, los ametrallaron, dejando un saldo de 17 muertos y 20 heridos. Durante varios meses el gobierno guerrerense trató de apaciguar el escándalo nacional culpando de los hechos sólo a algunos policías y mandos medios de los mismos, pero la presentación en la televisión de un video sobre la masacre y la posterior decisión de la Suprema Corte de Justicia ordenando la reapertura de la investigación, obligaron al gobernador Rubén Figueroa Alcocer a pedir licencia a su cargo a mediados de 1996, aunque nunca fue castigado.

La movilización de la opinión pública, la firme posición de la CNDH,² la decisión de los participantes en las discusiones sobre la reforma política del Estado y la intervención de los tres poderes de la república, abren posibilidades para que los desmanes cometidos en Guerrero sean investigados a fondo y los culpables castigados conforme a la ley. No es posible hablar seriamente de reforma política en un país en el cual un gobernador puede cometer o solapar el más horrible de los crímenes y colocarse por encima de la ley. Hay suficientes evidencias para afirmar que Rubén Figueroa Alcocer no debe ser solamente investigado, sino juzgado.

¿Pero quién lo hará? Una vez más ha quedado en evidencia la venalidad y la ineficiencia de la justicia. Hasta ahora, México ha sido gobernado por hombres, no por leyes. El sistema judicial está altamente politizado y no se encuentra en condiciones de resistir las presiones del poder o del dinero. De ahí la necesidad de movilizar fuerzas políticas para abordar un problema que en condiciones normales corresponde resolver al aparato de justicia.

El caso de Aguas Blancas demuestra que la reforma de las diferentes instituciones del Estado no puede abordarse por separado, porque todas ellas están viciadas por largas décadas de prácticas autoritarias. En México fraude electoral, centralismo, presidencialismo, impunidad y corrupción son expresiones de un sistema firmemente establecido. Para atacarlas en serio es necesario reformar drásticamente el sistema en su conjunto, y para que ello sea posible deben

darse dos pasos: el primero es un acuerdo de todas las fuerzas políticas en las medidas principales; el segundo, un cambio decisivo en la relación de fuerzas entre quienes son beneficiarios de los privilegios que otorga el viejo sistema, y por lo tanto se resisten a su desaparición, y quienes están interesados en su abolición porque vulnera sus derechos. El primero sin el segundo es letra muerta.

Lo terrible es que el video que sacudió la conciencia de millones de mexicanos de todas las edades y extracciones sociales no descubre hechos inauditos y sin precedentes. Su impacto proviene más bien de lo inesperado de la revelación, lo inobjetable del testimonio visual y los vastos alcances de Televisa, no de la novedad del suceso. Un hecho así se difundía hasta ahora por medio de rumores, mientras que las autoridades lo negaban como trató de hacerlo, una vez más, Rubén Figueroa Alcocer.

Las represiones sangrientas y las matanzas de campesinos han sido tantas que un simple listado desde el final de la Revolución llenaría un grueso volumen. Sangre campesina... sangre barata, en el sistema mexicano. Pero desde los días de la guerra civil no habían sido tantos ciudadanos testigos oculares del asesinato a sangre fría perpetrado contra 17 hombres del campo. Gracias a Ricardo Rocha, a la misma hora y con la misma angustia estrujante, millones de espectadores vieron lo que él calificó justificadamente de acto "vil, inhumano, intolerable".

Lo que hemos vivido en los dos años y medio pasados no es la aparición, el surgimiento de fenómenos negativos inexistentes hasta ahora. La represión sangrienta de los movimientos populares y la impunidad de los funcionarios responsables de las matanzas son características intrínsecas del sistema político mexicano. Recuérdesse, sólo como muestras, la matanza del 68, los más de trescientos perredistas asesinados bajo el régimen de Salinas, el ajusticiamiento de los zapatistas apresados en los primeros días del conflicto, cuyos culpables no han sido descubiertos ni castigados.

Lo que vivimos —en un ambiente de auténtica agudización de todos los conflictos— es, sobre todo, su asombrosa revelación; su paso de las sombras del secreto a la luz de la escena pública; de los rumores susurrados al oído al programa televisado con una audiencia de millones de personas. Ahora bien, el ejercicio sistemático de la violencia estatal necesita del manto de la oscuridad y la impunidad, por lo que sólo puede florecer en el secreto. Los nazis tuvieron que ocultar Auschwitz de su propio pueblo, y cuando los estadounidenses se enteraron por medio de la televisión de lo que sucedía en la guerra de Vietnam, se produjo una profunda crisis política en el país.

Los efectos positivos de esa revelación son múltiples y relativamente fáciles de discernir. Pero si no produce cambios proporcionales a los problemas, induce también a miedos irracionales, desesperación, búsqueda de solu-

ciones providenciales, visiones distorsionadas de la realidad... y resignación. La situación actual trae a mi mente el último libro del Nuevo Testamento, que lleva el nombre de Apocalipsis o Revelación. Todos sabemos que éste pertenece no a la misma literatura histórica y didáctica del resto de la obra, sino a la apocalíptica, es decir, al uso abundante de las visiones, alegorías y predicciones ominosas sobre el futuro. Esto ha hecho muy difícil su interpretación; sin embargo, me inclino a aceptar las conclusiones de la corriente que sostiene que la Revelación no es sólo una alegoría abstracta divorciada de los hechos históricos ni una predicción apocalíptica del fin del mundo envuelta en lenguaje oscuro, sino una expresión auténtica de la crisis de fe de los cristianos producida por las persecuciones romanas de fines del siglo I. El descubrimiento de una realidad extraordinariamente adversa, de los límites de la fe, produce desilusión, alucinaciones y visiones pesimistas del futuro. Todo esto está sucediendo. Cada vez más mexicanos descubren la verdad sobre el régimen "surgido de la Revolución" y eso, cuando todos sus aspectos positivos se han evaporado, no puede sino producir pesadillas.

Los sucesos de las dos semanas pasadas prueban la urgencia de continuar en grande la reforma política. El 24 de febrero el video pasaba en el programa *Detrás de la Noticia* de Televisa. Seis días más tarde, el viernes primero de marzo, un policía motorizado asesinaba a un campesino perredista integrante del comisariado municipal de Tuxpan, Iguala. Según las fuentes, en los primeros 62 días del año las policías estatales han perpetrado quince asesinatos y ocho secuestros. El sábado 2, la policía impedía la proyección del video de la infamia en el zócalo de Acapulco y, sin embargo, el domingo 3 Rubén Figueroa Alcocer, gobernador de Guerrero, declaraba, al salir del acto en que se conmemoró el LXVII aniversario del PRI, que el estado estaba en paz. En Tabasco sucede algo parecido y, pese a las abrumadoras pruebas contra Madrazo, no se toma acción legal alguna. Si las cosas siguen así, naufragará también la esperanza en la reforma política.

Y aquí, querido lector, no queda más que citar el sesudo cuento didáctico producido por la imaginación desbordada del insustituible Monsi, en ocasión de la recepción de un premio que se agrega a los que ya le habíamos otorgado: "Había una vez un rey que, no sabiendo cómo pasar el tiempo, se ilusionaba creyéndose gobernante"... Pero después de haberlo referido al libro del Apocalipsis, no quiero quitarle el gusto de leer completo el Antiapocalipsis, vale decir, la densa pieza oratoria en la cual el homenajeador confiesa, para regocijo y solaz de todos sus admiradores: "Debo extraer fuerzas de flaqueza y atenerme a mi realidad, que no me da para exhortaciones y me despoja del sitio de atalaya desde donde emitiría las recomendaciones a antece-sores y descendientes..."³

Hacia las elecciones internas en el PRD

El Partido de la Revolución Democrática se prepara para elegir nuevo presidente. Los precandidatos son, todos, personalidades de prestigio. Heberto Castillo, cuyo nombre está asociado con todas las grandes luchas populares de las últimas tres décadas; Amalia García, la personalidad femenina más conocida y respetada del PRD; Andrés Manuel López Obrador, líder carismático y pacifista de los tabasqueños que ha alcanzado relieve nacional, y Jesús Ortega, el hombre que ha sabido darle coherencia y mesura a una fracción parlamentaria heterogénea y levantisca.

La vía es la elección, el 14 de julio, por medio del voto universal directo y secreto. Las ventajas del procedimiento son obvias: frena el dedazo y el arreglo cupular, moviliza al partido y consolida la relación entre la membresía y sus dirigentes. Pero no deja de plantear también varias interrogantes. Si el PRD va a elegir de la misma manera a sus candidatos a la presidencia, las gubernaturas y el congreso, deberá realizar por lo menos dos elecciones internas importantes cada año. ¿No amenaza esto con distraer recursos, tiempo y esfuerzos de las campañas nacionales que son, en última instancia, la razón de ser del partido? Además, el PRD no cuenta con un padrón confiable, lo que ha llevado a decidir que podría votar toda persona que registre su membresía incluso el día de las elecciones. ¿No es esto una invitación a la antiquísima práctica del clientelismo y el acarreo que siguen predominando en muchos lugares del país? Debido a la frecuencia de esas elecciones ¿no podrán fuerzas externas intervenir con dinero y "votantes" en la selección de dirigentes y candidatos a puestos de elección? La experiencia de Michoacán enseña que todos estos temores no son imaginarios y que una elección interna plagada de conflictos puede influir negativamente en el desempeño del PRD en las elecciones nacionales y debilitar su unidad.

Se acercan las elecciones de 1997 que tendrán un impacto muy importante en el futuro del país y el destino del PRD. ¿Debe este partido dedicar tres meses a una campaña interna en lugar de volcarse a la preparación cuidadosa de una justa que para septiembre de 1996 estará en su apogeo? Jesús Ortega ha propuesto llegar a un acuerdo sobre una planilla para eliminar los peligros a la unidad que traería consigo una campaña encoñada; Heberto Castillo y Amalia García se resisten a hacerlo, por las tendencias cupulares que esto consagraría. A la dirigencia le toca tomar una decisión difícil con frialdad y madurez. Una cosa es clara, considerando el desempeño en comicios recientes: cualquier acción que pueda dañar o debilitar al PRD en las elecciones de 1997, es una invitación al suicidio.

Pero para construir un partido no bastan los hombres y las mujeres ca-

rismáticos, capaces y honestos. Se necesitan también ideas. Ideas que permitan entender al país y la situación actual tal y como son; ideas que ayuden a definir la identidad del partido, más allá de las cualidades y limitaciones de sus dirigentes; ideas que contribuyan a cimentar la unidad por encima de las lealtades personales o los intereses; ideas que hagan converger a sectores disímiles de la población alrededor de objetivos claros y electrizantes; ideas que permitan sellar alianzas que no dependan exclusivamente de negociaciones sobre el reparto de curules. Hay que reconocer que en los primeros siete años de su existencia, el PRD ha sido un partido más rico en personalidades que en ideas.

Ha habido esfuerzos importantes. Pienso en documentos como el sugestivo "Hacia la consolidación del PRD", que me acaba de enviar el grupo parlamentario; las revistas *Coyuntura* y *Memoria*, que no quitan el dedo del renglón; los encuentros sobre economía; y los artículos y libros como los que escribe mi colega de sección, Heberto Castillo. Pero todo esto está por debajo de las necesidades del país y del mismo PRD. Sirvan de muestra dos ejemplos:

El neoliberalismo no es un invento satánico de los tecnócratas y del FMI⁴ cuya fuerza reside exclusivamente en el poder político y económico de sus portadores. Detrás de él hay teoría, ideología, práctica económica adaptada a los tiempos que vivimos. Y esto le ha permitido no sólo mantenerse en el poder durante trece años, sino penetrar en la mente del ciudadano común, en los planes de estudio de las facultades de economía, en el discurso de los políticos de todas las tendencias. No puede exorcizarse como los demonios del alma de los poseídos. Debe comprenderse y analizarse. El elemento racional que contiene debe ser recuperado. Y entonces pueden exponerse sus falacias, su núcleo conservador, sus peligros para las mayorías. Hecho esto, será posible elaborar las alternativas. Alternativas a nivel de movimientos sociales y gobierno municipal; a nivel de gobierno y política económica nacional; alternativas en el ámbito de los organismos internacionales y de las fuerzas del trabajo, la preservación del medio ambiente y la paz a nivel mundial. Sólo una lucha que se combine a todos estos niveles o una catástrofe como la de 1929 pueden derrotarlo. De ahí la importancia del Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo que tiene lugar en la selva chiapaneca.

El PRD no puede ir a la campaña electoral de 1997 armado sólo con las ideas esquemáticas que sobre alternativa económica tiene hoy. Debe y puede, en los seis meses que faltan para iniciar la campaña, promover consultas, estudios y encuestas con funcionarios de la CEPAL,⁵ pensadores neokeynesianos como John Kenneth Galbraith, Paul Krugman, Robert Kutner; economistas de países como Cuba, Taiwán, Corea del Sur, China, que por diferentes caminos han demostrado que el crecimiento con equidad para países como el nuestro es posible. Es imprescindible consultar pacientemente a los diri-

gentes de los movimientos sociales, a los sindicatos y a los militantes de base sobre los problemas económicos de sus representados y las posibles soluciones a ellos.

El PRD nació en el momento en que las grandes ideas que presidieron el pensamiento y la acción de la izquierda mexicana durante medio siglo se hundían en una aguda crisis. Nacionalismo revolucionario o cardenismo, socialismo y teología de la liberación, sufrían golpes demoledores. La caída de la idea de la intervención del Estado como panacea de todos los problemas económicos y sociales, la bancarrota del proyecto de "sustitución de importaciones", el derrumbe del Muro de Berlín, la crisis de los movimientos revolucionarios y guerrilleros en América Latina y el Caribe, y la contraofensiva conservadora en el seno de la iglesia católica, barrieron los veneros de esperanza que animaban e inspiraban a millones de personas progresistas. Los problemas y el mundo han cambiado de tal manera que sería absurdo tratar de revivir esas ideologías tal y como eran en el pasado. Partes de ellas están muertas porque fallaron y otras no son aplicables en las condiciones actuales. El PRD no puede ser un partido de ideología única; no debe definirse ideológicamente. Pero sí debe ser el foro en el cual se vuelvan a tejer pacientemente los hilos entre el pasado, el presente y el futuro, de esa labor de rescate crítico de la cual depende la tradición más importante de la izquierda: la esperanza. Aunadas a la formación de las personas que pueden garantizar su aplicación, las ideas pueden transformarse en grandes fuerzas organizadoras. A veces en forma indirecta las ideas son fundamentales para consolidar un electorado fijo y diseñar un gobierno coherente.⁶

El EZLN y la transición a la democracia

Uno de los aspectos más originales del movimiento guerrillero de Chiapas es la relación que se establece entre insurrección armada y reforma democrática. Desde su estallido, la rebelión chiapaneca se ha constituido en actor activo y autónomo de la transición mexicana a la democracia, entendida ésta en su sentido más limitado de transparencia electoral, igualdad entre los partidos, libertades individuales, estado de derecho y, en el caso de Chiapas, igualdad racial y autonomía indígena.

El fenómeno no es totalmente nuevo. La democracia estadounidense surgió de una revolución anticolonial y la francesa le debe mucho a la toma de la Bastilla y el derrocamiento violento de la monarquía. Más recientemente puede decirse que la democracia lograda en Nicaragua y El Salvador se debe en buena parte a los guerrilleros socialistas y su disposición —llegado el momento— a cambiar los rifles por los votos. Sin el derrocamiento de Somo-

za y la derrota de los impulsos autoritarios de la oligarquía salvadoreña, jamás se hubieran consolidado en esos países pactos democráticos que incluyen a la izquierda. En América Latina la lucha armada es la partera de la democracia, aun cuando ésta sólo se consolida en el ejercicio electoral y parlamentario. En México no hay duda de que en la apertura de Luis Echeverría y la reforma electoral de José López Portillo estuvo presente la amenaza guerrillera, aunque en grado menor que en Centroamérica. Otro elemento de continuidad: con la notable excepción de Cuba y Nicaragua, la mayoría de los conflictos guerrilleros latinoamericanos culminó no en la victoria de uno de los contendientes, sino en la negociación y la adopción de un pacto democrático entre ellos.⁷

Existen, sin embargo, tres diferencias esenciales. La primera es que los movimientos guerrilleros del pasado estaban inspirados en las ideas de la revolución y la toma del poder. Desembocaron en la legalidad republicana porque la relación mundial y nacional de fuerzas no les permitió ir más lejos. Algunos de sus protagonistas siguen convencidos hasta hoy de que la toma del poder hubiera sido preferible. El EZLN, en cambio, comenzó ahí donde las demás guerrillas terminaron: desde el principio hizo muy claro que su objetivo era la creación de condiciones democráticas que aseguraran la libertad para las mayorías trabajadoras. En su posición, las experiencias de las guerrillas nicaragüense, salvadoreña e incluso venezolana y cubana en materia de democracia se hicieron teoría y programa.

La segunda es que el EZLN jamás se consideró la vanguardia del movimiento popular ni vio en su forma de lucha la única posible. Desde sus primeros pasos públicos se concibió como el interlocutor de un movimiento popular extraordinariamente diverso y pluralista, y consideró que en las condiciones mexicanas la lucha armada era complementaria y más bien la respuesta a una situación local excepcional.

La tercera es que, mientras los movimientos guerrilleros anteriores fueron protagonistas de acciones armadas prolongadas, la del EZLN duró unos días y su fuerza se basa en el diálogo y la colaboración política con una sociedad civil cuyos componentes se oponen en general a la lucha armada. Su trayectoria de los últimos dos años puede calificarse de acción política desde posiciones de paz armada.

La concepción del EZLN sobre la relación entre lucha armada y democracia fue revelándose poco a poco desde los primeros meses de 1994 en una mezcla de declaraciones políticas, prosa literaria y decisiones que deben ser integradas para recuperar la totalidad de la imagen. Ya en su llamamiento del 6 de enero aparece esbozada por primera vez: "las condiciones de extrema pobreza en que viven millones de campesinos —dice el manifiesto— tienen

una causa común: la falta de democracia. Estamos convencidos de que el respeto auténtico a la libertad y la voluntad democrática del pueblo son condiciones indispensables para el mejoramiento de las condiciones en las cuales los desposeídos de México viven".⁸

De la toma del poder a la transformación democrática

Deslindándose de experiencias guerrilleras anteriores, los hombres del EZLN no pretenden sustituir el sistema político existente por otro inventado por ellos, sino derrotar el autoritarismo para que los ciudadanos puedan elegir democráticamente el que más les parezca. En una entrevista concedida a Medea Benjamin a principios de enero, el Subcomandante Marcos plantea el problema en una forma que no deja lugar a dudas:

¿Hay lecciones que usted haya aprendido de la Revolución cubana?

Bueno, no sé si puede llamarlas lecciones, porque no tomamos a Cuba como nuestro punto de referencia. Pero aprendimos que no se puede imponer un tipo de política a la gente, porque tarde o temprano se termina haciendo lo que se criticó. Se critica un tipo de totalitarismo y se acaba ofreciendo otro tipo de totalitarismo. No se puede imponer un sistema político a la fuerza. [...]

Hay una gran diferencia entre los movimientos guerrilleros de los cincuenta, los sesenta, los setenta y los actuales. Antes, decían: "Hay que deshacerse de esta clase de gobierno y poner en su lugar a otra clase". Nosotros decimos: "No, el sistema político no puede ser resultado de la guerra. La guerra sólo debería servir para abrir espacios en la arena política para que la gente tenga realmente derecho a escoger".⁹

En una declaración hecha en los primeros días de febrero, se establecen con claridad la relación entre medios y fines, los límites de la vía armada y su relación con otras formas de lucha simultáneas: "La cuestión es —dice Marcos en una entrevista con *The New York Times*— que no vemos la lucha armada en la forma clásica de los guerrilleros, la lucha armada como un camino único, como una verdad única todopoderosa alrededor de la cual gira todo. Si hay algo que define nuestra lucha es que es antidogmática. No fuimos a la guerra el primero de enero para matar o que nos mataran, fuimos para hacernos oír". Por el momento —dice el entrevistador que habló con varios dirigentes— los insurgentes ven su lucha como política y su objetivo es inspirar y fortalecer a grupos que en la sociedad civil mexicana sostienen las mismas amplias metas.¹⁰

En el pliego petitorio que el EZLN presenta a la Mesa de Diálogo el

primero de marzo de 1994, la demanda número uno, la que se encuentra a la cabeza del documento, es: "Que se convoque a una elección verdaderamente libre y democrática, con igualdad de derechos y obligaciones para las organizaciones políticas... La democracia —sostiene el documento— es el derecho fundamental de todos los pueblos indígenas y no indígenas. Sin democracia no puede haber libertad, ni justicia, ni dignidad".¹¹

A la hora de la Convención Nacional Democrática, cuando la influencia política del EZLN estaba en su cenit y 6,000 delegados y simpatizantes se presentaron en el valle de Aguascalientes superando todas las dificultades, los guerrilleros resistieron la tentación extremista y volcaron la fuerza presente al apoyo del reclamo de elecciones transparentes el 21 de agosto y el avance de las fuerzas de izquierda. En su discurso del día 8 del mismo mes, Marcos renunciaba a darle al encuentro un carácter constitutivo o de representación nacional, y lo ubicaba en el mundo más modesto de los "esfuerzos por un cambio democrático":

Muchos se han preguntado qué pretenden los zapatistas de esta CND... El EZLN responde a esa pregunta: No un brazo civil que alargue el siniestro brazo de la guerra hasta todos los rincones de la patria... No la autoadjudicada representatividad de la nación, no la designación de un gobierno interino, no la redacción de una nueva constitución, no la conformación de un nuevo constituyente, no el aval para un candidato a la presidencia de la República..., no a la guerra. Sí a la construcción de una paz con justicia y dignidad... sí al esfuerzo por un cambio democrático que incluya la libertad y la justicia para los mayoritarios en el olvido.¹²

El 30 de julio, el EZLN había llegado a un acuerdo con el comisionado por la paz, Jorge Madrazo, para permitir la instalación de 65 casillas electorales en su zona. Se formó una comisión electoral especial y se llegó al acuerdo de que los guerrilleros no podían votar con su pasamontañas puesto, a menos que la foto de su credencial coincidiera. Es más, el EZLN no fue neutro, tuvo su candidato local y participó activamente en la campaña. En la zona que controlaba, 19,000 de los 29,000 electores registrados acudieron a las urnas. De ellos, 70% votó por los candidatos del PRD y 24% por los del PRI. No se reportaron irregularidades ni protestas, de manera que el resultado fue el primer censo realista de la popularidad de los guerrilleros en la zona. En cambio, en muchas de las otras casillas instaladas en Chiapas la votación no fue tan pacífica. Las quejas y los conflictos menudearon y el estado se llevó la palma del fraude a nivel nacional.

Un año más tarde, el EZLN convocaba a un plebiscito —práctica poco usual en la tradición autoritaria mexicana— para decidir si se transformaba en una fuerza política. En Chiapas, la consulta organizada por Alianza Cívica se llevó a cabo en 1,307 asambleas comunitarias, de las cuales hubo 545 en la zona del EZLN. Se colocaron, además, 162 mesas en 82 de los 110 municipios de la entidad. Mucho más que una encuesta, el acto, que a nivel nacional logró instalar más de 10,000 mesas y sumar 1'200,000 votos, es lo más cercano a un plebiscito que ha conocido la historia de México.¹³

Su disposición a hacer uso de las elecciones y a consultar con la opinión pública nacional para tomar decisiones políticas importantes distinguen al EZLN de los movimientos guerrilleros de liberación nacional del pasado. El EZLN ha demostrado que no se propone establecer un nuevo régimen político sino impulsar la reforma democrática; que no considera la lucha armada como la única vía sino como un recurso excepcional impuesto por condiciones extremas; que no irá más lejos de lo que sus seguidores y aliados de la sociedad civil quieran.

Y sin embargo, el EZLN no es un movimiento por la democracia como fue el navismo en San Luis Potosí. Es, ante todo, un movimiento de los pobres y para los pobres. Su objetivo central no es el respeto a la ley y el voto. Se inscribe sin duda en el proceso de democratización nacional, pero su ideario y su composición lo llevan más allá de éste. Su radicalismo no emana sólo del recurso a las armas, sino del programa económico y social que lo inspira. Su objetivo es, a la vez, apoyar la democracia emergente y asegurar en ella la presencia de una fuerza comprometida con los sectores más desfavorecidos de la población.

Tampoco debe ignorarse ni la existencia de una "línea dura" en su seno ni la evidente dualidad de su posición. Por lo menos en tres ocasiones el EZLN ha jugado más al derrumbe o a la descomposición del sistema que a una transición pacífica a la democracia. Y esto se expresa en su actitud hacia los partidos y las elecciones. A mediados de febrero de 1994, Marcos manifestó en una entrevista a *La Jornada*: "[...] No confiamos en nadie más que en el fusil que tenemos. Pero pensamos que si hay otro camino no es el de los partidos políticos; es el de la sociedad civil". ¿Pero contraponer partidos y sociedad civil a seis meses de las elecciones presidenciales no equivale a cuestionar al proceso electoral mismo? Otro elemento de esta ambigüedad ha sido la actitud negativa hacia el PRD en momentos decisivos, pese a las numerosas muestras de solidaridad de los militantes y dirigentes de ese partido. Cuando Cuauhtémoc Cárdenas visitó al Subcomandante Marcos el 15 de mayo del mismo año, tres días después del infausto debate presidencial, en lugar de otorgar al PRD y su candidato un muy necesitado y claro apoyo, Marcos declaró:

“Hemos visto con preocupación que el PRD tiende a repetir en su seno aquellos vicios que envenenaron desde su nacimiento al partido en el poder...”. Se puede decir que el PRD es en sí mismo democrático, que puede engañarnos y engañarse, pero es seguro que el mañana democrático en México no nacerá de estos métodos políticos..., y sólo después de esas denuncias otorgó su apoyo a Cárdenas sugiriendo claramente que su entendimiento era con él, no con su partido.¹⁴

La escena volvió a repetirse después de las elecciones del día 21 de agosto, cuando Marcos trató de formar el Movimiento para la Liberación Nacional con Cárdenas y, una vez más, sin el PRD. El clímax de esta tendencia se produjo cuando en vísperas de las elecciones locales del 15 de octubre de 1995, el EZLN dio el orden a sus seguidores de abstenerse de votar, causando la derrota de los candidatos independientes y del PRD en las zonas que controlaba. El argumento fue: “El EZLN no se alzó en armas para que el PRD llegara al poder, sino por democracia, justicia y libertad”.¹⁵ Pero en esto los zapatistas comparten la posición de otras corrientes de la izquierda que sólo están dispuestas a dar su aval al proceso democrático en la medida en que éste les asegure su victoria. Nunca han dejado de jugar a la ruptura violenta o al golpe de mano decisivo.

Ese dualismo se sustenta y reproduce en el gradualismo de los gobiernos priístas que prolongan la existencia de la mayoría de los vicios del sistema de partido único, negándose a orientar al país francamente por la vía de una transición negociada de rumbos definidos. Responde, además, a la situación especial de una fuerza que está negociando con el gobierno demandas sociales y económicas de los indígenas, no con el aval de sus votos sino desde posiciones de paz armada. El EZLN sólo podrá integrarse de lleno y en condiciones de igualdad al proceso de transición después del acuerdo que lleve a su desarme.

La evolución de las fuerzas integrantes del EZLN

Se ha intentado presentar al EZLN en una luz completamente diferente, como una fuerza revolucionaria ortodoxa que encubre sus posiciones por razones tácticas. Para ello se señalan algunos rasgos de su origen. Se ha dicho, y no sin razón, que varios de sus organizadores pertenecieron en las dos décadas anteriores a una izquierda que preconizaba la toma del poder por la vía armada, la instauración del socialismo y la dictadura del proletariado. La crítica tiene poca relevancia para el desempeño público del EZLN, porque esas posiciones no aparecen en ninguno de sus actos o declaraciones de los últimos 22 meses.

Sin duda, en los años sesenta y setenta, estos objetivos desempeñaron

un papel central en el arsenal ideológico del movimiento guerrillero. Otros sectores de la izquierda daban más importancia a la lucha por la democracia y participaban, sin registro ni garantías, en las justas electorales, pero subordinándolas siempre a los objetivos de la revolución y el socialismo. La democracia se veía, más que como un fin en sí mismo, como un medio para una “acumulación de fuerzas” previa. Aun así, la idea nunca fue muy popular en los medios guerrilleros. En cambio, había en ellos impulsos antiautoritarios importantes que se manifestaban en la conciencia de que el movimiento debía construirse democráticamente, desde abajo, con las opiniones y la participación de todos sus militantes y simpatizantes. La democracia no desempeñaba un papel central en la ideología de la izquierda de antaño, pero el cliché de que los impulsos democráticos estaban ausentes de su pensamiento es una calumnia que no tiene sustento en los hechos.¹⁶

La crítica que se refiere a los orígenes del EZLN es irrelevante, porque la historia de esos revolucionarios de los setenta no es muy diferente de la del resto de la izquierda mexicana y latinoamericana. Es la historia de la transformación de una cultura política que transita de la centralidad de los valores de la revolución y el socialismo a los de la democracia y el desarrollo con equidad. Resultado de desarrollos internacionales, el proceso no ha terminado aún. El derrumbe del “campo socialista” demostró que el socialismo sin democracia y libertades individuales es imposible, y que la igualdad económica impuesta a costa de los derechos ciudadanos acaba por volverse contra sus partidarios. La evolución de ésta y todas las izquierdas es, a la vez, una toma de conciencia y un imperativo de la situación existente. Es parte del proceso por medio del cual la izquierda se reinventa.¹⁷ El cambio acelerado de las ideologías es signo de los tiempos. Por eso es tan erróneo juzgar a la izquierda de 1995 por lo que pensaba hace 30 años como definir al PAN actual por sus ideas de 1940 o confundir al PRI actual con el de hace cuatro décadas.

Lo cierto es que, sea cual fuere la forma que tomó —desconocemos aún los detalles— entre los dirigentes del EZLN, esa metamorfosis se produjo antes del estallido de la rebelión zapatista, en las sombras de la ilegalidad y la acción conspirativa, y le permitió presentarse desde sus primeros pasos públicos como una fuerza comprometida prioritariamente con la democracia. Además, esos sobrevivientes de la izquierda marxista no son el único componente del EZLN, y la misma evolución puede detectarse en los demás. Ni la teología de la liberación ni el movimiento de liberación indígena nacieron instalados en los paradigmas de la democracia representativa.

El movimiento rebelde hubiera sido imposible sin la acción pastoral que se inició en la década de los sesenta. Inspirados en la Conferencia Episcopal de Medellín y la teología de la liberación, cientos de curas y miles de cate-

quistas se volcaron al trabajo entre los indígenas, adiestrándolos en la discusión fraternal, la toma de decisiones y la creación de sus propias organizaciones. Si bien su interpretación de los textos sagrados contiene un mensaje eminentemente democrático de autoestima, cooperación y autogobierno en la construcción de las organizaciones de los pobres, no se inscribe precisamente en los postulados de la transición a una democracia electoral y representativa. Más que parlamentario, el espíritu de sus enseñanzas es revolucionario.¹⁸

Algo similar puede decirse sobre la base social del EZLN. Independientemente de las tradiciones democráticas internas de los indígenas que se manifiestan en las "asambleas itinerantes", las consultas periódicas, el respeto al derecho de expresión en las reuniones y el principio del consenso, éstas han tenido experiencias sumamente negativas con las justas electorales y los partidos políticos. Sus victorias locales contra los candidatos del PRI nunca fueron respetadas y sus intentos de apoyarse en los partidos de oposición fueron castigados con represiones masivas. En las regiones indígenas los caciques han pisoteado sistemáticamente la democracia electoral, y los gobiernos locales del PRI y sus aliados indígenas han corrompido, encarcelado, expulsado e incluso matado a quien se atreve a oponérseles abiertamente. Los dirigentes indígenas que lograban ganar una presidencia municipal eran comprados, cooptados o asesinados. Lo que los críticos del EZLN se abstienen de decir es que el patrón de desarrollo de ese movimiento guarda un paralelo evidente con otros que, como el jaramillismo de Morelos o el Partido de los Pobres de Guerrero, recorrieron todos los caminos de la legalidad y, sólo cuando estuvieron seguros de que éstos estaban cerrados, recurrieron a la insurrección armada.

Entre los indígenas, la vía política tampoco se ajusta a los moldes de la democracia occidental. Los cacicazgos indios no son mejores que los ladinos y el efecto corruptor del clientelismo y la negociación tendiente a obtener concesiones económicas inmediatas es muy profundo. En ese ambiente, su confianza en el quehacer político oficial o la esperanza de que su realidad pudiera ser cambiada a través de las elecciones y del parlamentarismo no existían o se habían agotado.¹⁹

La clave de esta aparente paradoja entre pasado y presente debe también buscarse en la historia *sui generis* del ejército zapatista: una guerrilla que llevó diez años de preparación y ocho días de combate y que tiene dos años de acción política desde posiciones de paz armada. Es el encuentro del EZLN con la sociedad civil, con la campaña electoral y con la ya iniciada, si bien postpuesta, transición a la democracia tal y como se presenta en los primeros meses de 1994, el que le impone una dinámica democratizadora, relegando a etapas posteriores sus demás objetivos. A partir del armisticio del 12 de enero de 1994, el ejército zapatista contempla la posibilidad de su transforma-

ción en fuerza política legal. Desde el mes de marzo, sus dirigentes comenzaron a negociarla; los partidarios de la teología de la liberación actuaron como mediadores, empeñando toda su influencia y su prestigio en una solución pacífica que amplíe la democracia. En lo que a los insurgentes indígenas se refiere, en 1994 participaron por primera vez en forma activa y autónoma en el proceso electoral para la elección de gobernador de su estado y en 1995 conquistaron puestos de representación municipal y estatal auténticos.

Por el camino de la paz armada

Apenas estalló la rebelión, Carlos Salinas de Gortari tuvo que reconocer que el problema no podía ser resuelto por el camino de las armas. Después de una semana de acción desplegada, el ejército no había logrado nada decisivo. Los guerrilleros se habían retirado a la selva en buen orden, sin perder a sus jefes, su equipo y su capacidad de combate. Un informe gubernamental confidencial²⁰ indicaba que el gobierno temía que el ejemplo zapatista cundiera en otras comunidades que ya habían manifestado "un alto grado de beligerancia". Las organizaciones internacionales de derechos humanos protestaron ruidosamente contra las violaciones a los derechos humanos cometidas por el ejército federal, y la prensa y la televisión mundiales reaccionaron con una gran campaña de simpatía y solidaridad por los extraños guerrilleros indígenas y sus enmascarados dirigentes.

Por su parte, los inversionistas extranjeros manifestaron con hechos sus temores de que la violencia cundiera en otras partes del país. En un fenómeno aislado de las tendencias de otras bolsas en el mundo, la mexicana se fue a pique y el 10 de enero de 1994 tuvo su peor día desde el nefasto 1987, con una caída de 6.3% y un alto nivel de operaciones. Más tarde, en el mes de junio, los principales guías de inversionistas en Estados Unidos, el Standard and Poor y el Moody's, decidieron posponer la calificación del riesgo en México hasta que el problema de Chiapas estuviera controlado y un nuevo presidente fuera electo.²¹ A partir de ese momento, una extraña relación se estableció entre el desarrollo de la crisis chiapaneca y la conducta del peso y la bolsa de valores que reaccionaban nerviosamente a las amenazas de guerra. Todavía el 21 de octubre de 1995, la detención de Fernando Yáñez Muñoz, a quien el gobierno presentó como el "Comandante Germán", produjo un violento estremecimiento financiero que sin duda pesó de manera decisiva en su rápida liberación. Esta relación ha sido hábilmente aprovechada por los zapatistas para fortalecer su posición en las negociaciones con el gobierno.

Por si eso fuera poco, el apoyo ciudadano cundió rápidamente. Algunos días después del inicio de las hostilidades, el Zócalo se vio abarrotado por

la gigantesca Marcha por la Paz en Chiapas. Alrededor de 80,000 a 100,000 personas, en la protesta más grande desde el fraude de 1988, abarrotaron la plaza pidiendo "alto a la masacre". Un signo de los nuevos tiempos es que el orador principal fue el padre Miguel Concha, provincial de la orden de los dominicos en México. Siguieron otras manifestaciones no menos impresionantes en el resto del país.²² La sociedad civil iniciaba un proceso de acercamiento y solidaridad con el EZLN que había de ir creciendo. En una encuesta realizada a finales del mes de enero, 61% de los interrogados contestó que el conflicto podría haberse evitado y 40% afirmó que el gobierno tenía la culpa.²³

En una lectura correcta de todos esos signos, el 10 de enero por la mañana Carlos Salinas aceptó la renuncia de su primo y exgobernador de Chiapas, Patrocinio González, a la Secretaría de Gobernación, y algunas horas más tarde designó a Manuel Camacho Solís, exregente de la ciudad de México, "Alto Comisionado por la Paz y la Reconciliación en Chiapas". El día 12 anunció un cese al fuego unilateral, proclamando su deseo de "reconciliación, paz y respeto a los derechos humanos" y pidió iniciar negociaciones. El 16, en un discurso televisado, fue más lejos aún, proponiendo una amnistía para todos los que hasta entonces habían cometido actos de violencia en Chiapas. El EZLN recibió un trato que ninguna de las guerrillas mexicanas de los años sesenta y setenta habían recibido. El escenario estaba puesto, la estrategia de los zapatistas triunfaba, la rebelión armada se transformaba en factor político reconocido; iniciaba la etapa de la paz armada.

En la evolución del EZLN ha influido en forma decisiva la respuesta solidaria y entusiasta de amplios círculos populares, intelectuales y ONG en las ciudades y el campo. En universidades, centros cívicos y movimientos sociales de todo el país hubo discusiones, seminarios, talleres, dedicados a examinar la situación en Chiapas y sus perspectivas. Surgió el Espacio Civil por la Paz (ESPAZ) y la Convención Nacional Democrática (CND), el cinturón de paz que vigila en las sedes de negociación y las marchas de solidaridad en todo el país. En una entrevista del mes de junio, Marcos describe la relación que se estableció entre la sociedad civil organizada y el EZLN a partir del cese al fuego:

Si a ustedes les sorprendió el primero de enero, a nosotros nos sorprende el 2 de enero. Y de una u otra forma ustedes y nosotros nos hemos estado desencontrando. Nosotros pensando que ustedes son la vanguardia nuestra y ustedes pensando que nosotros somos la vanguardia de ustedes. Ustedes esperando a que nosotros les digamos qué vamos a hacer, y nosotros esperando a que nos digan qué vamos a hacer... Tratando de resolver este problema, qué vamos a hacer. ¿Por qué no nos sentamos de plano y vamos a hablar de qué queremos hacer o qué esperamos hacer? Ésa es la idea de la Convención; vamos a

sentarnos los civiles que queremos una cosa y los militares que quieren la misma cosa.²⁴

La presencia actual del EZLN en el proceso de democratización sigue siendo importante. Entre el 27 de agosto y el 12 de septiembre de 1995 se produjo una serie de cambios que acelera su transformación en fuerza política y su inclusión, en plan de igualdad con los partidos, en el Diálogo Nacional de Reforma del Estado. El 27 culminó la Consulta Nacional que demostró, una vez más, que el EZLN cuenta con un apoyo nacional sustancial. Cinco días más tarde, el presidente de la república anunciaba que estaba de acuerdo en que los zapatistas participen en el Diálogo Nacional. Una semana más tarde se firmaba en San Andrés Larráinzar el primer acuerdo importante después de cinco meses de estancamiento. Las pláticas entraron en la etapa constructiva de examen de los asuntos en litigio. Así, el EZLN ha obtenido el reconocimiento de su derecho a participar en negociaciones de asuntos nacionales que le había sido cuestionado en el transcurso de ambas negociaciones y el presidente Ernesto Zedillo abrió el Diálogo a fuerzas que no son ni partidistas ni parlamentarias para consolidar la gobernabilidad del país.

Como lo han señalado varios analistas, la situación no deja de estar llena de contradicciones y peligros, pero éste es un precedente que con seguridad se repetirá muchas veces antes de que culmine la transición a la democracia porque, gracias al grito de Chiapas, en el proceso democratizador el México real está comenzando a alcanzar al México formal. El mundo de caciquismo, violencia ilegal, semiesclavitud, discriminación racial y miseria crónica en que vive un número creciente de mexicanos no puede ser superado en el marco de la ley y las instituciones republicanas, porque en la ley los caciques no existen.

La experiencia del EZLN nos recuerda que la transición no puede ser concebida exclusivamente como un acuerdo en las cúpulas para renovar y fortalecer las instituciones democráticas a nivel nacional, ya que se repetirían los errores de las innumerables reformas del Estado que han tenido lugar en México desde 1824. Pretendiendo perfeccionar la legislación republicana, no se atrevieron a abordar el problema de su aplicación en regiones dominadas por caudillos como Santa Anna o Saturnino Cedillo, o caciques como Patrocinio González o Rubén Figueroa que, ancestralmente, se han reído de todas ellas. Para ser efectiva la transición nacional a la democracia debe estar acompañada por decenas o cientos de transiciones particulares, concretas y diferentes entre sí. Si la república se instaura de verdad en Chiapas y su ejemplo comienza a cundir en Tabasco, Oaxaca, Guerrero, Michoacán y miles de micropatrias en donde la ley es letra muerta y la vida no vale nada, la transición

a la democracia equivaldrá a una verdadera revolución política. Si no es así, será para muchos, quizá la mayoría de los mexicanos, letra muerta.

El pacto que se fue conformando entre el EZLN y la sociedad civil a nivel nacional tiene como base no la lucha armada, sino la democracia. Si el resultado de la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia no engaña, quienes simpatizan con él le piden que no renuncie a sus ideales pero que, en el momento adecuado, deje las armas y se vuelva fuerza política. En caso de que esto suceda, una vez más la trayectoria del EZLN no sería esencialmente diferente de la que han conocido las fuerzas guerrilleras en Nicaragua y El Salvador. La diferencia está en que para estas últimas, la idea y la posibilidad de la conversión sólo aparecieron después de muchos años de lucha armada y miles de muertos.

Una guerra de posiciones

El EZLN no es un foco guerrillero al estilo del Che ni una rebelión indígena *tout court*, y sí quizá la primera revolución posmoderna de América Latina. En todas sus prácticas aparece esa fusión de lo local y lo externo, lo indígena y lo clasemediero, de ideologías universales y reclamos particulares, de tradiciones revolucionarias populares y de radicalismo laico y religioso que forman parte del bagaje de miles de activistas que los movimientos de 1968 y la siguiente década desparramaron por el país en ese proceso que Carlos Monsiváis ha llamado "la sociedad que se organiza".

Representa un punto nodal en el abigarrado mapa móvil de organizaciones tradicionales y novedosas, grandes y pequeñas, estables y pasajeras de nuestro país. Según datos oficiales, desde el temblor de 1985 se han formado más de 2,000 organizaciones no gubernamentales.²⁵ Existen micro y macro experiencias similares en otros ámbitos que sólo se distinguen por su mayor o menor éxito. Muchos de estos grupos y movimientos tienen una potencialidad democratizadora insospechada. Organizan sectores de la sociedad civil para actuar en campos que hasta ahora estaban reservados al Estado y amplían los espacios de libertad individual y colectiva de los ciudadanos. La espectacular entrada en la historia del EZLN confirma una vez más la necesidad de reevaluar el papel de estos movimientos sociales. En Chiapas, como en otras partes del país, tienden a consolidarse conquistando posiciones de negociación sin sacrificar su autonomía o aceptar relaciones clientelares con el gobierno o los partidos.

Se ha discutido ya el impacto que la rebelión chiapaneca ha tenido en la transición a la democracia en México. Una cosa es indudable, la transición ha sido y seguirá siendo larga, penosa y llena de retrocesos y saltos. Nin-

gún evento, por dramático que haya sido, puede ser considerado un factor decisivo. El movimiento de 1968, las guerrillas de los setenta, las crisis económicas de 1982 y 1995, la campaña electoral de Cárdenas en 1988, han desempeñado un papel importante como impulsores de un proceso que aún no termina. El EZLN pertenece a la misma categoría. No sería exagerado decir que su impacto es equiparable al que tuvieron el movimiento de 1968 o el de 1988. Cuando el proceso institucional haya culminado, todavía nos quedará un largo camino que recorrer en el campo de la cultura. Aun concibiendo la democracia en sus términos mínimos, en México, considerado en su inmensa deversidad, la transición cubrirá una larga etapa histórica. Pero en un contexto más inmediato, no puede negarse que su papel ha sido decisivo.

Durante cinco años, el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari consideró que si lograba buenos resultados macroeconómicos, no había por qué arriesgar la unidad del PRI y la estabilidad del país con reformas políticas demasiado ambiciosas. El mismo presidente se encargó de hacer explícita la posición, afirmando en dos ocasiones que no se podía reformar la economía y el sistema político al mismo tiempo y que la primera tenía prioridad sobre la segunda. Sus reformas de 1990 y 1993 no pusieron en peligro el sistema de partido único ni mejoraron sustancialmente la posición de los partidos de oposición. La entrega negociada de algunos gobiernos estatales y municipales y la creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos se produjeron en medio del ascenso del poder presidencial a un nivel desconocido en el último cuarto de siglo. La represión contra el PRD y otros movimientos populares fue muy intensa. En este contexto, la aparición en escena del ejército zapatista y la amplia simpatía que despertó, sirvieron para reiniciar procesos que se habían detenido.²⁶

Días después de iniciada la rebelión, el nuevo secretario de Gobernación convocaba a los partidos a llegar a un "compromiso por la paz, la democracia y la justicia". Abandonando la política de alianza con el PAN y exclusión del PRD por primera vez, ese partido fue convocado en plan de igualdad. Ya el 27 de enero se firmaba un acuerdo inicial y dos meses más tarde los tres partidos principales aprobaban un documento común, que si bien no era una reforma electoral definitiva, representaba un salto respecto de las dos anteriores.²⁷ En él se plasmaron medidas que el gobierno había venido resistiendo empecinadamente durante más de una década. Esto hubiera sido, sin duda, imposible sin los rebeldes de Chiapas. Además la guerrilla, que aún velaba sus armas, se convirtió en árbitro de la validez de las elecciones y en un recurso de última instancia para los agraviados potenciales, haciendo imposible un fraude masivo como el de 1988. Sin dejar de ser turbias, las elecciones de 1994 fueron quizá las más limpias que ha tenido México desde 1911.

La revolución chiapaneca

Pero es en Chiapas donde los efectos de la insurrección armada han sido más espectaculares. Allí está en marcha no sólo una revolución política sino también una revolución social que será muy difícil parar. Para comprender su profundidad y su verdadero significado, es necesario recordar que la estructura política de Chiapas se parecía hasta hace algunos meses más a las que existían en México en el siglo XIX que a las que rigen a la mayoría del país en la actualidad. La legalidad republicana apenas si encubre la red de relaciones caciquiles-clientelares que gobierna realmente al estado. La consolidación de la burocracia posrevolucionaria no disolvió la vigencia de las coerciones individuales feudales ejercidas por esos agentes privados. Simplemente las reordenó, articulándose con ellas. Como dice Neil Harvey, las elites locales se insertaron con éxito en las esferas públicas de reforma agraria, subsidios estatales e incluso indigenismo.²⁸ En Chiapas siguieron existiendo las cárceles y los cementerios privados, el derecho de pernada, el racismo en las instituciones oficiales y el poder judicial, las guardias blancas. Es en esa realidad en donde hay que buscar la explicación y la legitimidad del EZLN y el proceso que desencadenó. A esas alturas, éste engloba a una buena parte de la población de ese estado fronterizo. Durante cerca de dos años, campesinos, miembros de las clases medias, pequeños propietarios, autoridades locales, se han visto envueltos en luchas que, paulatinamente, disuelven prácticas, actitudes e instituciones ancestrales.

Quizá pueda traerse como ejemplo de los cambios acaecidos la desacralización del título de gobernador. Nombrados desde el centro, símbolos del poder absoluto, virreyes encargados de mantener el orden establecido sin que la población trabajadora pudiera intervenir en su elección o sancionar su conducta, los últimos gobernadores ejercieron o toleraron la represión despiadada. De 1974 a 1987 se cuentan 982 líderes asesinados tan sólo en una parte de la región indígena de Chiapas, 1,084 indígenas detenidos sin bases legales, 379 heridos de gravedad, 505 secuestrados o torturados, 334 desaparecidos, 38 mujeres violadas, miles de expulsados de sus casas y sus tierras, 89 pueblos que sufrieron quemaduras de viviendas y destrucción de cultivos.²⁹ Esa institución yace ahora, hecha añicos, quebrantada, profanada. No podría ser ejercida de la misma manera ni volverá a inspirar entre los indios el mismo temor que en el pasado. En menos de 20 meses, se vio obligado a renunciar Elmar Setzer Marseille, gobernador en turno cuando estalló la insurrección. Su protector, el exgobernador Patrocinio González Blanco Garrido Canabal, debió renunciar a la Secretaría de Gobernación y huir del país. Otro exgobernador, el general Absalón Castellanos, fue secuestrado por los insurgentes y

liberado sólo después de que le fue leída en público la cartilla de todas sus fechorías. Eduardo Robledo, electo en las muy sospechosas elecciones del 21 de agosto, también se vio obligado a renunciar para abrir el camino a la segunda ronda de negociaciones. Por si fuera poco, en ese breve lapso, Chiapas contó también con un gobernador interino, Javier López Moreno. En menos de 20 meses, cinco gobernadores y exgobernadores han sufrido en cuerpo propio el acto simbólico de la degradación pública y uno tuvo una gestión comparable a la trayectoria de un cometa.

El 21 de agosto de 1994 Chiapas tuvo las primeras elecciones en las cuales el pueblo pudo realmente intervenir. Según datos oficiales, el candidato del PRI, Eduardo Robledo, obtuvo 54% de los votos; Amado Avendaño, candidato del PRD, recibió 34.9%, y Cesáreo Hernández, del PAN, alcanzó 9.2% de los sufragios. Aun cuando se aceptaran esos resultados, el PRD multiplicó más de siete veces su votación de 1988 y el PRI recibió 17% menos votos que en ese año.³⁰ Pero las ONG calificaron a Chiapas como el estado con mayor número de violaciones de la ley electoral: el candidato del PAN habló de un fraude mucho más sofisticado que en el pasado, y el PRD documentó una lista de irregularidades que abarcaban la inmensa mayoría de las casillas.³¹

Este tipo de elecciones no podía regresar la paz a Chiapas. El 3 de octubre, manifestantes tomaron municipalidades en cinco poblaciones. Algunos días más tarde, 25,000 indígenas participaron en un mitin de apoyo a Avendaño en San Cristóbal. En el acto que siguió, un comunicado del Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CEOIC) declaró que nueve regiones del estado eran multiétnicas y sus ciudades autónomas. No pagarían impuestos al gobierno usurpador de Robledo y sólo reconocían a Avendaño. Durante varios meses reinó una incómoda dualidad de poderes que sólo desapareció con la renuncia de Robledo.

Las elecciones del 15 de octubre de 1995 trajeron al estado de Chiapas la legalización del pluralismo. Tanto el PRI como el PRD presentaron candidatos a la presidencia de los 110 municipios y los 24 distritos de diputados. El PAN se presentó en 39 municipios y 18 distritos. De acuerdo con datos del día siguiente, el PRI obtuvo más de 80 municipalidades, el PRD logró 18 y tenía probabilidades en otras 6, el PAN consiguió 5, entre las cuales se encontraba la de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, y el PT obtuvo 2. Por primera vez se reconocieron los triunfos electorales del PRD y el PAN reivindicó un ascenso de 1,000% en su votación.³²

A partir de ahora el gobernador de Chiapas tendrá que contar con la existencia de un electorado autónomo, la proliferación de organizaciones campesinas independientes del gobierno y la presencia de partidos de oposición y sus representantes en la cámara. Deberá contar, también, con los medios de difusión y la prensa nacional. Y por encima de todo, sus sueños serán

regularmente frecuentados por los fantasmas de sus seis infortunados predecesores. Procesos similares han tenido lugar en otros niveles de la vida política. Sin embargo, esto no es más que el comienzo. El viejo edificio ha empezado a agrietarse, pero sigue en pie. Mucho depende de los resultados de las negociaciones entre el EZLN y el gobierno, pero más aún de la capacidad de los movimientos populares de consolidar lo ganado y usarlo para nuevos avances de la democracia y la justicia social. Más que transición, la vía mexicana a la democracia se asemeja a un lento cambio de piel. Si no se logra una serie de acuerdos pactados, nacionales, estatales y locales, entre las principales fuerzas del país, la experiencia chiapaneca —con o sin lucha armada— se repetirá inevitablemente. Quizá en los lugares más sumidos en el autoritarismo esta repetición sea condición inevitable para consolidar los acuerdos.

Los zapatistas, una fuerza guerrillera que negocia desde posiciones de paz armada su plena integración a la transición mexicana a la democracia, han establecido con ésta una relación llena de contradicciones. Sus contribuciones voluntarias e involuntarias al proceso son ya parte de su historia. Su aportación a la evolución de uno de los estados más autoritarios e injustos de México es decisiva, su impacto en el proceso nacional, renovador. Pero su aparición ha servido para subrayar todas las dificultades y los peligros que separan aún a México del establecimiento de un sistema democrático auténtico en todo su territorio y los graves perjuicios que crea la porfiada resistencia de una clase gobernante que se empeña en entrar de lleno en la modernidad económica, sin sacrificar sus privilegios oligárquicos tradicionales.³⁹

Primero de mayo

El primero de mayo la cúpula sindical se abstuvo, por segundo año consecutivo, de convocar a la manifestación oficial y conmemoró la fecha a puerta cerrada en la sede del Congreso del Trabajo. Mientras tanto, más de un cuarto de millón de trabajadores respondió al llamado de las organizaciones independientes marchando por el Paseo de la Reforma hacia el Zócalo. Las demandas más frecuentes eran aumento salarial de emergencia, freno a la carestía y solución a carteras vencidas. También hubo pronunciamientos políticos contra el neoliberalismo. En otros estados sucedió lo mismo.

El primero de mayo transcurrió en medio de los embates de desocupación creciente, salarios rebajados y prestaciones sociales menguantes. A primera vista, esto se debe a la crisis y la política neoliberal del gobierno tecnocrático. Verdad a medias. Incluso si la economía creciera y la política oficial propiciara la defensa de los niveles de vida populares, es dudoso que el nivel del empleo aumentara proporcionalmente y los salarios se elevaran rápida-

mente. Los obreros mexicanos están ante un reto más peligroso, duradero y complejo que la coyuntura actual. Para hacerle frente, deberán movilizar todas sus fuerzas, toda su visión, toda su experiencia histórica en un tiempo relativamente corto.

Vivimos en este fin de siglo la tercera Revolución industrial (que paradójicamente se produce fuera de la industria). En todo el mundo una nueva generación de sofisticadas tecnologías de información y comunicación están siendo aplicadas a los usos más diversos. Máquinas inteligentes están sustituyendo a los seres humanos en una infinidad de tareas, forzando a millones de trabajadores fabriles y administrativos a engrosar las filas de los desocupados.

Después de un inicio titubeante en la década de los setenta, la computarización, la automatización, la robotización, conquistan uno tras otro todos los campos de la vida económica. Mientras que las tecnologías industriales del pasado reemplazaban la fuerza física, sustituyendo músculos con máquinas, las nuevas tecnologías basadas en la computadora reemplazan actividades mentales, sustituyendo seres humanos con máquinas pensantes en todos los poros de la actividad productiva. Sus implicaciones son tan profundas como imprevisibles. En la actualidad, incluso en los países desarrollados, más de 75% de las labores productivas están compuestas de unas cuantas operaciones repetitivas. Máquinas automatizadas, robots y computadoras acompañadas por software cada vez más especializado pueden realizar la gran mayoría de esos trabajos. Los expertos estadounidenses consideran que, en su propio país, de 124 millones de empleos existentes 90 millones son vulnerables a la sustitución. Si consideramos que sólo 5% de las empresas han iniciado la introducción masiva de las nuevas tecnologías, podemos concluir que en todo el mundo las próximas tres décadas verán un aumento monstruoso de la desocupación.

Sería erróneo suponer que los países subdesarrollados como el nuestro son inmunes o están menos expuestos a la amenaza. En los años setenta y ochenta las industrias de capital intensivo se quedaban en los países desarrollados y los empleos que se exportaban al tercer mundo eran de baja tecnología y baja productividad. Pero esto no es ya así. Muchas de las compañías que invierten en países como el nuestro están siendo forzadas a elevar el nivel de la tecnología usada para asegurar mayor velocidad de entrega y mejor control de calidad en un mercado mundial cada vez más competitivo. Las maquiladoras que se hallan en la frontera norte de nuestro país se han visto obligadas a entrar en procesos de automatización, más que para economizar en salarios para elevar la calidad de sus productos. Mientras que los salarios de hambre pueden seguir siendo atractivos en algunas ramas como los textiles y la electrónica, las transnacionales ubicarán la mayoría sus nuevas empresas más en función de los mercados emergentes y la abundancia de trabajo calificado. Así por ejemplo,

la empresa trasnacional Zenith que actúa en esa región ha automatizado sus fábricas reduciendo su fuerza de trabajo de 3,000 a 2,400 trabajadores. Elio Bacich, director de las plantas Zenith en México, declaró recientemente: "Seenta por ciento de lo que antes hacíamos a mano, lo hacemos ahora con máquinas". La tesis de que la transferencia de plantas de los países desarrollados a los del tercer mundo seguirá elevando el nivel de ocupación en éstos, será en el futuro cada vez más difícil de sostener. El panorama más probable de esas inversiones extranjeras es el de islotes de alta tecnología en medio de un mar de miseria.

Las tareas a las que se enfrentan los trabajadores mexicanos no se reducen a las planteadas por la crisis y la descomposición del sistema corporativo, sino también a los problemas planteados por la Revolución Informática y la política neoliberal a nivel mundial que pretende hacer recaer todo el peso de la conversión sobre sus hombros. Para abordarlas, no es suficiente enarbolar algunas demandas coyunturales.

Superada la crisis, los esperan décadas de lucha por la reducción drástica de la jornada de trabajo, establecimiento del seguro de desempleo, rehabilitación profesional, educación secundaria y preparatoria obligatoria, reglamentación de la economía informal, estímulo a las cooperativas, reinicio de los trabajos públicos a nivel federal, estatal y municipal.

Pero el primer paso es, sin duda, un acto de emancipación política. La clase obrera mexicana no cuenta con las instituciones, las ideas, las mentalidades y la unidad necesarias para esa lucha. Deberá comenzar por poner orden en su propia casa, clausurando el capítulo de su historia que la subordinó en un pacto corporativo con el "Estado de la Revolución", para abrir uno nuevo cuyo contenido principal es su presencia como fuerza sindical autónoma en una sociedad mexicana cada vez más pluralista.

Y sin embargo, como lo prueban los sucesos de ayer, nadie debe subestimar la fuerza real y potencial del movimiento obrero y la importancia de su posición en la sociedad. El sindicalismo oficial sigue siendo uno de los pilares fundamentales del viejo sistema político. Mientras que el Señor Presidente cuenta con el apoyo de la burocracia sindical para la firma de los pactos tripartitas que legitiman su política económica y el PRI tenga sus representantes parlamentarios a decenas de líderes obreros que aporten sus huestes clientelares "para lo que se ofrezca", será muy difícil cambiar el rumbo económico del país y batir en forma decisiva al partido de Estado.

Por otra parte, la presencia de un movimiento sindical más independiente y combativo acelerará inevitablemente un viraje en la política económica y la reforma política. Todo indica que en los últimos dos años las fuerzas que apuntan en esa dirección se están fortaleciendo. El surgimiento del Foro

de los Sindicatos ante la Nación en el seno del Congreso del Trabajo y la ampliación y el fortalecimiento de la Intersindical Primero de Mayo, son síntomas de ello. Es verdad que en el proceso de cambio en que se encuentra inmerso el país, el movimiento obrero arrastra los pies y llega tarde, con indecisiones y titubeos evidentes, pero una vez que se decida a actuar su participación alterará decisivamente la relación de fuerzas entre quienes se empeñan en preservar un sistema que la historia ha condenado y quienes están por la democratización y una política económica que asegure una distribución más justa de los frutos del trabajo.

El primero de mayo nació hace 110 años, en 1886, como un intento de huelga general en favor de la jornada de ocho horas. El 3 de septiembre del mismo año la Primera Internacional decidió adoptarlo como el día en que los trabajadores de todo el mundo renovaban la lucha por esa demanda. Más allá de los desmanes del neoliberalismo, en el milenio que se anuncia volverá sin duda a recobrar su sentido original, sólo que ahora la meta será de una jornada menor aún. El primer desfile en conmemoración del primero de mayo en México tuvo lugar en el año de 1912, bajo el gobierno dictatorial de Victoriano Huerta que acabó reprimiendo a sus líderes. Organizado por la Casa del Obrero Mundial con la participación de 25,000 personas, fue un acto de reto e independencia. Después de muchas peripecias se transformó en un desfile de apoyo a los "gobiernos de la Revolución". Ahora, después de medio siglo, recobra su carácter independiente. En medio del naufragio, una señal de esperanza.³⁴

El EZLN y el poder judicial

Las sentencias emitidas el 2 de mayo de 1996 contra Javier Elorriaga (a trece años de cárcel) y Sebastián Entzín (a seis años), ambos detenidos durante la ofensiva militar contra el EZLN del 9 de febrero del año anterior, motivó a que el EZLN se declarara en estado de "alerta roja". Lo mismo había ocurrido el 25 de octubre de 1995, cuando se dio la detención policiaca del arquitecto Fernando Yáñez. En ambos casos, la actuación judicial puso en riesgo la continuidad del diálogo de San Andrés entre el EZLN y el gobierno pero, a fin de cuentas, luego de protestas y movilizaciones, las sentencias contra Elorriaga y Entzín fueron anuladas al resolver otro juez (en un juicio de amparo) la invalidez de los cargos de terrorismo, rebelión y asociación delictuosa el 7 de junio. Yáñez ya había sido liberado por estar amparado en lo prescrito en la Ley para la Paz y la Reconciliación en Chiapas, expedida por el Congreso de la Unión.

El EZLN ha hecho tres contribuciones fundamentales a la democratización de México:

1. Su rebelión inesperada reveló la mentira escondida en el sueño tejido por Salinas de Gortari sobre un México a punto de ingresar en el primer mundo. Cincuenta por ciento de los mexicanos ni participa en la imagen que el expresidente quiso vender a nacionales y extranjeros sobre el futuro inminente del país ni ha sido tomado en cuenta al escogerse los medios para lograr este fin.
2. Su negativa a rendirse o a aceptar una negociación exclusivamente local, obligó tanto al gobierno de Salinas como al de Zedillo a acelerar las reformas del sistema electoral como alternativa al peligro de la multiplicación de explosiones violentas por parte de los olvidados y los humillados en otras partes del país.
3. Su firmeza ante las embestidas de febrero del año pasado y de mayo del presente han desenmascarado la dependencia del poder judicial del ejecutivo y de los intereses políticos dominantes en un grado sin precedentes, pese a la insistente versión oficial de una reforma.

Lo peor que ha podido hacer el gobierno es envolver a la PGR y el sistema judicial en el juego de presiones políticas y militares que ha sido hasta ahora su arma principal en la negociación con el EZLN. La acción político-militar de febrero del año pasado se inició con la orden de aprehensión dictada por la PGR contra los dirigentes del EZLN. Ésta cesó su acción ante la aprobación de una ley de amnistía dictada por el poder legislativo. La ronda de presiones iniciada hace diez días comienza con una sentencia dictada por un juez local contra dos supuestos miembros de la guerrilla. Si ésta no desencadena la guerra, tendrá que ser revocada con una u otra justificación legal para que las negociaciones puedan seguir su curso. En ambos casos la credibilidad del poder judicial ha quedado seriamente comprometida por su sumisión a maniobras de inspiración claramente política.

A nadie se le puede ocurrir que la orden de aprehensión del 9 de febrero del año pasado y la sentencia contra Javier Elorriaga y Sebastián Entzin sean ajenas a la estrategia del gobierno en las negociaciones en Chiapas. Los momentos en los que se producen, las irregularidades de las que están repletas, el respaldo explícito del presidente, en el primero de los casos, y la Secretaría de Gobernación en el segundo, exhiben la postración y la corrupción del poder judicial y su incapacidad para cumplir con su función específica que es, como en cualquier sistema republicano, la de administrar justicia. Así la PGR y el poder judicial quedan reducidos a la condición de meros instrumentos en una negociación política en la cual ni participan ni deben legalmente participar.

El principal obstáculo al proceso de democratización es la contradic-

ción entre el contenido democrático de nuestras leyes y los medios autoritarios que se usan en la práctica para ejercer el poder. Desde 1824 tenemos elecciones, pero la mayoría de ellas han sido fraudulentas, de manera que fue necesario crear un inmenso aparato de candados prácticos para asegurar el ejercicio de una actividad relativamente simple consagrada por la ley. Nuestro sistema de gobierno es representativo, pero en muchos lugares el poder lo ejercen los caciques. Han sido necesarias muchas décadas de luchas e incluso pequeñas revoluciones como la de Chiapas para que la ley escrita se vuelva realidad.

Una de las corrupciones más aberrantes del sistema es que el poder judicial no cumple con sus funciones. No sólo ha sido incapaz de asegurar una igualdad básica de los ciudadanos ante la ley, sino que jamás ha logrado fungir como contrapeso de los excesos del ejecutivo o cumplir con sus tareas de vigilancia sobre los otros dos poderes para asegurar el estado de derecho. En los últimos doce años, a medida que se ha hecho mayor la presencia de la oposición en el poder legislativo, éste ha recuperado algo de la autonomía y el vigor que tuvo en otros tiempos. Quizá por eso mismo el ejecutivo utiliza ahora con mayor frecuencia al poder judicial cuando quiere encubrir sus designios.

En un sistema como es hoy el mexicano, un juez local, Juan Manuel Alcántara, no se atrevería a tomar una decisión que afecte de manera determinante uno de los escenarios políticos más importantes del país sin consultar antes con sus superiores. Es evidente que detrás de él está o bien el ejecutivo federal o bien fuerzas políticas muy poderosas. Sobre todo cuando Alcántara sabe que el expediente descansa en pruebas muy endeble: los delitos están fundados en una definición del concepto de "terrorismo" que nadie acepta y el testigo de cargo principal se ha desvanecido en el aire.

La principal función del poder judicial es decidir en materias que causan controversia aplicando la ley. Ésta, a su vez, especifica cuáles son los derechos del acusado y los procedimientos que deben seguirse para garantizarlos, las reglas de los juicios y las penas que deben aplicarse. Las sentencias serán siempre motivo de controversia. Por eso la legitimidad del poder judicial, su autoridad, dependen de la transparencia de los procedimientos, el apego a la ley, la resistencia a todas las presiones que intentan torcer, postergar, acelerar indebidamente, en una palabra, corromper la administración de justicia. Esta legitimidad se conquista lentamente, paso a paso, con la ayuda de hombres y mujeres más comprometidos con la ley que con el poder. Para abrirles paso, es necesario establecer tantos o más candados para asegurar su independencia e integridad que los que se están erigiendo para asegurar elecciones transparentes.

La presencia de Fernando Antonio Lozano Gracia en la dirección de la PGR no ha alterado significativamente la situación. Se dirá que un hombre no puede por sí mismo cambiar lo que ha sido obra de un siglo de desmanes. Cier-

to. Pero entonces, ¿qué hace un miembro prominente del PAN (excoordinador de la fracción parlamentaria) en una posición en la cual sólo es posible seguir con los vicios del viejo sistema? ¿Es su desempeño un indicio de lo que se puede esperar del procurador de un futuro gobierno panista?

Su presencia en el puesto es un claro mensaje a los intereses que gobiernan al país: no habrá cambios radicales ni súbitos. Pero también es un mensaje al elector. El PAN puede hacer mucho ruido antes de las elecciones de 1997. Una vez en el gobierno, ¿la regla será cambiar para que todo siga igual?

A estas alturas, el poder judicial se encuentra en un callejón sin salida. Si persiste en su posición inicial y defiende la decisión del juez Alcántara, la COCOPA no tiene razón de ser; los asesores del EZLN son posibles reos. Terminadas las negociaciones, los zapatistas no tienen garantía alguna de que su vida y libertad serán respetadas. Si la revocan en función de un nuevo arreglo con el EZLN, demostrará ser lo que ha sido hasta ahora.

Por encima y aparte de los enredos de la PGR y el poder judicial, se confirma la gran debilidad del gobierno en las negociaciones de Chiapas. Podría haber desarmado el conflicto respondiendo a las demandas locales cuya justicia ya ha reconocido. Podría haber respondido a las exigencias de autonomía indígena, tierra y democracia como lo hicieron gobiernos revolucionarios del pasado, con amplias reformas. En lugar de ello, sólo ofrece actos represivos, prácticas dilatorias y triquiñuelas. De paso, crece la indignación contra un poder judicial errático que se muestra tolerante hacia Aguas Blancas, confuso ante los asesinos de Colosio, Posadas y Ruiz Massieu, duro e intolerante contra los rebeldes sociales. La sentencia contra Elorriaga no parece haber debilitado la posición de los insurgentes ni aumentado su aislamiento en el país o fuera de él. Después de dos años y medio de ires y venires, el EZLN sigue a la ofensiva, el gobierno a la defensiva y la situación de los chiapanecos igual o peor.³⁵

Socialdemocracia en el Este

Bulgaria, Eslovaquia, Hungría, Lituania, Polonia, Rumania, Ucrania están ahora gobernados por organizaciones políticas que son las herederas directas de los partidos comunistas que dominaron a estos países en la era del socialismo realmente inexistente. Un caso excepcionalmente significativo es el de la República Federal Alemana, en la cual el exPartido Comunista de Alemania del Este, que se ha erigido en defensor de los intereses de los habitantes de esa parte del país en el proceso de unificación, logra 25% de los votos, y en lo que fue Berlín del Este 40%. A este panorama debe agregarse el ascenso electoral del Partido Comunista Ruso y la posible victoria de su candidato a la presidencia, Gennadi Zyuganov, en las próximas elecciones.

Si eso llega a suceder, con escasas excepciones, los electorados de todos los países del así llamado "campo socialista" de Europa, y en un breve periodo de seis años, después de haber corrido airadamente a los comunistas del poder castigándolos por sus errores e ineficiencias, habrán vuelto a colocar en el gobierno a sus herederos convertidos a la socialdemocracia. Pero mientras que antes éstos ejercían el poder de manera dictatorial, ahogando cualquier oposición, ahora han sido legítimamente electos, venciendo en las urnas a las fuerzas que se presentan como partidarios incondicionales de programas neoliberales de transición a la economía de mercado y la integración acelerada a Occidente.

Para quienes consideraron a los gobiernos comunistas siempre como dictaduras sin legitimidad alguna que sólo se sostenían en el poder por medio de la fuerza y la represión, esto representa una paradoja incomprensible. Un buen ejemplo es el primer párrafo del reportaje especial "Rusia 1996", publicado recientemente por la revista estadounidense *Newsweek*: "Después de los horrores de la Unión Soviética, el Gulag, la policía secreta, las hambrunas, el control totalitario sobre cada aspecto de la vida, ¿es posible que los ciudadanos de Rusia regresen voluntariamente el poder a los comunistas? En las próximas semanas —continúa el artículo—, pueden hacer eso eligiendo a un comunista como presidente. ¿Qué es lo que induciría a un pueblo a dar un paso así? Los rusos han gozado de una libertad sin precedente durante los años recientes, y el proceso se inició con tanta esperanza, incluso heroicamente. Ahora los descendientes de las víctimas de Stalin están a punto de colocar en el poder a los herederos de la política de Stalin". En efecto, si para el pueblo ruso el pasado tuviera el mismo significado que para los reporteros de *Newsweek*, estaríamos ante un caso de demencia colectiva. Pero como es obvio, a sus ojos el pasado y el presente no son la película en blanco y negro que nos pinta la revista estadounidense. Ni el pasado comunista fue sólo horrores ni el presente capitalista es sólo delicias. Para ellos la imagen es compleja, contradictoria; la decisión, difícil y las alternativas probablemente poco interesantes. Elegirán entre dos males, el menor.

Hace sólo seis o siete años, en el mundo occidental la caída de los partidos comunistas se interpretaba como una muerte definitiva. Prematuramente se proclamó el fin de la era de la confrontación entre sistemas diferentes y la victoria definitiva del liberalismo capitalista. A partir de ese momento —se sostenía— las diferencias de opinión se limitarían a las existentes entre propuestas alternativas dentro del mismo sistema. La gente sólo tendría que elegir entre versiones diferentes del capitalismo liberal. Pero la historia corrigió el error rápidamente. Apenas conquistados o reconquistados sus derechos democráticos, los ciudadanos de esos países rechazaron el autoritarismo y la fal-

ta de libertades civiles que caracterizaron al régimen comunista; la ineficiencia y el estancamiento de la economía burocrática de orden y mando; la imposición totalitaria de una ideología y el ahogamiento de la pluralidad cultural; y votaron por aquellos que se habían opuesto abiertamente al sistema. Debido a la situación internacional, los favorecidos no fueron los partidos de un socialismo democrático que en muchas partes emergían como la fuerza dirigente del movimiento en sus primeras etapas, sino los defensores extremistas de programas de liberalización económica, privatización del sector público, apertura a la inversión extranjera, colaboración con el FMI e integración incondicional al Occidente capitalista.

Durante décadas los ciudadanos de esos países fueron sometidos por los partidos comunistas a una intensa campaña contra el capitalismo. La época actual fue bautizada por ellos con el nombre de "crisis general del capitalismo"; las noticias que se publicaban sobre Occidente sólo hablaban de crisis económica, desocupados, negros perseguidos, guerras coloniales, decadencia moral y chantaje atómico. Mientras, la censura impedía con rigidez el acceso a información que no proviniera de fuentes oficiales. A medida que se agudizaban los problemas internos de esas sociedades, la propaganda y las restricciones a la información comenzaron a tener el efecto opuesto al deseado. A la vez que los ciudadanos dejaban de creer en la retórica sobre la situación interna, su actitud hacia Occidente se volvía de franca admiración, más aún de idealización absoluta precisamente porque era tratado como anatema por la propaganda oficial. Cuando en 1989-1991 vino el derrumbe de los gobiernos comunistas, los ojos de las mayorías se volvieron hacia Occidente.

La desilusión no ha tardado en llegar. En una sociedad relativamente pobre pero igualitaria, la violenta introducción del mercado arrojó a un tercio de la población a la pobreza y el desempleo. La abolición de los antiguos sistemas de seguridad social sólo tuvo como contraparte el enriquecimiento de unos pocos. La integración acelerada al proceso de globalización arrasó ramas enteras de la economía. Mientras, las mafias y los sectores más corruptos de la vieja burocracia se transformaban en grandes empresarios y los jóvenes y los pensionados se volvían pordioseros. Las anheladas visitas turísticas a Occidente se transformaron en migración dolorosa de mano de obra barata. Un precio enorme por los jirones de democracia alcanzados.

El péndulo de la opinión pública inició el viaje de regreso. Los aspectos positivos del socialismo realmente inexistente aparecían ahora en una luz diferente. La mayoría de las encuestas demuestra que si bien son muy pocos los que quieren volver al antiguo régimen, son cada vez más los que rechazan los defectos del nuevo. El voto por los excomunistas convertidos a la socialdemocracia es, ante todo, un rechazo a los aspectos más brutales de la vía neo-

liberal a la economía de mercado, la legitimación de las desigualdades sociales propias del capitalismo, la integración subordinada al mercado occidental.

Naturalmente, ese viraje de la opinión pública tiene en cada país su propia historia y un contenido social diferente. No se debe caer en generalizaciones superficiales ni juicios prematuros. Pero lo impresionante es su amplitud y su simultaneidad. Y son precisamente estas dos características las que nos permiten buscar por encima de las diferencias nacionales sus rasgos comunes. Lo que está sucediendo es que el intento de sustituir el estatismo autoritario del "socialismo realmente existente" con un neoliberalismo desenfrenado, está sufriendo sus primeros y muy serios descalabros. La ciudadanía busca soluciones diferentes y la única alternativa sólida presente son los partidos comunistas que han pasado, unos más y otros menos, por accidentados procesos de renovación.

Y ésta es la otra cara del reencuentro inesperado entre los expartidos comunistas y las poblaciones de sus países. Éstos, por su parte no sólo han alterado sus nombres, sino que han cambiado también aspectos fundamentales de su programa y su práctica. Una vez más, cada uno de ellos ha tenido una trayectoria diferente difícilmente reductible a un denominador común y, sin embargo, es posible distinguir tres aspectos comunes: *a)* la aceptación del sistema democrático y el principio de la alternancia; *b)* el rechazo de la idea de una economía totalmente estatizada y la aceptación de la necesidad del mercado como factor económico; y *c)* el fin de la guerra fría y la reunificación económica y política del mundo.

Es aún demasiado prematuro pronunciarse sobre el carácter de esos partidos, porque en ellos actúan fuerzas contradictorias. En su seno se mezclan los intereses conservadores de sectores sobrevivientes de la vieja burocracia gobernante con impulsos genuinos hacia un socialismo democrático existentes ya antes del derrumbe; las añoranzas por dogmas marchitos con el pensamiento y las esperanzas renovadoras. Ni son aún partidos socialdemócratas en el pleno sentido de la palabra ni partidos de un auténtico socialismo democrático. Las grandes pruebas de los próximos años pueden causar su disolución definitiva. Pero si sobreviven a las tempestades, algunos de ellos pueden conquistar un lugar en el futuro bajo una u otra de estas dos formas. Por eso su evolución debe seguirse con interés y una pizca de sano escepticismo.³⁶

La izquierda va al paraíso

En dos artículos de la revista *Proceso* (núms. 1017 y 1022), mi colega Heberto Castillo se ocupa de la historia reciente de la izquierda y el lugar del PRD en el futuro del país. Detrás de sus reflexiones críticas está la autoridad de un hombre que ha dedicado más de tres décadas al desarrollo de esa izquierda

da y por eso merecen toda nuestra atención. Haciendo eco de la invitación a la reflexión implícita en sus ensayos, quisiera referirme a tres de los puntos planteados por él.

Los orígenes del PRD

En el nuevo partido surgido en octubre de 1989 confluyeron muchos proyectos diferentes y, según mi opinión, en algunos casos divergentes. Lo que los puso bajo el mismo techo fue la campaña de 1988 y las esperanzas que ésta despertó. El más importante de ellos fue el proyecto de llevar a Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia en 1988 y en 1994. Esta corriente veía al PRD como un medio para aglutinar a la mayoría de las fuerzas que respaldaron la primera campaña de Cárdenas y servir de base para preparar la siguiente con más éxito. El objetivo era, más que la construcción de un partido, el acceso a la presidencia. Bajo su sombra se integraron dirigentes locales de grupos de izquierda y movimientos populares que hasta entonces no habían podido aspirar a la representación legal de sus seguidores. Aglutinados alrededor del dirigente que había hecho posible el surgimiento del partido y los medios proporcionados por la presencia nacional recién adquirida, constituyeron la fuerza decisiva y se lanzaron a la conquista de puestos de concejales, diputados, senadores, gobernadores, etcétera.

Un segundo segmento se adhirió al PRD porque vio en él la posibilidad de hacer realidad el gran sueño de la izquierda mexicana: la construcción de un partido de masas basado en el encuentro histórico de los núcleos profesionales de la izquierda con su idealismo y su claridad de objetivos, con las fuerzas democráticas y progresistas del PRI más enraizadas en la población, más conocedoras de las reglas no escritas de la política mexicana, mejor conectadas dentro del sistema.

Durante décadas, la izquierda se había visto arrinconada a la oposición extraparlamentaria, la semilegalidad y la marginalidad electoral; a la discusión ideológica sin fin y la impotencia política. El año de 1977 le dio su primer respiro. Pero sólo ahora podía constituirse en verdadera alternativa de poder. En su proyecto, el partido pesaba más que los individuos y la lucha era a más largo plazo. Concibieron su lugar como parte y dentro de la organización, más que como personalidades carismáticas volcadas hacia afuera.

Muchos intelectuales de izquierda percibieron en el nuevo partido la posibilidad de continuar su labor ideológica, restañar las heridas causadas por el derrumbe de 1989, renovar las ideas que los inspiraban y que habían sufrido serios golpes, hacer frente a la embestida conservadora a la que estaban sometidos en las instituciones académicas.

Todos vieron en el PRD la posibilidad de crear, en medio de una gigantesca crisis nacional, la gran alternativa al poder de la tecnocracia gobernante; la Gran Fuerza de Oposición capaz de reorientar al país por un camino de desarrollo económico, democracia, justicia social y soberanía. Pero cada quien trajo también su agenda individual, sus frustraciones pasadas, sus esperanzas futuras, sus ambiciones postpuestas. Hasta 1994, el partido se fue constituyendo con la acción a veces coincidente y en otras ocasiones contrapuesta de todas estas corrientes y de cada uno de sus miembros. El resultado fue un fruto inesperado y extraño que no corresponde a ningún proyecto previo. Un partido que fue tomando forma bajo los embates del poder y la borrasca que sacude al país. Su identidad está marcada por la feroz ofensiva salinista a la que fue sometido, las innumerables luchas locales libradas en varios estados, el resultado de 17% en las elecciones de 1994 y la apertura a medias del presidente Zedillo en el primer año de su gobierno.

El futuro del PRD

En siete años, la situación del PRD ha cambiado. Las corrientes iniciales han sufrido bajas y reacomodos. Lo más notable es el alejamiento casi total de los intelectuales. Algunas esperanzas se han desvanecido. Ni la presidencia ni el segundo lugar como fuerza de oposición están asegurados. Mientras que hasta 1994 el problema del poder interno parecía básicamente resuelto, ahora se lucha incómodamente por él. Lo que parecía una carrera de velocidad se ha transformado en una carrera de aguantar. La construcción del partido que aparecía antes como medio, comienza a ser para algunos —una pequeña minoría— el objetivo principal.

Por otra parte, ahora ni el PRD ni ninguno de sus dirigentes pueden pretender encabezar a toda la izquierda del país. El surgimiento del EZLN, el renacimiento del pensamiento crítico como fuerza de opinión, el fortalecimiento de movimientos populares y sindicales celosos de su independencia, el despunte de nuevas corrientes de centro, obligan al PRD a definirse como parte de un todo, con visiones y tareas específicas y precisas. No puede ni debe pretender desempeñar todos los papeles. Me parece que su aspiración debe ser la de constituirse en el brazo electoral y parlamentario de centro-izquierda que necesita el país. Esto no excluye el uso de otras formas de lucha, como lo demostró la resistencia pacífica en Tabasco o la denuncia y la manifestación en Guerrero. Desde ahí puede definir y consolidar poco a poco sus relaciones con las demás fuerzas sociales y políticas que se están constituyendo.

El debilitamiento del gobierno priísta abre posibilidades que no existían antes. En este momento es cada vez más posible ganar elecciones y lograr

que las victorias sean respetadas. Sin embargo, el Partido Acción Nacional (PAN) ha aprendido cómo hacerlo mejor y más rápido que el PRD. Por ahora, para este último aprender a ganar elecciones representa más que un camino al gobierno, un medio de supervivencia. Además, el PRD, como lo está haciendo el PAN, debe convencer de que cuando gana las elecciones puede gobernar.

No se puede esconder la dificultad de la tarea. En la inmensa reserva potencial de electores del PRD existen situaciones muy diferentes. Para conquistar la mayoría del voto en Guerrero y defenderlo, se necesita una estrategia y un estilo diferentes de los necesarios en el Distrito Federal, y para triunfar en Sinaloa éstos probablemente no serán adecuados. Para avanzar, el PRD debe quizá constituirse como un partido que articula discursos y estilos diferentes, sin que ninguno de ellos trate de imponerse y excluir a los otros. El PRD debe aspirar a reflejar la pluralidad económica, social, política y cultural, sin caer en luchas internas destructivas.

Los intelectuales y el partido

Castillo escribe: "En torno de él [el EZLN] se han agrupado intelectuales de renombre, de prestigio intelectual y de gran autoridad moral". En efecto, con un poder casi simbólico, el EZLN atrajo desde la primera jornada de la Convención a lo más granado de la intelectualidad mexicana, una intelectualidad que siete años antes había concurrido a la fundación del PRD, para luego alejarse de él. Es más, el EZLN ha despertado la solidaridad y la imaginación de sectores intelectuales de izquierda en todo el mundo, cosa que el PRD no ha logrado jamás.

¿Qué es lo que sucedió? ¿Por qué ese distanciamiento? El fenómeno no puede ser visto sólo como un problema de la relación entre intelectuales y el nuevo partido, aun cuando hay también algo de esto. En el PRD la vocación de poder (entendida un poco crudamente como posiciones dentro de los órganos dirigentes internos, las curules, las gubernaturas, las diputaciones) desplazó la definición de los ideales; la lucha ideológica fue sustituida por la lucha electoral y parlamentaria. La vieja izquierda se preocupaba mucho por el porqué; el PRD se vio dominado por el cómo. El porqué del capitalismo, el subdesarrollo, la desigualdad, la revolución, cedió el lugar al cómo gano las elecciones locales, cómo derroto al fraude, cómo negocio mi inclusión en la comisión parlamentaria, cómo redactó el proyecto de ley. Signo de la transición a la modernidad, la preocupación tradicional de la izquierda por la ideología política se volvió pasión por la técnica política. Quien vio la película italiana *La clase obrera va al paraíso*, con Marcello Mastroianni, entendía que era un fenómeno necesario, natural e inevitable. El revolucionario se volvió diputado;

el dirigente de un pequeño grupo de idealistas revolucionarios, líder de un partido de miles de miembros movido más por intereses inmediatos que por ideales abstractos.

En el PRD culminó el proceso (que venía ya de antes) por medio del cual la izquierda dejó de ser una fuerza externa al sistema político para ubicarse dentro de él. En el camino se le extravió la utopía, el ideal de emancipación humana, la esperanza de un cambio total. El proceso se vio brutalmente acelerado por fenómenos externos: el fracaso de ese gran experimento humano que fue el comunismo en Europa; la osificación y el arrinconamiento de la Revolución cubana; el paso del proyecto revolucionario al proyecto reformista en Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Chile; el triunfo ideológico del neoliberalismo. Por su parte, muchos intelectuales se negaron a aceptar la necesidad, la inevitabilidad del proceso. Pero al desvanecerse el espejismo de la conquista inmediata del poder, el PRD deberá, de manera ineluctable, buscar una nueva síntesis entre ideal y *know how*, entre humanismo y reforma. Por su parte, los intelectuales de izquierda deberemos recordar que la crítica no puede por sí misma cambiar a la sociedad; que los problemas de la humanidad se plantean en el siglo XXI que se anuncia en forma diferente de la que dominó el siglo XX; que de la tradición sólo sobrevive lo que se articula con el futuro. El reto que vislumbra Heberto Castillo es auténtico y el PRD tendrá que hacerle frente.³⁷

Las elecciones internas en el PRD

El 14 de julio de 1996 el PRD eligió, mediante comicios abiertos a sus afiliados, a su nuevo presidente nacional. Se instalaron 3,424 casillas y hubo impugnaciones a los resultados sólo en 131 de ellas, sobre todo en los estados de Oaxaca y Tabasco.

Durante tres meses los medios de difusión mantuvieron la campaña electoral del PRD en el centro de la atención de la opinión pública. En ese tiempo, el partido del sol azteca y sus principales dirigentes recibieron más espacio en ellos que Cárdenas durante la campaña de 1988 o el conjunto del partido durante todo el régimen de Salinas de Gortari. Poco a poco, el PRD se está abriendo un espacio en el sistema parecido a los otros dos partidos mayoritarios. Enhorabuena. Eso sólo puede ser saludado como un paso más hacia el pluripartidismo.

El PRD pasó la prueba de las elecciones internas con dignidad, si bien no con distinción. Existían, excepcionalmente, choques, quema de urnas, acarreados, desayunos sospechosos y propaganda calumniosa. Pero por lo general, la elección fue pacífica, legal y moderada en su tono. La comisión electoral no pudo cumplir con su plan inicial, pero hizo frente a la descomunal

tarea con un número moderado de percances. Los tres candidatos dieron su aval al proceso, aceptando los resultados. Las elecciones internas del PRD están lejos de arrojar la imagen de transparencia que uno espera de una organización cuya bandera principal es la democratización de México, pero son suficientes para un partido nuevo que se impone la carga de organizar elecciones directas, universales y secretas frecuentes.

Sin dejar de considerar los comicios pasados como un paso en la superación de la etapa bronca en la historia del PRD, mal haría la nueva dirección en echar tierra a las irregularidades y prácticas fraudulentas cometidas. La identidad de un partido se define trazando con claridad los límites de lo que está permitido y lo que está prohibido dentro de sus filas. El partido no es la nación. Representa sólo a una parte de ella. Ciudadanos unidos por ideales, objetivos y prácticas comunes que no son aún del dominio de todos los mexicanos. A través de la prédica y el ejemplo, el partido se propone recibir el voto de la mayoría de los ciudadanos para formar un gobierno inspirado en esos ideales, objetivos y prácticas. El PRD debe concebirse a sí mismo como ejemplo y aspirar por lo tanto a niveles de transparencia electoral superiores a los que privan en otros sectores de la sociedad.

No se puede denunciar el fraude en las elecciones nacionales y tolerarlo sistemáticamente en la vida interna. No se puede perseguir legalmente a Roberto Madrazo por corrupción y, al mismo tiempo, avalar a líderes o militantes que propician el acarreo o el fraude en las elecciones internas, sin perder credibilidad política y moral. El PRD ha cumplido ya siete años de edad, no puede tolerar en sus filas las prácticas que reprueba en la sociedad.

El público está conociendo los resultados numéricos de la elección, pero en el México de hoy esto no es suficiente. Quiere también saber si fue transparente, las sanciones aplicadas a los infractores de las irregularidades que se habían cometido. Nadie ha cuestionado la validez general del proceso. Entonces, más que nunca, es posible comenzar a corregir prácticas que a mediano plazo pueden transformarse en graves peligros para la salud del partido.

Es aún muy difícil interpretar los resultados de la elección. Una cosa es segura, ellos fijan muchas de las tareas próximas. Resalta en primer lugar el respetable número de votantes. En toda su historia, la izquierda jamás produjo un partido capaz de movilizar 300,000 votos para una elección interna. El PRD es, sin duda, el primer "partido de influencia de masas" de centro-izquierda que ha tenido México. La segunda observación se refiere al enorme peso de la abstención. El jueves 18 de julio, de acuerdo con un cómputo parcial que abarca 2,590 casillas de las 3,424 instaladas, sólo votó 24.8% de los miembros empadronados.

Este resultado puede tener muchas explicaciones contradictorias. Es

posible que el padrón esté inflado y que la militancia real del PRD sea mucho menor que lo que él indica. Puede también representar un considerable descenso en la membresía, no registrado por la Secretaría de Organización. O bien significar que, pese a la intensísima propaganda en todos los medios de difusión, una buena parte de los miembros del partido no se sintieron suficientemente motivados para votar.

Una última explicación tiene que ver con las dificultades logísticas. El número de urnas fue drásticamente reducido en el último momento y, por eso, miles de miembros que estaban dispuestos a votar no pudieron hacerlo. Pero puede también representar la presencia de un enorme voto clientelar que se acarrea sólo para las ocasiones importantes. Naturalmente, la connotación de cada una de estas explicaciones para el desarrollo del PRD es muy diferente. Es fundamental que la nueva dirección investigue el problema de manera acuciosa y emita una declaración que explique el suceso y fije su posición hacia futuras elecciones.

Otro aspecto importante es saber si la minoría que votó es proporcional y representativa de toda la membresía o pertenece a un sector determinado y un tipo específico de militante. También es importante saber si la abstención se repartió por igual en la mayoría de los estados o si fue desigual y algunos de ellos influyeron decisivamente en los resultados.

Según los primeros datos, en esta elección interna para presidente y Consejo Ejecutivo Nacional hubo una alta concentración geográfica de los votantes. Tabasco contribuyó con 28% de los votos, Michoacán con 17.8%, el Estado de México con 12% y el Distrito Federal con 8%; es decir, ¡cuatro estados proporcionaron 66% de los votos emitidos! ¿Las viejas concentraciones del electorado de los partidos de izquierda o una votación inducida por las camarillas?

Si examinamos el porcentaje de los miembros empadronados que votaron, obtenemos un resultado similar. En Tabasco fue de 60%; en el Estado de México de 25%; en Veracruz de 16%, y en el Distrito Federal de 14%.

Muchas preguntas, y hasta ahora pocas respuestas.³⁸

Los retos electorales del PRD³⁹

Duramente hostigado durante el periodo salinista, el PRD se fue transformando en el vocero de los pobres, los carentes de derechos, los que rechazan el sistema corporativo; un partido que ha echado raíces en las zonas más afectadas por la crisis económica, el caciquismo, la carencia de derechos ciudadanos y la violencia. Con una presencia vigorosa en Chiapas, el Estado de México, el Distrito Federal, Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Veracruz y Tabasco, su desarrollo en el resto del país avanza con lentitud e indecisión.

Hasta hace poco, el PRD no había sido plenamente incluido en el limitado proyecto de alternancias instrumentado por el partido gobernante desde 1989. Sus victorias en elecciones para gobernadores no fueron respetadas y sus avances a nivel municipal eran frenados por medio de la represión. Obligado a defenderse, el nuevo partido no podía transformarse en fuerza netamente electoral. Para él, la defensa del voto era tan importante o más que su obtención. De ahí la paradoja: si bien el PRD es un partido dedicado casi exclusivamente a las tareas electorales, no posee una política definida y elaborada para ganar votos.

Pero todo indica que la posición del PRD en el espectro político nacional está cambiando. Amagado por la marea panista y los brotes guerrilleros, el partido gobernante ha decidido abrir nuevos espacios a la oposición electoral de izquierda. En el futuro inmediato, el PRD podrá dedicar más energías y recursos a ganar votos y menos a defenderlos, sin que desaparezca la necesidad de combinar ambos tipos de acciones.

Dentro del lento, vacilante y pantanoso proceso de democratización que vive México, las elecciones federales para diputados de 1997 ocupan un lugar muy importante. Primeras elecciones nacionales después de la crisis de diciembre de 1994 y primera prueba de las reformas electorales recién aprobadas, las elecciones del año próximo serán un sondeo, una encuesta sobre el estado de salud del sistema político que hace más de veinte años fue declarado moribundo y que, sin embargo, ha hecho de esa condición (la de la agonía) un modo de vida bastante estable y provechoso para los que de él se benefician.

Para cada uno de los tres partidos principales, 1997 representa un reto específico. El PRI puede perder la mayoría en la cámara de diputados, lo que estaría lejos de ser catastrófico para él, pero crearía el precedente de la alternancia en el poder legislativo, lo que probablemente representa un cambio tan importante como la reciente reforma política. Para el PAN es una estación más en el camino al poder en 2000. Si no logra vencer a su contrincante después de todo lo que ha sucedido en los años de 1995 y 1996, sus probabilidades para la presidencial son muy reducidas. Para el PRD representa un momento decisivo en la conformación del sistema partidista mexicano y su propio destino. ¿Tripartidismo o bipartidismo?, ésa es la cuestión.

Las elecciones para diputados de 1991 significaron para el PRD las primeras a las cuales concurrió después de su constitución. La victoria de Cárdenas en 1988 estaba fresca y los ánimos calientes. Y sin embargo, su desempeño fue, para todos, decepcionante. Obtuvo 1.9 millones de votos, apenas 8.25% del total. Todos los partidos que habían apoyado a Cárdenas en 1988, formando el Frente Democrático Nacional (FDN), consiguieron apenas 16.5% de los votos, un resultado muy alejado de 30% o más logrado hacía apenas tres años.

En un impresionante retorno-recuperación, el PRI canceló la opción multipartidista por más de seis años. Si el PRD vuelve a tener menos de 10%, la tendencia al bipartidismo se consolidará, pese a todos los que se oponen.

El PRD se vio obligado a contentarse con el papel secundario incapaz de competir seriamente por el poder a nivel nacional, aun cuando seguirá siendo una opción viable en algunos estados. Su papel se definió como el de una tercera fuerza que puede acceder al poder sólo como elemento de coalición en caso de votación muy pareja entre los dos grandes partidos, pero nada más. Si en 1997 logra dar un salto a 15% o más, lo que representa por lo menos 3.5 millones de votos, impedirá que esa elección sea un paso decisivo en esa dirección y abrirá para 2000 la alternativa de la consolidación de un sistema de tres o más partidos con opciones similares a medida que la estructura PRI-gobierno se vaya desgastando.

Para lograr ese objetivo, el PRI debe abordar tareas difíciles en los próximos once meses. Ha aprendido en carne propia que una cosa es la capacidad de movilización y otra muy diferente el triunfo electoral. Un partido puede llenar las plazas, cerrar las carreteras, organizar grandes marchas y perder las elecciones. Derrotar los fuertes impulsos a la abstención existentes en los sectores populares que cada día ven con más escepticismo al político profesional de cualquier denominación y muchas organizaciones de izquierda que desconfían de los combates parlamentarios, será una tarea compleja que exige una estrategia cuidadosa.

Otra medida urgente es definir con toda precisión al interlocutor, al elector potencial del PRD, social y geográficamente. En este país extraordinariamente heterogéneo, en la actualidad nadie, ni siquiera el PRI con su experiencia, puede pretender lograr el voto de todas las clases, minipatrias locales, diferencias étnicas y generacionales. El PRD debe decidir cómo va a distribuir sus fuerzas limitadas y sus escasos recursos. Esta distribución no puede fijarse en función de presiones internas, sino de posibilidades electorales reales, y eso originará, sin duda, conflictos y luchas intestinas. Pero una cosa es clara: si el PRD se contenta con el voto radicalizado, en 1997 no cruzará la línea de 10%. Si se contenta con el voto clientelar no podrá avanzar en el norte del país y en las grandes ciudades. Debe haber una política definida hacia los sectores urbanos que desean el cambio tanto como temen la inestabilidad, la violencia y la inseguridad; hacia los ciudadanos que piden modificar el sistema político, pero sin sobresaltos excesivos ni reacciones violentas por parte del bunker de la nomenclatura gobernante; para aquellos que quieren transformaciones en la política económica pero no están por un cambio drástico de modelo y/o la confrontación con el FMI y Estados Unidos; para quienes aprueban las políticas de bienestar social pero quieren saber quién las va a pagar, y para

aquellos que aborrecen la corrupción y la violencia cotidiana pero saben que éstas no pueden ser erradicadas de un golpe.

Esto requiere fortalecer algunos aspectos de la identidad del PRD y cambiar otros. Modificar la imagen que el votante potencial se hace de él; adaptarse a sus necesidades más inmediatas, las demandas más sentidas, los sueños e incluso los prejuicios. Exige establecer una prioridad muy estricta de los medios de difusión más influyentes entre el electorado potencial del PRD. Pide también hacer un recuento cuidadoso, realista, bien informado, de las experiencias electorales de los últimos siete años con sus éxitos y sus fracasos, distrito por distrito, colonia por colonia. Tomar con humildad y paciencia medidas para repetir éxitos y superar errores. En la tarea, privilegiar la técnica y reducir la especulación. Así lo harán el PRI y el PAN, usando recursos mucho más cuantiosos que los que están a disposición del PRD. Exige, también, realizar una cuidadosa política de alianzas a nivel nacional y local; tejer ideas, intereses, esperanzas de cambio y estabilidad; atraer a dirigentes y personajes de prestigio de todos los caminos de la vida que no están dispuestos a militar en el PRD de hoy.

Naturalmente, esto exigirá cambios profundos en la vida interna del PRD. Algunos de ellos fueron ya esbozados por Andrés Manuel López Obrador en el discurso de toma de posesión: "remontar disidencias y confrontaciones internas; hacer obligatoria la defensa de las decisiones ante los medios de comunicación, en las cámaras legislativas, en todos los foros y debates". Y esto es necesario, aunque difícil. López Obrador asume la presidencia del PRD con legitimidad suficiente frente a los miembros de su partido, la clase política y la opinión pública. Dirigente popular carismático y candidato a gobernador responsable e ingenioso de su natal Tabasco, se hizo, por sus propios méritos, un nombre nacional. Vencedor por abrumadora mayoría en una elección interna muy disputada, ha recibido el aval de las corrientes que compitieron con él. Apoyado abiertamente por el dirigente más influyente del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, tiene a su disposición una fuerza muy importante. Mucho más joven que sus dos ilustres antecesores, su edad coincide con la de la mayoría de los dirigentes en funciones del partido del sol azteca y representa claramente un relevo generacional estimulante y necesario. Para hacer frente a los problemas que abruma a su partido, necesitará hasta la última gota de esa legitimidad y tendrá que hacer un uso eficiente e imaginativo de ella.⁴⁰

Los amos de Guerrero

En un país democrático, el espectáculo resultaría incomprensible. En Guerrero el PRI obtiene 52 de 74 municipalidades y retiene la mayoría en el

congreso local. Sin embargo, pese a las declaraciones triunfalistas de Santiago Oñate, sus dirigentes locales consideran el resultado como un retroceso electoral grave, un "descalabro". Sigue luego una drástica purga. Pierden sus puestos el secretario general de Gobierno, Fermín Alvarado; el secretario general del partido en el estado, Nabor Ojeda, y su dirigente municipal en Acapulco, Amín Zarur, y se habla de que 43 presidentes de comités municipales seguirán la misma suerte. Las divisiones internas, sofocadas hasta los comicios, estallan públicamente ante una sorprendida opinión pública nacional.

Sin duda en un país democrático el presidente nacional del partido gobernante tendría razón. En un sistema de partidos competitivos, para gobernar basta la mayoría de los votos y ésta fue obtenida holgadamente por el PRI. La presencia de una oposición significativa no debería quitarle el sueño, e incluso la posibilidad de que otro partido pudiera en el futuro acceder al poder estatal no sería considerado una catástrofe. Pero Guerrero no es un estado democrático. El sistema que lo ha regido durante 70 años no es el de partidos competitivos, sino el de partido de Estado. El tricolor no ha *gobernado* a Guerrero como partido mayoritario entre iguales, lo ha *controlado* como detentador único y absoluto del poder. Por eso, considerando la historia real de la entidad, son los dirigentes locales los que tienen la razón. Lo que está en juego en Guerrero no es la mayoría del voto, sino el sistema político en su conjunto. La presencia de una veintena de municipalidades perredistas, la importante Taxco en manos panistas y otras dos para el PRT, no es un reto a la capacidad parlamentaria del PRI local, es un jaque a un sistema de dominio totalitario, cuyas raíces se pierden en tiempos inmemoriales. Equivale al principio de una revolución política (similar a la de Chiapas) que afecta intereses económicos, sociales y políticos profundamente enraizados, cuya permanencia depende de la invencibilidad de la federación, caciques, grupos oligárquicos, rurales y urbanos que constituyen el PRI en Guerrero.

Independientemente de la diversidad de sus programas y la multiplicidad de sus demandas, la Asociación Cívica Guerrerense y el Frente Zapatista de principios de la década de los sesenta, el Partido de los Pobres, las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas que surgieron posteriormente, así como el más reciente EPR, tuvieron como objetivo implícito y prioritario abrir el sistema político, permitir a la sociedad civil y a las organizaciones populares de oposición la intervención en la vida política del municipio y el estado. El cuestionamiento del poder absoluto de esa máquina caciquil-oligárquica ha adoptado en el pasado todas las formas imaginables, legales e ilegales (tan ilegales como la máquina misma), y ha costado la sangre de miles de guerrerenses. La resistencia del PRI al cambio ha producido en esos 30 años dos periodos prolongados de militarización de la entidad, olas de asesinatos de grupo como la

de Aguas Blancas, y cárceles repletas de presos políticos y campesinos inconformes. Los fraudes cometidos en las últimas elecciones en municipalidades como Ometepec, Atoyac y Coyuca de Benítez refrendan, una vez más, esa historia de autoritarismo y represión. Bien vista, la trayectoria del PRI en Guerrero no se asemeja a la de ese partido en otros estados. Es más bien una historia truculenta parecida a la de las oligarquías sangrientas de algunos países de Centroamérica.

Los verdaderos amos de Guerrero no son necesariamente los que más suenan, los que ocupan la primera fila, los que siempre salen en las fotos. Son, por el contrario, personas que viven la mayor parte de su vida en el anonimato, inmersos en la realidad de la localidad, tejiendo redes de poder visibles sólo para sus coterráneos. Su condición responde a la más vieja forma de poder político en nuestro país: la del cacique.

En Guerrero, gobernadores van y vienen. Entre 1847 y 1975, de 62 que tuvo el estado, sólo cuatro cumplieron su mandato. Como puede verse, la suerte reciente de Figueroa Alcocer obedece a una regla, no a una excepción. En cambio los caciques son de por vida. Aun cuando rara vez ocupan puestos públicos importantes, generalmente sólo ceden el poder para emprender el camino de la tumba.⁴¹

Alianzas para la transición⁴²

El fracaso de la "reforma electoral definitiva" del presidente Zedillo nos obliga a hacer un nuevo balance de la transición a la democracia. Ésta comenzó en los años 1976-1979 con la legalización de los partidos de izquierda y su participación en las justas electorales. Han pasado 20 años y aún no concluye el paso de un régimen cerrado de partido de Estado a uno abierto de partidos competitivos e iguales.

Sin duda, el sistema ha cambiado. Las elecciones son menos fraudulentas y mayores las posibilidades de los partidos de oposición. Se consolida el principio de alternancia a nivel de diputados, senadores y gobernadores. Pero la "rebelión" de los diputados priístas de hace dos semanas confirma su vocación por el poder a toda costa y clausura la posibilidad de una culminación negociada de la transición. La relación de los partidos es aún asimétrica; el PRI seguirá siendo, durante el resto del sexenio, un partido privilegiado.

Por otra parte, la proliferación de los brotes guerrilleros, que coincidió de manera extraña mas no fortuita con el endurecimiento priísta, nos avisa que la paciencia de algunos sectores de la oposición se está agotando. Las probabilidades de una transición sin rupturas se reducen; las de las explosiones e involuciones aumentan. Y es que el proceso ha vulnerado todos los cri-

terios aceptables de tiempo. A finales del siglo XX, México avanza por el camino de la democracia a ritmos decimonónicos; carretas campesinas en la era de los vuelos a Marte. En los albores del tercer milenio no basta cambiar, hay que cambiar aprisa.

La situación exige a todos los partidarios de una transición acelerada y sin rupturas al pluralismo un cambio de táctica. Es ya claro que el proceso sólo culminará con la salida del PRI del poder. Los mexicanos no podemos ya creer en promesas ni confiar en que las reformas legales producirán el aterrizaje en la democracia. Los hechos hablan. Cuando el PRI baje pacíficamente del poder nacional y el partido o la fuerza que lo sustituya tome posesión y consolide un sistema electoral abierto y competitivo, este capítulo de la transición quedará cerrado y la alternancia será parte de nuestro sistema político. Hasta entonces, la alternancia a nivel nacional forma parte de un futuro incierto.

El PRI ha ido cediendo terreno centímetro a centímetro, empujado por fuerzas nacionales y extranjeras poderosas: el 68, las guerrillas de los años setenta, el 88, la firma del TLCAN, la rebelión del EZLN. Es obvio que para que el proceso culmine en este sexenio, es necesario un impulso final de la misma envergadura. ¿Y cuál puede ser éste?

La derrota del PRI sólo puede darse en las urnas. Ya nadie —probablemente ni los mismos guerrilleros— cree que puede lograrse en los campos de batalla, las calles de las ciudades o la escena internacional. Sólo una victoria incontestable y abrumadora de la oposición puede concluir el proceso y cerrar este largo capítulo en nuestra historia. Incluso con la ley electoral actual y gracias al ambiente levantisco existente, esto es posible. Pero es casi seguro que ninguno de los partidos existentes pueda, por sí mismo, lograrlo en 1997 o incluso en 2000, a menos que la situación económica siga deteriorándose. El tema de una gran alianza para la democracia está al orden del día. Pese a la derrota del principio de las coaliciones en la cámara, experiencias anteriores prueban que es posible encontrar formas para llevar a la realidad las alianzas electorales.

Pero éste es un asunto complicado que enfrenta obstáculos gigantescos. La alianza no puede reducirse a acuerdos de cúpula pasajeros, logrados a último momento. Es probable que ese tipo de pactos produzca resistencia dentro de los partidos y desconcierto en amplios sectores, puesto que aparecerían como actos oportunistas, carentes de principios. Habrá que fundamentar la medida en forma adecuada; convencer a los miembros de los partidos de oposición; atraer a los movimientos populares y las organizaciones no gubernamentales. Luego hay que dirigirse a la opinión pública en general. También habrá que decir claramente cuáles serán los rasgos principales de la política de los gobiernos de coalición que de esa alianza surjan.

La alianza que seguramente lograría ese objetivo histórico sería una encabezada por el PAN, el PRD, otros partidos y las principales ONG. ¿Qué es lo que la impide? El PRD se ha manifestado frecuentemente a su favor. El PAN, en cambio, ha aducido razones de eficiencia para oponerse a ella. En varias ocasiones prefirió incluso los acuerdos con el PRI, que le reportaron mayores beneficios. Por su lado, naturalmente, el partido gobernante hará todo lo posible para impedir la convergencia y tiene muchos medios para ello. La moneda está en el aire.⁴³

¿Ha muerto el socialismo en México?

Los periódicos del domingo pasado nos informan que la corriente del socialismo democrático se ha adherido al PRD; que el PRT participará en una coalición con este último partido en las elecciones de 1997, y que se ha constituido el partido de los comunistas mexicanos. Se trata de organizaciones de orientación explícitamente socialista, y no son la únicas que existen en el país. Aun cuando todas ellas son minúsculas y su influencia en la vida política es hoy muy reducida, su presencia no carece de significado. Si a ellas agregamos la periodicidad de revistas como *Dialéctica* y *Cemos*, debemos concluir que la corriente ideológico-política que conocemos con el nombre de socialismo no ha desaparecido totalmente.

La historia del socialismo en México se remonta a 150 años atrás. Indisolublemente ligado con el radicalismo intelectual, el movimiento obrero y la rebelión campesina, el socialismo ha tenido influencia en todos, sin llegar a dominar en ninguno de ellos. Su historia está marcada por periodos de auge y prolongados eclipses; por olas de represión y tolerancia de los gobiernos en turno. Obligado a ocultarse tras pantallas liberales, populistas o cristianas, aparece a menudo como influencia difusa o componente de un pensamiento ecléctico. Incluso en el siglo XX, los mexicanos que se reconocen como socialistas han sido pocos, pero los que aceptan albergar simpatías por una u otra idea socialista son muchos. No es sino hasta la primera década del siglo XX cuando puede hablarse de la existencia de un pensamiento socialista mexicano definido, que en la década de los treinta dará un nuevo salto para llegar en los años setenta a su apogeo, poco antes de entrar en una profunda crisis en el mundo entero.

Detrás de sus múltiples caras y siglas partidistas, el socialismo ha estado dominado en México por tres grandes corrientes: el anarquismo (magonista en sus inicios) que predica la revolución aquí y ahora; el marxismo revolucionario (comunista en sus orígenes) que llama a recurrir a todas las formas de lucha en un largo proceso de transformación, y el reformismo de corte so-

cialdemócrata (de inspiración lombardista) que insiste en actuar dentro del marco creado por la Constitución de 1917 para transformar la sociedad. La historia del socialismo no debe confundirse con la de la izquierda, que abarca movimientos que no están inspirados por ideas socialistas ni se proponen la transformación del régimen económico-social en su conjunto.

El socialismo es una corriente tan mexicana como la bandera tricolor con el águila montada en el nopal, el liberalismo de Mora, Ignacio Ramírez y Cosío Villegas; el agrarismo de Zapata, Úrsulo Galván y Danzós Palomino; el nacionalismo revolucionario de Lázaro Cárdenas, Jesús Silva Herzog y Álvaro Jara, y el cristianismo social de Hidalgo, Morelos y Samuel Ruiz. Aun cuando su presencia política ha sido siempre muy minoritaria, su influencia ideológica ha resultado importante.

Sus primeros balbuceos en nuestro país datan de 1848. En 1853 surgió en la ciudad de México la Sociedad de Socorros Mutuos de los trabajadores sombrereros, y un mes más tarde la de sastres. En la declaración de principios de la primera se habla de dos tipos de esclavitud: la "antigua", ligada al dominio español, y la "moderna, que nos arrebata las ganancias de nuestro trabajo". En la segunda se afirma que "los obreros no pueden estar del lado de los patronos", y ocho años más tarde, en 1861, llega a Veracruz Plotino C. Rhodakanaty, a quien José C. Valadés ha llamado el primer socialista mexicano. Al mismo tiempo, conservadores y liberales comenzaron a utilizar el concepto de socialismo en un tono peyorativo, asociándolo indiscriminadamente con el de comunismo y anarquismo. Los conservadores lo esgrimen para combatir la publicación y difusión de textos que consideran sediciosos, las primeras asociaciones mutualistas y también la idea liberal de la desamortización de los bienes del clero. Se combate el "socialismo" de las ideas de Alfonso de Esquiros y Eugenio Sue; el peligro que representan las asociaciones gremialistas en un país que "por sus riquezas, no necesita cambiar de organización social"; los dirigentes liberales "pálida copia de los socialistas franceses" y la desamortización "peor que la expropiación socialista".

La primera rebelión armada que adoptó un programa socialista fue la de los campesinos de Chalco, que se produjo en el año de 1869. En su manifiesto "a todos los oprimidos y pobres del mundo", su dirigente Julio Chávez López, que había participado en una escuela de socialismo junto con Rhodakanaty, proclamaba que había llegado la hora de luchar por la tierra, el trabajo y la libertad, y destruir el sistema que condena a unos a ser pobres y a otros a gozar de la riqueza y el bienestar.

El primero de julio de 1871 apareció en la ciudad de México el número uno de *El Socialista*, primer periódico que defendió abiertamente la causa de los trabajadores, la Primera Internacional y la Comuna de París. Poco des-

pués se formó el Gran Círculo Obrero de México en el cual militaron unos 2,000 trabajadores de decenas de fábricas y gremios. La nueva organización no era socialista pero fomentó el mutualismo y la organización obrera con ideas y lemas de inspiración socialista. Sin embargo, dos años más tarde cayó bajo la influencia de los empresarios y el gobierno y los socialistas que formaban parte de él se separaron para formar una nueva organización.

En 1878 se integraron en Puebla el Partido Socialista Mexicano y su órgano *La Revolución Social*, que tuvieron una vida efímera pero fueron importantes por el corte marxista de sus estatutos en los cuales se establecía que sus miembros se llamarían comunistas para diferenciarse de todos aquellos que no aceptan que los obreros se constituyan en un partido de clase y que ese partido lucharía por la conquista pacífica del poder o porque el poder federal acepte su programa.

En la primera década del siglo XX, el socialismo resurgió en el Partido Liberal Mexicano en el cual militaban, entre otros, los hermanos Flores Magón, Librado Rivera, Camilo Arriaga y Antonio Díaz Soto y Gama, de orientación anarquista y socialista. Durante los 20 años de su vida política, Ricardo Flores Magón desarrolló una versión mexicana del anarquismo que había de tener una influencia duradera y que recibió el nombre de magonismo. Desde 1906, el Partido Liberal Mexicano llama a la revolución contra la dictadura de Díaz. En 1911, después de la caída de éste, concibe la revolución como anarquista y comunista que debía abolir la propiedad y el Estado; una revolución dirigida contra los hacendados, el capital y el clero.

En los años que precedieron a la Revolución el PLM llegó a tener una influencia considerable, pero al estallar ésta su radicalismo lo llevó al aislamiento y la dispersión. Pese a ello su influencia se dejó sentir en la formación de la Casa del Obrero Mundial, el zapatismo y la redacción de la Constitución de 1917. Al final de la guerra civil y durante la década de los veinte, el socialismo ejercía una influencia difusa pero importante. Muchos generales revolucionarios declaraban abiertamente su simpatía por el socialismo y la Revolución rusa. Los programas de las ligas agrarias, los nuevos sindicatos y más tarde incluso el partido gobernante exhibían influencias socialistas. Artistas como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Frida Kahlo; escritores como Pedro Henríquez Ureña y Carlos Pellicer simpatizaban abiertamente con las ideas socialistas. En este ambiente fue creado en 1919 el Partido Comunista Mexicano y en 1921 la Central General del Trabajo, fuertemente influida por anarquistas y comunistas.

Durante las siguientes seis décadas, el socialismo continuó su desarrollo tomando múltiples formas. El socialismo de los años cuarenta y cincuenta fue dominado por la figura de Lombardo Toledano. En los primeros años de

la década de los sesenta, el socialismo y el cardenismo se encuentran por primera vez en la oposición dentro del Movimiento de Liberación Nacional y en la década de los setenta se produjo un gran auge del pensamiento socialista. En 1979 el Partido Comunista participó por primera vez legalmente en las elecciones federales, obteniendo 5.5% de los votos. Una década más tarde, los partidos de orientación socialista conseguían alrededor de 10% de la votación total.

En las elecciones de 1988 aparece una nueva fuerza política que sustituye a la izquierda socialista: el neocardenismo. Si a esto se agrega el derrumbe del ensayo soviético, el "bloque socialista" en Europa oriental y el movimiento comunista mundial, se tiene una explicación inicial del eclipse del socialismo del panorama político mexicano en los últimos diez años. Sin embargo, la persistencia de esas corrientes y grupos demuestra que la llama no se ha apagado totalmente y que mientras siga existiendo el capitalismo mexicano, sobre todo en sus formas extremas actuales, las posibilidades históricas del socialismo no se habrán cerrado.⁴⁴

PAN-PRD ¿una alianza antidemocrática?

A partir del debate del 21 de junio de 1996 entre los candidatos a la presidencia del PRD, comenzó a discutirse en los medios políticos y la prensa, la posibilidad de una alianza entre el PAN y el PRD para derrotar al PRI en los comicios del 6 de julio de 1997. Amalia García se pronunció a favor de ella y Andrés Manuel López Obrador en contra. En enero de ese último año el debate se reactivó y numerosos articulistas se pronunciaron al respecto: Octavio Rodríguez Araujo se manifestó en contra política e ideológicamente aunque reconoció que la alianza tendría éxitos pragmáticos; Emilio Krieger la consideró inaceptable moral y políticamente; Luis González Souza dijo que sería una medida audaz que correspondía a las tendencias unificadoras de la sociedad mexicana. A fin de cuentas, en mayo de 1997, la dirección del PAN rechazó toda posibilidad de alianza con el PRD y Luis Javier Garrido caracterizó esa decisión como un triunfo del salinismo al haber impedido la formación de una coalición opositora.

En una visita de fin de año, un buen amigo, profesor de economía y hombre de izquierda definida, me espetó, no sin ironía: “¿Conque ahora andas firmando llamados a la alianza PRD-PAN? ¿No te parece incongruente?”. Algo le contesté, pero creo que se perdió entre cafés, galletitas y buenos deseos para el año nuevo. Pensándolo bien, la pregunta era justa y ahora me siento en la necesidad de explicar y fundamentar un acto que considero muy legítimo y nada oportunista.

La necesidad y la posibilidad de esta alianza surgió quizá al mismo tiempo en la mente de millones de mexicanos. Una encuesta del periódico *Reforma* nos dice que 52% de los interrogados simpatizan con la idea, mientras que sólo 35% la rechaza. Yo mismo la defendí públicamente en dos ocasiones antes de ser invitado a respaldar el llamado de “Alianza por la República. México 1997”.

No me escapa que la iniciativa tiene sus pros y sus contras y tampoco ignoro que su éxito se enfrenta a cruentas dificultades. Sin embargo, creo fir-

memente que es necesaria y además posible. Mis argumentos para esta posición son los siguientes:

El PRI es hoy el principal obstáculo a una culminación negociada de la transición democrática en México. Amenazado por una lluvia de derrotas electorales en el presente año que le harían perder la mayoría de la cámara de diputados, varias gubernaturas y la dirección del Distrito Federal, abandonó las negociaciones por una reforma "definitiva" de la ley electoral. Dando un viraje de 180 grados, se atrincheró —aprovechando su mayoría parlamentaria— en la defensa de sus privilegios de partido de Estado. Considerando que las pláticas de Bucareli duraron dos largos años, no es posible que las negociaciones se reanuden durante el presente sexenio a menos que se produzca un cambio en la relación de fuerzas. El gobierno del presidente Zedillo obviamente ha abandonado su proyecto de una reforma electoral "definitiva" y sólo hay una manera de obligar al PRI a volver a la mesa de negociaciones, a saber: una contundente derrota electoral.

La alianza entre partidos con ideologías y programas diferentes e incluso contrapuestos es legítima siempre y cuando sea con propósitos muy bien definidos, limitados y fundamentados. El PAN y el PRD representan, sin duda, proyectos de país completamente diferentes. Ocultar esa realidad ante sus electores resultaría una inconsistencia y un engaño. La alianza tendría dos objetivos muy claros y limitados: crear una mayoría para llevar a cabo una reforma electoral y una reforma del Estado. En muchos de los puntos referentes a esos dos asuntos, las posiciones del PAN y el PRD son ya coincidentes y han producido acercamientos y negociaciones anteriores. Habría que ampliar y precisar esos acuerdos. Lo que está en juego es sacar la transición democrática del impasse en el cual se halla.

La alianza entre PAN y PRD con ese propósito obtendría rápidamente la adhesión de otros partidos y ONG, quizá de toda la oposición, para la formación de un Frente Nacional por la Reforma Democrática que en muchas partes del país se transformaría en una alternativa viable al dominio del PRI. Durante la duración de la alianza, el peso de cada uno de los partidos y organizaciones participantes debería ser acorde con su peso actual en el panorama político. Este suceso produciría no sólo un vuelco en la relación de fuerzas electorales, sino también un cambio en la opinión pública. La mayoría de los mexicanos comprenderá al fin que la pluralidad política sólo podrá obtenerse por medio de una derrota contundente del PRI, que el principio de la alternancia sólo se hará realidad cuando otro partido ocupe la presidencia.

Las proyecciones de una alianza para el 6 de julio son estimulantes sin ser amenazadoras. Aun cuando triunfe, la alianza no podrá imponer los cambios deseados a partir de 1997, puesto que el PRI conservará la mayoría en el

senado, las gubernaturas y el ejecutivo. Pero sí representará una presión poderosa para que el partido gobernante regrese de inmediato a la mesa de negociaciones. Además, representará un paso real importante en la consagración del principio de la alternancia en muchos estados del país. Para materializar la alianza en las próximas elecciones del 6 de julio, no será necesario elaborar una plataforma de gobierno de coalición, puesto que esto no está en juego para esas elecciones. Basta con una plataforma de reformas que será apoyada conjuntamente en las dos cámaras y en los gobiernos estatales conquistados por la oposición. Esto no impedirá que en asuntos en los cuales no hay acuerdo, cada partido actúe según sus posiciones particulares. Naturalmente, ahí donde lo que está en juego son gubernaturas los acuerdos serán más amplios y deberán basarse en los problemas locales.

El PRD, y antes que él la izquierda, tiene una larga experiencia de alianzas de ese tipo. Y a nivel local el PAN las ha practicado de manera asidua. La mayoría de ellas funcionó razonablemente, mientras que algunas fracasaron. En la situación actual, las probabilidades de éxito son grandes y no hay por qué desperdiciarlas. La probabilidad de que el PAN pueda por sí mismo lograr la mayoría es mínima, y el peligro de que los partidos participantes pierdan su imagen definida es nula. Por otra parte, la idea de que conservando su imagen radical el PRD puede promover más cambios que a través de una iniciativa de ese tipo es, en este momento, ilusoria.

El dominio del PRI no es una dictadura, pero hay que comprender que lo que en este momento traba el avance del país es la supervivencia del sistema de partido de Estado; si se quiere, lo que se conoce con el nombre de "pacto corporativo". Esta persistencia es la que impide la plena expresión de las contradicciones entre la derecha y la izquierda, entre los sectores empresariales y sindicales, entre los partidarios del TLCAN en sus condiciones actuales y los que piden su reforma. Frena también el encauzamiento por la vía política de los movimientos guerrilleros, el debate serio de las políticas económicas y la lucha consecuente contra el caciquismo ahí donde existe.

Agotadas las aportaciones en materia social y económica de los regímenes ligados al proyecto de la Revolución mexicana, los restos de la estructura autoritaria del Estado que crearon se yerguen como baluarte de todos los conservadurismos grandes y pequeños, todos los autoritarismos nacionales y locales, todas las corruptelas acostumbradas, todos los monopolios ancestrales. Si el PRI prefiere morir con ellos que vivir reformado, es cosa de él y nada más que de él. Por eso, me parece que la prioridad número uno hoy es enterrar ese sistema, concluir la lenta e innecesaria agonía en la cual hemos estado envueltos todos durante 20 años, y si para eso hay que pasar por una alianza temporal entre derecha e izquierda es un precio aceptable y legítimo.

Humberto Roque Villanueva, el nuevo líder nacional del PRI, ha declarado que la alianza entre el PAN y el PRD sería antidemocrática. Me da la impresión de que lo que lo preocupa, más bien, es que sus consecuencias sean demasiado democráticas.¹

Amnesia

Los médicos afirman que la amnesia es una pérdida de memoria que se produce a raíz de un shock, un trauma o una enfermedad. Afecta las memorias personales que corresponden a la identidad. Deja en cambio intactas habilidades menos personales, como son las motoras y lingüísticas. El amnésico puede manejar su coche, pero no recuerda a quién quería visitar. La amnesia representa una huida o la negación de recuerdos que pueden causar ansiedad o depresión. Pero los médicos sostienen, también, que esas memorias no están perdidas y que pueden ser recuperadas cuando la amnesia es curada.

La descripción se adapta como un guante al estado de la izquierda desde 1989. Durante siete años, ésta ha vivido un estado de amnesia, vale decir, el olvido de su pasado y, por lo tanto, una pérdida de identidad. Miles de activistas y dirigentes entre los 40 y los 70 años de edad parecen querer olvidar su militancia pasada, los ideales que inspiraban sus luchas, la moral que normaba su vida personal, las teorías que organizaban su pensamiento. La paradoja es que la materialización de algunos de sus sueños más entrañables, la legalización de la izquierda, su transformación en una alternativa real de poder, la ocupación de puestos de elección popular, vienen aunados a una necesidad lacerante de pérdida de identidad. La izquierda no ha olvidado cómo luchar, pero el objetivo de esas luchas se ha hundido en el inconsciente. Sabe que en el mundo surgido a partir de 1989, muchos de los ideales que la inspiraron no tienen ya lugar, y que otros, en cambio, siguen vigentes, pero se niega a iniciar un balance crítico de ellos.

¿Cómo explicar esto? El fenómeno no es universal. En todo el mundo, para sobrevivir en los últimos diez años, la izquierda ha debido cambiar. Los expartidos comunistas del Este se vuelven socialdemócratas; el Partido Comunista Italiano derrota a la derecha y se constituye en gobierno sólo después de transformarse en un partido unitario de la izquierda y constituir una amplísima alianza con algunos de sus antiguos adversarios; los frentes guerrilleros de El Salvador y Nicaragua se constituyen en partidos políticos reformistas; el comunismo chino adopta el “socialismo de mercado” como su objetivo. Pero es raro el caso en el cual el pasado se olvida totalmente o se renuncia radicalmente a la búsqueda de la relación entre ruptura y continuidad, entre pasado y futuro. El caso de México es, sin duda, extremo.

La explicación debe buscarse tal vez en la rápida sucesión de hechos de los años 1988-1990. Durante ese tiempo, se vinieron abajo los países del socialismo “realmente existente”, la mayoría de los partidos comunistas y con ellos las esperanzas de cambio social que encarnaban. El gigantesco ensayo social iniciado con la Revolución rusa de 1917 concluía en la más espantosa debacle. Lo impensable se tornaba realidad: el capitalismo reconquistaba todas las posiciones perdidas. Esto coincidió con sucesos igualmente inesperados en México. En 1988, la izquierda conquistaba un tercio del voto ciudadano, pero la candidatura que hizo posible esa victoria provenía del PRI, no de la izquierda. En 1989 el partido que surgió de ese avance no fue hegemonizado por las ideas de la izquierda, sino por las de la Corriente Democrática. Aun así, el sistema de partido de Estado no se derrumbó y el PRI siguió manteniendo el poder y un electorado importante. La ira ciudadana por la crisis y los excesos del viejo régimen se orientó más hacia la derecha que hacia la izquierda. Esos tres años quedan en la historia de la izquierda mexicana como un extraño partea-guas. Fueron, a la vez, el Mar Rojo y los 40 años en el desierto. La izquierda se salvó y, al mismo tiempo, perdió la memoria y la identidad.

Los sucesos de esos 36 meses parecían gritar: todo aquello por lo que se luchó en el pasado, los análisis “científicos” que sustentaban los grandes ideales, la concepción que de la política se tenía, las tácticas adoptadas habían sido equivocados, quizá falsos. Las luchas libradas, los sacrificios incurridos y las experiencias vividas, muchas de ellas heroicas habían sido en vano. Se perdió un tiempo precioso que pudo haberse dedicado a otras tareas, otros aprendizajes, otros ideales. Para seguir adelante había que olvidarlo todo, comenzar a vivir una nueva vida sin preocuparse de la pasada. Volver a nacer. Hundirse en la acción y poner a dormir el pensamiento y la memoria. El campo de la acción parecía tan prometedor y el del recuerdo tan desolador.

Pero ¡cuidado! El olvido de las causas perdidas y las rebeliones derrotadas trabaja más para el poder que para quienes lo cuestionan. El PRI sólo puede presentarse como enemigo de la corrupción si se olvidan las miles de luchas contra este vicio que ha aplastado desde su surgimiento. Sólo puede enarbolar la bandera de la democracia si se olvidan las innumerables luchas por este ideal, ahogadas en la sangre o la cooptación. Sólo puede prometer una mejor suerte para los pobres si se olvida que ni el proyecto de sustitución de importaciones, ni el desarrollo estabilizador, ni el neoliberalismo de los que ha sido portador han logrado producir una distribución del ingreso aceptable.

No se puede construir una “nueva izquierda” sin recuperar las memorias de la vieja izquierda. No se pueden proyectar las causas populares hacia el siglo XXI sin hacer las paces con sus experiencias de la última mitad del si-

glo XX. Hacer eso sería abandonar el campo de la cultura y la ideología a la derecha, que está llenando todos los huecos con una rapidez pasmosa. Tratar de hacerlo es tan imposible como querer construir la democracia en México sin considerar su cultura política heredada, o bien formular un nuevo plan de desarrollo económico sin tomar en cuenta los éxitos y los fracasos de todos los intentos anteriores. Si la izquierda no confronta su pasado, su presente y su futuro sufrirán las consecuencias.

Quizá —se dirá— sea más fácil olvidar el pasado y comenzar de nuevo. Puede parecer más fácil, pero es imposible. El hombre amnésico, sin identidad, puede comenzar otra vida, pero no una nueva vida, porque ésta sólo se construye en contraste con la vieja. El nuevo proyecto puede contener confirmaciones, negaciones o superaciones de la vida pasada, pero no puede prescindir de ella sin repetir errores básicos. El cambio social no puede abordarse hoy en los términos en los que se hacía hace 30 años, pero la nueva concepción no puede surgir exclusivamente de la práctica cotidiana. Sólo la recuperación de la memoria permitirá distinguir en la situación actual lo realmente nuevo. Podemos desechar las ideas del socialismo, la revolución, la economía planificada, los movimientos sociales, pero no sin antes ponerlas a prueba de la razón. Podemos distanciarnos de las figuras de Hernán Laborde, Narciso Bassols, Rubén Jaramillo, Demetrio Vallejo, Rafael Galván, Lucio Cabañas, Juan de la Cabada, Ermilo Abreu Gómez, José Revueltas, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, pero no sin decir por qué lo hacemos. Podemos señalar las limitaciones de las campañas presidenciales de Ramón Danzós Palomino, Valentín Campa, Rosario Ibarra de Piedra, Arnoldo Martínez y Heberto Castillo, pero no sin explicar sus contribuciones a la legalización y la consolidación de la oposición como fuerza electoral.

La tarea es tanto más necesaria, porque cada día es más evidente que la izquierda de hoy no es superior en todo a la de ayer; que el abandono de las tradiciones sin discriminación ha producido pérdidas y retrocesos importantes; que el pragmatismo y el relajamiento de la dimensión ética son un excelente caldo de cultivo para el oportunismo y el “carrierismo”; que muchos de los espacios dejados por las viejas respuestas de la izquierda han sido ocupados por la ideología de la derecha; que el movimiento popular, si bien se niega a vivir de utopías, no puede vivir totalmente sin ellas.²

Mao, Deng y el gato amarillo

Del 22 al 24 de noviembre de 1996, Ernesto Zedillo Ponce de León salió de viaje a Beijing, con la intención de intensificar las relaciones comerciales con la potencia asiática. Así, 25 años después del restablecimiento de las relaciones entre México y Chi-

na, ambos países determinaron formalizar una relación estratégica para identificar intereses en el Foro para la Cooperación Económica de Asia-Pacífico (APEC) y su importancia en el desenlace futuro de la economía mundial.

Una de las contribuciones de Deng Xiaoping a la cultura occidental, repetida por Zedillo, es que hizo universal el aforismo de un oscuro dirigente local chino: “No importa —dice la parábola en cuestión— si el gato es blanco o negro, mientras cace ratones”.

Son pocos los inspirados por el dicho del recién fallecido dirigente chino que conocen el origen de su frase. Deng la pronunció el 7 de julio de 1962 en su discurso en el Séptimo Pleno de la Tercera Liga de Jóvenes Comunistas. Entonces, Mao dominaba indiscutiblemente la escena y Xiaoping era sólo uno de los dirigentes de primera fila del Partido Comunista Chino. La revolución cultural no había tenido lugar y Deng no había iniciado la accidentada carrera que lo habría de llevar a siete años de exilio y luego a la conquista del poder supremo, uno tras otro. Lo que dijo exactamente en aquella ocasión fue lo siguiente: “Nuevas condiciones han aparecido en las aldeas. Para decidir cuál es el mejor sistema de producción, tendremos que adoptar cualquier método que desarrolle la producción agrícola más fácil y rápidamente y cualquier método que las masas prefieran. Debemos hacer lo ilegal, legal. Para citar un viejo dicho de la provincia de Sichuan pronunciado por el camarada Boching: ‘No importa si el gato es amarillo o negro, mientras cace ratones’”.

Cuando Deng y la frase se hicieron famosos en el mundo entero, su autor dejó de ser Liu Boching y el gato amarillo se volvió blanco. ¿Cambios intrascendentes? No me parece. Detrás de ellos hay un mar de intenciones.

Occidente siempre ha tenido dificultades para comprender a China. Las fuerzas sociales que modelan su destino le son difíciles de entender y por eso recurre consciente o inconscientemente a la simplificación: prefiere pensar que China contemporánea es la obra de dos arquitectos geniales: Mao Tse-tung y Deng Xiaoping. Simple, pero falso. Mao y Deng son la expresión brillante y enigmática de las grandes fuerzas sociales y el genio de un pueblo que ha impuesto su marca indeleble en la historia de la humanidad durante milenios. La frase es de Liu Boching, dirigente popular de una provincia que fue cuna de la revolución campesina china, no de Deng Xiaoping el modernizador, cuya fama occidental se debe sobre todo a la introducción del mercado en la economía de ese país. Su origen es campesino, no urbano; popular, no de elite.

El gato original era amarillo, no blanco. No sabemos quién le cambió el color y si el cambio se debió a prejuicios racistas o deseos de recalcar con-

trastes pero, decididamente, las vías de desarrollo que han prevalecido en China durante el último medio siglo son profundamente amarillas, originales, nacionales, distintas de las que se impusieron en el mundo occidental. Amarillas, no blancas.

China marchó entre las vanguardias de la civilización humana desde los años 6000 a.C. hasta 1500 d.C.; 7,500 años. Luego vino un breve colapso de cinco siglos durante los cuales la civilización china, agotada por el milenarismo esfuerzo, yació desfallecida como el alpinista que antes de llegar a la cima cae agotado, falto de aire, aparentemente para no levantarse más. El siglo XXI será tal vez el siglo del retorno de China entre los que marchan a la vanguardia de la humanidad. El alpinista habrá recobrado, después del descanso, su segundo aire. ¿Pueden Mao y Deng explicar ese increíble renacimiento? Con todo respeto por las dos figuras, que sin se duda cuentan entre los diez o doce estadistas más grandes de nuestra época, detrás de esta maravillosa resurrección está el genio creativo de millones de campesinos, obreros, pensadores, políticos, ingenieros y artistas chinos que, además de muchas otras cosas, produjeron dos hombres de la talla de Mao y Deng.

En el homenaje que les rinde Henry Kissinger en su perspicaz artículo publicado recientemente en *El Universal*, relata que a las felicitaciones de Richard Nixon en su histórico viaje al país asiático en 1972, por haber transformado la antigua civilización china, Mao respondió irónicamente: "No he podido transformarla. Sólo he podido cambiar unos cuantos lugares vecinos a Pekín". Y sin duda el impresionante ascenso del pueblo chino en el último medio siglo es el resultado de la simbiosis de valores tradicionales y espíritu de innovación basado en las experiencias occidentales.

Hace apenas 47 años, China era uno de los países agrarios más atrasados del orbe. Hoy, esta nación de más de 1,000 millones de habitantes se perfila como uno de los gigantes cuyo destino marcará profundamente el mundo en el próximo siglo. Su producto nacional bruto (PNB) lo coloca en tercer lugar, después de Estados Unidos y Japón. Medida con el criterio de "poder de compra paritario" del FMI y el Banco Mundial, su economía es comparable a la de Japón, y con ritmos de crecimiento similares a los actuales sólo tardará una generación en sobrepasar la de Estados Unidos.

Lo más instructivo de la vía china de desarrollo es que los dos modelos aplicados, tanto el de planificación estatal de la era de Mao como el de "socialismo de mercado" impulsado por Deng Xiaoping, han rendido resultados excelentes. Vale decir que recurriendo a políticas diametralmente opuestas en épocas diferentes, la República Popular China ha mantenido altas tasas de crecimiento y un ritmo de industrialización acelerado, sin dejar de elevar los niveles de vida y educación de sus habitantes. La primera época fue de movilización

de recursos extraordinariamente escasos para romper con el pasado feudal y eminentemente agrario. La segunda, de ingreso paulatino a la economía de mercado, la acumulación en gran escala y la introducción de las nuevas técnicas de producción y administración, sin rupturas extremas ni dolorosas.

Hoy día, cuando se habla en Occidente de la economía maoísta sólo se hace referencia a catástrofes y errores. El "milagro chino" se debería, según eso, exclusivamente a la introducción de la economía de mercado y a la liberación de los últimos tres lustros. Pero un examen detenido del desempeño económico durante los años 1949-1976 contradice esa imagen. Bajo una estructura completamente diferente de la actual, la economía china conoció en esos años ritmos de crecimiento y desarrollo no inferiores a los actuales.

Fue precisamente en la era de Mao cuando de un país agrario atrasado pasó a ser la sexta potencia industrial del mundo. En realidad, la mayoría de los defectos del desarrollo de aquellos años son síntomas comunes a todos los procesos de industrialización acelerada y por eso han podido ser corregidos sin interrupciones catastróficas en los últimos 20 años. El vertiginoso avance de la era de Deng hubiera sido imposible sin las bases construidas bajo el poder de Mao.

En 1949 la flamante República Popular China tenía una planta industrial comparable a la de Bélgica. Con recursos naturales escasos y poca o ninguna inversión extranjera, China se transformó en un cuarto de siglo en una importante potencia industrial. Durante ese periodo, la producción industrial se multiplicó por 30 (doce veces si se toma como base 1952, año en que se recuperó el nivel de preguerra). El crecimiento anual promedio de esa rama fue, durante los años 1952-1976, de 11.2% a pesar de las sacudidas del "gran-salto" y la revolución cultural. La producción de acero creció de 1.4 a 31.8 millones de toneladas, la de cemento de 3 a 65 millones de toneladas, la electricidad de 7 a 256 billones de kilovatios-horas y la de fertilizantes químicos de 39 mil a 8.6 millones de toneladas. La República Popular China se transformó también en potencia nuclear y coheteril. La primera prueba de una bomba atómica se hizo en 1964; la bomba de hidrógeno se produjo en 1967 y su primer satélite fue puesto en órbita en 1970.

Mao murió el 9 de septiembre de 1976 y dos años más tarde, después de una violenta lucha por el poder, su lugar fue ocupado por Deng Xiaoping. Deng nació en 1904, hace 92 años. Aun cuando hace cinco años que no ocupa posición oficial alguna, de acuerdo con la tradición china, sigue influyendo poderosamente en la marcha de los asuntos a través de un grupo de allegados muy cercanos. Su vida, a diferencia de la de Gorbachov, que nació catorce años después de la Revolución rusa, está ligada al ascenso del Partido Comunista y a la Revolución china en todas sus etapas. Sobrevivió por azar a la ma-

tanza contrarrevolucionaria de 1927-1928, la Gran Marcha de 1934-1935, la guerra contra los japoneses y la guerra civil, para aparecer hacia 1955 como uno de los principales dirigentes del país. Luego, bajo la revolución cultural, vinieron seis años de exilio en una cooperativa agrícola y, como integrante de la banda de los cuatro en 1976-1978, un nuevo exilio de dos años.

Deng ha revertido en aspectos fundamentales la política económica practicada en la era de Mao. Bajo el nombre de "socialismo de mercado" se aplicó a sustituir la economía planificada de la era anterior por una economía de mercado con una orientación cada vez más capitalista.

El camino que ha recorrido China desde que Deng conquistó la dirección de 1979, en nada se parece a los modelos neoliberales impuestos a los países de América Latina y Europa del Este en los últimos tres lustros. A partir de ese año China ha conocido una serie de reformas que modificó profundamente la economía planificada construida a partir de la revolución de 1949. El punto de partida fue la agricultura, que pasó por un intenso proceso de privatización llamado "sistema de responsabilidad familiar", el cual ha transferido paulatinamente la responsabilidad de la producción y la mercantilización del producto de la comuna agrícola a la unidad familiar, sin abolir las formas de cooperación y solidaridad tradicionales. Sin el éxito monumental de ese paso, el resto hubiera sido imposible. Luego, el complejo sistema de planificación centralizada fue abolido para una gran cantidad de productos industriales y se dio mucha más autonomía a las empresas estatales.

Esta reforma tiene dos aspectos: el primero es una reforma operacional, que se refiere a la sustitución del sistema planificado obligatorio por los mecanismos del mercado autorregulado, y el segundo es una transformación de la forma de propiedad dominante: la propiedad pública o de Estado. En su lugar surge paulatinamente un sistema de propiedad mixta en el cual el sector público sigue desempeñando el papel dominante pero se estimula la consolidación de otras formas, en concreto la privada y la cooperativa. Además, se modifican los estatutos de las empresas de propiedad pública para adaptarlas a las nuevas condiciones de funcionamiento de la economía.

Los dos procesos, el de surgimiento del sector mercantil y la reforma del sector estatal, son interdependientes. La constitución del mercado, que va aunada a la transformación de los sistemas de formación de precios que traslada las decisiones del Estado al libre juego de la oferta y la demanda, exige la reforma de las empresas públicas para permitirles funcionar en el nuevo entorno.

De los dos, el más difícil ha resultado la reforma de las empresas estatales, porque éstas siguen y seguirán desempeñando un papel decisivo en la economía nacional, a pesar de que su peso en la producción (en precios co-

rrientes) ha descendido de 77.6% en 1978 a 51% en 1993. La economía china es y seguirá siendo en los próximos 20 años predominantemente de propiedad pública.

En 1992 las empresas estatales entraron en una nueva fase: la del "sistema compartido", cuyo objetivo es hacer a cada una de ellas totalmente responsable de su propia administración y de su balance de pérdidas y ganancias. La idea que nutre esa política es que sólo siendo totalmente independientes respecto de su estado de pérdidas y ganancias puede la empresa estatal participar con éxito en las transacciones de mercado y responder eficazmente a las señales emitidas por la fluctuación de los precios.

Antes de las reformas iniciadas en 1978, esas empresas dependían de los órganos centrales de planeación para todas sus decisiones. Sus ganancias iban a parar a los cofres del Estado y sus pérdidas eran cubiertas por medio de subsidios. Si eso no cambia definitivamente, el sistema de mercado no podrá consolidarse y esas empresas no podrán funcionar dentro de él.

Iniciado hace 18 años, el proceso ha demostrado ser enormemente productivo y, a la vez, estar sembrado de grandes dificultades. El objetivo de hacer las empresas estatales totalmente responsables de su propia administración no ha sido aún alcanzado. El viejo y el nuevo coexisten y están reflejados en cada paso del funcionamiento de cada empresa individual. Éstas tienen cierta autonomía, pero no son realmente independientes; son responsables de sus pérdidas y ganancias, pero no son totalmente dependientes de ellas.

Es de lamentarse que América Latina y los países del este de Europa no hayan puesto suficiente atención al modelo chino. No sólo importa el contenido de esas reformas, sino también su ritmo, su alcance, su orden de prioridades. Las diferencias pueden traducirse en el abismo que separa el brillante éxito socioeconómico del desastre social.

A diferencia de lo que ha sucedido en México, las nuevas políticas económicas chinas produjeron, en términos puramente económicos, resultados espectaculares. Durante la primera fase (1978-1985) la industria creció a un ritmo promedio anual de 10.5% aproximadamente, casi el mismo que durante la era de Mao pero ahora la industria de consumo creció más aprisa. Hacia 1986, estaba creciendo al increíble ritmo de 23% anual y aun cuando tuvo fluctuaciones importantes en los años siguientes, hasta 1994 siguió aumentando a tasas anuales de entre 8 y 21%. En 1991 el PNB creció 8%, en 1992 13% y en 1993 14% en términos reales, a un ritmo que supera el de la década de los ochenta, en la cual la economía china junto con la coreana marchaban a la cabeza del mundo en ritmos de crecimiento.

Las estadísticas sobre los niveles de vida urbana, considerados como fidedignos por los organismos internacionales, muestran importantes mejo-

ras. Por ejemplo, el consumo de carne de puerco per cápita se duplicó durante los años 1978-1986, mientras el consumo de grano subía de 195 a 256 kilos anuales. El número de bicicletas en uso aumentó de 74 a 258 millones, y el de televisores de 3 a 92 millones. En el mismo periodo, el número de máquinas de coser creció de 34 a 109 millones y el ingreso de los obreros industriales en términos reales se duplicó.

Ha habido, sin duda, costos sociales graves. En las ciudades, la desocupación fabril, desconocida hasta entonces, ha aparecido. En el campo, la sociedad se polariza rápidamente entre una clase media ascendente y millones de campesinos desposeídos, sometidos al trabajo asalariado y la subocupación. La corrupción y el nepotismo se han generalizado entre la burocracia comunista, creando una clase de nuevos ricos que son blanco de un creciente y masivo rechazo popular. Los impulsos democráticos de la sociedad han sido brutalmente reprimidos. En dos ocasiones (1976 y 1989) la plaza de Tiananmen ha sido escenario de sangrientas represiones y éstas sólo han cambiado de forma. Imágenes contradictorias de un país inmerso en acelerado desarrollo.³

El ascenso del PRD

En el momento en que se inician las campañas electorales, lo más notable es el ascenso del PRD como opción de gobierno local y contendiente sólido por 17% o más del voto nacional. Si esas previsiones se materializan, la situación política del país conocería, a partir de 1997, modificaciones sustanciales.

Es necesario analizar por partes: en primer lugar, los resultados de Morelos, últimas elecciones antes de la gran cita del 7 de julio. Según los datos proporcionados en la mañana de ayer, el partido del sol azteca surge como la primera fuerza en el estado, tanto por el número de alcaldías como por el de diputaciones conquistadas. En lo que respecta a las primeras, obtuvo 12 (quizá 13) por 11 del PRI, y para las segundas 8 por 7 del tricolor. Su mayoría en el congreso local no está aún asegurada, pero es muy probable, ya que las 12 diputaciones plurinominales deberán repartirse entre todos los partidos que obtengan más de 1.5% del voto. Además, el PRD gobernará Cuautla, la segunda ciudad del estado.

El ascenso de este partido es aún más notable si se recuerda que poco antes de las elecciones su organización estatal pasó por una severa crisis que le impidió ganar la ciudad de Cuernavaca. La victoria del PRD es más significativa aún si se considera que Morelos había sido, hasta ahora, un baluarte inexpugnable del PRI y que en 1994 este partido conquistó todas las diputaciones de mayoría y todos los municipios, menos uno.

El voto perredista avanza tanto en las ciudades como en el campo y se

define como una incursión en los que eran considerados como los baluartes más sólidos del otrora partido Invencible. A todas luces, las estructuras caciquiles y clientelares que fueron la base de operación del PRI durante décadas están cambiando de bando o se están resquebrajando. El PRD se perfila así como la fuerza capaz de repetir la hazaña que protagonizó el PAN en el norte, en las regiones del centro y sur del país: la de desarmar los mecanismos de dominio del partido de Estado a nivel local.

Si a los éxitos del PRD se suman los avances del PAN, sobre todo en Cuernavaca, se confirma la tendencia generalizada en todo el país desde 1988: la oposición avanza en las ciudades y las regiones rurales más prósperas; el partido de gobierno mantiene su poderío en las áreas atrasadas con poblaciones más susceptibles a la manipulación caciquil y el clientelismo.

En segundo lugar, lo imponente de las listas de candidatos externos para puestos de representación federal en el PRD. La presencia de Enrique González Pedrero, Francisco Luna Kan, Demetrio Sodi y Ricardo García Sainz en lugares destacados de sus listas plurinominales para senadores y diputados, confirman la existencia de una nueva escisión del PRI a su favor. El proceso que encabezaron Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara en 1987 para formar la Corriente Democrática se mantiene. Sin duda, no alcanza la misma significación fundadora que la anterior, pero en el nivel de los que cambian de bando no le pide nada.

Otro aspecto importante es el puente tendido a la sociedad civil. En muchas partes del país, decenas de movimientos sociales locales de todo tipo ocupan o lograrán ocupar el 7 de julio puestos de representación. La presencia de Carlos Payán, distinguido periodista; René Drucker, Premio Nacional de Ciencias; Juan José Quirino Salas y Maximiano Barbosa, líderes de El Barzón; María Rojo, destacada actriz; y José Agustín Ortiz Pinchetti, exconsejero ciudadano, transforman al PRD en el centro de una constelación de lazos con sectores de la sociedad civil que logran, a través de él, tener una presencia parlamentaria. También destaca la corrección de una vieja lacra de las representaciones perredianas: la debilidad de la presencia femenina. Entre los primeros candidatos a senadurías plurinominales aparecen Amalia García y Rosa Albina Garavito, dos de las más conocidas exponentes de nuestra vida política.

Tercer punto fuerte del PRD: según encuestas realizadas en el Distrito Federal, Cuauhtémoc Cárdenas sigue siendo el candidato más popular. Además, la victoria en Morelos cierra el cerco de la oposición a esta ciudad. Si Cárdenas y sus asesores aprenden las lecciones de 1994, sus probabilidades de ganar son muchas. Pero aun si pierde, el PRD quedaría como la segunda fuerza en la entidad más poblada e importante del país.

Además hay signos evidentes de que, como partido electoral, el PRD

se está afinando, vale decir que la maquinaria de los perredistas es hoy más eficiente que hace tres años. Estos cambios están indudablemente ligados con el nombre de Andrés Manuel López Obrador, el hombre que ha sido capaz de imprimir a su partido una dinámica orientada definitivamente hacia la actividad electoral.

El PRD ha logrado presentarse para las próximas elecciones como un partido que quiere, cueste lo que cueste, ganar, y que cada día está en mejores condiciones para lograrlo. Lo que sigue siendo bastante nebuloso es qué hará con ese poder (local o nacional) una vez que lo logre. ¿Versión radicalizada del PRI? ¿Partido de izquierda moderno? ¿Socialdemocracia a la mexicana? Todas esas tendencias sin duda coexisten en sus filas y cualquiera de ellas puede imponerse. Pero la definición de la identidad (muy diferente de la imagen) del PRD es, sin duda, un problema poselectoral.⁴

Heberto Castillo. In memoriam

Heberto Castillo apareció en el mapa político de México en 1961, como uno de los principales dirigentes del MLN. Tenía entonces 33 años de edad. A partir de aquel momento, Heberto (¿se fijan ustedes que nadie le dice Castillo o Castillo Martínez?) estuvo en el centro de la azarosa vida de la izquierda mexicana. Ahí donde se decidía la suerte de esa izquierda, ahí estaba, con una oportunidad y un don de ubicuidad casi milagrosos. Lo impresionante de su trayectoria es que al morir era dirigente de un partido que representa el triunfo del propósito que anunció el MLN: la fusión del cardenismo —el nacionalismo revolucionario— con la izquierda independiente.

Por eso su vida y su pensamiento reflejan y enriquecen ese río caudaloso y turbulento, rico en personajes poco comunes, que es la izquierda. No exagero si digo que al seguir los hilos de su historia personal, topamos inevitablemente con los de la historia del movimiento, y que éstos, a su vez, acababan siempre refiriéndose a este radical veracruzano. No es fácil ubicarlo en el marco de las corrientes que le dieron vida al movimiento. Su pragmatismo y su espíritu protagónico lo llevaron a romper barreras ideológicas y organizativas, y su inmensa vitalidad y una consecuencia férrea lo salvaron de las trampas que pone el tiempo y los peligros que crea el poder amenazado. Pero siempre podemos intentarlo.

La izquierda: luces y sombras

Comencemos por los tiempos que le tocaron vivir. La historia de la izquierda no es sólo la historia de sus hombres y sus mujeres, y mucho menos la

de sus dirigentes. Es también la historia de sus creaciones: movimientos, organizaciones, revistas, periódicos, archivos, formas de lucha, mentalidades, ideas, ideologías, modas, literatura y arte. Es la historia de momentos estelares: grandes huelgas, fundación de partidos, irrupciones guerrilleras, victorias electorales, obras seminales, y también de procesos subterráneos lentos y oscuros, como la formación y la diseminación de las ideas de democracia, justicia social, humanismo. La mujer, el hombre —en este caso, Heberto Castillo—, se baña en ellas, se mueve en un mundo que lo precede y lo trasciende y sólo puede ser comprendido como parte de ellos.

La historia de la izquierda durante los 35 años de vida política de Heberto Castillo es la historia de un éxito relativo. Después de dos décadas de estancamiento y parálisis, a partir de 1961 la izquierda se ajustó con brío a la recomendación bíblica: "Creced y multiplicaos". Se expandió a un ritmo mucho mayor que el de la población o la economía, y pese al momento de confusión, pausa y reacomodo que vive actualmente, vista en perspectiva, logró conquistar posiciones y espacios inesperados. Sus derrotas fueron devastadoras, pero como el guerrero de la leyenda rusa, cada vez que caía por tierra renacía con más vigor; de la represión de las huelgas ferrocarrileras de 1959 a la represión del movimiento de 1968, a la extinción de las guerrillas en los setenta, al fraude electoral en 1988, a 17% de los votos en 1994. Sus logros nunca se ajustaron ni estuvieron a la altura de sus sueños, de ahí los aires de desaliento y angustia que frecuentemente la recorren. Pero éste parece ser, más que el indicio de una realidad, el sino de toda posición radical de ayer, de hoy y de todos los tiempos.

En esos años hubo ampliación y recomposición de los sujetos que son el sustento de la izquierda: a los campesinos, obreros, estudiantes e intelectuales en lucha se sumaron al proceso de democratización los ciudadanos concientizados, los indígenas, los ecologistas y las mujeres.

En tres décadas y media surgieron o crecieron considerablemente una decena de partidos de izquierda de cierta importancia, entre los cuales estaba el que encabezaron Heberto Castillo y Demetrio Vallejo, el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT). Actualmente, el PRD incluye a muchos de los sobrevivientes de esos partidos. Protestas sindicales como la ferrocarrilera de 1958-1959, la de los médicos en 1964, la de los electricistas a principios de los setenta. Olas de resistencia campesina, de las cuales la vida y muerte de Rubén Jaramillo son testigos. Revistas como *Política*, *Historia y Sociedad*, *Oposición*, *Estrategia*, *El Machete*, *Coyoacán* y *El Buscón*, por sólo citar algunas. Periódicos como *La Voz de México*, *unomásuno* y *La Jornada*, que promovieron un periodismo de oposición. Un auge impresionante del pensamiento teórico marxista que duró una década, entre 1972 y 1983. Novelas inspiradas en el fin de la era

de la Revolución mexicana, el 68 y las guerrillas, que enriquecieron la literatura nacional. Dos olas guerrilleras que sacudieron al país más de lo que se cree. Todo eso es historia de la izquierda y de ella forma parte la vida de Heberto Castillo, una estrella en un universo, la mayor parte del cual es invisible para el observador sin preparación y experiencia.

Como historiador, soy cada vez menos partidario de las periodizaciones. Tienden a reducir un mundo multifacético, hirviente, contradictorio, a la simpleza de un suceso, una fecha, una década; dos tiempos tan disímbolos como el de los inventos técnicos y las ideas religiosas a una sola fecha. Pero no hay duda de que en la historia de la izquierda durante estas tres décadas hay un corte inmenso, un precipicio cuyo fondo aún no se ve: el corte de los años 1988-1991. Quien trate de entender la historia de la izquierda en los años 1961-1987 en los mismos términos que los que rigen el periodo 1991-1997, y viceversa, llegará irremediamente a conclusiones erróneas. Heberto, como todos los izquierdosos mayores de 40 años, vivió ambos periodos y el corte se siente en su acción y en su palabra.

¿Qué sucedió en esos memorables cuatro años? En agosto de 1989, en Polonia, subió al poder el primer gobierno no comunista de la posguerra en Europa del Este. Cae el Muro de Berlín. En febrero del año siguiente se inician las grandes manifestaciones en la URSS exigiendo cambios democráticos profundos. A finales de 1990 el mundo del "socialismo realmente existente" (¿peor es nada?), como lo había llamado Brezhnev, había desaparecido, y con él un proyecto, una utopía, un ideal, nacidos en 1917, que arrastraron a millones de hombres y mujeres a la construcción de un nuevo mundo.

En México surge la Corriente Democrática en el seno del PRI y lanza la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas. Arrastra tras de sí a la mayor parte de la izquierda, entre ellos a Heberto, que es candidato a la presidencia por el PMS y que renuncia para sumarse a la de su antiguo estudiante y amigo de la época del MLN. Por primera vez en su historia, la izquierda participa en un frente que obtiene más de 30% de la votación total y quizá gana las elecciones presidenciales.

Después, surge un partido de fuerza sin precedente, en el cual las ideas y las posiciones de la izquierda independiente son hegemónicas por las que sostienen las fuerzas que se han escindido del PRI. La izquierda sufre un doble golpe: el derrumbe del socialismo europeo y una fusión que, a la vez, la fortalece y la debilita.

Muchos de los problemas que determinaban las formas de lucha anteriores dejaron de existir de golpe. Y con ellos, las diversas respuestas que había elaborado la izquierda pre88 perdieron o cambiaron de sentido.

Independencia, democracia y oposición

Como todos sus correligionarios de otros credos, Heberto se enorgullecía de formar parte de una izquierda independiente. Durante la primera parte de su vida, la pre88, ese concepto, ser independiente, tuvo para el político veracruzano un valor supremo. Sostenía que no se podía ya luchar desde dentro del partido oficial y las organizaciones controladas por él, y repetía incansablemente que había que formar organizaciones independientes.

En enero de 1974 daba como ejemplo lo que le había pasado a Cuauhtémoc Cárdenas, quien se había lanzado dentro del PRI como precandidato a la gubernatura y había sido descartado en favor de un exsecretario de Estado, pese a que muchos ciudadanos michoacanos veían su iniciativa con gran simpatía. Reprende a Cárdenas por ver en el hecho sólo un "error" y sentencia: "La alternativa para los oprimidos es construir su propia organización".

En esa época consideraba que sólo por ignorancia se podía esperar que el gobierno y las organizaciones de él dependientes sirvieran al pueblo. En un artículo del 26 de enero de 1975, lo pone con toda claridad: "La falta de organizaciones auténticamente populares [...] hace que muchos vean salida a los grandes problemas nacionales sólo por los medios oficiales: es el gobierno quien debe luchar contra los enriquecidos; es el gobierno quien debe organizar a los obreros y los campesinos...". Pero esto es una ilusión, sostiene el dirigente del PMT: "El gobierno tutela para controlar [...]. La única alternativa está en la organización independiente".

Se ha acusado a la izquierda pre88 de que no tenía un espíritu democrático, de que no luchaba por abrir un camino electoral, de que era partidaria de la violencia. Los que dicen esto olvidan las condiciones existentes en aquel entonces. La izquierda no podía luchar por el poder electoralmente porque ni siquiera tenía el derecho de organizarse de manera independiente fuera del control del gobierno. Cualquier intento en esa dirección era enfrentado con la represión o la cooptación. Lo que era legal estaba controlado y lo que no podía controlarse era ilegal.

En esas condiciones, la demanda democrática más rudimentaria, más simple, más elemental, era el derecho a crear organizaciones independientes. Vallejo estuvo en la cárcel diez años porque osó exigir que el sindicato ferroviario pudiera elegir a sus dirigentes en forma independiente, sin intromisión de los dirigentes "charros" a quienes apoyaba el gobierno. Rafael Galván se dedicó a crear en todo el país comités populares independientes del control oficial. Heberto se pasó la vida creando organizaciones "independientes": el Movimiento de Liberación Nacional, el Partido Mexicano de los Trabajadores, el Partido Mexicano Socialista... La lucha por la independencia de las or-

ganizaciones populares es la prehistoria de todas las complejas luchas por la democracia de hoy. Es el certificado de nacimiento de la oposición legal de izquierda. Hoy no tiene mucho sentido, porque los partidos y organizaciones de oposición han conquistado en su mayor parte la legalidad y, sobre todo, la fuerza para asegurar su independencia. Pero entonces la presencia oficial era aplastante y el grito de "¡Independencia!" equivalía al grito de "¡Democracia!" de hoy.

En la actualidad, la oposición de centro-izquierda está formada por el encuentro de expriistas y de gente que militó en la izquierda independiente. No se puede minimizar la enorme importancia que ha tenido y seguirá teniendo para el país la decisión de esos priistas de tomar el camino de la oposición. Probablemente sin ellos la transición no se encontraría en el punto en que se encuentra. El problema que sin duda surgirá pronto, quizá después de las elecciones de 1997, es cuánto le debe la existencia de la nueva fuerza ascendente a los pocos que, como Heberto Castillo, en los años de 1961-1988 optaron por luchar desde afuera por la creación de una oposición independiente de izquierda.

Apología de la Revolución

Como todos los miembros de la izquierda pre88, Heberto Castillo se veía a sí mismo como un revolucionario y hubiera rechazado cualquier intento de ser catalogado como un reformista. Todavía en abril de 1979 escribía:

El PMT es el partido de aquellos que tienen necesidad de luchar para transformar la sociedad; ellos son los obreros y los jornaleros agrícolas. Ellos son necesariamente revolucionarios, porque su miseria, su explotación, los empuja por acabar con esas condiciones de vida [...]. Pero en el PMT están —deben estar— aquellos que son revolucionarios aunque sus condiciones de vida no los empujen a la lucha [...]. En el PMT militan cada vez más, al lado de los revolucionarios por necesidad, los revolucionarios por convicción.

En eso, Heberto tampoco se diferenciaba mucho del resto de la izquierda independiente. Lo sucedido después de 1988 parece haberles dado un mentís rotundo. El cambio en el régimen político se produjo, pero no por la vía revolucionaria, sino por la vía de las reformas lentas y titubeantes que aún no culminan, pero que son indudablemente muy reales.

Hoy día, nadie se atreve a hablar de revolución. Este concepto aparece como un cuestionamiento del régimen representativo, pluralista, respetuoso de la ley, que la mayoría de los mexicanos está construyendo con muchas di-

ficultades. El haber sido revolucionaria aparece como uno de los pecados mortales de la izquierda pre88. Al menos, un anacronismo. Pero las cosas no son tan simples. En apología de una posición congelada, dos argumentos:

Sólo a partir de 1988, y quizá desde unos años antes, la posibilidad de transformar el sistema político mexicano por la vía de las elecciones, por la vía de las reformas parlamentarias, se ha abierto. Hoy esto no se discute ya, porque está sucediendo. Para la izquierda pos88, para los sectores sociales que le sirven de sujeto, es evidente que la necesidad y la posibilidad de una revolución no son actuales. Es más, los sucesos en Europa del Este parecen poner en duda la capacidad transformadora de la revolución misma. En otros términos: la revolución como vía de cambio social ha sido cuestionada por la historia de los últimos diez años en México y el mundo.

Pero la situación de los años 1961-1987 era muy diferente. Las vías del cambio reformista, del cambio por la vía electoral, estaban cerradas por la prepotencia y la represión del Estado, el partido gobernante y las organizaciones dependientes de éste contra todo lo que oliera a izquierda. Para un demócrata, para un izquierdista de la era pre88, pensar en ese tipo de cambio era tan iluso, tan irreal, tan ineficiente, como sería hoy pregonar la revolución armada como única vía para el cambio social. Y eso Heberto Castillo lo repetía sin descanso: la revolución es necesaria, porque la reforma y la vía electoral han sido cerradas. Ante la cerrazón total, la ruptura.

Es verdad que el PAN, partido de oposición, siempre se ciñó a las normas del cambio electoral. Y no es que haya escaseado la represión contra los panistas. Aun cuando ésta en nada se compara con la que se abatió sobre los ferrocarrileros huelguistas del 59 o las organizaciones que apoyaron al movimiento del 68 o los cerca de 400 militantes del PRD asesinados en los años del salinismo, el PAN y sus seguidores fueron en repetidas ocasiones objeto de represión violenta. Pero, evidentemente, el tipo de cambio que ambas fuerzas pregonaban era diferente. Y he aquí, en palabras de Heberto Castillo, cómo veía el proyecto del PAN a finales de 1975:

Después del PRI, es el Partido Acción Nacional el que más votos obtiene, porque a pesar de ser el defensor de la iniciativa privada, critica enérgica y sistemáticamente al gobierno y sus funcionarios. Por esa actitud muchos lo sienten opositor al gobierno y al sistema [pero] el PAN critica al gobierno y no al sistema [...]. Está en contra de quienes gobiernan sólo porque desea remplazarlos en el poder [...]. Pero el PAN lucha por mantener las bases económicas, políticas y sociales en que se sustenta este sistema. Y coquetea con la clase dominante norteamericana.

Es decir, si bien el PMT coincidía con el PAN en su oposición al gobierno y al PRI, los objetivos de esa oposición eran radicalmente distintos. Los primeros se proponían la transformación social del país; los segundos, un cambio político que conservaba la estructura social. Y aquí queda definida con claridad su concepción de la revolución:

El nuevo partido —decía Heberto, refiriéndose al PMT— sólo tendrá éxito si se constituye como una gran asamblea popular, como una entidad que confía en el pueblo y que lucha por la libertad política como condición para emprender un proceso revolucionario [...]. No es que la libertad política por sí misma represente la liberación de la mayoría de los trabajadores [...] pero ¿cómo puede lucharse por la transformación social sin libertad política?

Vale decir que para Heberto Castillo, como para toda la izquierda independiente, la democracia política sólo tenía sentido como un paso en la elevación de las mayorías trabajadoras del país. Pero ¿no hay algo de actual en esta proposición?

El país está enfrascado en la reforma política, en la consecución de los elementos más esenciales de un sistema basado en el pluralismo partidista, el respeto a los derechos ciudadanos, el estado de derecho. En eso coincide la gran mayoría del país, independientemente de su inclinación por soluciones de derecha, de centro o de izquierda. Pero una vez que los cambios más esenciales de esa reforma estén en vía de realización, ¿no surgirá de nuevo el problema del contenido social de esa democracia, de su relación con la distribución del ingreso y de la propiedad, el derecho a la educación, los sistemas de seguridad social, los derechos de las minorías y las mujeres? Es decir, de la cuestión social.

Hemos abordado sólo algunas de las ideas que guiaban la acción de Heberto Castillo. Aquellas que eran compartidas por la mayoría de la izquierda pre88. Pero Heberto, con quien alterné en varias ocasiones por periodos prolongados, era un hombre que causaba controversia, con una posición muy propia dentro de esa izquierda. La hora de hacer un balance detallado de esas particularidades quizá no ha llegado aún. El gran desaparecido no era un teórico, pero tenía un estilo personal, valores y concepciones plasmadas en la acción, que merecen mucha reflexión de todos aquellos interesados en la conservación de las enseñanzas de una vida ejemplar o la comprensión del periodo que le tocó vivir.⁵

La oposición en el Distrito Federal de ayer y hoy

Tabla I. Porcentaje de la votación de la oposición como parte de la total

AÑO	DISTRITO FEDERAL	NACIONAL
1967	34.9	16.5
1970	33.2	15.7
1973	40.3	20.1
1976	29.0	14.0
1979	41.6	24.3
1982	52.0	31.0
1985	48.0	30.4
1988	73.0	49.6

Según las encuestas del periódico *Reforma*, si las elecciones en el Distrito Federal se hubieran realizado en julio de 1996, 52% de los electores hubiera votado por candidatos de la oposición, 20% por el PRI y 27% estaría indeciso. Nueve meses más tarde, en abril de 1997, la preferencia por candidatos de la oposición se ha incrementado a 66%, los que votarían por el PRI siguen siendo 20% y los indecisos se han reducido a 14%.

Los resultados indican en forma inequívoca que actualmente la mayoría absoluta de los habitantes del Distrito Federal rechaza el sistema de partido de Estado. Independientemente de que sus preferencias se inclinen por uno u otro de los partidos de la oposición, se declaran partidarios del pluripartidismo. Ésta no es una situación coyuntural, ni pasajera, ni reciente. Es el resultado de un proceso que se inició hace tres décadas y que revela una tendencia ideológica firme y sostenida.

Según los datos de la tabla, el Distrito Federal ha sido desde hace tres décadas un baluarte de la oposición. Vale decir que en esa entidad la proporción de ciudadanos que rechaza al partido dominante es mayor que en el resto del país. Además, la erosión del PRI ha sido más o menos constante, sobre todo a partir de 1979. Desde entonces, el partido de Estado sólo ha conservado el gobierno del Distrito Federal porque no había elecciones y su titular era designado por el ejecutivo.

De ahí una paradoja extrema: en la entidad más poblada de la federación y en la cual la oposición tenía una presencia mayor, más prolongada y estable, el camino para su acceso al poder estaba cerrado a piedra y lodo por la legislación vigente. Pero a partir del 6 de julio, la inclinación opositora de la gran mayoría de la población defeña podrá expresarse plenamente. A

medida que se reduce el número de los indecisos, crece la ventaja de la oposición.

En realidad, ya desde 1979 las posibilidades de que el PRI ganara la jefatura del gobierno (en caso de elecciones) dependían de un uso extremo de los privilegios y ventajas que le conferían su condición de partido de Estado. Hoy —cuando esos privilegios se han reducido— son mínimas.

Sólo una inesperada nivelación de la votación de los dos candidatos principales de la oposición, Cuauhtémoc Cárdenas y Carlos Castillo Peraza, podría crear condiciones para una sorpresiva victoria de Alfredo del Mazo. Y aun cuando en materia electoral los imprevistos no pueden descartarse, las tendencias tanto a largo como a corto plazo hacen un suceso de esa naturaleza muy poco probable. Una victoria opositora en el Distrito Federal es una probabilidad largamente anunciada.

Las encuestas colocan a Cárdenas en primer lugar, con una ventaja cada vez más pronunciada respecto de su competidor más cercano. Hace dos meses aventajaba a Castillo Peraza por 3%. Ahora la distancia es de 11%. También esa presencia tiene sólidos antecedentes. En 1979, primera ocasión de la presencia de candidatos de izquierda registrados, éstos recibieron en el Distrito Federal 15% del voto total, mientras que su promedio nacional era de 7%. En 1982 obtenían 17% en la capital contra 7.6% a nivel nacional. En 1985 la misma izquierda, muy dividida, recibía 18.2% del voto. En 1988 Cárdenas ganó las elecciones presidenciales en el Distrito Federal con 50.4% de los votos, mientras que Carlos Salinas recibía 26.7% y Manuel J. Clouthier 21.1%. También en ese caso, si los pronósticos se confirman, no se podrá hablar de una sorpresa o un hecho coyuntural.

Es posible, entonces, decir que la oposición al sistema es en el Distrito Federal más antigua, vigorosa y estable que en cualquier otro lugar de la república. Que el rechazo a las políticas oficiales tiene raíces muy profundas y que, por lo tanto, las posibilidades de una política transformista son, en caso de una victoria opositora, mucho más sólidas. Y ésa es otra de las causas para que una victoria de la oposición influya notablemente en la marcha del país en los tres años que nos separan del nuevo milenio.⁶

Reinventando la izquierda mexicana

Durante cien números la revista *Memoria* ha sido, a la vez, testigo y testimonio de uno de los periodos más tormentosos de la historia de las izquierdas mexicanas. Como lo prueba la impresionante lista de sus colaboradores, no han sido cien números de soledad. Éste es el indudable mérito de Arnoldo Martínez Verdugo y el pequeño grupo que la ha hecho posible.

Hace siete años se derrumbaba en condiciones catastróficas el gran experimento social iniciado con la Revolución de Octubre de 1917. Poco antes, se había iniciado ya en Occidente el desmantelamiento del Estado social de bienestar, inaugurado a finales de la segunda guerra mundial, precisamente en Inglaterra.

En México, las elecciones de 1988 producían para la izquierda independiente un cambio de mensajes cruzados. Al mismo tiempo que pasaba de la marginalidad a la condición de oposición real de poder, la izquierda perdía el sentido original de su existencia: el socialismo.

Estos golpes sucesivos produjeron en sus filas tres reacciones diferentes. Los conservadores nostálgicos se empeñaron en negar la magnitud del descalabro y se refugiaron en los recuerdos y la reiteración. Los amnésicos-revisionistas se empeñaron en olvidar el pasado anterior a 1989 y en adaptarse miméticamente a lo posible en las nuevas condiciones. La tercera actitud fue la de aquellos que se empeñaron laboriosamente en buscar una síntesis entre la innovación que exigían los grandes cambios en el mundo y la continuidad de las ideas y los valores que aseguran la preservación de la esencia del espíritu de izquierda. Como prueba de su apertura y testimonio de su indecisión, *Memoria* abrió sus páginas en igual medida a las tres posiciones.

A partir de los años ochenta, la izquierda enfrenta en el mundo una situación muy diferente de la que privaba en el periodo de la posguerra (1945-1982). Antes, la izquierda estaba a la ofensiva en todos los frentes y la derecha se batía en retirada. La victoria sobre el fascismo, la descolonización acelerada; la victoria de revoluciones anticapitalistas, entre las cuales se contaron la china y la cubana; la pretensión de un tercio de los países del mundo de contar con una economía socialista o no capitalista, son otros tantos indicadores de esa situación.

A partir de los ochenta, en cambio, la situación se revierte. La derecha pasa a la ofensiva y la izquierda retrocede en todos los terrenos. La Unión Soviética desaparece y el Estado de bienestar social pierde terreno. Conceptos como socialismo, revolución, antimperialismo, lucha de clases o independencia económica han perdido credibilidad incluso en los sectores que eran los sujetos sociales privilegiados de la izquierda.

Pero más importante que todo ello es que muchas de las ideas que inspiraban a la izquierda anterior a 1989 demuestran ser equivocadas y otras son nocivas: la proposición de que para lograr la igualdad es legítimo pagar cualquier precio en términos de libertad y democracia; la hipótesis de que una economía compleja y moderna puede prescindir del mercado y estar totalmente basada en la planeación estatal; la idea de que un partido político puede ser la conciencia de una clase, no son sino algunos ejemplos.

Todo ello explica las decenas de congresos con nombres como "La crisis de la izquierda", "¿A dónde va la izquierda?" o bien "¿Izquierda para qué?" de los últimos años. Ello explica, también, que la izquierda renuncie a la mayoría de sus demandas maximalistas y que el mundo político viva bajo el predominio absoluto del color gris. Vale decir, un mundo en el cual derecha e izquierda parecen presentar opciones que apenas se distinguen entre sí.

En la mayoría de los países, el reto para la izquierda es reinventarse o dejar el campo libre a la derecha. Pero ¿puede la izquierda reinventarse sin perder su continuidad histórica? Ésta es la pregunta que muchos nos hacemos y la opinión pública o al menos parte de ella se plantea: ¿una izquierda para qué?

Comencemos por la última de estas preguntas. La izquierda es necesaria porque existe una derecha. ¿Y quién se atrevería a negar que existe hoy en el mundo y en México una derecha? ¿No son Reagan, Thatcher y los neoliberales la encarnación pura y abierta de un proyecto de derecha? ¿No se definen ellos mismos como conservadores? La izquierda es necesaria para frenar a la derecha de hoy. Pero eso no puede hacerse con la izquierda de ayer. Por eso hay que reinventarla.

Regresemos ahora a la interrogante inicial. ¿Puede la izquierda reinventarse? La izquierda no es una persona, un partido, una revista. Es ante todo un conjunto de posiciones. Una concepción del mundo, un *Weltanschauung*, tomas de posiciones políticas, un movimiento heterogéneo y móvil que lo convierte en realidad política. Nadie tiene el monopolio de las posiciones de izquierda.

En un ensayo que ha producido mucha polémica (*Derecha e izquierda*), Norberto Bobbio define derecha e izquierda en función de la actitud hacia el problema de la igualdad. La derecha adopta la posición de que la desigualdad social existe desde que existe la civilización y es, por lo tanto, necesaria para su funcionamiento. La competencia (en la cual siempre hay vencedores y vencidos) es el motor del progreso. La izquierda sostiene que la igualdad de oportunidades y la satisfacción de las necesidades básicas de todos es la condición básica de la justicia social.

Sin duda, la actitud hacia la igualdad es una constante determinante en la relación entre derecha e izquierda durante los dos siglos que venimos hablando de ellas. Pero es una determinante demasiado abstracta para caracterizar a izquierda y derecha en cada etapa de su existencia.

Para adaptarse a los cambios económicos, sociales y políticos, para responder a las rupturas y reacomodos de fuerzas, derecha e izquierda se ven precisadas a reinventarse. Milton Friedman, Margaret Thatcher, Ronald Reagan, William F. Buckley, Jr., promovieron una reinvención de la derecha. Para responder, la izquierda en el mundo y en México sólo puede hacer una cosa: reinventarse.⁷

La larga marcha hacia la democracia

Los resultados del 6 de julio produjeron una explosión de alegría y entusiasmo entre millones de mexicanos. Algo así como la liberación súbita de deseos y esperanzas frustrados y reprimidos durante décadas. Un grito de alivio y venganza sobre las humillaciones padecidas en los innumerables fraudes y chicanas del pasado. Y es que para muchos, lo acaecido ese día es el fruto de una larga trayectoria de lucha y derrotas. En homenaje a todos ellos dedicamos estas páginas.

Se ha sostenido muchas veces que México es un país sin tradiciones democráticas. Se trata de una ilusión óptica que sólo ve los sistemas liberales de los países desarrollados en sus resultados e ignora las cruentas luchas que los hicieron posibles. ¿Cómo olvidar el largo y accidentado camino que en Europa lleva de la monarquía absolutista a la república parlamentaria? Cuando a principios del siglo pasado México era ya una república, al menos formalmente, Europa estaba todavía dominada por monarquías. ¿Es permisible olvidar que, hace sólo sesenta años, el fascismo dominaba Alemania, Italia, España y Portugal, tan democráticos actualmente? Los regímenes democráticos han sido fruto de largas y frecuentemente violentas luchas, y nuestro país no es una excepción. En ese sentido, Estados Unidos, que nació hace 200 años ya como democracia, es el que no se ajusta a la regla.

México ha sido en realidad escena de importantes impulsos democráticos. Pero hasta hace poco, todos ellos habían sido derrotados. Nuestra historia es rica en gestas democratizadoras, desde el autogobierno comunal hasta los grandes proyectos de federalismo liberal; desde el "¡Sufragio efectivo, no reelección!" de Madero hasta el navismo potosino de los años sesenta y setenta. Pero las tendencias autoritarias siempre fueron más fuertes que ellas.

Los logros democráticos de los últimos años tienen antecedentes recientes en el tercio federalismo republicano de los primeros 50 años de vida independiente, el antiestatismo de los anarquistas mexicanos de principios de siglo y el proyecto liberal de Vasconcelos, por sólo citar algunos. Ni la derecha ni la izquierda tienen el monopolio de la democracia. Nuestra historia ha conocido demócratas de orientación conservadora y otros de ideario izquierdista radical.

En 1939 nació el Partido Acción Nacional que obtuvo su registro diez años más tarde. Desde entonces ha estado pugnando por la democratización del régimen político. Por más que su plataforma social haya presentado opciones conservadoras, no hay duda de que su participación activa en las justas electorales durante más de medio siglo ha contribuido considerablemente al advenimiento de este memorable 6 de julio.

Pese a la desigualdad y el fraude, ya en 1946 ese partido presentaba 64

candidaturas para diputados y 23 para senadores. Para 1970 comenzó a atraer un voto importante. A finales de la década aparecía ya como un reto significativo. En 1982 obtenía ya casi cuatro millones de votos.

La izquierda necesitó 30 años más para obtener la legalidad. La política de Miguel Alemán produjo serias fisuras en la "familia revolucionaria" y una activa oposición popular. En 1952, la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano lanzaba contra el candidato oficial, Adolfo Ruiz Cortines, la candidatura del general Miguel Henríquez Guzmán.

Durante la campaña, los actos de esa organización fueron violentamente hostilizados, y algunos de sus dirigentes encarcelados. Asimismo, las elecciones fueron escenario de numerosos fraudes y actos de intimidación y los resultados —74% para el candidato oficial y sólo 18% para Henríquez— no lograron mucha credibilidad. Pero lo más terrible sucedió el 7 de julio en la Alameda Central, en donde se habían reunido miles de campesinos para protestar por el fraude electoral. La tropa arremetió contra ellos disparando, y testigos oculares reportaron decenas de muertos.

En 1963 se formaba el Frente Electoral del Pueblo (FEP) integrado por el Partido Comunista Mexicano (PCM), la Unión Cívica Guerrerense de Genaro Vázquez y varios dirigentes de la Central Campesina Independiente. Pese a que la Secretaría de Gobernación le negó el registro, el FEP lanzó la candidatura a la presidencia de Ramón Danzós Palomino, conocido dirigente campesino. La campaña, que recorrió todo el país, terminó en la represión e incluso en el encarcelamiento de su candidato.

En el año de 1976, una coalición formada por el PCM, el Movimiento Obrero Socialista y la Liga Socialista lanzó la candidatura a la presidencia de Valentín Campa. Su intento de registrarla para que apareciera en las boletas electorales fracasó también y fue totalmente silenciada por los medios de difusión. El gobierno, por su parte, mostró una mayor tolerancia, aun cuando los actos de hostigamiento no faltaron.

En esta ocasión festiva, sería injusto olvidar a los precursores de un México plural y democrático. Su memoria nos ayuda a recordar que la democracia es más un proceso que una situación. Y que además es una brega sin fin.

El anhelo democrático, vale decir la lucha por limitar el poder del Estado y asegurar la participación del pueblo en las decisiones, es muy viejo. Sin embargo, sus formas de expresión van cambiando con el tiempo y el lugar. Como generalmente la aspiración democrática se define en la lucha contra un despotismo determinado, su contenido se fija en relación con su adversario. La democracia es un ideal que no muere, porque todo sistema político estable es una combinación de autoritarismo y democracia en permanente conflicto.

Así concebido, el 6 de julio de 1997 es, a la vez, un fin y un principio.⁸

Chiapas y el 6 de julio

Pedro Joaquín Coldwell dice que después del 6 de julio las condiciones están dadas para que el EZLN se incorpore a la vida institucional. Su transformación en fuerza política organizada "enriquecería mucho el espectro de la democracia mexicana". Según el jefe de la delegación oficial para la paz en Chiapas, el gobierno está en la mejor voluntad de reiniciar las pláticas suspendidas hace diez meses. ¿Será cierto que ahora sí se pase de las palabras a los hechos?

Ernesto Zedillo ha presidido las primeras elecciones realmente democráticas en la historia de México. Hay que desear ahora que tenga la visión necesaria para clausurar otro capítulo doloroso. Cuenta con los medios y el apoyo ciudadano necesarios para desagraviar un poco a quienes han sido agraviados durante generaciones.

Un paso decisivo en esa dirección elevaría el prestigio de México en el mundo que tiene sus ojos fijos en Chiapas y permitiría abordar con seriedad uno de los grandes y persistentes problemas de nuestro país.

Uno de los rasgos más preocupantes de nuestra historia reciente es la persistencia de la lucha armada. Carlos Montemayor no se cansa de recordarnos que ha sido uno de los componentes más estables de nuestra vida política durante los últimos 30 años.

Pese a que entre 1965 y 1980 todos los brotes guerrilleros fueron derrotados militarmente, la guerrilla como fenómeno social sigue hoy más viva que nunca. Si bien su presencia ha sido local, su influencia en la política nacional fue importante, aun antes de 1994. Si el origen de la guerrilla es social y político, y por lo tanto inmune a la derrota militar de cada uno de sus brotes, todo indica que el ciclo no se ha cerrado.

México vive un doble proceso de cambio. Transitamos al mismo tiempo hacia la democracia y la modernización económica. La primera transcurre en forma lenta y desigual, dejando intocadas extensas áreas sociales y geográficas. La segunda se rige por modelos que agudizan en extremo todas las desigualdades y amplían los sectores condenados a la pobreza y la marginalidad.

En respuesta, en la sociedad se multiplican las formas de resistencia. En un extremo están los partidos de oposición; en el otro, los grupos armados. Entre ellos el archipiélago de movimientos populares, ONG y otros. Clara y repetidamente, la mayoría de los mexicanos se ha pronunciado por el cambio pacífico, vale decir, por la ampliación de la democracia por medios no violentos. Y los resultados de las elecciones del 6 de julio indican que hoy por hoy, a nivel nacional, éste es el único camino viable.

Pero también hay sectores para los que el reloj está marcando la hora cero, que no pueden ya soportar el deterioro social y la opresión. Mientras

éstos persistan, ellos optarán por la rebelión violenta. El dilema que nos persigue a todos es el mandato mayoritario de abrir, a la vez, cauces al cambio pacífico y el grito angustioso de los más humillados y ofendidos.

Si este diagnóstico es acertado, la guerrilla que se propone la toma del poder y la instauración de un nuevo orden social por la vía de las armas es una visión que pertenece al pasado, un arcaísmo. En cambio, la rebelión minoritaria, local, reformista, es una posición inevitable y justificable mientras no se corrijan vigorosa y eficientemente las condiciones extremas que la producen.

La rebelión zapatista es una herencia política del salinismo. El sexenio pasado fue de reformas económicas neoliberales y retrocesos democráticos. No sólo fueron las elecciones de 1988 claramente fraudulentas. Pese a su declaración inaugural de que la era del partido de Estado había concluido, hasta finales de 1993 Carlos Salinas nada hizo para hacer cumplir esa promesa. Para consolidar su maltrecha imagen, recurrió, por el contrario, a la demagogia económica y los actos de fuerza espectaculares. Aliado al PAN, cierra el camino del PRD a la representación y el gobierno. La campaña presidencial se preparó en las condiciones tradicionales y la transición a la democracia fue detenida durante un lustro.

La rebelión zapatista vino a descongelar un proceso truncado. Es el cuestionamiento de la imagen falsamente primermundista y democrática de México ante los ojos del mundo.

Pocos días después del estallido de las hostilidades, el Zócalo se vio abarrotado por la Marcha de la Paz en Chiapas que lleva a 100,000 personas a pedir el alto a la guerra. En los meses que siguieron se fue conformando un pacto entre el EZLN y lo que más tarde se dio en llamar la sociedad civil, en el cual la exigencia de paz confluye con la de democracia. El EZLN usa a las ONG como escudo contra la represalia armada, éstas lo aprovechan como un ariete democrático contra la cerrazón salinista.

Siguen los avances en la reforma electoral que había sido congelada. Días después de iniciadas las hostilidades, el nuevo secretario de Gobernación convocó a todos los partidos a "llegar a un compromiso por la paz, la democracia y la justicia", que es en realidad un acuerdo por la reforma electoral. Salinas abandona la política de exclusión y el PRD es integrado a las negociaciones. El 27 del mismo mes se firma un primer acuerdo y dos meses más tarde los partidos aprueban por unanimidad un documento que mejora significativamente las posibilidades de una campaña electoral competitiva.

La disyuntiva de avance democrático o violencia planteada por el EZLN marca el año electoral y su popularidad internacional lo convirtieron en árbitro de la pureza de la campaña y de las elecciones. A su vez, la decisión del presidente que opta por la negociación y de las ONG que otorgan en forma

entusiasta su solidaridad al EZLN negándose a la vez a adoptar el camino de la lucha armada, trastornan el proyecto zapatista de un cambio por la vía armada. El democratizador es democratizado.

El 6 de julio de 1997 le debe mucho al primero de enero de 1994.⁹

La izquierda y las elecciones del 6 de julio

En los comicios del 6 de julio de 1997, el PRI obtuvo 11'311,963 votos, el PAN 7'696,197 y el PRD le disputó a los panistas el segundo lugar electoral al alcanzar 7'436,466. En el Distrito Federal, el PRD se alzó con una rotunda victoria al conseguir 1'862,444 votos, mientras que el PRI sólo obtenía 990,234 y el PAN quedaba en un lejano tercer sitio con 602,927 sufragios, lo que permitió que Cuauhtémoc Cárdenas se convirtiera en el primer gobernante electo del Distrito Federal y que el PRD lograra los avances en el poder legislativo federal y local reseñados en la cronología de esta obra.

El principal ganador de la jornada del 6 de julio fue el pueblo de México que tuvo su primera elección verdaderamente transparente del siglo XX. Luego, el PRD porque obtuvo el segundo lugar a nivel nacional, así como el gobierno del Distrito Federal, siendo reconocido por primera vez como tendiente legal en igualdad de condiciones con los otros participantes.

Se han comparado las elecciones de 1997 con las de 1911. Creo que el símil no es afortunado. Las elecciones de 1911 no fueron realmente pacíficas, ni directas, ni competitivas. El país era un campo armado y en muchas localidades las autoridades porfiristas fueron sustituidas por caciques armados que impusieron su ley. Los partidos y grupos políticos tuvieron, es verdad, plena libertad para organizarse, pero sólo contaron para ello con unos pocos meses. Madero, líder indiscutible de la Revolución, obtuvo 98% de los sufragios y la competencia electoral sólo se dio en la elección de vicepresidente. Las elecciones fueron pacíficas, pero la gente apenas se acercó a las urnas, porque muchos temían que su firma en la boleta tendría efectos fiscales negativos. No hay duda, las elecciones de 1997 fueron las primeras plenamente democráticas en la historia del siglo XX.

Para la izquierda una larga lucha por la legalidad ha culminado. Hay personas de izquierda que no se reconocen en lo que es el PRD. Y sin embargo, no pueden negar que en el espectro parlamentario actual ocupa, frente a los otros partidos, la posición de la izquierda y que su ascenso es un signo favorable.

¿Cómo interpretar el voto del 6 de julio? ¿Ha habido un viraje en la opinión pública a favor del cambio? Y si es así, ¿favorece ese viraje a la izquierda? Me parece que la segunda pregunta merece como respuesta un rotundo sí. El ascenso del voto por la oposición en su conjunto (alrededor de 14% res-

pecto de 1994) es un indicio contundente del deseo de cambio de la mayoría de los mexicanos.

La tercera pregunta plantea más dificultades, puesto que aun con todas las encuestas existentes no es fácil definir la orientación del cambio que desea esa mayoría. Es verdad que 9% del ascenso del voto opositor se orientó hacia el PRD. Pero ¿es éste un fenómeno estable? No lo creo. Una parte de esos sufragios fue un voto de castigo para el PRI, allí donde el PRD tenía probabilidades de derrotarlo, y otra responde a relaciones clientelares de dirigentes del PRD que recién ingresaron en ese partido y que pueden, en el futuro, abandonarlo. Creo que lo correcto es decir que ha habido un aumento moderado en el voto para la izquierda y el PRD respecto de 1994, pero nada que nos permita pensar que en el país se está produciendo un viraje firme en esa dirección. El voto conservador, ya sea ligado con la permanencia del PRI en el poder o con el cambio que representa el PAN, sigue siendo ampliamente mayoritario y no será fácil superar esa realidad. Y eso hay que tenerlo muy en cuenta en la preparación de las próximas elecciones presidenciales.¹⁰

Amnesia cuestionada

La madurez y la autonomía del pensamiento filosófico y social en un país se mide por la permanencia y la vitalidad de corrientes independientes de las modas internacionales o nacionales. La permanencia es sólo posible cuando un grupo de investigadores mantiene su temática, crea obras, produce avances, sin depender de la difusión o la aceptación inmediata. Esto se debe a que los tiempos de la investigación y el saber son muy diferentes de los de la ideología y la política. Si podemos hablar de una ciencia social alemana o francesa es precisamente porque en esos países las corrientes de pensamiento más diversas están presentes aun cuando no sean en cada momento dominantes, populares o estén de moda. Por el contrario, el pensamiento innovador, en el momento en que se produce, no es ninguna de esas tres cosas.

El ataque más castrante, empobrecedor y oscurantista que puede sufrir una cultura nacional es la imposición de un pensamiento único, de una corriente excluyente en la programación de la investigación y los currícula de enseñanza. Estos ataques pueden provenir de dos fuentes muy distintas: los medios de difusión masiva y el Estado.

Los primeros no resisten la presión para producir mercancías culturales, vale decir, productos vendibles para el consumo masivo. Difunden, publicitan y enaltecen obras de una deprimente mediocridad, elevándolas a la categoría de modelo, y los prejuicios e intereses de quienes pagan la publicidad o de quienes están en condiciones de comprar esas mercancías.

El segundo actúa por medio de la distribución de los recursos públicos para la investigación y publicación, los sistemas de promoción, los premios y planes de estudio rígidos fijados desde arriba, y puede ahogar el pensamiento sin recurrir a la censura.

Un ejemplo de una corriente de pensamiento que no se deja amilanar por el vaivén de las modas, la mercadotecnia y las presiones oficiosas es la que ha consolidado un espacio en la revista *Dialéctica*, publicada en la Universidad Benemérita de Puebla, contra vientos y mareas, desde hace 21 años.

Ya en su primer número, que vio la luz en 1976, la redacción definía los parámetros de la publicación: *Dialéctica* sería una revista abierta a todas las tendencias del pensamiento, independientemente de que algunos de sus miembros vieran en el marxismo su inspiración principal. En la práctica, *Dialéctica* se convirtió en un órgano que adoptó la problemática marxista en todas sus corrientes y contracorrientes como su tema central.

Si bien en forma desigual, los 30 gruesos números publicados durante esas dos décadas son un espejo fiel, aunque no minucioso, del pensamiento que mantiene un diálogo, crítico o no, con el marxismo, y sus respuestas a los grandes retos de este fin de siglo.

En su primera etapa, entre los inspiradores y admiradores de la revista prevalecieron pensadores latinoamericanos exiliados en nuestro país a causa de las dictaduras latinoamericanas y cobijados por la Universidad de Puebla. Ellos ayudaron a producir ese florecimiento de la filosofía y las ciencias sociales que caracterizó a los años sesenta y principios de los ochenta en algunas universidades mexicanas, gracias a la política exterior echeverrista —que abrió las puertas de México a muchos perseguidos por las dictaduras castrenses— y a las luchas de los estudiantes en defensa de la autonomía universitaria. Así, mientras la intolerancia, el oscurantismo y la represión predominaban en las casas de estudios de la mayor parte del continente, el pensamiento crítico conocía su época de oro en México.

Entre ellos debe recordarse a Juan Mora Rubio, filósofo colombiano que ahora da clases en la UAM y que encabezó la revista durante más de una década; Angelo Altieri Megali, filósofo y filólogo italiano que ha hecho de Puebla su casa; Óscar Correa y Óscar del Barco, filósofos argentinos, y Hugo Duarte, profesor chileno de literatura. Junto a ellos destaca también un grupo de mexicanos, a la cabeza de los cuales están Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas, actualmente directores de la revista.

La publicación ha pasado por los tres grandes ciclos que ha conocido el pensamiento crítico, marxista y neomarxista de los últimos 20 años: la euforia y, por qué no decirlo, la soberbia de los años 1973-1985, causadas por el auge de la izquierda en todo el mundo y por la legitimación de esa corriente

en muchas universidades de Europa y México; la premonición del desastre (la crisis del marxismo) y su materialización (la caída del “socialismo realmente existente” y sus consecuencias), acompañadas del desencanto y la deserción de los años 1984-1994; y por fin, los últimos tres años, que parecen ser de respiro y reanimación incipiente, aun cuando no hay garantías de durabilidad de la tendencia.

¿Quiere usted hacerse una idea de las fuerzas y debilidades de esa corriente crítica, marxista y neomarxista, durante esas dos décadas? Podría comenzar por revisar las páginas de *Dialéctica*. El ejercicio no sería exhaustivo sino indicativo, puesto que no es la única revista en su género, ni hay revistas que puedan captar por sí solas la diversidad, variedad, complejidad y contradicción del pensamiento de esa corriente dispersa en miles de libros, artículos y ensayos.

El mérito indudable de los directores, que siempre trabajaron en condiciones de austeridad espartana, con talento editorial y fe inquebrantable en su empresa, con el desinterés transparente que parece haberse extinguido junto con la llama revolucionaria, es haber mantenido el barco a flote, el rumbo firme y la tripulación ocupada.

Pero la obra no deja de tener sus desaciertos. Quizá el mayor de ellos es la cercanía excesiva entre teoría y coyuntura política. Resultado: el nivel desigual de sus páginas. Mientras la mayoría de ellas registra un pensamiento original y sugerente, a veces incluso innovador, algunas son pasto de la improvisación, la ideología y el maquinazo. Mucho ganaría la revista si pudiera evitar el entramado, sin mediaciones, de pensamiento teórico y análisis de coyuntura.¹¹

Los veneros de la democracia: los años de *Política*

Manuel Marcué Pardiñas (1916-1995) fue un destacado luchador de izquierda. Participó en la Liga de Acción Política creada por Narciso Bassols en 1947, en la fundación del Partido Popular en 1947 y en el Movimiento de Liberación Nacional de 1960 a 1964. Fundó y dirigió la revista Problemas Agrícolas e Industriales de México de 1946 a 1956, y la revista Política de 1960 a 1967, la única de oposición de izquierda que circulaba abiertamente en esa época. Estuvo preso de 1968 a 1971 por su apoyo al movimiento estudiantil. Fue uno de los fundadores del PRD y diputado por ese partido de 1988 a 1991 y de 1994 a 1995.

Corría el año de 1961 a 1962. No recuerdo el día o la ocasión en que conocí a Manuel Marcué Pardiñas, pero sí la época. El ingeniero, como le decían muchos, era ya director de *Política*. Había sido miembro del Partido Po-

pular Socialista (PPS) y rondaba todas las organizaciones de izquierda; entre ellas, en forma muy especial, el Partido Comunista. Se le veía en el local, en la librería, en los actos de ese partido, en los cafés que frecuentábamos. Noctámbulo incorregible, aparecía a veces intempestivamente en nuestras casas o nos clavaba en una silla del Sanborns de Lafragua hasta que las meseras nos corrían con un amable “vamos a cerrar” que el locuaz director de la mejor revista de los años sesenta sólo atendía en tercera llamada, sin dejar de hablar hasta que salíamos al aire fresco.

Antes de conocerlo personalmente, sabía de él por la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México* que él editaba en la década de los cincuenta. Más que una revista, *Problemas* era una enciclopedia que reprodujo o tradujo obras seminales sobre la economía y la sociedad mexicana de aquella época. Una enciclopedia en el sentido que le daba Denis Diderot a la obra de 23 tomos que él editó a mediados del siglo XVIII, que fue una recopilación del pensamiento revolucionario de su época en las ciencias y las artes y que influyó profundamente en la manera de pensar de la gente de su época. El hilo conductor de las obras, ensayos y reproducciones artísticas publicadas en *Problemas* era su carácter crítico. Revelaba las contradicciones de la vida social y económica de la época en México, ya sea por su profundidad científica o bien por el espíritu crítico que animaba a los artistas y ensayistas que colaboraban en ella.

Política, revista quincenal, era muy leída y tenía una gran influencia en los medios políticos y culturales. En ese sentido, su papel sólo puede ser comparado con el de la revista *Proceso*, que comenzó a salir tres lustros más tarde. La hacían un puñado de intelectuales y editores que le dedicaban las mejores horas de sus vidas y cobraban poco o nada. Fue un espacio para todos los intelectuales y los políticos de centro-izquierda de aquellos años, y un testimonio de todos los movimientos, esperanzas y luchas de la época tormentosa que desembocó en el 68. Para quien crea que ese movimiento fue un suceso espontáneo, un rayo de noche de verano, le recomiendo que consulte *Política*, fuente imprescindible para la comprensión de sus raíces.

Marcué era tan diferente a mí que el recuerdo de los primeros encuentros con él se me quedó profundamente grabado. El hijo de Tepito, el ingeniero agrónomo proveniente de Chapingo, el hombre que se movía tanto en los medios de la izquierda independiente como en los del gobierno, encontraba al hijo de una familia clasemediera de emigrantes, el estudiante de filosofía y letras, el militante de izquierda que hubiera considerado una traición establecer contactos con sectores del gobierno. El resultado fue para mí una revelación, un viaje al México desconocido, un nudo de simpatías y celos que nunca logré desentrañar y que nunca dejó de atraerme.

¿Qué nos unía? Nos unían los ideales, las lealtades, las esperanzas y las zozobras que eran el bagaje de la izquierda de los años sesenta. Una izquierda muy difícil de entender para quienes nacieron hace sólo 20 o 30 años. Las cualidades y los defectos de esa izquierda latían en Marcué con generosidad desbordante, con un estilo personal inconfundible y con el talento de un editor nato.

El sentido pleno del concepto independiente sólo puede entenderlo plenamente quien haya vivido bajo un régimen corporativo y haya intentado crear una isla de libertad para sustraerse a su férula. Y hace más de una década que el sistema corporativo —al menos en los centros urbanos— se está desvaneciendo.

Sus retos al poder se refrendaban con actos temerarios, lecciones de dignidad a la tepiteña, sin guirnaldas y fanfarrias, sin grandes frases ni poses rebuscadas. El 10 de junio de 1971 el hombre que había fundado y dirigido la mejor revista semanal de la década de los sesenta marchaba a la cabeza de una manifestación estudiantil prohibida. Un hombre que recién había salido de la cárcel y que sabía que podía volver a ella, increpaba a los granaderos minutos antes de que se soltara una balacera que dejó un saldo de quince estudiantes muertos.

La constitución que regía a México en aquellos años es la misma de hoy. Pero el régimen político era muy diferente. El corporativismo es un pacto que acepta la representatividad sólo de aquellas organizaciones y aquellos órganos de prensa que se pliegan al mandato del Señor Presidente. En la práctica sólo eran legales las expresiones que cumplían con esa ley no escrita pero todopoderosa. Por eso la exigencia de independencia, de autonomía, condensaba todas las demandas democráticas, todos los anhelos de libertad individual y colectiva.

La izquierda de los años sesenta fue, sin duda, sectaria y dogmática, pero no antidemocrática. No podía aspirar a la vía electoral porque ésta estaba completamente cerrada por la represión, el fraude y la cooptación. Antes de participar en elecciones, había que asegurar un derecho mucho más elemental, mucho más primario, vale decir el derecho a existir como ente autónomo e independiente del partido oficial, los sindicatos oficiales, las organizaciones oficiales, los órganos de prensa cuyas primeras planas sólo tenían lugar para los comunicados oficiales.

El legado principal de la izquierda de esos años es la defensa del principio de la libertad de expresión, manifestación y opinión a costa de cualquier sacrificio, incluyendo la cárcel y la muerte, que eran sus compañeros cotidianos. El México plural de la actualidad no hubiera nacido sin sus luchas. La pasión democrática que embarga a millones de mexicanos y mexicanas hoy,

no hubiera sido posible sin la pasión revolucionaria que movía a algunos miles de mexicanos de aquellos años.

Los ideales, las aspiraciones, los fines de aquellos hombres y aquellas mujeres eran los mismos que inspiran a los demócratas de hoy. Y con ellas deben cambiar los medios, los proyectos, los estilos.

La vieja izquierda ha muerto. Para responder a los retos del siglo XXI, la nueva debe también reiterar sus compromisos con los ideales de ayer. Para ello es inevitable recurrir al pensamiento y al ejemplo de hombres y mujeres muertos ya, y sin embargo tan vivos, de los años sesenta como Ermilo Abreu Gómez, Enrique Cabrera, Juan de la Cabada, Rosendo Gómez Lorenzo, Elí de Gortari, Efraín Huerta, Rubén Jaramillo, Filomeno Mata, José Revueltas, Víctor Rico Galán, David Alfaro Siqueiros, Demetrio Vallejo y, por qué no, de un hombre que hizo malabarismos escalofrantes para darles un espacio que se llamó *Política*, el iracundo e indomable tepiteño Manuel Marcué Pardiñas.¹²

La segunda vida del Che Guevara

Uno de los fenómenos más sorprendentes de este fin de siglo es la resurrección tan inesperada como avasallante de la figura del Che 30 años después de su muerte heroica.

Algo tiene la vida del “pelao” —como lo llaman aún los jóvenes argentinos— que lo distingue de otros héroes revolucionarios cuyo recuerdo no es evocado con la misma intensidad. Quizá fue lo meteórico de su vida que condensó los papeles de intelectual, revolucionario, triunfador y mártir en breves 39 años. O bien su humanismo voluntarioso y desbordante que lo llevó a retar no sólo al poder de las oligarquías latinoamericanas sino también al surgido de la revolución que él mismo había contribuido a hacer. Pero quizá también sean los tiempos que vive la izquierda en esta década de los noventa. Acorralada y confundida, tiene más necesidad de una figura rebelde y heterodoxa como la del Che que de las de estadistas como Lenin o Mao.

Ugo Pipitone sostiene que la izquierda se encuentra actualmente en una fase preconstituyente (*Etcétera*, 11 de septiembre de 1997). “¿Dónde estamos ahora?”, se pregunta, y responde:

Aun aceptando los inevitables límites y ambigüedades de toda comparación histórica, no parece del todo descabellado imaginar el presente de la izquierda en forma similar a aquel otro presente que Europa occidental experimentó entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. Como entonces, la izquierda se encuentra dividida y desorientada frente a un mundo que todavía no define aquellas formas

a partir de las cuales comience a resultar posible proyectar el futuro. Y como entonces aún no se definen las ideas-fuerza capaces de ordenar la multiplicidad de retos contemporáneos que van del feminismo a la conservación ecológica, de la cooperación internacional a los problemas de la convivencia étnico-cultural de las sociedades modernas. Dicho en síntesis: como hace siglo y medio atrás, la izquierda se encuentra nuevamente en una fase preconstituyente. Si el marxismo fue expresión de una cultura industrial en sus fases iniciales —piensa Pipitone—, faltan ahora los elementos esenciales de una cultura de izquierda posindustrial.

En una escala mucho más limitada y en una premonición titubeante de las gigantescas tareas actuales, algo similar sucedía en América Latina en la década de los sesenta. El Che fue uno de los artífices de la refundación de la teoría y la práctica de la izquierda de aquel tiempo que no lograba sacudir la secuela y la influencia del pensamiento socialdemócrata inglés que fundamentó el Estado benefactor, de los frentes populares de la segunda guerra mundial, así como del estalinismo y el dogmatismo que caracterizó al marxismo soviético.

Por encima de sus aciertos y errores concretos, la figura del Che se afirma como el símbolo de los impulsos renovadores y la voluntad de cambio que remueven cíclicamente los cimientos de lo que conocemos como izquierda. Gracias a figuras como la del Che los sesenta estarán inevitablemente presentes en la fase constituyente que vivimos hoy. Su mensaje puede ser rechazado o recuperado, pero no ignorado.

El reconocimiento tácito de ese imperativo aparece con claridad en las resoluciones del Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo convocado en 1996 por el EZLN.

Unos proponen (EZLN, *Crónicas intergalácticas*, México, 1996) recuperar “los núcleos de verdad incuestionables” que aun después de las experiencias fracasadas se siguen sosteniendo. En esta línea habría que volver a pensar a Marx, Lenin, Gramsci, Mao, Trotsky, Che Guevara y otros revolucionarios porque ninguna propuesta responsable de cambio radical en nuestra época puede ignorar el análisis y las enseñanzas de esos revolucionarios y de los movimientos que encabezaron. La alternativa al neoliberalismo es otra vez el socialismo, pero no al anterior al Muro de Berlín, sino con democracia.

Otra lectura de la caída del Muro de Berlín considera que después de tal hito, no se deben rescatar las viejas ideologías de las izquierdas sino construir una sustancialmente nueva, plena de valores humanistas. De las viejas ideologías habría que aprender a no repetir sus erro-

res. “Debemos proponernos fundar lo que no existe y no refundar lo que ya no existe. Ya sea para ser negado o rescatado, la presencia del pasado se impone.”

El difícil problema de la relación entre pasado y futuro es retomado por Luis Hernández (*La Jornada*, 20 de agosto de 1997) al intentar una definición de la izquierda y del PRD en el México actual:

¿Qué significa hoy en México ser de izquierda? Más allá de la exigencia de igualdad (y el derecho a ejercerla de manera diferenciada) y del rechazo a lo injusto, implica en lo concreto cuatro cosas: luchar por la desaparición del régimen de partido de Estado desde una perspectiva democrática, pelear en contra del modelo de desarrollo neoliberal, construir una nueva forma de relación entre el Estado y los ciudadanos que produzca espacios liberados de dominio, y crear una política que apele a la ética.

Izquierda y socialismo no son sinónimos. Partidos que se reclaman socialistas como el PPS están muy lejos de ser de izquierda; su práctica apuntala al régimen. De la misma manera, personajes políticos que provienen de las filas del nacionalismo revolucionario o el cristianismo comprometido con los pobres son de izquierda aunque no sean socialistas.

Y continúa:

El PRD es como la mayoría de nuestras organizaciones políticas, un animal anfibio. Organizado como partido electoral, agrupa a una gran cantidad de dirigentes sociales que lo ven en ocasiones, también, como un instrumento al servicio de sus luchas concretas. Es simultáneamente (dependiendo de la región y del momento) partido, movimiento y frente político de distintas corrientes.

La batalla con el pasado está también presente en el intento de negación-recuperación que hace Carlos Monsiváis de la historia de la izquierda partidaria (*Fractal*, núm. 5, verano de 1997). En su acostumbrado tono polémico y cáustico a la vez, escribe:

De 1918 a 1988 la izquierda partidaria conoce triunfos, crecimiento, sectarismos atroces, generosidad, espíritu de sacrificio, dogmatismo, reducción numérica, influencia y pérdida de influencia, clandestinidades, persecución, climas de guerra fría, devoción irracional por la URSS, heroísmo, mezquindad doctrinaria. Acercarse a ese proceso es

importante por lo que revela de los aciertos y los extravíos de la mentalidad revolucionaria, por lo que exhibe de la fuerza y los poderes de asimilación del régimen de la Revolución mexicana, y por el cúmulo de líderes, héroes, "comisarios del pueblo", marxistas talmúdicos y arrepentidos que la izquierda genera.

Y desde la foto de Korda que lo inmortalizó, el Che observa un poco intrigado y un mucho desconcertado el mundo de los noventa, tan diferente del que previó. Un mundo en el cual un puñado de revolucionarios se baten a la defensiva por recuperar el sentido ético de la política que él predicó en un ambiente dominado avasalladoramente por el interés personal; de exmilitantes radicales que se transforman sin alegría en diputados de traje oscuro y corbata a la moda; de funcionarios jubilados que se transfiguran en críticos acerbos del régimen; de intelectuales que recapacitan y otros que se discapacitan; de escritores que se aferran al pasado y otros que duermen con el enemigo; de hombres y mujeres que no comparten el optimismo del médico romántico y guerrillero acerca de la capacidad del hombre de hacer la historia, pero que tampoco han perdido por entero la esperanza que lo animaba de un mundo mejor.¹³

Cárdenas en el Distrito Federal

En el Distrito Federal ha concluido una etapa de la lucha por la democracia y se inicia otra. La entidad ha recuperado su gobierno representativo. Ahora, le ha llegado el turno a las relaciones autoritarias entre gobierno y ciudadanos que la rigieron durante siete largas décadas. Al gobierno de Cárdenas le toca tomar las medidas que permitan sustituir paulatinamente las prácticas que hacían del Departamento del Distrito Federal el depositario único de la iniciativa, la realización y el control de las medidas de gobierno, por otras de intensa participación social.

Cuauhtémoc Cárdenas puede dar una nueva dimensión al proceso de democratización no sólo del Distrito Federal, sino de los gobiernos locales de todo el país. Para eso debe convocar a la sociedad civil a participar y adoptar su parte de responsabilidad en la solución de los ingentes problemas que afectan a la metrópoli. La vitalización de las instituciones de participación ciudadana ya existentes a nivel delegación, colonia y cuadra, y la promoción de nuevas; la voluntad política para transformarlas en órganos en los cuales los ciudadanos participen no sólo en el diagnóstico, sino también en el avalúo de los recursos, así como en la iniciación y realización de proyectos, puede tener un efecto multiplicador a nivel nacional. La fórmula deseable es la colabora-

ción directa y cotidiana entre ciudadanos que trabajen a título voluntario y funcionarios públicos.

La tarea no es fácil. Cuestiona prácticas centenarias, valores profundamente arraigados y, sobre todo, intereses que medran en la corrupción, el clientelismo y la pasividad ciudadana. Pero como lo enseñan experiencias municipales en otras partes de América Latina y en algunos municipios de nuestro país, no es imposible.

La democratización no puede ser vista como un simple medio para resolver problemas inmediatos del Distrito Federal o sumar votos para las elecciones de 2000. Traer al gobierno más cerca del pueblo es un fin en sí mismo, es uno de los grandes objetivos de la transformación de nuestra sociedad.

El desempeño del nuevo gobierno en ese terreno marcará también indeleblemente la identidad del PRD: partido de poder o partido de transformación social. Una de las pruebas decisivas es su actitud hacia la democracia. La definición de un partido de centro-izquierda es materia de discusión, pero una cosa es indudable: tiene que ser un partido que promueva consecuente e intransigentemente la democracia social y participativa.

Es probable que Cárdenas se haya equivocado en la elección de algunos de sus colaboradores. El caso de Ignacio Carrola es una prueba de ello. Sin embargo, las cualidades necesarias de firmeza de principios, conocimientos especializados, probidad, experiencia, capacidad y energía necesarias para una tarea de esa envergadura, abundan en el nuevo equipo. En los casos en los cuales no sea así, será tarea de los ciudadanos y los medios de difusión revelarlos y denunciarlos a tiempo. Eso, claro está, es muy diferente de la campaña emprendida ya por otros partidos para desprestigiar al nuevo gobierno como parte de su estrategia electoral.

Algunos analistas han construido una muralla china entre el militante político de oposición y el ejercicio de las funciones administrativas de un gobierno. Su información es insuficiente o su punto de partida prejuiciado. En la actividad política popular se acumulan dotes de liderazgo, experiencias organizativas y capacidad de decisión utilísimas en el ejercicio del poder. Además, sin la visión crítica de las prácticas gubernamentales vigentes y del sistema que da esa práctica, sería imposible emprender su transformación.

Más y mejor que el funcionario, el militante aprende a escuchar y a comprender las demandas populares, así como a buscar los consensos necesarios para la acción común y voluntaria. Cuando esas características se combinan con la pericia técnica y la experiencia administrativa de otros, pueden surgir equipos heterogéneos pero idóneos para la tarea del cambio.

El primer paso es sin duda descentralizar las funciones de la entidad, pasando funciones y recursos a las delegaciones, futuras municipalidades de

un hipotético estado de Anáhuac. La ciudad es un mosaico de problemas contradictorios. Tecamachalco no es la Buenos Aires ni Tepito es la Del Valle. Hablar sólo de los "problemas de la ciudad" es siempre ignorar o marginar "un conjunto de problemas específicos" de una parte de la ciudad. Y casi siempre son los males de las colonias populares, los hombres y las mujeres de la economía informal, los niños callejeros, los indígenas urbanos, los carentes de escuela y servicio médico los que quedan olvidados.

Cada delegación y cada colonia es un complejo particular e irrepetible de problemas y posibles soluciones, de carencias y recursos no explotados. Por eso, descentralizar la burocracia, los conocimientos y el dinero es la única forma de acercar el gobierno a las comunidades reales, multifacéticas y contradictorias que constituyen esta megalópolis de casi nueve millones de habitantes.

Pero eso no es suficiente. Es, además, necesario multiplicar la promoción y el fortalecimiento de organismos mixtos (gobierno-ciudadanos). Algunos de ellos ya existen y pueden ser transformados. Tales son las juntas de vecinos. En un principio, esos órganos fueron concebidos no como cuerpos con facultades ejecutivas sino como "auxiliares" de los gobernantes. Además, nunca existió una voluntad política firme para combatir el clientelismo y la corrupción que viciaban su funcionamiento.

Formadas en los años setenta, inicialmente sus miembros eran designados por las autoridades y su actividad estaba directamente subordinada al jefe del Departamento del Distrito Federal. Hacia los años ochenta se implantó la elección de sus miembros, pero vicios de origen dificultaron su desarrollo. Surgieron por iniciativa de un gobierno sin credibilidad y con una tendencia irresistible a privilegiar los intereses políticos clientelares sobre los sociales. Además, la presión desde arriba tendía a darles una composición de "notables" (léase gente cercana al poder) más que de auténticos ciudadanos anónimos. Pero más grave que todo eso es que no tenían facultades ejecutivas de ningún tipo ni podían iniciar o realizar proyectos propios.

Éste es sólo un ejemplo. Si existe la voluntad política, un gobierno electo y legítimo como el de Cárdenas puede producir cambios democráticos en estas y muchas otras instituciones o apoyar otras formas de asociación, adecuadas a las condiciones de cada barrio.¹⁴

Poder municipal y cambio social

En varias partes del mundo, la izquierda se está reponiendo de los golpes que sufrió a principios de la década. Uno de los espacios en los cuales ha avanzado más, ha sido el de los gobiernos municipales y locales. El primero que desde 1948 puso un gran énfasis en la importancia de esas instancias, fue

el Partido Comunista Italiano. Inspirado en la estrategia de la lucha de posiciones de Gramsci, vio en la conquista de esos gobiernos y su uso adecuado una palanca fundamental en la formación de la ciudadanía en un nuevo proyecto político y cultural.

El Partido Democrático de la Izquierda, heredero directo y confeso de ese Partido Comunista que el 21 de abril del año pasado conquistó el gobierno nacional, acaba de barrer a la derecha en las recientes elecciones municipales, conquistando nueve de las diez ciudades más importantes de Italia. Hoy día, Boloña, Florencia, Génova, Nápoles, Palermo, Roma, Trieste, Turín y Venecia son gobernadas por presidentes municipales de la coalición Olivo. Sólo Milán quedó en manos de un candidato de las fuerzas encabezadas por Berlusconi.

La victoria fue particularmente notable en Nápoles y Génova, que habían votado casi siempre por la centro-derecha, y en ciudades como Roma y Venecia, en las cuales los candidatos de izquierda obtuvieron más de la mitad de los votos desde la primera vuelta, pese a la existencia de varias opciones. La derrota fue particularmente dolorosa para la derecha en Venecia, la bella ciudad escogida por la Liga del Norte, de orientación separatista y neofascista, como capital de su presunta República de Pedania.

El fenómeno cobra aún más importancia al estar acompañado por la aprobación de una serie de leyes tendientes a dar mayor autonomía a los gobiernos locales. Así, antes de 1993, los presidentes municipales no eran electos directamente (se votaba por planillas) y las atribuciones de esas instancias en materia de impuestos, escuelas y policía eran más limitadas.

Algo similar ha sucedido en América Latina desde la restauración de la democracia. Aun cuando ningún partido de izquierda ha podido conquistar el poder a nivel nacional, la mayoría de las grandes ciudades ha tenido en los últimos quince años gobiernos municipales con esa orientación, durante periodos más o menos prolongados. Los habitantes de las once ciudades más grandes de América Latina se han mostrado dispuestos a experimentar otorgando su voto en más de una ocasión a fuerzas de centro-izquierda de diferentes signos. Después de la victoria del PRD en la ciudad de México, la única excepción es Buenos Aires, que no cuenta con un gobierno electo.

El caso más sobresaliente es el de Brasil, en donde ya desde 1988 el Partido de los Trabajadores (PT) ganó las municipalidades que gobiernan 40% de la economía del país, incluyendo la de São Paulo, la ciudad más poblada de Sudamérica. El PT triunfó en dos elecciones sucesivas en la ciudad industrial de Porto Alegre y consiguió una mayoría aplastante en Belo Horizonte. Por su parte, otra organización de orientación similar, el Partido Obrero Democrático, gobernó las ciudades de Río de Janeiro y Curitiba.

El fenómeno se ha producido al mismo tiempo que los gobiernos federales implementan programas de descentralización de servicios básicos, como la educación y la salud pública, y la importancia de los Estados nacionales se ve cuestionada por vastos procesos de globalización. En ese marco, el gobierno local adquiere un significado especial.

Los nuevos gobiernos deben ante todo hacer lo que sus electores esperan de ellos: proporcionar servicios básicos de manera más amplia y eficiente. Pero siendo de centro-izquierda, se han esforzado en ir más lejos. Han cambiado la forma en que se toman las decisiones y en que se distribuyen los recursos escasos. Crean instituciones que introducen formas más transparentes de hacer política y una responsabilidad más directa frente a los ciudadanos, y se esfuerzan por abrir canales de participación directos para los sectores tradicionalmente marginados de la población.

Un buen ejemplo es Porto Alegre, que se ha transformado para la izquierda brasileña en un modelo de democracia participativa. Ahí, el PT ganó las elecciones en 1988 y, en forma aún más contundente, en 1992 y en 1996. La innovación más importante ha sido el Orçamento Participativo —presupuesto participativo— introducido desde 1989. Asambleas populares en 16 zonas de la ciudad reúnen a unas 10,000 personas y 600 organizaciones no gubernamentales para debatir y votar sobre las prioridades del gasto público. De un presupuesto general de unos 465 millones de dólares, 31% es determinado en un proceso público y abierto en el cual participan una gran diversidad de intereses. Como resultado de ese proceso, los ciudadanos de la metrópoli decidieron que el gobierno dedicara una parte importante de sus recursos para legalizar títulos de propiedad de la tierra, proporcionar agua a colonias pobres, mejorar los transportes y sanear el medio ambiente.

Porto Alegre es un buen ejemplo de eficiencia con participación popular. Sin duda, ha contado con hombres talentosos para dirigirla, pero ésa no es toda la historia. Detrás del éxito está la presencia de importantes movimientos populares que se mantuvieron activos incluso en los tiempos de la dictadura militar. Además, las relaciones entre el partido y el gobierno municipal, que en otras partes son ríspidas, se caracterizan por una cooperación bastante armónica. Los presidentes municipales electos han integrado a miembros de todos los sectores del partido a la administración, y el partido, por su parte, ha frenado las disputas internas y prestado un apoyo decidido a las iniciativas democráticas del gobierno, movilizándolo a los ciudadanos.

La colaboración con el sector empresarial ha tomado la forma de participación directa y animada en la elaboración del plan rector que rige el desarrollo de la urbe y la inversión en proyectos comunes. Pero el éxito más sonado de esta experiencia —que no ha estado a salvo de fracasos y conflictos—

es y sigue siendo la participación de los ciudadanos en la elaboración de un presupuesto público que tiene un apoyo decidido tanto de los sectores pobres como de las clases medias.

La experiencia ha influido también en el desarrollo de los partidos de centro-izquierda. Han comenzado a comprender que no todo el poder está depositado en los gobiernos federales y que los poderes locales proporcionan muchas herramientas para impulsar formas de democracia que se ubican en un nivel intermedio entre la representatividad pura y la democracia directa, y que facilitan una implantación más sólida en el seno de los sectores trabajadores de la población.¹⁵

Confianza

Me sumo sin reservas a la indignada protesta de Germán Dehesa: no le creo, Señor Presidente. No creo que la matanza le haya sorprendido. Tampoco creo que desee sinceramente la superación de los “problemas sociales y las ancestrales injusticias que están en la raíz” de los problemas de Chiapas. Y mucho menos albergo la confianza de que “se aplicará todo el peso de la ley” a los autores intelectuales y materiales del crimen.

Y no le creo, porque sus palabras contradicen hechos que precedieron a la matanza y que están íntimamente ligados con su gestión. El obispo Raúl Vera ha declarado que desde el 18 de octubre pasado se advirtió al secretario de Gobernación de la multiplicación y el activismo de grupos paramilitares, y que desde el 21 de diciembre se le informó sobre la preparación de la acción asesina. ¿Miente el obispo coadjutor de San Cristóbal? Es más, la posibilidad de la masacre fue anunciada con anticipación en la prensa, la radio y la televisión. ¿Cómo voy a creer que usted estaba menos enterado que miles de ciudadanos sobre un asunto de tal importancia?

Usted sabe perfectamente que su gobierno ha suspendido unilateralmente las pláticas con el EZLN, porque no está dispuesto a cumplir los acuerdos logrados después de largas deliberaciones. Sabe también que ha tolerado que el gobernador de Chiapas instigue o tolere actos violentos que se proponen amedrentar a los seguidores del movimiento zapatista, desgastar a éste e incitar a una guerra civil entre indígenas. ¿Sería exagerado decir que en el último año su gobierno no ha hecho lo suficiente para resolver los conflictos y sí se ha hecho de la vista gorda ante actos que inevitablemente los agudizan, creando las condiciones de una guerra civil de proporciones catastróficas? ¿Por qué he de suponer que ahora sí “el gobierno no permanecerá pasivo”?

Y ¿qué pensar de su disposición a resolver los problemas sociales que aquejan a la población campesina de Chiapas? Es verdad que se han canaliza-

do fondos para cubrir algunos servicios para la población más pobre. Pero ésta no pide limosna, sino solución a los problemas viejos y nuevos que hacen su vida insoportable y clausuran cualquier esperanza. Caciquismo priísta, monopolio de la tierra, poder arbitrario e ilimitado de los terratenientes, falta de libertad política y cultural de los indígenas, desempleo, salarios de hambre. ¿Qué se ha hecho en los tres años, tres años, repito, de su gobierno para iniciar la solución a fondo de esos problemas directamente con la participación de los campesinos? ¿Qué relación existe ante el reconocimiento de los rezagos "ancestrales" y sus actos que me permitan albergar esperanzas para los próximos tres años?

Pero lo que menos credibilidad inspira, Señor Presidente, es la promesa de aplicar "el peso de la ley" a los responsables intelectuales y materiales. ¿Cuál es, entre todos los crímenes que ensombrecen la conciencia nacional, el que su gobierno ha logrado esclarecer? ¿El de Colosio? ¿El de José Francisco Ruiz Massieu? ¿El de Abraham Polo Uscanga? ¿El de la relación entre Rubén Figueroa y Aguas Blancas? ¿El de las cuentas de Madrazo? Si se compara la eficiencia de las campañas contra el narcotráfico con la lucha contra el crimen político, obtenemos un saldo espeluznante. Con todo y las deficiencias de las primeras, no cabe duda que en materia de seguridad política contamos con uno de los aparatos más caros e ineficientes del mundo. Las loas de Janet Reno son probablemente merecidas. Pero no cuente con las de los ciudadanos mexicanos. ¿Qué esperanza puedo tener de que en materia de justicia a los campesinos de Chenalhó les vaya mejor que a los de Aguas Blancas?

Y sabiendo que no estoy solo en mi desconfianza en la veracidad de sus declaraciones sino que es un sentimiento compartido con millones de mexicanos, le pido, Señor Presidente, que haga algo por restablecerla. Hechos son amores, doctor Zedillo. Ordene usted que los grupos paramilitares y las guardias blancas profusamente descritos y denunciados hasta la saciedad, sean desarmados, y que las personas o los grupos que los auspician y financian sean llevados ante la justicia. Adopte usted las iniciativas necesarias para que los acuerdos decididos en las pláticas con el EZLN sean cumplidos y las conversaciones se reinicien.

Responda usted al clamor de miles de mexicanos que piden la solución de los "rezagos ancestrales" tomando medidas para resolver el problema de la tierra, el caciquismo y el estado de derecho en la desgraciada entidad. Su gestión de las elecciones de julio le mereció un voto de confianza en materia electoral. La adopción de medidas largamente concensadas en la cuestión chiapaneca recibirá, sin duda, la misma respuesta.¹⁶

EZP, Chiapas y las elecciones de 1998

Ha pasado un mes desde la masacre de Acteal y el gobierno no da señales de querer cambiar su política respecto de los problemas de fondo que ha planteado el conflicto con el EZLN para la entidad y para el país en general. La esperanza de que el crimen perpetrado contra un grupo de indígenas inermes y las amenazas ominosas que encierra para la democracia y la estabilidad del país pudieran impulsar al gobierno de Ernesto Zedillo a internarse en serio por el camino de una paz negociada antes del fin del presente sexenio, comienza a esfumarse.

Al parecer, las señales que emite el gobierno son cruzadas. Por un lado, inmediatamente después del asesinato sustituye a todo el equipo dirigente de la Secretaría de Gobernación, al gobernador de Chiapas y a algunos de sus colaboradores; inicia averiguaciones sobre los sucesos; apresa a los 22 policías que dispararon contra manifestantes en Ocosingo y envía a Juan Ramón de la Fuente para organizar la ayuda a los desplazados. Para rubricar esas medidas, el domingo 18 del presente, Emilio Rabasa Gamboa, coordinador para el diálogo y la negociación, condena la existencia de grupos paramilitares y afirma que la presencia del EZLN está amparada por la Ley para el Diálogo y la Pacificación.

Por otro lado, en el discurso pronunciado frente a los huicholes en Nayarit, el presidente pone en duda la figura de la autonomía (tema central de los acuerdos con el EZLN), y más tarde recibe con honores a un grupo de inversionistas canadienses ante quienes minimiza el problema de Chiapas, mientras que se niega a otorgar audiencia a Andrés Manuel López Obrador, dirigente del PRD, para tratar asuntos relativos a la reapertura de las negociaciones. Por si fuera poco, el día miércoles, el titular de la Secretaría de la Defensa, general Enrique Cervantes Aguirre, declara que el ejército seguirá en Chiapas todo el tiempo que sea necesario, que no ha sido comprobada la existencia de grupos paramilitares y que la aplicación de la Ley de Desarme incluye al EZLN.

Pero detrás de ese alud de medidas y declaraciones contradictorias, el verdadero obstáculo para reanudar las negociaciones con el EZLN sigue en pie: es la posición del gobierno hacia los Acuerdos de San Andrés. Se niega a aceptar la iniciativa de ley en materia de derechos y cultura indígena, elaborada por la COCOPA, y presenta enmiendas que equivalen a una contrapropuesta que, sabe, contradice los acuerdos firmados con el EZLN. Esto ha producido no sólo un endurecimiento de las relaciones con las fuerzas comandadas por Marcos, sino también un conflicto con los miembros actuales y anteriores de la COCOPA y, en general, con el poder legislativo.

Si se sopesan cuidadosamente actos y declaraciones de los primeros 30 días posteriores a la catástrofe, no se puede dejar de concluir que las continuidades en la política oficial hacia Chiapas son mucho más fuertes que los cambios. Ha habido, es cierto, cambios importantes de funcionarios, pero esto ya había sucedido antes. Dos titulares de Gobernación fueron removidos por la misma causa y cinco gobernadores conocieron la misma suerte. La estrategia seguida desde hace cuatro años no deja lugar a dudas: postergar indefinidamente un acuerdo que incluya concesiones sustanciales a las demandas indígenas y del EZLN, mantener una situación de tensión y guerra de baja intensidad que desgaste al contendiente y propicie un error o un descuido que abra las puertas a una solución militar fulminante, y neutralizar la vigilancia de la opinión pública mundial y nacional con actos espectaculares pero poco significativos.

Ante la resistencia empecinada a las reformas, por un lado, y la imposibilidad, debido a la vigilancia de la opinión pública internacional y nacional, de dar al conflicto la salida militar que se ha aplicado hasta ahora a todos los movimientos guerrilleros, por el otro, la consigna ha sido y es aguantar y esperar, sin reparar en costos. Es evidente que el crimen de Acteal y las protestas que ha motivado no han logrado hasta ahora modificar esa estrategia oficial.

La izquierda debe aceptar que las fuerzas movilizadas hasta este momento no han sido suficientes para imponer un cambio. La denuncia nacional e internacional, la gigantesca manifestación del día 12, las iniciativas de los legisladores y la marcha que tendrá lugar el día 24 han sido importantes, pero no suficientes. Y eso nos lleva al terreno electoral. Uno de los factores que podría obligar al gobierno a cambiar de estrategia es el peligro de un retroceso importante del PRI en las catorce elecciones que tendrán lugar este año, debido a su política chiapaneca.

Pero éste no ha sido el caso en el pasado. En 1994 el PRI logró utilizar la insurrección chiapaneca como argumento en una campaña de miedo que fue bastante efectiva y que le restó votos al PRD. Para todos aquellos que estamos por una paz digna en Chiapas, es fundamental impedir que esto se repi-

ta, y lograr llevar a las cámaras y a las gubernaturas a personas que están comprometidas con una salida justa a ese problema en un tiempo razonable. Para eso, hay que aceptar de antemano un hecho incontrovertible: una parte importante del electorado no tiene información fidedigna sobre lo que realmente pasa en Chiapas; otra está temerosa porque la violencia y la guerra civil se extiendan por todo el país; otra más tiene serias dudas acerca de la viabilidad de la autonomía indígena, alberga prejuicios racistas o bien no ve relación alguna entre la situación chiapaneca y los problemas de la vida urbana que lleva. Tal vez, la suma de esas "partes" forme la mayoría del electorado. Una mayoría manipulable, engañable, neutralizable.

Si se quiere imponer al gobierno un cambio de política, es necesario conquistar esa "mayoría silenciosa" para las ideas de una paz con dignidad en Chiapas. Y para ello, la denuncia no es la mejor arma. La explicación objetiva, paciente, respetuosa, debe ocupar su lugar. Revelar que los problemas de desigualdad abismal y de discriminación de la entidad sureña sólo son una versión extrema de las que dividen al país y que su solución abrirá la puerta a cambios para todos. Probar que el destino de Chiapas influye y seguirá influyendo en la situación de cada mexicano, viva en donde viva; que la autonomía indígena no pone en peligro la unidad de una nación en la cual cerca de 90% de los ciudadanos no son indígenas y sí ayuda a la integración de éstos en nuestra sociedad y, por fin, que muchas de las reformas sociales que se piden para Chiapas ya han sido aplicadas en otras partes del país con éxito. Estoy convencido de que la carta decisiva en la lucha por cambiar la política del gobierno hacia el gran movimiento chiapaneco de reforma social y étnica, es pasar de la denuncia al convencimiento de parte o de toda esa "mayoría silenciosa".¹

Juan Pablo II y Fidel: la fuerza de las ideas

El papa Juan Pablo II visitó Cuba del 20 al 25 de enero de 1998. El gobierno y el Partido Comunista de Cuba invitaron al pueblo a asistir a los actos de la gira papal y se realizaron misas multitudinarias, durante las cuales el pontífice condenó al neoliberalismo y a "las fuerzas ciegas del mercado", pero también a lo que llamó "mentalidad antinatalista" de gobiernos y sectores sociales. Dijo esperar que su visita a Cuba rindiera frutos de libertad similares a los obtenidos en Polonia y pidió la libertad de los presos políticos y de conciencia en la isla, pero también condenó el bloqueo estadounidense considerándolo "injusto y éticamente inaceptable".

La visita del papa a Cuba está cargada de significados. Dice mucho sobre la visión que tiene la iglesia católica, esa maestra en el análisis de larga duración, del siglo XXI. Nos habla de las posibilidades de un movimiento laico,

inspirado en las ideas de la justicia social, la solidaridad internacional y la paz, liberado de los lastres del autoritarismo y el estatismo. Nos obliga a pensar sobre el futuro de los cubanos, ese pueblo con el cual los latinoamericanos tenemos una deuda moral que muchos pretenden olvidar. Resalta, por analogía, los contrastes que marcan en este fin de siglo a Estados Unidos, un país que se encuentra, como la Roma imperial, en la cúspide de su poderío material y en los inicios de su decadencia cultural y política.

Wojtyla y Fidel tienen algo muy importante en común. En este fin de milenio dominado por el culto al mercado y el pragmatismo desenfrenado, ellos encarnan la confianza ilimitada e irreductible en la fuerza del ideal y de la fe. Medidas en términos económicos y financieros, de poder de Estado, de medios de difusión, de fuerza militar, ni la Iglesia ni Cuba son potencias. Frente a Estados Unidos o la Comunidad Europea, no cuentan. Su fuerza está en las ideas que representan y la fe que inspiran. Ambos están muy conscientes de ello y ambos han decidido dejar como herencia el ejemplo de esa seguridad empecinada e inamovible en una idea, su idea.

La iglesia católica, encabezada por Juan Pablo II, y la revolución social, representada por Fidel, se encuentran en puntos diferentes de su trayectoria. La primera en el pináculo de su influencia; la segunda en un colapso del cual su humanismo y su espíritu rebelde sólo saldrán vivos si logran liberarse de los fantasmas del pasado que los atenazan. Pero no podemos olvidar que hace sólo cuatro o cinco décadas prevalecía la imagen inversa.

De la segunda guerra mundial la Iglesia salió muy maltrecha. Su actitud hacia el fascismo fue ambigua; su política hacia el ascenso de las exigencias obreras, reticente; su posición ante la descolonización, pasiva. En los países del "socialismo real" no sólo fue reprimida y expropiada sino, lo que es peor, acallada. En todos lados, su influencia se diluía, declinaba. En un mundo poseído por el frenesí de la transformación social y la lucha contra los privilegios, la Iglesia parecía una isla arcaica y remota.

El socialismo revolucionario, en cambio, surgió de la victoria antifascista como la gran fuerza renovadora de mediados de siglo. Su ideología fue adoptada por Estados, partidos, movimientos y revoluciones innumerables; sus ideales llevaron a miles de militantes al sacrificio y el martirologio con la sonrisa en la boca, y las fotos de sus pensadores y sus líderes cubrieron el sol. Hoy, todo eso es historia. El capitalismo obtuvo una victoria aplastante. El interés personal, cínico y descarnado, lo domina todo. Los Estados que se definían como socialistas se pelean para atraer las inversiones de las transnacionales. Los partidos revolucionarios viven en la marginalidad.

Y sin embargo, ahí están Fidel, el socialista revolucionario ortodoxo, y Wojtyla, el católico renovador, para recordarnos en los últimos años de sus vidas

y de maneras opuestas que las grandes ideas son más fuertes y duraderas que los gobernantes e incluso las instituciones. Que pueden decaer y perder fuerza, pero si son trascendentes y saben renovarse, deben retoñar e incluso florecer.

Juan Pablo II y Fidel Castro tienen además, pese a sus grandes diferencias, una idea común que se empeñaron en reiterar con toda claridad. A pesar de mis propias diferencias con uno y con otro, no puedo dejar de manifestar mi adhesión total a esa idea y la satisfacción que me causa la premonición del surgimiento de un gran frente mundial de diversidades irreductibles, precisamente alrededor de esa idea. No coincido con la campaña del papa para transformar a la familia en el centro de la sociedad civil y contra el derecho de la mujer al aborto. Tampoco me identifico con la posición de Castro, según la cual la lucha por la igualdad y el bienestar social justifica indefinidamente la supresión de los derechos individuales y el aplastamiento de la democracia. Pero en una idea fundamental, me sumo a la coincidencia evidente que existe entre los dos.

El verdadero sentido del discurso de Fidel al recibir al papa ha sido mal comprendido o tergiversado intencionalmente, pero nunca íntegramente reproducido. No fue, como dijeron algunos órganos de prensa, "un recuento de 500 años de desgracias latinoamericanas en quince breves minutos" ni simple y llanamente un *plädoyer* anticolonialista. Fue en esencia una declaración de coincidencia con el pronunciamiento del papa de que "la distribución equitativa de las riquezas y la solidaridad entre los hombres y los pueblos deben ser globalizadas". Veamos dos párrafos reveladores:

En su largo peregrinaje por el mundo —le dijo Fidel—, usted ha podido ver con sus propios ojos mucha injusticia, desigualdad, pobreza; campos sin cultivar y campesinos sin alimentos y sin tierra; desempleo, hambre, enfermedades, vidas que podrían salvarse y se pierden por unos centavos; analfabetismo, prostitución infantil, niños trabajando desde los seis años o pidiendo limosnas para poder vivir; barrios marginales donde viven cientos de millones en condiciones infrahumanas; la lista de calamidades económicas y sociales del hombre es interminable. Sé que muchas de ellas son motivo de permanente y creciente preocupación de Su Santidad.

No habrá ningún país mejor preparado para comprender su feliz idea, tal y como nosotros la entendemos y tan parecida a la que nosotros predicamos, de que la distribución equitativa de las riquezas y la solidaridad entre los hombres y los pueblos deben ser globalizadas. Bienvenido a Cuba.

En cuanto al papa, en la última de sus cuatro misas, celebrada en la plaza de la Revolución frente a cientos de miles de personas —un millón di-

ce la Iglesia—, fue muy explícito y atacó directamente al neoliberalismo capitalista “que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insoportables”.

En ocasiones —continuó— se imponen a las naciones como condiciones para recibir nuevas ayudas programas económicos insostenibles. De ese modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos pocos a costa del empobrecimiento creciente de muchos, de forma que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Wojtyla y Fidel. Cada uno llegó al encuentro con objetivos políticos diferentes y, en muchos sentidos, contrapuestos. Pero su coincidencia en esos dos aspectos no puede sino volver a encender la llama de la esperanza.²

Sesenta días: primera llamada

El dirigente perredista Cuauhtémoc Cárdenas tomó posesión como primer jefe de Gobierno electo del Distrito Federal el 5 de diciembre de 1997, y en su discurso inaugural prometió “quitarle las calles a la delincuencia”, dar atención prioritaria a los grupos vulnerables, combatir la corrupción y la ineficiencia y un cambio sustancial en la capacidad de servicio de la administración, pero advirtió que estaba en riesgo la capacidad de pagar la deuda contraída por gobiernos anteriores. En sus primeras semanas de gobierno enfrentó escándalos por los antecedentes represivos o poco claros de dos altos funcionarios de la Secretaría de Seguridad Pública, que tuvieron que dejar sus cargos.

Han transcurrido los primeros 60 días de gobierno cardenista en el Distrito Federal y, lentamente, comienzan a definirse sus rasgos. Es aún temprano para hacer balances, pero ha llegado el momento de establecer una relación activa con sus logros y perspectivas. La administración cardenista necesita urgentemente del pensamiento crítico y el pensamiento crítico no puede evadir el tema del gobierno del Distrito Federal.

Hay dos maneras de encarar su gestión. La primera es la de la ciudadanía en su conjunto que espera mejoras sustanciales en los grandes problemas que aquejan a la urbe: delincuencia, contaminación, ineficiencia en los servicios de salud y educación, corrupción, desquiciamiento de la vialidad, para citar sólo algunos. La segunda corresponde a un sector más reducido y más exigente: el que le dio a Cárdenas y al PRD un apoyo sostenido y con frecuencia militante en 1988, 1994 y, por fin, en 1997.

No es exagerado decir que representa 15% o quizá 20% del electorado del Distrito Federal; movimientos sociales, fuerzas culturales y sectores académicos importantes. En él se originan la mayoría de los militantes del PRD en esta entidad, las grandes manifestaciones que han llenado una y otra vez el Zócalo en apoyo a las luchas de los indígenas chiapanecos, las demandas obreras, la defensa de la petroquímica nacional y del PRD, cuando ese partido era hostigado y reprimido.

Ese sector espera del gobierno perredista más que eficiencia. Desea fervientemente que rencienda la llama de la esperanza. La esperanza de que México puede ser cambiado en un rumbo definido de justicia social, sin romper con la paz. Considera que el primer gobierno importante del PRD debe constituirse en ejemplo para otros del mismo signo en la lucha contra la desocupación, los privilegios oligárquicos, los obstáculos al desarrollo de una democracia social. Espera que siembre las primeras semillas de una nueva relación entre gobernantes y ciudadanos, en la cual éstos encuentren canales para participar no sólo en consultas, sino también en trabajos y decisiones.

El PRD llega al gobierno del Distrito Federal con una gran legitimidad y una fuerza muy importante. Cuarenta y siete por ciento de la votación y la mayoría en la Asamblea y la diputación federal son evidencia de un apoyo considerable de la ciudadanía a Cárdenas. Esa fuerza no debe ser disuelta ni relegada. Debe, por el contrario, ser convocada y movilizada para iniciativas de gran envergadura.

Durante 70 años de dominio priísta en el Distrito Federal, se inculcó la idea de que el gobierno es asunto exclusivo de los gobernantes; que la corrupción era cosa natural e irremediable, siempre y cuando no fuera excesiva o escandalosa; que las desigualdades económicas, sociales, de género, raciales, no tienen solución real; que los empresarios y los trabajadores sólo pueden participar en política y en obras por medio de relaciones clientelares y/o la famosa mordida.

Ahora esperamos que esa cultura comience a ser desmantelada, pacífica y legalmente pero sin titubeos ni retrocesos. La responsabilidad de los integrantes del primer gobierno perredista no es menor que la de los fundadores de ese partido. Estos últimos fijaron el rumbo en la lucha por el abandono del sistema corporativo de partido único. Los gobernantes del Distrito Federal influirán decisivamente con su ejemplo en la conducta de los futuros gobiernos del PRD.

Los obstáculos a los cuales se enfrenta el nuevo gobierno son gigantes. Y no me refiero a las dificultades que emanan de la complejidad de los problemas de nuestra entidad. Hablo de las fuerzas políticas y los intereses económicos que se oponen y se opondrán a una política consecuente de reformas.

Comencemos por lo más obvio. El intento de combatir en serio la corrupción en los órganos de seguridad, en los departamentos de gestión económica, de obras públicas, en las delegaciones, producirá reacciones violentas, porque están en juego negocios multimillonarios y miles de pequeñas corruptelas sobre las cuales se han construido *modus vivendi* en todos los niveles.

Cárdenas crea un nuevo gobierno en el Distrito Federal, pero hereda el viejo aparato burocrático. Decenas de miles de funcionarios, muchos de ellos integrados en redes de delincuencia y corrupción que penetran profundamente en la sociedad y que han creado intereses público-privados poderosísimos. Estos intereses tienen décadas de funcionamiento ininterrumpido. Quizá estamos presenciando ya la primera ola de acciones de "ablandamiento" por parte de las fuerzas que están empeñadas en que no se remueva el pasado, se "flexibilice" el presente y se claudique en el futuro, permitiendo que las cosas vuelvan a su debido cauce. Tomas de tierras, imposición de desalojos, activación de líderes corruptos, provocaciones, todo eso y mucho más debe esperarse. Estas fuerzas han derrotado "campañas anticorrupción" en el pasado y esperan poner de rodillas a ésta también.

Los ciudadanos que apoyaron a Cárdenas deben comprender que la reforma del Estado en el Distrito Federal no puede ser realizada sólo en el marco del mismo Estado. Necesita del apoyo activo de la ciudadanía y la opinión pública. La reforma del Estado defenó no triunfó definitivamente el 6 de julio, apenas empezó. Pero ese apoyo debe ser informado con honestidad y veracidad, convocado sin miedo, canalizado eficientemente. Ha llegado el momento de que los nuevos funcionarios tomen en cuenta que no sólo deben convencer al *establishment* de que el tipo de cambio que promueven es el cambio dentro de la ley, sino también a su electorado de izquierda de que, en el marco de la ley, impulsarán todo el cambio que sea posible.

Hay señales alentadoras:

- El aumento de 18% a los sueldos de los trabajadores de la administración del Distrito Federal es una muestra del deseo de aportar en la lucha contra el deterioro de los salarios reales y ha tenido ya un impacto directo en la política salarial del gobierno federal. No queda claro, en cambio, si por fin se puso en práctica la reducción de los salarios del personal administrativo de alto nivel. Si para retener a un técnico hay que pagarle el salario que le ofrece el mercado de trabajo, adelante. Los militantes del PRD en funciones deben adecuar sus salarios a un país en el cual 81% de la población gana menos de cinco salarios mínimos (4,500 pesos, que serían probablemente lo equivalente a un salario mínimo real). Diez veces esto, sería un tope decente.

- La firmeza en la decisión de auditar las finanzas del gobierno anterior y presentar ante el público el estado real que éstas guardan, es una ruptura marcada con las prácticas tradicionales de tolerancia a la corrupción, impunidad y falta de transparencia que caracterizaban a las administraciones pasadas del Departamento del Distrito Federal, y producirá respuestas durísimas por parte de los intereses afectados. La ciudadanía debe prepararse para apoyarla si no quiere que sea derrotada.
- La Asamblea Legislativa ya había iniciado el año pasado una serie de foros y encuentros para la nueva ley de participación ciudadana. El traslado de esos foros a las delegaciones para recoger las opiniones de los ciudadanos en una forma más directa eleva el carácter democrático del proceso. Es verdad que los partidarios de las prácticas clientelares, autoritarias y corporativas se movilizarán para desvirtuar la ley y la organización ciudadana. Pero el tiempo apremia. Una vez más no hay que temer a recurrir a todo lo que hay de sano en la ciudadanía.³

En busca de un nuevo estilo de gobernar

Los integrantes del nuevo gobierno defenó se hallan inmersos en la búsqueda de un nuevo estilo de gobernar. Por ahora, lo único posible es pedirles una semblanza de su proyecto: qué principios los inspiran, cuáles son sus prioridades y cómo se proponen hacerlas realidad. Y esto es lo que hicimos en sendas conversaciones con tres funcionarios de primer nivel. Veamos algunos de los resultados.

Clara Jusidman ingresó al gobierno del Distrito Federal invitada por Cuauhtémoc Cárdenas para ocupar la Secretaría de Educación, Salud y Desarrollo Social. No es miembro del PRD; es más, hasta 1991 fue funcionaria del gobierno federal y en sus últimos dos puestos fungió como directora del Instituto Nacional del Consumidor y del Registro Federal de Electores. Fue en ese año cuando llegó a la conclusión de que la orientación neoliberal tendría efectos desastrosos en materia de política social y decidió no colaborar más con el gobierno. De orientación socialdemócrata y convencida de que el Estado tiene obligaciones sociales que van mucho más allá de la asistencia, pasó a posiciones abiertamente críticas. Primero se volcó al trabajo en diversas ONG. Luego se sumó al Grupo San Ángel, adoptando sus Veinte Compromisos con la Democracia, y participó en la serie de conferencias Compromisos con la Nación.

Jusidman piensa que el nuevo gobierno es plural, de centro-izquierda, y que el PRD es sólo uno de sus componentes. La llena de satisfacción el hecho

de que tres de los puestos más importantes estén ocupados por mujeres: Rosario Robles, secretaria de Gobierno; María Leticia Calzada, secretaria de Desarrollo Económico; y ella misma. Sostiene que en materia social este gobierno debe distinguirse de los del PRI y el PAN en que su enfoque se inspira no en criterios asistenciales, sino en el de la equidad. Éste y el de la permanencia deben ser criterios rectores para la reorganización de los servicios sociales; vale decir, que hay que partir de la premisa de que éstos ni son un ejercicio de filantropía ni medidas circunstanciales guiadas por necesidades de coyuntura. Por el contrario, son derechos que obligan a políticas que atacan la raíz de los problemas.

En materia de corrupción y clientelismo, piensa que éstos no sólo se dan entre funcionarios. Uno de los ámbitos más importantes de la lucha contra ellos es el de la relación del gobierno con la sociedad. Asegurarse de que los recursos se usen de acuerdo con programas rigurosos y trabajar directamente con la ciudadanía es la única manera de frenar la mediación de grupos que le dicen a la comunidad que están apoyados por el gobierno y al gobierno que están apoyados por la comunidad para monopolizar el acceso a esos recursos.

Saúl Escobar, subsecretario de Trabajo, es miembro del PRD desde los primeros pasos de ese partido. Exdiputado y colaborador de la comisión de enlace que presidió la transición, piensa también que forma parte de un gobierno muy plural, en el cual participan, incluso, expansionistas y expriistas. Los integrantes fueron elegidos por Cárdenas de acuerdo con sus méritos profesionales y su prestigio académico y social. ¿Qué une a esas personas al PRD?: la afinidad con las metas de la construcción de un gobierno democrático, participativo y honesto, comprometido con el cambio.

Para Escobar, la diferencia principal de este gobierno con los anteriores del PRI es la voluntad de construir un gobierno democrático que combate frontalmente la corrupción y que está decidido a cambiar prioridades para satisfacer las demandas de los más necesitados. Las administraciones pasadas del Distrito Federal, en cambio, se caracterizaron por la maniobra política a espaldas de los ciudadanos, la corrupción y el autoritarismo. En cuanto a las diferencias con los gobiernos panistas, piensa que en éstos no existe la sensibilidad social presente en los inspirados por los principios del PRD. "Nosotros —dijo— queremos dar prioridad a demandas sociales relegadas desde hace mucho e ir más allá de la democracia formal que predica el PAN. Nuestra idea de la democracia es participativa, es decir que presupone la participación activa de los ciudadanos."

Para frenar la corrupción, el subsecretario del Trabajo destaca la revisión de la entrega que hizo el gobierno anterior y la necesidad de informar detalladamente a la población de los manejos del presupuesto (hacer públicas las declaraciones patrimoniales de los funcionarios y el monto de sus salarios). "Antes —dice— todos estos renglones eran secreto de Estado."

Piensa que para impulsar el cambio, el apoyo popular es fundamental. Ese apoyo debe canalizarse por vías institucionales y en forma organizada, para que los ciudadanos puedan aportar y opinar cotidianamente sobre los asuntos de la ciudad.

Debemos —afirma— ir por el camino de los cambios firmes y no los fuegos pirotécnicos. Así, por ejemplo, decidimos postergar la elección de representantes de comités vecinales, porque estamos discutiendo una nueva Ley de Participación Ciudadana y no tenía sentido desatar un proceso electoral para, dentro de tres o cuatro meses, cambiar las funciones de los representantes electos. Quizá lo que deberíamos haber hecho es tener ya preparada una propuesta de esa ley, pero pronto se verá que lo que queremos es mejorar lo existente y no borrarlo para reducir la participación ciudadana.

Para Ricardo Pascoe Pierce, delegado de la Benito Juárez y miembro fundador del PRD, el gobierno del Distrito Federal es un organismo plural y coherente de hombres y mujeres unidos por una visión compartida, convocado por Cuauhtémoc Cárdenas. ¿Cuál es esa visión?: la necesidad de un cambio significativo que se propone, entre otros, la creación de un estado de derecho y la lucha contra la corrupción.

Como delegado, se esforzará en mostrar por la vía de los hechos lo que constituye la propuesta política de ese gobierno. El asunto clave, para él, es el acercamiento a la población. Hay que crear condiciones para que los ciudadanos se manifiesten e incluso ayuden a definir la política del nuevo gobierno. "Poseemos una idea clara de nuestra función como autoridad y debemos saber transmitirla."

Según él, la diferencia con los gobiernos del PRI es que éstos gobernaban para los priistas y la nueva administración lo hace para todos. Antes, todas las decisiones debían favorecer al PRI. Éste no es el caso del PRD. Respecto del PAN, la diferencia es que tienen una actitud asistencial hacia los problemas sociales.

Ellos consideran que el gobierno sólo debe ayudar a los sectores marginados; nosotros en cambio, pensamos que el Estado tiene una obligación y un compromiso con los sectores más vulnerables. Por eso vamos a buscar una reordenación sustancial del presupuesto en favor precisamente de esos sectores. La política social debe ir al fondo de los problemas y ser parte estructural de la política del gobierno. No un asunto de coyuntura.

Cambio, democracia, política social, combate a la corrupción, éstas son, en una cáscara de nuez, algunas de las ideas del nuevo gobierno. Le toca al lector decir si los hechos coinciden con las ideas y a nosotros seguir aportando a la reflexión.⁴

El PRD y la revolución

El PRD celebró, del 18 al 22 de marzo de 1998, su IV Congreso Nacional en Oaxtepec, Morelos. En él, aparte de las resoluciones generales señaladas en la cronología, un tema central que dominó los debates y la atención de la prensa fue la propuesta de postular como candidato a gobernador de Veracruz al exprocurador general de la República Ignacio Morales Lechuga, que fue finalmente rechazada por amplia mayoría, a un tiempo que se reducía el número de candidaturas externas a puestos legislativos. Se decidió definir al PRD como un partido de izquierda y se adoptaron cambios fundamentales en la declaración de principios, estrategia y programa, al grado que se dijo que fue casi un nuevo congreso fundacional.

Dentro de dos semanas, el PRD realizará su IV Congreso que estará íntegramente dedicado a la discusión de su declaración de principios y su programa. Esa organización está apenas definiendo su identidad. No es aún un partido histórico como el PRI que está a punto de cumplir sus 70 años de edad o el PAN que se acerca a los 60. Nacido hace menos de diez años, el PRD lleva todavía la marca de la coyuntura que le dio vida y se desarrolla sacudido por serias diferencias de concepción sobre el lugar que debe ocupar en la sociedad mexicana y sobre su futuro.

La fijación del rumbo y la conformación de la identidad del partido tiene que recorrer dos caminos: el primero se traza en las tomas de posición de sus órganos dirigentes sobre problemas políticos. Acumulativamente y por vías prácticas, va creándose un estilo, una tradición, un enfoque. El segundo se nutre de la discusión de los problemas mediatos e inmediatos, la elaboración de documentos programáticos o específicos, la investigación y el debate de los temas fundamentales del partido y del país. Las dos vías son complementarias, pero muy diferentes.

La falta de discusión de las perspectivas a mediano y largo plazos puede imprimir en el PRD una marca de incertidumbre y de inmediatez peligrosas. La falta de definición en asuntos básicos lo hace vulnerable a la influencia de la cultura dominante que es mucho más poderosa que las instituciones que ha creado. Sin olvidar que un partido del tipo del PRD no puede consolidarse sin avances electorales y victorias políticas presentes, se deben comenzar a debatir ideas, principios y valores, sin los cuales no hay futuro.

Junto a las múltiples coincidencias que guardo con el proyecto de programa, quisiera señalar por lo menos un desacuerdo fundamental: el que se refiere al uso del término "revolución". El PRD declara ser un partido revolucionario. "Es necesario llevar a cabo una revolución para cambiar a fondo el estado de cosas que nos agobia. Debemos luchar contra la subordinación del poder político al gran poder económico y financiero; contra la dependencia internacional y por el pleno ejercicio de la soberanía nacional." Se trata —se dice más adelante— de una "revolución democrática". En realidad, la posición no es muy original. Durante 70 años, el PRI ha sido por nombre y programa el partido de la Revolución. Por turnos, de la "revolución nacional", la "revolución mexicana" y finalmente la "revolución institucional". Pero ¿quién podría sostener en serio que ese partido haya sido, después de 1938, el portador de algún tipo de revolución? Es más, bajo el último nombre, se convirtió en los últimos 16 años en la principal fuerza conservadora del país en materia de reforma democrática.

Un partido que debería haber llevado en los últimos 20 años, sin tapujos, el nombre de Partido Conservador Mexicano, se siguió cubriendo bajo la todopoderosa sombrilla de la Revolución, sin preocuparse de la contradicción flagrante entre programa y práctica política. Ésta es, sin duda, la más cínica de las demagogias. Pero sus costos están a la vista: incluso algunos de sus dirigentes reconocen que la pérdida de confianza de la gente en su partido se debe en buena parte a la falta de congruencia entre lo que dicen y lo que hacen; la mentira es demasiado persistente y demasiado evidente. Carlos Salinas de Gortari se percató de que esa contradicción era insostenible y propuso sustituir la ideología de la Revolución mexicana por la del liberalismo social, pero se encontró con una resistencia cerrada desde las filas de su partido que era una censura velada a las prácticas de la tecnocracia gobernante y, más adelante, con la catástrofe económica.

Por otra parte, y en un contexto del todo diferente, los partidos de la vieja izquierda independiente pusieron en un lugar privilegiado de sus programas la tarea de preparar y llevar a cabo una revolución de "liberación nacional", "democrática y socialista" o simple y llanamente "socialista". Y luego, muy consecuentemente, elaboraron su estrategia, su táctica, sus políticas de alianzas y de reclutamiento en función de una previsible y relativamente cercana revolución. Aquí no hubo demagogia, sino un grave y costoso error en la prognosis. La revolución no vino y las políticas adoptadas en función de su inminencia e inevitabilidad resultaron sectarias.

Retomar el lema de la revolución en vísperas del siglo XXI se antoja como una fuga al pasado. La revolución es un cambio cataclísmico, un "gran trastorno en el orden social". Es la abolición de instituciones sociales, econó-

micas y políticas profundamente arraigadas; un cambio drástico en la relación de fuerzas entre las clases sociales; mutaciones en la conciencia colectiva respecto de categorías tales como estatus, poder, justicia, libertad. El concepto "revolución" encierra un significado de comienzo, principio, fundación de algo totalmente nuevo.

La revolución es una ruptura en el orden político, una aceleración sin precedente de los cambios. Puede ser más o menos violenta, pero no evitar totalmente la violencia ("revolución que transige es revolución muerta"), puesto que los viejos grupos dominantes y las viejas elites ven amenazada su existencia misma o la mayor parte de sus privilegios. Los mexicanos han protagonizado tres revoluciones en dos siglos: la de Independencia, de Reforma y la "mexicana" de 1910. Por eso saben distinguir entre reforma y revolución y tienen plena claridad de que lo que vivimos actualmente nada tiene que ver con aquellos sucesos.

En el proceso de transición democrática que conoce México (lento, limitado y gradualista) no hay signos ni amagos de revolución a nivel nacional. Los grandes impulsos populares, como los de 1968 y 1988, se han contentado con imponer algunas reformas. Importantes, es verdad, pero al fin y al cabo reformas que no vulneran el orden establecido. Los gobiernos de oposición locales no han podido realizar cambios de gran envergadura. Y en lo que respecta a los grupos gobernantes, sí están teniendo serias dificultades para gobernar, pero no hay signos de que estén en vísperas de perder el poder. La única excepción son los sucesos de Chiapas, que cada vez más se parecen a una revolución. Pero siguen siendo marginales y la posibilidad de que se generalicen se ve cada día más remota.

Por su origen, composición o política de alianzas, el PRD difícilmente puede concebirse como un partido revolucionario. ¿Por qué entonces no darse un proyecto acorde con lo que el país está viviendo y va a vivir en la próxima generación? ¿Por qué un partido que dice estar dispuesto a asumir el poder en las condiciones actuales y que quiere gobernar "con todos y para todos" (lo que excluye un proceso revolucionario) no ha de reconocer su verdadera naturaleza y hablar con la verdad? El PRD se puede concebir como "el partido del cambio democrático" o el "partido de la transformación democrática", lo que sería más cercano a la verdad. Y no estoy sugiriendo cambiar de nombre (medida que produciría gran confusión), sino modificar el programa. El radicalismo del PRD debe fincar en la envergadura de las reformas que propone y la consecuencia con que las sostiene, no en los fuegos fatuos del discurso.

Intentar cumplir en serio con objetivos reformistas enunciados en el programa, como "ligar las percepciones del trabajo a los incrementos en la productividad", "combatir frontalmente la corrupción y la confluencia ilegítima de

los intereses del poder público" o "promover la firma con Estados Unidos de un tratado de libre tránsito de migrantes", es radicalismo suficiente y le dará al PRD una fisonomía muy diferente de la de sus contrincantes. Lo que México necesita y puede darse en el siglo XXI es un gran partido de centro-izquierda que luche consecuentemente por reformar a fondo los aspectos más negativos de nuestra vida social y política. Lo que no necesita es un partido populista más que, detrás de un programa maximalista, se acomoda en la práctica, sin escrúpulos, a todas las exigencias del poder.⁵

Chiapas, cada día más lejos de una solución negociada

El 10 de noviembre de 1997 el gobierno federal envió al EZLN una propuesta confidencial para reanudar el diálogo suspendido desde enero, pero sin aceptar la condición zapatista de que el régimen cumpliera los acuerdos firmados en San Andrés. El 29 de noviembre el EZLN rechazó tal propuesta. En enero el gobierno lanzó una operación de "desarme de grupos paramilitares" con el pretexto de la matanza de Acteal, pero con ello incrementó el cerco antizapatista. El 9 de ese mes el general José Gómez Salazar acusó al obispo Samuel Ruiz de estar coludido con el EZLN. El 12 de enero la policía disparó contra un mitin de protesta en Ocosingo, matando a una mujer e hiriendo a dos niños. El 23 de enero el presidente Ernesto Zedillo acusó al EZLN de buscar la violencia. El 26 de febrero es detenido y expulsado del país el sacerdote Michel Jean Chanteau. El 28 de febrero el gobernador de Chiapas, Roberto Albores, anuncia un unilateral Acuerdo Estatal para la Paz y Reconciliación, y el primero de marzo el secretario de Gobernación, Francisco Labastida Ochoa, anuncia que el gobierno presentará una iniciativa unilateral sobre derechos y cultura indígena.

Una solución violenta al conflicto de Chiapas vendría a polarizar gravemente la escena política del país en un momento en que la economía entra aceleradamente en una zona de turbulencias. La confluencia del efecto dragón y de la baja de los precios del petróleo a niveles inferiores a 1973 es un presagio ominoso. Las inversiones extranjeras se reducen, las mercancías asiáticas super baratas han comenzado a llegar, las tasas de interés suben y el presupuesto del gobierno tendrá que reducirse sustancialmente o la deuda volverá a crecer. Pese a las optimistas declaraciones oficiales de siempre, tenemos a la vista más desempleo, inestabilidad cambiaria y reducción de la tasa de crecimiento.

Por otra parte, en la esfera política, uno de los puntos rojos más graves es, sin duda, Chiapas. Las recientes iniciativas del gobierno amenazan de muerte tanto el marco jurídico como los instrumentos de las negociaciones que se llevaron a cabo bajo el amparo de la Ley para el Diálogo, la Conciliación y la Paz Digna en Chiapas desde el 11 de marzo de 1995. Si el gobierno

persiste en su rumbo actual, a fines del presente año lo más probable es que la COCOPA y la CONAI habrán desaparecido y que el EZLN se habrá replegado en la selva. En Chiapas habrá más ingobernabilidad y deterioro de todas las condiciones de vida.

Pese a la cortina de humo que han levantado los círculos oficiales, es evidente que la reforma constitucional en materia de derechos indígenas presentada al congreso contradice flagrantemente los Acuerdos de San Andrés Larráinzar y se aparta del texto que la COCOPA elaboró para recoger los acuerdos de la mesa sobre derechos y cultura indígena. Eso lo han dicho el EZLN, la CONAI, la COCOPA y muchos analistas, y se confirma en las múltiples reticencias oficiales a los documentos originales.

Según esas fuentes, la propuesta del gobierno es mucho más limitada que los Acuerdos de San Andrés y el texto de la COCOPA elaborado con la aprobación de las dos partes principales. Entre otros,

- Reduce los derechos de los pueblos indígenas al no reconocerlos como sujetos de la autonomía y sustituirlos por las comunidades, pese al convenio 169 de la OIT firmado por México y el texto de la COCOPA.
- Niega el acuerdo previo que decía que las autoridades del estado convalidarían las normas y los procedimientos indígenas sobre conflictos internos y lo sustituye por una cláusula que dice que éstos "son convalidables". Eso significa que el gobierno se reserva el derecho de decidir qué resoluciones convalidará y cuáles no.
- No reconoce el derecho de los pueblos indios a su territorio y a sus recursos naturales, omitiendo la parte del texto de la COCOPA que establece que el gobierno federal "debe hacer efectivos los derechos y garantías que les corresponden [a los pueblos indios], tales como el derecho al hábitat, uso y disfrute del territorio conforme al artículo 13.2 del convenio con la OIT".

Si la reforma oficial es aprobada en el congreso con la mayoría del PRI y el PAN, el mensaje al EZLN será clarísimo: "Yo gobierno, no me comprometo a cumplir los acuerdos alcanzados en la Mesa de Negociación I, pero tú, EZLN, debes concurrir para iniciar la ronda en la Mesa II". Ahora bien, todos sabemos que la diferencia entre negociación y rendición incondicional es que exista una garantía mínima de que las partes cumplirán con lo acordado.

En una negociación entre empresas se firma un contrato y la garantía de que éste será cumplido es que si una de las partes considera que es violado, puede recurrir a un juicio y pedir la aplicación de las cláusulas de castigo.

En una negociación entre fuerzas políticas de la misma nación que plasman por escrito sus acuerdos, también hay garantes: éstos son el sistema legal, la opinión pública y el peligro de volver a la confrontación superada por el acuerdo. El gobierno de Zedillo está ignorando las tres fuentes de garantía: quiere legislar algo diferente de lo acordado, engaña a la opinión pública diciéndole que su *reforma* recoge todo lo pactado en San Andrés y presiona militarmente con la ayuda del ejército y los grupos paramilitares al EZLN para que acepte la nulificación *de facto* de los acuerdos anteriores. La opción que le ofrece al EZLN es clara y contundente: aceptar la ley Zedillo como base para la reanudación de las negociaciones o volver a la paz armada.

Si el EZLN acepta el reto, su relación con el gobierno se altera decisivamente. Un interlocutor que acepta seguir negociando con otro que incumple acuerdos anteriores, está abriendo la puerta a una rendición incondicional que será exigida tarde o temprano.

La nueva táctica del gobierno mexicano con el EZLN se asemeja a la que utilizaron los estadounidenses contra sus propios indígenas. Cuando se producía una ola migratoria hacia el oeste, iniciaban una campaña contra los indios y la concluían firmando un tratado en el cual éstos cedían territorios suficientes para los pioneros. Al iniciarse una nueva ola, se rompía el tratado y se volvía a la guerra, que concluía una vez más en nuevas concesiones territoriales y un nuevo tratado que tampoco sería respetado. Al final del camino estaban las reservaciones y/o el aniquilamiento físico.

Aquí es evidente que de lo que se trata es de llevar al EZLN de mesa en mesa, de incumplimiento en incumplimiento. El gobierno mexicano firmó un acuerdo en la Mesa I (derechos y cultura indígena) que incumple o que cumple muy parcialmente. Luego obliga por la fuerza al EZLN a volver a la negociación en la Mesa II (democracia y justicia), en la cual llega a un acuerdo que, una vez más, incumplirá o cumplirá parcialmente, y así hasta agotar al contrincante o encontrar la oportunidad para aniquilarlo. En cada ocasión, la capacidad de negociación del EZLN se reducirá y las garantías para el cumplimiento del acuerdo serán más débiles. Al final, está la rendición incondicional o el aniquilamiento.

La *reforma* no es por lo tanto una mano tendida, sino un puñetazo en la cara. Pero si se cree que eso obligará al EZLN a regresar de rodillas a la negociación, no se ha aprendido la lección de esos 50 meses. El EZLN nunca aceptará regresar a la negociación en la Mesa II que quedó interrumpida el 29 de agosto de 1996, cuando esté aún fresco el precedente del incumplimiento de los acuerdos de la Mesa I, porque eso sería el principio del fin.

Así pues, la nueva estrategia aleja la posibilidad de una salida negociada al conflicto y crea un deterioro creciente en la gobernabilidad no sólo

en Chiapas, sino en otras partes del sureste, precisamente en medio de una crisis económica y un año electoral. Todos los mexicanos desean la paz en Chiapas. Deben entonces darse cuenta de que la única manera de que eso suceda pronto es regresar a la negociación, y para ello el gobierno tiene que aceptar la necesidad respetar los Acuerdos de San Andrés.⁶

La izquierda cuestionada

Cada vez que alguien me pregunta si no es ya obsoleto hablar de derecha y de izquierda, sé que esa persona no es de izquierda.

Soy un demócrata y, por lo tanto, estoy convencido de que en la sociedad siempre han existido y seguirán existiendo diferentes visiones del mundo o, como diría un alemán, diferentes *Weltanschauung*. También creo que en cada momento de la vida política es inevitable la confrontación entre posiciones encontradas y que en una democracia esta confrontación no puede desembocar en el aniquilamiento de una de las partes.

Por lo tanto, la idea de un mundo dominado por una sola ideología y una sola posición me repugna, y creo que lleva, inevitablemente, al totalitarismo. Para mí, los partidarios de un "pensamiento único", llámese este neoliberalismo o socialismo, los profetas del "fin de las ideologías" o del "fin de la historia" (concebido como una condición en la cual sólo existe una concepción del futuro de la humanidad), son, en el mejor de los casos, ilusos, y en el peor, peligrosos enemigos de la libertad y la democracia.

En los albores del siglo XXI una persona de izquierda puede sentirse confundida por la dirección que ha tomado el cambio social. Puede estar angustiada por el derrumbe o la crisis de esos experimentos sociales llamados "socialismo realmente existente" o "Estado de bienestar", por el eclipse de las utopías igualitarias y autogestionarias que inspiraron las luchas obreras, que dieron vida a la II Internacional Socialista, los movimientos campesinos de la Revolución mexicana, la mística antifascista de los años treinta y cuarenta, el huracán descolonizador de las décadas de los cincuenta y sesenta, el espasmo primaveral y premonitorio que lleva el nombre de 1968. Pero sabe también que estas cosas sucedieron, que no son producto de su imaginación, que en ellas participaron millones de hombres y mujeres que no eran ni locos ni insensatos. No puede olvidar que estas luchas no fueron libradas contra molinos de viento o fantasmas imaginarios. Había enemigos de carne y hueso, poderosos, despiadados y astutos.

Los obreros, que en los primeros años de este siglo seguían luchando por la jornada de ocho horas, se enfrentaron a patrones que pronosticaban el desastre si se abolían las jornadas de 12 o 16 horas. Los antifascistas que

ofrendaron sus vidas en España o en la heladas estepas rusas, se enfrentaron a quienes creían que existe una raza superior o un país supervirtuoso que está destinado a dictar los destinos del mundo. Los millones de indios que siguieron a Gandhi y los vietnamitas que se inspiraron en la figura de Ho Chi Minh, tuvieron que hacer frente a colonialistas de verdad, empeñados en quedarse a cualquier precio. En 1968 los muchachos de Praga, Berlín, París, México y Berkeley tuvieron que vérselas con burocracias omnipotentes y empresas transnacionales.

Negar que hubo en el siglo XX una izquierda y una derecha es sostener que pertenecen al mismo bando los obreros que en 1905 desfilaron en Moscú pidiendo pan y los cosacos que los masacraron; que Nelson Mandela es el hermano gemelo de los partidarios del *apartheid* y que el beso en los labios que Brezhnev le dio a Dubček ante los telespectadores de todo el mundo en vísperas de la entrada de las tropas rusas a Checoslovaquia, fue sincero. Es creer que pertenecían al mismo bando los obreros de los astilleros que crearon *Solidaridad* y los burócratas polacos que los reprimieron.

Como apuntó con perspicacia Castillo Peraza en un reciente artículo en *Proceso*, existe una cultura de izquierda. Ergo, existe también una cultura de derecha. Ambas tienen sus grandes ideas y sus impulsos oscuros, sus aciertos y sus fracasos. No veo por qué sea vergonzoso reconocerse como conservador u hombre de derecha si, a la vez, se reconoce a otros el derecho de ser de izquierda, sin cuestionar su calidad moral. Lo que niego es que sea lo mismo ser de izquierda que de derecha.

Creo que en una sociedad democrática, la izquierda y la derecha tienen que coexistir. Sucede que gente de izquierda y de derecha votan por razones diferentes por el mismo candidato o que una persona es de derecha en algunos temas y de izquierda en otros. ¿Quién no conoce activistas sindicales entregados que son a la vez machistas, o a enemigos convencidos del sistema de partido único que se oponen al derecho al aborto? En una sociedad abierta las líneas divisorias entre las dos culturas son móviles y cambiantes, pero no se desvanecen.

Los inmensos cambios que presagia el siglo XXI nos obligan a redefinir las fronteras que separan la izquierda y la derecha, pero no las cancelan. Las contradicciones entre democracia social y poder de los pocos, entre racismo y solidaridad humana, entre mercado y justicia social, entre intolerancia y libertad de expresión, entre la soberanía económica de las naciones y el imperio de las transnacionales, entre humanismo y culto al superhombre, siguen vigentes. Los términos en que se plantean se modifican a un ritmo vertiginoso.

Al comenzar el tercer milenio, no tiene mucho sentido echarnos en cara los fantasmas de nuestros extremismos. El anticomunismo desenfrenado

prohijó a Hitler y el anticapitalismo cerril produjo a Stalin. El liberalismo expansionista mandó a los marines a Vietnam y la idea de que la defensa del socialismo justifica el aplastamiento de la soberanía hizo entrar a los tanques soviéticos en Budapest y Praga. Hubo Holocausto y hubo Gulag. Hubo esposos Rosenberg y hubo Solzhenitsin.

Pero también hay personas de derecha y de izquierda que aceptan el reto de la democracia, que están dispuestos a someter al dictamen de las mayorías sus respectivos proyectos. Sin ilusiones, pero también sin atavismos, espero que la gran batalla por el futuro de la humanidad se libraré entre ellos. Eso es posible siempre y cuando unan decididamente sus fuerzas contra cualquier versión de "solución final", mesianismo y uso arbitrario de la violencia.

Preguntar si no es superfluo hablar de derecha y de izquierda, después de una cadena de victorias del capital sobre el trabajo, de los países ricos sobre los pobres, de las transnacionales sobre los defensores del medio ambiente, de los partidarios de la globalización a toda costa contra los defensores de la igualdad social, es una invitación sincera o hipócrita, según el caso, a la claudicación o a la rendición incondicional.

Antes de responder, toda persona que se considera de izquierda debe convocar intensamente sus recuerdos. Entonces, no puede menos que recuperar su seguridad en la existencia de una vasta, rica, multifacética cultura de izquierda edificada con pasión, audacia e ingenio por todas las luchas del siglo XX. Esa cultura es un excelente punto de partida para enfrentar los retos del siglo XXI, y enfrentarlos de una manera muy diferente de como lo haría una persona de derecha.

Pese a todos los esfuerzos de banalización y comercialización, los ideales de los hermanos Flores Magón, Emiliano Zapata, Narciso Bassols, Jesús Silva Herzog, Lázaro Cárdenas, Rubén Jaramillo, Demetrio Vallejo, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, José Revueltas y Heberto Castillo, siguen vivos. Muchas de sus respuestas fueron erróneas y algunos de sus proyectos son ya obsoletos. Pero todos juntos forman una cultura, un *Zeitgeist* (el espíritu de una época) del cual se puede partir para formular nuevas respuestas y construir nuevos proyectos.⁷

El gobierno del Distrito Federal y el PRD

Algunos analistas han escrito sobre el gobierno del Distrito Federal criticando la ineficiencia de su política y otros han especulado sobre el posible impacto que su desempeño puede tener en las elecciones presidenciales de 2000. Quiero abordar otros dos aspectos menos tratados hasta ahora: la influencia que tendrá sobre el PRD y sobre la transición a la democracia.

Durante el breve lapso transcurrido desde su fundación, en el PRD cohabitan dos grandes corrientes que luchan, se entrelazan y se complementan. La primera persigue, consciente o inconscientemente, la reconstrucción de un PRI liberado de neoliberalismo y corporativismo. La segunda vislumbra un partido de cambio social que abra en la nueva democracia mexicana un lugar para la expresión de las necesidades y aspiraciones de las mayorías trabajadoras y sus movimientos sociales. Hasta ahora ninguna de las dos ha prevalecido totalmente.

La identidad del partido se va definiendo de manera acumulativa a través de cada una de sus experiencias. Cada campaña electoral, cada alianza, cada justa parlamentaria contribuye a delinear sus rasgos. Desde el 7 de julio el PRD conoce una nueva experiencia: el gobierno del Distrito Federal. En ella, tiene la oportunidad de mostrar al país y a sí mismo lo que significa un gobierno perredista importante. La prueba es aún más significativa si se considera que, de acuerdo con la opinión generalizada de simpatizantes y adversarios, el PRD tiene grandes posibilidades de ganar las elecciones presidenciales de 2000.

Todo lo que el PRD haga o deje de hacer en el primer gobierno que ha conquistado, influirá en su identidad como partido e irá fijando su papel en el proceso de democratización. Al respecto, la opinión pública más politizada se hace tres conjuntos de preguntas:

1. El PRD se ha definido como un partido de centro-izquierda. ¿Cuáles deben ser los rasgos distintivos de un gobierno de izquierda en el Distrito Federal en el momento político que vive hoy México?
2. Los gobiernos surgidos de victorias de la oposición (PAN y PRD) desempeñan un papel importante en precisar los alcances del proceso de democratización. Las administraciones panistas en cinco entidades han demostrado que no pretenden modificar el *statu quo* existente. Ninguno de ellos ha sido portador de un proyecto coherente que lo distinga claramente del PRI. Respetuosos de los intereses creados y las redes de poder existentes, se dan por satisfechos si logran reducir los niveles de corrupción, introducir cierta eficiencia empresarial en la administración y cambiar el nombre de algunas calles. No hay señales de que el PAN pretenda usar esas posiciones para acelerar la reforma del Estado, impulsar una política social diferente o cambiar sustancialmente el rumbo de la educación a nivel local. Tampoco ha intentado movilizar el consenso ciudadano que ha generado para introducir reformas acordes con su visión del país. La experiencia acumulada hasta ahora indica que, con algunas excepciones, los gobiernos panistas responden a un ga-

topardismo bastante plano e incoloro. Su lema parece ser "cambiar para seguir igual". Sus gestiones responden no a un proyecto propio, sino al propósito de corregir con moderación el proyecto tradicional del PRI.

La pregunta que muchos comienzan a hacerse es si el PRD se propone repetir ese modelo con una versión de centro-izquierda. Si así fuera, las opciones con que cuentan los ciudadanos en el marco de la legalidad electoral y parlamentaria se reducirían considerablemente. En una sociedad que tiene una distribución relativamente equitativa del ingreso y una amplia red de seguridad social, eso podría funcionar. En una realidad como la nuestra, marcada por disparidades y desigualdades devastadoras, esto volvería a arrojar a una parte creciente de la ciudadanía fuera de los marcos de la oposición parlamentaria. Su recurso sería, entonces, el movimiento social y, en casos extremos, la guerrilla.

La segunda gran interrogante es en qué medida está el PRD dispuesto a movilizar sus fuerzas para inscribir, en el marco de la legalidad, una opción auténtica de cambio social y político, libre de radicalismos sectarios, pero dispuesta a aprovechar con audacia y firmeza todas las potencialidades de cambio existentes en la sociedad mexicana actual. Si el PRD toma ese rumbo modificará sustancialmente el proceso de democratización.

3. Los gobernantes electos en el Distrito Federal tuvieron cinco meses (8 de julio al 5 de diciembre) para recabar información, trazar planes y preparar funcionarios. Han estado gobernando ya durante seis meses (5 de diciembre al 15 de junio). ¿Cuál es el balance de esta primera etapa? ¿Puede considerársele como el modelo a seguir para los próximos dos años y medio, pide rectificaciones moderadas de procedimientos o bien exige un cambio claro de rumbo?

Algunos analistas califican la situación imperante en el gobierno del Distrito Federal durante esos primeros once meses de atonía, y otros, más severos, hablan de parálisis. Casi nadie piensa que podrían servir de modelo para los próximos dos años y medio. Sé que el problema principal no reside en la calidad de los funcionarios ni en su disposición de servir a la comunidad. Pero me parece que ya es tiempo de hacer un balance público, honesto y firme, y de tomar medidas para que los próximos dos años y medio vuelvan a encender la llama de la esperanza que llevó a Cárdenas al gobierno del Distrito Federal.⁸

Esperando a Sergio

Sergio de la Peña (1931-1998) fue un destacado intelectual y militante de izquierda. Ingeniero civil con estudios en economía y planificación, profesor e investigador universitario, autor y coautor de más de quince libros de temas económicos, políticos y sociales. Fue miembro del Partido Comunista Mexicano y del Partido Socialista Unificado de México y escribió en las revistas Historia y Sociedad, Oposición y El Machete, y en los diarios unomásuno y Excélsior.

Conocí a Sergio de la Peña en el año de 1962 cuando estaba por ingresar a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y a partir de entonces la vida nos mantuvo en estrecho contacto hasta su muerte, acaecida hace sólo algunos meses. Compartimos demasiadas cosas que no puedo tratarlo como a un extraño a quien se le rinde homenaje. Hablar de él es inevitablemente hablar de las esperanzas, las realizaciones y los desencantos que han marcado mi propia vida. Convivimos en tantas alegrías y sinsabores, tantos momentos inolvidables, que no logro sentirlo totalmente como un otro. Todavía me sorprende a veces dirigiéndole la palabra en la penumbra de un amanecer, como si estuviera hablando conmigo mismo o recordando una experiencia común para reirme de los dos (cosa que hacíamos de vez en cuando). Y sin embargo era un hombre de un temperamento y un talento muy diferentes de los míos.

Parfraseando a Isaiah Berlin, Sergio era un zorro, no un erizo. El zorro hace bien muchas cosas; el erizo, en cambio, sólo una, pero en forma excelente. Hombre de múltiples talentos e intereses diversos hizo bien muchas cosas, cada una de las cuales tiene su historia, a veces una larga y fructífera historia. Como buen zorro, nunca asumió uno de sus talentos hasta la tragedia. En el punto en el cual algunos de sus amigos afrontábamos lo terrible, lo irremediable o lo dramático, Sergio, con la elegancia de un cisne, salía navegando hacia nuevos horizontes, nuevas emociones, nuevas experiencias. Ingeniero, sociólogo, historiador, analista político, fotógrafo, escultor, actor, *bon vivant* consumado, cocinero experto, cuate, viajero curioso e insaciable, contemplador y hombre de acción a la vez, sensual y cerebral. Sergio tenía una capacidad inaudita, muy poco común en nuestros tiempos, de evitar los callejones sin salida y las batallas a muerte.

Siempre admiré esa capacidad de combinar el interés por la verdad con la sensibilidad por la belleza, de rehuir lo absoluto y cultivar cien flores a la vez, con bonhomía y sin exceso. Quizá eso sea el espíritu latino por excelencia, opuesto al genio alemán o eslavo que es vocación por la tragedia, la atracción irresistible por los abismos de la infamia y las cimas de la virtud. El zorro de Sergio está seguramente oyéndome y no va a tardar en endilgarme

uno de sus "¡Mira tú!", la frase con la cual desinflaba cualquier exageración, cualquier superlativo. Pero bueno, amigo, yo así te quiero recordar y ni siquiera cien "¡Mira tú!" me lo van a impedir.

Entre las muchas cosas que compartimos, estuvo algo que desempeñó un papel importante en la vida de ambos: la militancia en el Partido Comunista Mexicano. Es más, yo recluté a Sergio y me dio el sí (para ingresar) en un pequeño café a espaldas del Puerto de Liverpool. Desde mediados de la década de los sesenta, Sergio fue intelectual y militante a la vez. Y si sus intereses eran flexibles en extremo, sus principios morales y sus convicciones políticas fueron siempre rígidos, sólidos e irreductibles. En cierto sentido, Sergio fue un comunista desde el momento en que tomó la decisión de ingresar y hasta el último instante de su vida, pese a que el Partido Comunista dejó de existir muchos años antes. Nada ni nadie pudo moverlo de sus convicciones o hacerlo renegar de sus principios.

Pero ¿qué era ser un intelectual comunista en los años sesenta? Para responder a esa pregunta, hay que luchar a brazo partido contra los estereotipos, los héroes de piedra y los villanos hollywoodenses con los que se identifica al comunista del pasado. La glorificación y la demonización exigen los estereotipos, la reducción de la figura del comunista a algunos rasgos simples, contundentes, sobrehumanos o infrahumanos. La comprensión, en cambio, pide el rescate de la diversidad, de la contradicción, de lo individual. Porque hubo comunistas de muchos tipos.

Los comunistas, que en los años sesenta eran quizá unos 80 millones de seres en todo el mundo, fueron muchas cosas. En nombre de la verdad histórica los invito a no olvidar que había "Los Partidos" y que también había millones de individuos. Gigantesca subcultura que se ha hundido como una Atlántida para nunca volver a flotar, el comunismo es, en realidad, parte fundamental de la historia mundial de esa época. No puede haber una historia de la posguerra que ignore a los comunistas; pero no sólo a sus partidos, sino también a sus militantes. Lo increíble es que Neruda, el de Isla Negra, fue comunista, y Stalin, el de la Lubianka, también. Paul Eluard, uno de los fundadores del surrealismo, y Alexander Fadeiev, exponente del realismo socialista y autor de la *Joven guardia*. Ho Chi Minh, que venció al imperialismo más poderoso del mundo sin perder el humanismo y la sonrisa, y Pol Pot, quien perpetró un holocausto en nombre de una idea. Todos comunistas. ¿Pero qué tanto tenían en común? ¿En qué sentido pertenecen a la misma cultura Brezhnev y Saramago, el Che Guevara de ayer y el Fidel Castro de hoy?

¿Y en México? ¿Qué significaba ser comunista en los sesenta? Infinidad de cosas, pero no cualquier cosa. Ante todo era oponerse activamente al Estado autoritario y su sistema corporativo; al "desarrollismo" que no movió

un dedo para combatir la pobreza; a la falta de libertades ciudadanas elementales. Era también soñar el socialismo y afilar el arma de la crítica. Pero los comunistas no sólo tenían cosas en común. Cada uno de ellos tenía lo suyo. No era lo mismo Valentín Campa que Ramón Danzós Palomino, Othón Salazar que Hilario Moreno. Y la visión del ser comunista era bastante diferente en José Revueltas, Juan de la Cabada, Ermilo Abreu Gómez, David Alfaro Siqueiros, Enrique González Rojo, Sergio de la Peña, Roger Bartra, Marcelino Perelló y un servidor, Enrique Semo. Es más, habiéndolos conocido a todos, me atrevo a decir que ninguno de ellos era comunista de la misma manera que el otro.

Bueno ¿y qué importancia tienen esas diferencias? ¿A quién le importan esas 2,000 o 3,000 personas que militaban en los sesenta al mismo tiempo en el Partido Comunista en un país de 50 millones de habitantes? No se dejen engañar por el número. Primero, porque el PCM tenía una enorme circulación de entrantes y salientes, de manera que si el número de sus militantes en cada momento era pequeño, el de las personas que habían pasado por sus filas durante un quinquenio, un año, un mes o un día era mucho más grande. Los ex, sobre todo entre los intelectuales, eran muchos y estaban de moda. En los sesenta haber sido miembro del PCM era algo similar a haber participado en el 68, en los ochenta o en los noventa. Una especie de medalla de valor por acción pasada, un recuerdo de rebeldía, una muestra de preocupación por el bien común más o menos sostenida.

Segundo, porque el PCM era la ventana en México de esa inmensa subcultura mundial que acababa de enriquecerse con la Revolución cubana. Y si bien mucha gente de izquierda manifestaba abiertamente su desacuerdo con el Partido, pocos osaban reconocer su rechazo a todo lo que el partido representaba; la URSS y China socialista que hacían frente al imperialismo estadounidense en la guerra fría. Oskar Lange y Otto Sick, Eugenio Varga y Bertolt Brecht, Georg Lukács y Umberto Cerroni, Ernst Bloch y Herbert Marcuse.

No sé si voy a lograr interpretar el comunismo de Sergio de la Peña. Nunca tuve una de esas pláticas en que nos desnudáramos el alma y nos dijéramos nuestras verdades. Nada más ajeno a mi querido cuate que el *soul searching* de las sesiones de autocrítica tan comunes en algunos partidos comunistas. Sólo puedo guiarme por mis impresiones y por mis recuerdos. Al principio, su compromiso no fue muy diferente del que tenía en otros campos de su vida. En la segunda mitad de los sesenta, su militancia fue firme pero discreta. Suficiente para definir su oposición al régimen, pero no tan intensa como para abandonar sus otros intereses. Ajena totalmente a los oportunismos personales, pero no apasionada. Marxista convencido, nunca dejó de sazonar sus manjares intelectuales con una sana pizca de sal escéptica.

Pero en él, con esa soltura, con esa aparente indolencia, ese *nonchalan-*

ce tan característico, la militancia se prolongó, cruzó la frontera del mes, del año, del quinquenio para consolidarse como un compromiso de por vida con principios, ideas-fuerza y un estilo inconfundible que lo ligaba a una gran causa, sin excesos ni aspavientos pero con una coherencia duradera.

Sergio —aun cuando usted no lo crea— era un comunista a quien no le gustaba ni tenía el temperamento para la política práctica (otros la llaman la politiquería, la grilla, la tenebra). Odiaba los pactos de daga y toma, la intriga, la adulación, el servilismo, la lealtad incondicional y, sobre todo, no lograba odiar a sus enemigos. Sus principios morales y sus gustos personales eran tan fuertes e irreductibles como su ideología y sus principios partidistas. Prefirió cultivar su jardín personal que habitar los palacios del poder.

De la Peña fue siempre un hombre extraordinariamente tolerante y bondadoso. Oía a todos y a todo, con una sonrisa que a veces me daba ñaña-ras. A veces, ante una canallada o una tontería, le decía: “¡Enójate Sergio!”. Y él me dirigía una de sus sonrisas irónicas. Rara vez lo oí hablar mal de alguien y, cuando lo hacía, la referencia era breve y carente de veneno. Y no creo que lo hiciera por cálculo, sino más bien por naturaleza. Los jóvenes mexicanos que no hayan conocido un comunista no me van a creer, pero Sergio era *a gentle communist*, un comunista amable, bondadoso. Era el portador de un comunismo con cara humana.

Algunos de sus colegas confundían esa bondad natural, esa tolerancia innata, con la ingenuidad o, lo que es peor, con la simpleza. Pero no era ingenuidad ni simpleza, sino una cualidad muy poco común en nuestro medio de canibalismo intelectual: era pura, llana y simplemente bondad humana y aversión visceral al conflicto.

El comunismo bondadoso de Sergio de la Peña fue, sin duda, el de miles de hombres y mujeres. Fue uno de los menos comunes, pero lo hubo a raudales. Hoy muchos otros comunismos se han hundido para nunca resucitar. El comunismo dogmático, el estaliniano, el burocrático han desaparecido de la escena. Y creo que puede llegar la hora del comunismo amable y bondadoso de Sergio de la Peña, del comunismo con cara humana de Gorki y de Dubček. Y eso le da sentido al título de mi artículo, porque yo vivo esperando a Sergio.⁹

Democracia en la fábrica

El 12 de julio de 1998, el secretario del Trabajo, José Antonio González Fernández, llamó a que se presentaran propuestas para reformar la Ley Federal del Trabajo con el objetivo de que el presidente Ernesto Zedillo enviase al Congreso de la Unión una iniciativa de ley al respecto. Las cámaras empresariales se manifestaron en pro de una re-

forma que flexibilizara las leyes laborales. Las centrales obreras oficiales plantearon la posibilidad de aceptar una reforma “siempre y cuando” no afectara la estructura sindical. La Coordinadora Sindical Primero de Mayo y el Sindicato Mexicano de Electricistas se opusieron a una reforma por no favorecer la correlación de fuerzas a los sectores democráticos. La Unión Nacional de Trabajadores y el Frente Auténtico del Trabajo plantearon una reforma que no incluyese sólo cambios de legislación, sino una modificación integral de las condiciones laborales como parte de la reforma política del país, abriendo espacios a la democratización de la vida sindical. A fin de cuentas, no se envió iniciativa presidencial alguna, y el PAN y el PRD presentaron las suyas, sin que se resolviera nada en el congreso.

Después del FOBAPROA, el congreso deberá discutir las reformas a la ley laboral. Lo que todos nos preguntamos es si con el artículo 123 va a pasar lo mismo que con el 27. ¿Se tomarán en cuenta, como se hizo en el caso anterior, sólo los intereses del capital o se intentará también mejorar la suerte de los trabajadores?

Antes de pasar a hablar de reformas, deben examinarse las condiciones reales que privan en las fábricas. Y no será necesario ir muy lejos para descubrir que, en muchas de ellas, la ley no se cumple y los derechos constitucionales de los trabajadores son letra muerta. La elevación de la productividad y la movilidad de la mano de obra no pueden ser los únicos temas a debate. Deben también contemplarse medidas para hacer que en las plantas la ley se aplique y los derechos individuales y colectivos de los trabajadores sean respetados.

Hace mucho que las centrales oficiales han dejado de cumplir con ese papel. Ahora corresponde a los parlamentarios progresistas y los representantes de los sindicatos independientes hacer oír su voz.

Examinemos, para comenzar, la trayectoria de algunas de las transnacionales que operan en nuestro país. La importancia de este sector es grande y está en constante crecimiento. Existen en México 2,800 maquiladoras que emplean un millón de trabajadores. Algunas de las empresas son verdaderos gigantes. Así, General Motors produce actualmente 300,000 automóviles al año en nuestro país y está planeando elevar ese número a 607,000 para 2006. Con sus 72,000 trabajadores, la división Delphi que produce partes para el mercado estadounidense es ya la compañía con mayor número de empleados del país.

Lo que suceda en ese sector tendrá inevitablemente una gran influencia en el resto de las industrias. Además, está sentando precedentes para el cumplimiento de los acuerdos laborales del TLCAN que también deberán ser examinados en las discusiones que no tardarán en iniciarse. Todo indica que muchas de las plantas de esas empresas no cumplen con las leyes de seguri-

dad e higiene vigentes y que transgreden sistemáticamente los derechos sindicales e individuales de sus trabajadores. Tal es el caso de la trasnacional Echlin Inc., que se estableció en México con el nombre de Itapsa y que emplea a unos trescientos trabajadores.

Éstos se quejan de la ausencia de condiciones de seguridad adecuadas y del constante aumento de las cargas de trabajo, que no van aparejadas con la elevación de los salarios. La trasnacional tiene un arreglo con un sindicato de la CTM que firmó un contrato que los trabajadores nunca han visto ni mucho menos han podido discutir. Se trata de uno de esos famosos "contratos de protección" que existen por millares y cuyo objetivo es proteger a la empresa contra las demandas de sus obreros a cambio de consagrar el monopolio representativo de los "líderes" de la CTM. Todo hace suponer que la proliferación de esos contratos en el sector de las maquiladoras y las nuevas plantas de las trasnacionales es parte de un acuerdo tripartita de éstas con líderes sindicales oficiales y el gobierno, para facilitar las inversiones extranjeras. En todo caso, el gobierno nada hace para impedir o frenar la existencia de esos contratos que se firman a espaldas de los trabajadores.

Cuando los empleados de Itapsa intentaron formar un sindicato independiente, la empresa recurrió a los despidos y al amedrentamiento. Los trabajadores buscaron la ayuda de un sindicato de obreros metalúrgicos, Stimachs, afiliado a la Federación Auténtica de los Trabajadores (FAT), el cual presentó una solicitud legal para la realización de elecciones el 28 de agosto del año pasado.

Al llegar el día de las elecciones, los trabajadores partidarios de la creación de un sindicato independiente se reunieron a la entrada de la fábrica para animar a sus compañeros a votar libremente. El personal administrativo registró sus nombres y las autoridades de la Secretaría del Trabajo pospusieron la fecha de los comicios. La tarde de ese mismo día fueron despedidos 50 operarios.

Con la ayuda de Stimachs los obreros volvieron a insistir y por fin la fecha para las nuevas elecciones se volvió a fijar para el 10 de septiembre. Según relatan los trabajadores, la tarde anterior llegó a la vista de todos un carro cargado de rifles y al poco rato comenzaron a hacerse notar decenas de desconocidos, con aspecto de golpadores, que esgrimían palos y barras de hierro. Tratando de evitar la violencia, los representantes de la FAT pidieron posponer los comicios, pero esta vez las autoridades insistieron en que se realizaran con toda puntualidad.

De acuerdo con los voceros de esa central, el día de las elecciones los trabajadores tuvieron que pasar en medio de una valla formada por los golpadores que gritaban amenazas e insultos. Una vez que llegaban a la mesa

de votación, frente a los administradores y los representantes de la CTM, debían decir en voz alta a cuál sindicato querían afiliarse. Echlin Inc. niega que haya tratado de intimidar a los electores pero reconoce que el día de las elecciones estaban presentes en el lugar 40 partidarios de la CTM, los cuales adoptaron actitudes militantes.

El sindicato afiliado a la FAT perdió las elecciones pero pidió apoyo a sindicatos estadounidenses y canadienses que habían tenido experiencias similares en otras instalaciones de la trasnacional. A resultas de ello, una unión trinacional presentó una queja por violación de los derechos de los trabajadores ante un cuerpo administrativo creado para vigilar la aplicación de los acuerdos laborales incluidos en el TLCAN. Esos acuerdos permiten a los sindicatos iniciar gestiones contra cualquiera de los tres gobiernos que firmaron el acuerdo. Poco después, la American Federation of Labor-Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO) de Estados Unidos, la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) de México y el Congreso del Trabajo de Canadá decidieron respaldar la queja de los trabajadores de Echlin.

Otros intentos de la FAT para organizar a los trabajadores de las maquiladoras en las áreas fronterizas han encontrado la misma resistencia. Los organizadores se enfrentan a despidos y amenazas de listas negras. En la fábrica Dony de Nuevo Laredo, los trabajadores que trataron de organizar un sindicato independiente fueron golpeados por guardias y policías a las puertas de la fábrica.

Algo similar sucedió en la empresa surcoreana Han Young, ubicada en Tijuana, que hace chasis para camiones. La fábrica, que emplea a 100 trabajadores, enfrentó la primera huelga organizada por un sindicato independiente. Contraviniendo el artículo 123 de la Constitución, la policía rompió la huelga e instaló en el trabajo a rompehuelgas. Los huelguistas demandaban el reconocimiento de su sindicato, un aumento de 35% a su salario actual —que asciende a 65 pesos diarios— y la distribución anual de ganancias que prevé la ley mexicana. Aquí también los trabajadores tuvieron que enfrentarse a un "contrato de protección" firmado con una central oficial.

No se puede comenzar a debatir en serio reformas a la ley laboral sin antes tomar medidas para prohibir los "contratos de protección" y asegurar que en la fábrica la ley se cumpla y los derechos de los trabajadores se respeten.¹⁰

Labastida, la oligarquía chiapaneca y la reforma social

El domingo pasado, en una entrevista televisada, el secretario de Gobernación, Francisco Labastida, señaló que el origen de la inestabilidad en

Chiapas se debe a la presencia de grupos que quieren y sueñan con un sistema diferente. Refiriéndose luego directamente al EZLN, lo acusó de querer establecer en México un sistema social al estilo soviético. Según eso, su defensa de los derechos indígenas no sería sino una táctica oportunista para adaptarse a las exigencias de la opinión pública. Si eso es cierto, lo que el gobierno defiende en Chiapas es el orden constitucional amenazado o, si se prefiere, la democracia y el derecho a la propiedad privada.

Esta declaración contiene dos falsedades gruesas. No sabemos si el señor secretario vive engañado o pretende engañar. Lo que sí es seguro es que éstas pueden desorientar a la ya muy citada opinión pública. La verdad es que lo que prevalecía en Chiapas antes del primero de enero de 1994 no era ni régimen constitucional ni estabilidad social.

Lo que está en juego hoy en la entidad fronteriza no es la disyuntiva entre socialismo y economía de mercado, sino la conservación de los privilegios oligárquicos anticonstitucionales o la reforma social.

Chiapas está gobernada desde hace mucho por una pequeña oligarquía cerrada en cuyas manos se concentra tanto el poder económico como el político, compuesta por una veintena de familias cuyo dominio se remonta con frecuencia al siglo XIX. Unidas por lazos endogámicos estrictos que combinan reiterativamente una veintena de apellidos, esas familias han sabido adaptarse a los cambios reales y discursivos del centro, sin perder sus privilegios y su monopolio sobre la gran propiedad y los puestos políticos de alto nivel. Gracias a esa adaptabilidad y al uso sin escrúpulos de la violencia en todas sus formas, los miembros de ese grupo que se llaman a sí mismos la "familia chiapaneca" se mantienen en las palancas de mando y constituyen los más duros oponentes a la reforma social. La "familia chiapaneca" ha sido hábil para asimilar a los representantes de grupos emergentes, comerciantes, transportistas y empresarios. A partir de los setenta se abrieron también a funcionarios, intelectuales y financieros ascendentes, de origen local o provenientes del centro, pero sin perder sus tradiciones ni sus posiciones dominantes.

Sólidamente vinculadas con las redes de poder a nivel nacional, han sabido movilizar en los momentos decisivos el apoyo del gobierno federal. Su dominio se ejerce por medio de espesas redes de nepotismo, caciquismo, clientelismo, uso casuístico del poder, corrupción y represión pública o privada, que nada tienen que ver con el orden constitucional, la democracia y la economía de mercado, ya que son detentadores de numerosos monopolios.

Podemos encontrar ejemplos idóneos de la "familia chiapaneca" y de su estilo de gobernar entre los últimos ocho gobernadores de ese estado. Absalón Castellanos Domínguez, quien fue gobernador en el periodo de 1982-1988, es descendiente de dos familias poderosas de la región. Su abuelo ma-

terno, Belisario Domínguez, fue constituyente del 17 y dueño de grandes propiedades territoriales en la zona de Comitán. Por el lado paterno, su abuelo, también llamado Absalón Castellanos, era otro gran hacendado famoso por la mano dura con que trataba a los tojolabales de Comitán y Las Margaritas. Otros antepasados de los Castellanos y los Domínguez fueron gobernadores, diputados y altos funcionarios políticos en el gobierno local o en el nacional. El padre del general fue un notorio "mapache" que abrazó el zapatismo para defender sus latifundios de los intentos reformistas del gobierno carrancista que se estableció primero en la entidad. Uno de sus primos fue Jorge de la Vega Domínguez, expresidente del PRI, y otra prima, en este caso feminista e indígena, fue Rosario Castellanos, gran escritora y poeta.

La familia del general es propietaria de catorce ranchos que cubren unas 25,000 hectáreas, y durante su gobierno Castellanos fue acusado de abrirle a su hermano Ernesto las puertas de la Selva Lacandona para que estableciera una red de aserraderos ilegales.

Patrocinio González Garrido, el gobernador que lo sucedió, es hijo del exgobernador Salomón Blanco. Gobernó al estado durante cuatro años para ocupar luego la Secretaría de Gobernación en el gobierno federal. Primo de Salinas de Gortari y casado con la hija de Antonio Ortiz Mena, Patrocinio es sobrino de Tomás Garrido Canabal, reformador chiapaneco de los años veinte. Hombre muy rico ya por herencia, González fue acusado en repetidas ocasiones durante su gestión de estar amasando con los fondos provenientes de su campaña y los de origen público "la más gran fortuna del sureste". Bancos, hoteles, restaurantes, un periódico y hasta una línea comercial de aviación, fueron a parar a sus manos. Todo eso era manejado por prestanombres y personeros que ocultaron hábilmente las huellas del naciente imperio. Caído en desgracia, González se apresuró a vender algunos de sus intereses más conspicuos.

El gobernador Elmar Harald Setzer, que lo sucedió, proviene también de una familia poderosa y era él mismo un cacique conocido y protegido por su antecesor, en cuyo gobierno ocupó el puesto de secretario de Participación Comunitaria. Fue duramente criticado por rodearse de familiares a quienes colocó en puestos importantes de su gobierno. Cuando estalló la rebelión se vio obligado a renunciar y fue sucedido por Javier López Moreno, quien era secretario de Gobierno de Absalón Castellanos. Cuando se apresuró a colocar a exfuncionarios de ese gobierno en los puestos principales cundió en Chiapas el temor de que la entidad volvería a sumirse en los extremos de represión que caracterizaron al gobierno del general.

Después de esos dos gobiernos interinos, se realizaron las elecciones del 21 de agosto de 1994. Resultó electo en comicios calificados de extrema-

damente fraudulentos por la oposición, Eduardo Robledo Rincón, quien había sido secretario general del gobierno de Absalón Castellanos.

Francisco Labastida sabe perfectamente que los gobiernos de Castellanos y de González fueron todo menos constitucionales y democráticos; que se mantuvieron en el poder con base en la represión masiva e hicieron gala de corrupción y arbitrariedad. Sabe también que los gobernadores que los siguieron son portadores de una continuidad absoluta. La rebelión del EZLN no vino a interrumpir una paz idílica, sino a hacer del conocimiento público un sistema en el cual todos los vicios del autoritarismo existían en sus expresiones más extremas y que se enfrentaba ya desde hace dos décadas a una ola de protestas que abarcaban a amplios sectores de la población.

El titular de Gobernación sabe también, perfectamente, que la disyuntiva planteada en Chiapas no es elegir entre régimen de libre empresa o socialismo, sino entre la defensa de los privilegios tradicionales de la oligarquía y la reforma social. Y sin duda se percata de que el mayor obstáculo en el camino de la paz es la posición que él representa de defensa y/o tolerancia de los privilegios económicos, raciales y políticos tradicionales y de hostilidad ante las fuerzas de la reforma social.¹¹

Chiapas: el origen de la violencia

Desde la horripilante masacre de Acteal, los chiapanecos parecen tocados por un incomprensible brote de locura colectiva. Si leemos las noticias que llegan de ese estado, parece que toda desavenencia o conflicto de intereses los lleva a niveles irracionales de violencia. Si aceptáramos la versión oficial de los hechos, los chiapanecos se matan entre sí por la posesión de la tierra, por la ayuda del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), por razones étnicas, religiosas, grupales; por las elecciones estatales; y por la autonomía de los municipios.

En los últimos dos años, en la zona de conflicto con el EZLN ha habido más de 100 muertos, 17,000 indígenas desplazados y un gran número de heridos y apaleados. Pero la violencia y la violación sistemática de los derechos humanos, nos dice el diputado Benito Mirón Lince, presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Congreso de la Unión, después de una reciente visita, se ha extendido a todo el estado, los habitantes de la zona de La Costa y Frailesca no están mucho mejor.

¿Cuál es el origen de toda esa violencia? Lo único seguro es que los chiapanecos no sufren de un repentino brote de locura. La violencia tiene profundas raíces históricas y lo más frecuente es que sea inducida desde arriba.

El sistema económico, social y político de Chiapas es profundamente

excluyente e increíblemente arcaico. El poder económico y político está concentrado en unas pocas familias y una reducida capa de criollos. Sus privilegios tienen un rancio tufo colonial. Se apoyan en una red informal de dominio en la cual los caciques grandes y pequeños desempeñan el papel central. Algunos de ellos son señores de horca y cuchillo para quienes los campesinos y los indios son basura. "Permitido matar indios" rezaba el letrero que dejaron sus secuaces después de un sangriento ataque al local de una central campesina independiente. El gobierno y el PRI de Chiapas son el escenario en el cual se han tejido, hasta osificarse, los lazos entre la burocracia ligada con el centro y los hacendados, los finqueros y los grandes ganaderos locales agrupados en asociaciones cada vez más agresivas. Todo eso descansa sobre los hombros de un enjambre de caciques que controlan la vida y la muerte en los pueblos y las comunidades. Las familias de algunos de ellos han cumplido ese papel desde hace décadas. En otros casos se trata de siglos.

Desde hace tres décadas la economía y la sociedad chiapanecas han cambiado mucho. Las centrales hidroeléctricas, los pozos petroleros, el turismo, la ganadería y la explotación de los bosques de maderas preciosas aumentaron considerablemente. La población creció a pasos acelerados, doblándose, triplicándose. En las obras de construcción, en los trabajos en las carreteras, en su contacto con las ciudades, los peones aprendieron muchas cosas y, sobre todo, la posibilidad de una vida mejor. Y entonces, desde mediados de los setenta, se organizaron. Surgieron aguerridas formaciones de peticionarios de tierras, de defensa del trabajador en las fincas cafetaleras, de lucha para liberar a los gobiernos municipales de la férula de los caciques, y luego ante la cadena sin fin de represiones y asesinatos que nada tienen que ver con la ley, apareció la guerrilla.

Estas organizaciones pedían tierra, trabajo, salarios decentes, servicios públicos, educación. Pero antes que ello, pedían ser reconocidas como representantes legítimos y legales de sus seguidores. Pedían canales de expresión para los campesinos y los indios. Pedían que el sistema dejara de ser tan excluyente, tan oligárquico, tan racista; que abriera un lugar para ellos sin rendición de sus principios. Pedían democracia, pluralidad, derechos humanos para los indios que forman 35% de la población. Pedían autonomía para sus municipios. ¿Autonomía de quién? De los caciques y sus matones, de la maquinaria del PRI, de las asociaciones de ganaderos y finqueros.

La reacción fue extraordinariamente violenta. Una violencia con dos caras, tan espantosa una como la otra. La primera belicosa y retardadora; la segunda maquiavélica. Por un lado el hostigamiento, las aprehensiones arbitrarias, la tortura, el asesinato. A esas alturas, las víctimas suman miles. Por el otro, un uso maquiavélico de los repartos moderados de tierra, los millones

del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), los subsidios y los apoyos. Su objetivo: dividir al enemigo, lanzarlo a la lucha fratricida por los recursos escasos. Durante más de un cuarto de siglo, si los campesinos de la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) invadían tierras, algunas de éstas se repartían entre campesinos de la rival Confederación Nacional Campesina (CNC); si la comunidad X se enfrentaba al cacique local exigiendo acceso directo y transparente a los fondos del PRONASOL, éstos se entregaban a la comunidad Y, que seguía fiel a su cacique y también peticionaba, pero a través de él. Divide y vencerás. Sustituye la lucha de los de abajo contra los de arriba, por la lucha de los de abajo entre sí.

Y como las cosas se iban poniendo feas, desde 1974 comenzó a llegar el ejército para garantizar el orden y la ley. ¿Qué orden y qué ley? La de siempre, la de ayer, la de la oligarquía, la de la "familia chiapaneca". La locura de la violencia es casi siempre una locura provocada, alimentada, monitoreada desde arriba. Su objetivo es aceptar el cambio económico manteniendo los privilegios de siempre. Y para ello se fomentan los choques entre organizaciones, entre etnias y religiones, entre comunidades, entre desplazados y habitantes locales. El resultado es una creciente descomposición social. Los gobernantes y los dueños de Chiapas han logrado, sin duda, dividir a sus oponentes, pero no han podido derrotarlos en forma decisiva. Se trata de una situación muy inestable que puede, sin embargo, durar mucho tiempo. La debilidad principal de los indígenas y los campesinos es su división, su vulnerabilidad ante las maniobras del oponente que cuenta con un mando más centralizado y mejor provisto de recursos.

Y esto se hace con el conocimiento y el apoyo del doctor Zedillo. En ningún momento ha tenido una posición neutral, ni mucho menos disposición a la reforma. La política asistencial se inscribe plenamente en la estrategia de guerra de baja intensidad contra el EZLN y el "divide y vencerás" contra el resto de los nuevos agentes políticos autónomos. El costo en términos humanos ha sido ya inmenso y la tragedia de Acteal puede repetirse en cualquier momento.

Las pláticas con el EZLN pueden reanudarse si se dan plenas garantías de que los acuerdos serán respetados. La reforma política puede iniciarse en el estado sureño con unas elecciones para gobernador justas y transparentes, como se han dado en otras partes del país. Legalizando realmente las organizaciones, movimientos y partidos con raigambre popular y dándoles representación en los órganos de gobierno, los ánimos se calmarán. Apoyando las luchas de los indígenas contra los caciques a nivel de municipio, la democracia comenzará a abrirse paso por primera vez en la historia de Chiapas.¹²

La condición humana según José Saramago

La nominación de José Saramago como premio Nobel de literatura 1998 ha entusiasmado a unos y enfurecido a otros. Y no es que se cuestionen sus méritos literarios. En el medio, todos lo consideran un gran escritor. Autor con un mundo intelectual muy amplio, es considerado también un gran innovador de su idioma materno. Dotado de una exuberante imaginación cuyas imágenes fascinaron a Fellini, el escritor lusitano ha producido —según Horacio Costa, estudioso brasileño de su obra— una literatura profundamente enraizada en la tradición literaria portuguesa. Ni Carlos Fuentes ni Jorge Amado, candidatos naturales al mismo premio, le han escatimado sus loas.

Mi primer contacto con Saramago se produjo un fin de semana dedicado a la lectura de *El Evangelio según Jesucristo*. Texto de lectura difícil, de largas páginas carentes de párrafos y puntuación tradicionales, el libro no busca efectos inmediatos ni brillos superficiales. Obliga al lector a concentrar toda su atención y cuando eso sucede se apodera lenta pero seguramente de él para hacerlo participar en la gran aventura de una relectura de los evangelios como historia humana: los evangelios, tal y como pudieran haberlos pensado no Jesucristo-Dios, sino Jesucristo el hombre y el profeta y José, el padre humano, demasiado humano, del profeta.

Con una fluidez que se asemeja a un río caudaloso pero tranquilo, Saramago construye como artesano paciente que es, un relato que sumando pequeños sucesos cotidianos acaba convirtiéndose en una saga conmovedora sobre la culpa y el remordimiento, la responsabilidad del hombre hacia sus semejantes y el poder. En la novela hay reminiscencias de Kazantzakis, autor mediterráneo también, sin el sentido heroico de la vida que inspira la obra del griego. En *El Evangelio según Jesucristo* está latente la posibilidad de una religiosidad basada en la virtud que se construye en la racionalidad y el libre albedrío y también el rechazo radical de una religión que se nutre en el dogma y el principio de la autoridad.

En 1992, la iglesia católica respondió en forma violenta condenando la obra. Por su parte, el gobierno conservador de Portugal de aquel entonces prohibió que participara en el premio Literario Europeo aduciendo que ofendía las creencias de los católicos. Sin embargo, creyentes y teólogos más abiertos supieron apreciar el gran respeto del autor hacia los personajes como seres humanos, y la compasión con que seguía su conducta en las terribles pruebas a las que los sometía.

Ante la reacción de los dos poderes, Saramago se exilió en una isla española. Pero seis años más tarde, a raíz del premio, la Iglesia volvió a la carga y *L'Osservatore Romano* sostuvo que el premio estaba orientado ideológica-

mente para favorecer a un escritor que fue marxista y que tiene "una visión sustancialmente antirreligiosa". La institución acaba de retractarse de la injusticia cometida hace siglos contra Giordano Bruno y Galileo. ¿Cómo aceptar que vuelva a asumirse como censora del arte y la literatura a finales del siglo XX?

Lo que ha molestado a algunos intelectuales de derecha es que la posición de José Saramago hacia la condición humana es una posición de izquierda radical que él mismo define como "comunismo humanista". Los enfurece que bajo la sangrienta dictadura de Salazar haya militado durante décadas en el Partido Comunista Portugués y que antes de ser novelista haya dirigido un periódico de esa organización y participado en la Revolución de los Claveles. Tampoco le perdonan la defensa intransigente de causas populares y la valiente visita a Acteal en plena campaña antiextranjera del gobierno mexicano. Por eso muchos de ellos respondieron al galardón con un silencio agresivo, y otros, más rabiosos, se lanzaron contra el comité que otorga los premios.

Extraña argumentación, la suya. Según ellos, un comunista o excomunista no puede ni debe recibir el premio Nobel. Un conservador, un liberal, un democristiano, un católico, un musulmán, un protestante, sí. Un comunista no. Yo creía que un premio de esta índole debía otorgarse de acuerdo con la calidad literaria de la obra, independientemente de la orientación ideológica del escritor. Pero es evidente que hay quienes piensan de otra manera. Hasta ahora, el premio se ha otorgado a escritores de los más diversos credos, ideologías y posiciones políticas. Esta actitud ha permitido incluir a comunistas como Neruda o Sholjov y a hombres de izquierda no comunistas como García Márquez; a críticos del comunismo como Pasternak o anticomunistas militantes con una posición religiosa y eslavófila como Solzhenitsin. Para mí, el comité actuó en el pasado y actúa hoy como debe. La literatura es el campo de las sensibilidades, las ideas y los sentimientos. Su calidad no puede ni debe juzgarse con criterios ideológicos o políticos. Si abandonamos ese principio mataremos inevitablemente toda posibilidad de libertad de pensamiento y de expresión.

Hay quien sostiene que todos los comunistas fueron estalinistas y que, por lo tanto, el "comunismo humanista" de Saramago es un contrasentido. Una posición difícil de sostener. Todos sabemos o deberíamos saber que las primeras víctimas del estalinismo fueron, en su mayoría, comunistas; también sabemos o deberíamos saber que hubo corrientes comunistas como los trotskistas, los partidarios de la Primavera de Praga, el eurocomunismo, la perestroika, que denunciaron el estalinismo. Además, desde los años sesenta la mayoría de los intelectuales marxistas eran críticos del estalinismo, el régimen soviético y el autoritarismo burocrático.

El comunismo humanista es posible. ¿Quiere usted saber qué es y cómo

se ejerce? Lea los ensayos, las entrevistas y la obra literaria de José Saramago. Luego continuamos la discusión.¹³

La tercera vía en ascenso

Las señales son ya tantas, que habría que ser ciego para no verlas: en Europa, la izquierda, en el sentido más amplio de la palabra, ha entrado en una recuperación. Y no me refiero sólo a que un comunista como Saramago reciba el premio Nobel de literatura o que un socialista como Amartya Sen sea nominado para el de economía, que hasta ahora recaía exclusivamente en especialistas preocupados con problemas técnicos.

Algo que se traduce más directamente en fuerza política es la serie de victorias que ha llevado a los ciudadanos de trece países a elegir gobiernos de orientación socialdemócrata. Considerando la importancia de esas naciones en la Comunidad Europea y el mundo, no dudamos que su presencia influirá directa o indirectamente en muchos procesos políticos.

La situación es la siguiente: en Alemania hay un gobierno de coalición formado por los socialdemócratas y los verdes con Gerhard Schröder como jefe de Gobierno. En Austria, los socialdemócratas se han aliado con los demócratas cristianos y el jefe es Victor Klima. En Bélgica, los socialistas comparten el poder con los demócratas cristianos. En Dinamarca, los socialdemócratas tienen 80% de las carteras y el jefe de Gobierno es uno de ellos, Poul Nyrup Rasmussen. En Finlandia gobierna una coalición muy amplia que incluye a los comunistas y a los verdes. En Gran Bretaña, los laboristas gobiernan solos y el primer ministro es el carismático Tony Blair, de 45 años de edad. En Francia, los socialistas encabezan una coalición que incluye a los verdes y a los comunistas y el primer ministro es Lionel Jospin. En Grecia, los socialistas gobiernan solos con Costas Simitis a la cabeza. En Holanda, los laboristas gobiernan y el primer ministro es Wim Kok. En Italia, el Partido de la Izquierda Democrática encabeza una amplia coalición que incluye grupos demócrata-cristianos y comunistas y el primer ministro es Massimo d'Alema. En Luxemburgo gobiernan los socialistas dirigidos por Jean-Claude Juncker. En Portugal también ejercen el poder los socialistas, liderados por Antonio Guterres, y en Suecia los socialdemócratas gobiernan con los excomunistas y los verdes y su primer ministro es Goran Persson.

Esto significa que todos los países de la Unión tienen gobiernos socialistas, con excepción de Irlanda, cuyos partidos, por el conflicto nacional, no pueden clasificarse como de derecha e izquierda, y España, en donde los conservadores se colaron al gobierno por un margen mínimo, después de trece años de dominio socialista. Además, Clinton ha manifestado sus simpatías por la tercera vía, sobre todo en su versión blairista (la más moderada), y ha con-

vocado a un seminario con ese tema. Ésta es la primera vez, desde 1929, que los tres países más poderosos de Europa occidental —Alemania, Inglaterra y Francia— tienen, simultáneamente, gobiernos socialistas que vienen multiplicando y fortaleciendo sus contactos y acuerdos. Pese a las grandes diferencias que los separan, la posibilidad de la elaboración de un nuevo *Manifiesto* que salude el tercer milenio con una opción diferente de la neoliberal, de “capitalismo con cara humana” según algunos de sus partidarios, es buena.

Las diferencias que separan las posiciones de esas organizaciones son muchas y no podemos analizarlas en este artículo. Pero también tienen rasgos comunes que nos permiten definirlos en una forma vaga, aunque claramente indicativa. Todas ellas se deslindan por igual del neoliberalismo dominante y de la vieja tradición socialdemócrata del Estado benefactor, para ubicarse en una posición intermedia. Pero su cercanía a cada uno de los extremos es, sin embargo, materia de discusión. Jospin dice: “Si la tercera vía se ubica entre el comunismo y el ultraliberalismo, estoy por ella; si se concibe entre la socialdemocracia y el liberalismo, me opongo a ella”. La gente de Blair, en cambio, identifica las posiciones de los franceses y los alemanes como “viejo laborismo” y pregona su respeto por el mercado y la familia. Preocupados por el desempleo, los franceses y los italianos están promoviendo la semana de 35 horas y programas de obras públicas, mientras que los laboristas ingleses siguen siendo partidarios de la de 48 horas y se contentan con estimular la pequeña y mediana empresas. Los escandinavos consideran a Blair, obsesionado con la familia y la seguridad, como socialmente conservador, y a los alemanes como moderados. Pero todos ellos ven en la solución del problema del desempleo la llave del progreso social en la época actual.

¿Qué impacto puede tener la emergencia de la tercera vía en el proceso electoral mexicano que se inicia? En primer lugar hay que prever que la emergencia de un nuevo polo ideológico y político que cuestiona desde posiciones sociales el neoliberalismo moverá el espectro político ligeramente a la izquierda, lo que es importante, mas no decisivo. Podemos esperar que los tecnócratas otorguen un poco más de atención al contenido de su política asistencial y la empresa privada imponga un compás de espera a su ruidoso proyecto de revisión neoliberal de las leyes laborales. Podemos también esperar que algunos voceros de los medios oficiales aconsejen a la izquierda mexicana adaptar sus posiciones a la tercera vía europea y reciban cada crítica opositora como una recaída en los sectarismos de la “vieja izquierda dogmática”. Pero eso no debe sorprendernos demasiado.

¿Qué posición deberá tomar la izquierda mexicana? En primer lugar, saludar el viraje en la situación política europea hacia “un capitalismo con cara humana” como un avance en la emergencia de fuerzas capaces de moderar

las furias de la globalización y los desmanes de la liberalización financiera. En segundo lugar, aprovechar con inteligencia la apertura en el ambiente internacional que ella representa, para el planteamiento de las demandas de un país como México.

Pero la idea de que la izquierda mexicana —incluso la más moderada— pudiera adoptar una política basada en la tercera vía es, para no decir más, absurda. Los países de Europa occidental conocen una situación económica próspera y una democracia participativa avanzada. En esas circunstancias, la izquierda moderada y posibilista puede fijar su disidencia en dos o tres problemas fundamentales, como son el desempleo, la defensa del medio ambiente y la reforma de la asistencia social.

México, en cambio, es un país de pobreza extrema para la cuarta parte de su población y de gran pobreza para otra cuarta parte. Es un país en el cual extensas zonas se encuentran bajo régimen militar y las infracciones contra los derechos humanos son cosa de cada día. La copia mecánica de la tercera vía europea produciría una fuerza en la cual los millones de pobres, los peones indígenas del sureste, las víctimas de los cacicazgos, los condenados a la emigración económica, no se reconocerían. La identidad, las demandas y los estilos de la izquierda democrática y parlamentaria mexicana deben corresponder a las exigencias del desarrollo económico amenazado, de la distribución radicalmente inequitativa del ingreso y de las precariedades de una democracia todavía bárbara en esencia.¹⁴

El FOBAPROA, el PAN y el PRD

Al abrirse, el 15 de marzo de 1998, el periodo ordinario de sesiones del Congreso de la Unión, comenzó un largo debate legislativo sobre la forma de dar una nueva institucionalidad al llamado rescate bancario sostenido por el gobierno de Ernesto Zedillo a través del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA). El debate rebasó los marcos del poder legislativo. Al principio, tanto el PAN como el PRD manifestaron sus reservas, aunque sólo el segundo impugnó el mecanismo de fondo con que se había protegido a los banqueros y no a los ahorradores. A fin de cuentas, la solución no se dio en las cámaras de senadores y diputados, sino a través de una llamada mesa de alto nivel y en negociaciones entre las cúpulas del PAN, el PRI y la Secretaría de Hacienda, cuyos acuerdos fueron sancionados por el legislativo con la oposición perredista. Así surgió, a mediados de diciembre de 1998, el Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB), al cual se transfirieron los pagarés del FOBAPROA.

A todo vapor, el gobierno prepara la aprobación en el congreso de su proyecto sobre el FOBAPROA. La base política de la iniciativa es, evidentemente

te, un acuerdo entre el PRI y el PAN que suma los votos necesarios para tal objeto. El único que se opone al apresurado arreglo es el PRD, que ha optado por salirse de la mesa técnico-financiera argumentando que sus propuestas básicas no han sido tomadas en cuenta.

Según la información que dan los periódicos, al nivel más alto del gobierno y los líderes del PRI y el PAN han aprobado ya los aspectos técnicos del organismo que va a sustituir al FOBAPROA. Sólo se discuten los aspectos financieros y los términos de la constitución de la junta de gobierno y se espera llegar a acuerdos también en esos temas la semana próxima. El miércoles 21 por la noche, los diputados del PRI fueron reunidos para ventilar algunos desacuerdos que persisten, darles instrucciones de apresurar las deliberaciones y exigirles que voten unánimemente a favor del acuerdo que se logre en la mesa de alto nivel, para que la proposición llegue cuanto antes a la Secretaría de Hacienda. Un vocero del PRI ratificó lo que muchos intuíamos. La ausencia del PRD permitió acelerar considerablemente los acuerdos entre gobierno, PAN y PRI.

Una vez más se confirma que el PAN es un partido que, manteniendo en cuestiones políticas diferencias con los gobiernos del PRI, avala en términos generales su política económica. En tiempos de Salinas de Gortari, brindó en momentos decisivos su apoyo a las principales iniciativas de éste, y a la hora de la discusión del presupuesto público el año pasado hizo lo mismo con el gobierno de Ernesto Zedillo. La persistencia en esa línea lo hace corresponsable de la política económica vigente. Aun cuando ha hecho todo lo posible por encubrir ese hecho fundamental de nuestra realidad política, cada vez le es más difícil hacerlo. Las ruidosas campañas verbales que preceden el contubernio, la obtención de algunas concesiones mínimas o las votaciones independientes en casos en que éstas no decidían nada, son cada vez menos eficaces. Lenta pero segura, la verdad se abre paso. Todos los ciudadanos deben tener en claro ese dato fundamental de la relación de fuerzas imperante: en política económica los dos últimos gobiernos y el PAN coinciden. Cada vez que el PRI no pueda hacer algo para aprobar algún aspecto de la política económica del gobierno con sus propios votos, contará, a cambio de algunas concesiones, con los del PAN. En ese aspecto, Felipe Calderón y José Ángel Conchello no sólo pertenecen a dos épocas distintas, sino a dos mundos muy distantes.

Por su parte, muchos diputados del PRI, el PAN y el PRD se oponen a que las negociaciones tengan un carácter cupular. Sostienen que éstas deben llevarse a cabo en las subcomisiones secundarias y en el pleno de la cámara de diputados. Algunos de ellos, en tono rebelde, han manifestado que es muy probable que los acuerdos tomados entre gobierno y dirigentes sean rechazados por el pleno de la cámara de diputados. Exigen, en una palabra, que las deliberaciones regresen a éste y sostienen que el mandato decisivo les corres-

ponde. Esta reacción ratifica un aspecto del debate que no se puede ignorar: en el seno de los partidos no ha habido una discusión suficiente y no se ha dado consenso sobre el tema. En el PRI y el PAN son numerosas las voces que se oponen a un acuerdo que, básicamente, ratifica la propuesta del gobierno. Dentro de las filas del PRD hay personas que se inclinan por una posición más conciliadora que la adoptada por la dirección nacional.

La explicación de esa dispersión se debe, en buena parte, a las poderosas fuerzas que se mueven para influir en los partidos y los representantes, la atención que ha despertado en la opinión pública el plebiscito y la amplia cobertura dada por los medios hasta hace poco. Esta vez no sólo hay presiones y aperturas desde arriba, hay también vigilancia desde abajo. Ningún voto pasará inadvertido y, sin duda, tendrá consecuencias futuras para quien lo emita. Y eso, visto desde la galería ciudadana, está muy bien.

La posición tomada por la dirección del PRD está cargada de significados. Ha pasado por varias etapas. Se comenzó por tomar una posición clara y detallada como pocas veces, luego se recurrió a la consulta popular y hace diez días, ante la evidente colusión del gobierno y los dirigentes del PAN, se optó por retirarse de la comisión de alto nivel. La primera connotación de la posición perredista sobre el FOBAPROA es su incidencia sobre la construcción, lenta pero segura, de un bloque de posiciones que coinciden en la necesidad de cambiar la política económica del gobierno en una dirección que beneficie los intereses de las mayorías, restrinja los privilegios de la oligarquía financiera e impulse la recuperación de la soberanía nacional. Esas posiciones, divergentes en muchos puntos entre sí, están por ahora muy dispersas y quizá no logren confluir antes de las elecciones de 2000. Pero sin las fuerzas que las sostienen, no se podrá transformar al país.

La segunda connotación es que lleva por primera vez el debate económico a la calle, rompiendo con un mito construido por la tecnocracia según el cual la economía sólo es asunto de economistas y el resto de los mortales no son sino corderos pasivos e inermes de procesos que no sólo escapan a su entendimiento sino, sobre todo, a su acción. Ergo, lo mejor que pueden hacer es entregar en manos de los técnicos —esos científicos objetivos y neutros— su presente y su futuro. Convocando a los dispersos opositores a la política económica oficial y cuestionando el mito de la autoridad han reunido a todos los demonios. Por eso, su posición es blanco de una campaña que presenta a Andrés Manuel López Obrador, el principal arquitecto de esa estrategia, como el enemigo público número uno.

Los detalles técnicos y financieros del FOBAPROA son, sin duda, complicados y la mayoría de los ciudadanos no tienen instrumentos para juzgarlos. Pero hay un aspecto que es sólo de su incumbencia y en el cual los técnicos

nada tienen que decir. La historia de los desastres de nuestra banca tiene varias salidas que cumplen con todos los requisitos técnicos de sanear los bancos, asumir las deudas contraídas y tomar las medidas necesarias para fortalecer el sistema financiero. En cada una de esas salidas, el costo de las reformas se distribuye en forma diferente entre los diversos sectores de la población. Y en esa materia los ciudadanos son los únicos que deben decidir.

En el plan propuesto inicialmente por el gobierno, los favorecidos eran los grandes banqueros y los funcionarios públicos que administraron las operaciones del FOBAPROA. El peso de las deudas incurridas recaía todo sobre los hombros de los mexicanos que pagan impuestos y sus dependientes. En las propuestas del PRD, por el contrario, banqueros y funcionarios asumen su parte de responsabilidad y de pérdidas, y la carga de la deuda recaerá en buena parte en esos banqueros y los bancos, sin llevar a éstos a la ruina. Quién va a cargar con los costos del desastre y qué tipo de responsabilidades van a fijar las leyes futuras a financieros y gobernantes del sector económico no es asunto de los técnicos, sino de los ciudadanos.

¿Cómo juzgar la táctica adoptada por el PRD en los últimos días? Es correcta si sirve para denunciar el contubernio del PRI y el PAN para llevar a la deuda pública todos los fondos del FOBAPROA, bajo el disfraz transparente de pasivo del nuevo organismo. Habrá logrado mucho si el gobierno y el PAN modifican sustancialmente su propuesta actual. Si no es así, debe mantener su actitud opositora. Eso tendrá sin duda costos en sus relaciones con los otros sectores del *establishment* político y financiero. Pero será un ejemplo de consecuencia y fidelidad a los intereses populares, que fortalecerá el compromiso de sus militantes y la confianza de muchos de sus electores.

Mucho se ha insistido en la prensa que la posición adoptada por Andrés Manuel López Obrador y la dirección del PRD responde a criterios ligados a la lucha por la candidatura a la presidencia. No soy lo suficientemente ingenuo como para descartar del todo la posibilidad. Pero hasta ahora, no he leído ni oído nada que fundamente esos rumores con argumentos irrefutables. También sé que muchos parlamentarios perredistas quisieran seguir en la negociación. Las razones que aducen son diferentes, y algunas de ellas no totalmente desechables. Pero estoy convencido de que en ese escándalo nacional que se llama FOBAPROA, hay cosas que se pueden negociar y otras más que merecen el "no" tranquilo y rotundo de una posición de principios.¹⁵

1910 en la memoria colectiva

Cuando el mexicano que se asoma al siglo XXI piensa en el cambio social y busca sus claves en el pasado, las dos fechas que primero vienen a su me-

moría son 1910 y 1968. La segunda fue motivo de múltiples conmemoraciones y debates el mes pasado. Ahora le toca a la Revolución mexicana que se recuerda el 20 de noviembre, fecha que Francisco I. Madero fijó para su inicio.

En realidad, la fecha tiene un significado imaginario: la verdadera acción no se inició ese día, sino que fue arrancando paulatinamente en los meses que siguieron en fechas diferentes en cada estado. Pero como sabemos ahora, el error de Madero fue mucho menor que su acierto. Se equivocó en la fecha pero, en contra de lo que pensaban millones de mexicanos, tuvo razón en creer en la inminencia del estallido. Los gobernantes, con todos sus medios de información, creían firmemente en lo inmovible de la paz social. Madero, en una combinación de voluntarismo inspirado, intuición y experiencia acumulada durante su campaña electoral entre opositores al régimen, estaba convencido de lo contrario. El dictador y los científicos que gobernaban el país con férrea mano tecnocrática, estaban cegados por sus propios éxitos. El iluso, el candidato marginal que había recorrido el país en un intento democrático fracasado, tenía una visión o una intuición más certera de lo que pasaba en las profundidades de la sociedad.

Ésta es una lección que ningún gobernante mexicano debe olvidar. México es un país de varios pisos y cada uno de ellos vive su propio mundo. Lo que es una política económica exitosa para los habitantes de uno de ellos, puede ser una prueba terrible para los inquilinos del otro, y lo que aparece como avances democráticos importantes para los primeros, puede dejar intocado el destino de los segundos, o casi. En esas condiciones, es fácil que los de arriba pierdan el contacto con los de abajo y entonces se producen las grandes sorpresas. Piénsese en 1968, 1988 y 1994. Y desde ese memorable noviembre de 1910, el mexicano vive esperando la próxima sorpresa o por lo menos sabiendo que es probable. Porque intuitivamente sabe que la posibilidad del estallido sorpresivo vive y se reproduce en esos inmensos espacios que separan a los que viven en el penthouse de los que habitan en la planta baja, y a éstos de los millones que malviven en los sótanos.

La primera pregunta que podemos hacernos en vísperas de este 20 de noviembre es si debemos esperar sorpresas como las de 1910 en los próximos dos años, o bien, si para México la era de las sorpresas violentas ha terminado, y esta sucesión se desarrollará en paz y estabilidad. Y la respuesta no tarda en llegar. Si bien una explosión revolucionaria a nivel nacional debe descartarse, porque hoy existen muchos más canales para ventilar democráticamente las insatisfacciones y las diferencias, los estallidos locales o sectoriales no pueden soslayarse. Los espacios vacíos siguen existiendo y un año en el cual los grupos políticos se enfrentan para asegurar su lugar en el próximo sexenio es muy propicio para que se manifiesten las sorpresas que han estado incubando.

Pero la Revolución no sólo nos hace pensar en las sorpresas que cultiva afanosamente el sistema político mexicano. También nos hace reflexionar sobre los cultos y las fobias que sembró y que aún no se han extinguido. Jesús Vargas, investigador e historiador de la ciudad de Chihuahua, relata que en el norte del país el culto a Pancho Villa, asesinado el 20 de julio de 1923, ha seguido creciendo. Cada año, en la fecha luctuosa, los antiguos Dorados acudían a su tumba en Parral a pasar lista y refrendar su fidelidad a su jefe. La historia terminó en 1976 cuando el ejército mexicano exhumó los restos para transportarlos a la ciudad de México, pasando por Durango y Zacatecas en donde fueron objeto de un tumultuoso homenaje.

Pero la gente de Parral y los fieles villistas del norte no se resignaron. Según ellos, lo que se habían llevado los militares eran los restos de otra persona y los del general seguían en el pueblo minero que le había gustado al caudillo "hasta pa' morir". Así —cuenta Vargas— el culto continúa y la tumba se ha convertido en santuario de los integrantes de las "misiones villistas", un movimiento religioso-espiritista que se ha difundido en Nuevo León, Tamaulipas y Texas, y que está compuesto por millares de personas que se han acogido a la protección del espíritu del general Francisco Villa para enfrentar la miseria, la enfermedad y la desgracia. Según uno de los santones del movimiento, los miembros de ésta llevan siempre consigo un medallón con la efigie del objeto de su veneración y una pequeña bolsa de tela roja que contiene una piedra y una oración que dice lo siguiente:

AMULETO PIEDRA IMÁN ESPIRITUAL
ORACIÓN

Al espíritu mártir de Pancho Villa, Gran Revolucionario.

En el nombre de Dios Nuestro Señor

Invoco a los espíritus que te protegen

Para que me ayudes, así como ayudaste en el Mundo Terrenal a los NECESITADOS, así como venciste a los poderosos, así te pido tu protección espiritual, para que me libres de todo mal y me des el ánimo necesario y el valor suficiente para enfrentarme a lo más difícil que se me presente en la vida, amén.

Y luego, sigue el instructivo:

Haga esa oración nueve días seguidos al caer la tarde y después cárguela siempre al lado del corazón, para su protección de todo mal.

¿Qué queda de la Revolución mexicana en el recuerdo vivo de los mexicanos de hoy? Guardémonos de respuestas fáciles. La cuestión es de qué mexicanos hablamos y en qué parte del país. Como toda gran experiencia popular, la Revolución mexicana ha creado su saga y cada quien tiene su versión.¹⁶

La lección venezolana

Ahora que la coalición que sostiene la política económica neoliberal se ha presentado en sociedad sin máscaras ni velos púdicos, debemos interrogarnos seriamente sobre el futuro de la frágil democracia mexicana.

La imponente —a primera vista— alianza no deja lugar a dudas acerca de su posición. Gobierno, banqueros, PRI y PAN han avalado en algunos días los lineamientos básicos del FOBAPROA, la apertura irrestricta de la banca mexicana al capital extranjero, el programa Punto Final para deudores insolutos y un aumento de 14% al salario mínimo. Para los banqueros, borrón y cuenta nueva. Para los financieros extranjeros, vía libre en lo que antes era territorio mexicano. Para los deudores, ratificación categórica y final de sus deudas, a cambio de algunas facilidades. Para los asalariados de bajos ingresos, un aumento menor a la inflación, después de tres lustros de privaciones.

La coalición no es monolítica ni coincide en todos los asuntos políticos. Y aun cuando cada uno de sus participantes tiene intereses particulares, en economía acaban siempre confluyendo. El suceso que ha permitido revelar en forma contundente la solidez de la alianza gobierno-banqueros-PRI-PAN, sacándola de la sombra, ha sido la oposición del PRD al FOBAPROA. Un acto de dignidad que reintroduce la voz de las mayorías en los escenarios reservados a las elites políticas. Un llamado de atención contundente a la opinión pública en el momento oportuno. Un gesto de definición muy necesario para un partido de identidad ondulante, que nos ha permitido a todos vislumbrar, por un breve instante, la verdad sobre la constelación de fuerzas que ha llevado a México a este fin de siglo tan pobre en esperanzas.

Es precisamente el poderío de dicha coalición lo que nos obliga a albergar serias inquietudes sobre el futuro de la balbuceante democracia mexicana. Los integrantes de la coalición se han guiado por el principio de que política y economía son dos esferas separadas; que es posible crear, construir y consolidar una democracia estable en medio de la crisis económica, la polarización extrema de la riqueza y el abandono de la soberanía económica.

La estrategia aplicada hasta ahora por la coalición ha sido la de otorgar, gota a gota, concesiones democráticas restringidas a cambio de cargar todo el costo económico de la modernización neoliberal sobre los hombros de la gran mayoría de los mexicanos. A todas luces, consideran que esto puede se-

guir haciéndose indefinidamente y hasta ahora la infinita paciencia del pueblo parece darles la razón.

Pero yo creo que están jugando con fuego, que los tiempos se están acortando rápidamente, y en este sentido los convoco a observar y ponderar con cuidado la experiencia venezolana. Se dirá con cierta razón que México no es Venezuela y que cada país latinoamericano responde a una dinámica muy particular; que las comparaciones tienen sus límites y que no debe caerse en simplificaciones. Y sin embargo, el pasado demuestra que el costo de desdeñar totalmente las lecciones de las experiencias de países hermanos puede ser alto.

El 6 de diciembre la mayoría aplastante del pueblo venezolano votó contra los dos partidos que se habían estado turnando sin interrupción en el poder durante 40 años. Acción Democrática (AD) obtuvo un minúsculo 7,6% del voto y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) un ínfimo 1,7%. Pero no sólo se esfumó su prolongada hegemonía, sino que el viraje de los electores dividió sus filas y los obligó a renunciar a sus candidatos originales, lanzándolos a una profunda crisis política. Pese a estar disperso entre un gran número de aspirantes, 57% del voto favoreció a Hugo Chávez, candidato de la coalición Polo Patriótico, formada por su propia organización, Movimiento Quinta República (PVR), el Movimiento al Socialismo (MAS) y otras agrupaciones menores de la izquierda, como el Partido Patria para Todos (PPT) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV). La relación de fuerzas en esa coalición favorece aplastantemente a Hugo Chávez, quien atrajo la mayor parte de los votos y al grupo de seguidores que lo ha apoyado desde 1992. La adhesión del MAS se produjo a último momento y después de serios titubeos que acabaron dividiendo sus filas.

El domingo 6 se originaron tres cambios fundamentales en la vida política venezolana:

- a) Hugo Chávez ha conquistado el poder con un discurso radicalmente antineoliberal, que coloca los asuntos económicos en el centro del debate; llama a reconstruir el papel del Estado en el desarrollo económico y a renegociar una parte de la deuda.
- b) La gran mayoría de los electores retiró su confianza a los partidos existentes y se la otorgó a un dirigente joven y carismático, un *outsider* respecto del sistema existente de partidos.
- c) Hugo Chávez no se cansa de reivindicar en su patria y en el extranjero la legitimidad de su intento de golpe en 1992, recordando que una democracia que condena a 80% de la población al hambre y la miseria no es tal e insiste en su decisión de convocar un congreso constituyente que sustituiría o frenaría las iniciativas

de un poder legislativo que actualmente está dominado por la oposición.

Éstos son hechos que hablan en forma clara del estado de ánimo del electorado venezolano. No sabemos si su elegido, el popular Hugo Chávez, cumplirá sus promesas o si su trayectoria repetirá claudicaciones y zigzagueos populistas del pasado latinoamericano. Decididamente, la consecuencia intransigente de su trayectoria merece, por lo menos, el beneficio de la duda. Pero lo que resulta indudable es el viraje en la opinión pública venezolana contra el viejo sistema de partidos y la política económica vigente y lo contundente de su mandato por un cambio en la economía.

¿Qué fue lo que determinó la crisis del sistema político venezolano, su adhesión al neoliberalismo o bien el hecho de que la mayoría del pueblo no cree ya en partidos, que en su afán de maniobra han perdido la identidad hasta el punto de carecer de significado coherente y que está cansado de las trifulcas por pedacitos de poder que nada tienen que ver con los grandes problemas nacionales? No podemos aún responder a la pregunta, pero en cualquiera de los dos casos, los fenómenos no nos son tan ajenos a lo que pasa aquí.

La política neoliberal llegó a Venezuela con cierto atraso. La puso en marcha Carlos Andrés Pérez después de ser electo en 1989, pese a que en su campaña había prometido lo opuesto. Como respuesta, estallaron violentos disturbios populares y se produjo una sangrienta represión que culminaron en las manifestaciones callejeras de 1992 y 1993 que exigían su renuncia. La principal bandera de éstas fue la oposición al "paquete económico". Por otro lado, los escándalos de corrupción, sobre todo los ligados con el petróleo, los constantes cambios en las posiciones de los partidos, las maniobras oportunistas para ganar elecciones locales, se han sucedido sin interrupción, introduciendo el desprestigio y la confusión.

La izquierda no escapa a esas manifestaciones. Tanto Causa R y el MAS, las dos principales organizaciones, como otras agrupaciones menores, nunca han logrado constituir un frente estable como alternativa viable al poderío de AD y COPEI. Por otro lado, su actitud hacia la política económica ha sido en extremo zigzagueante. De la oposición radical, en un principio, han pasado, en el caso de algunos de sus exponentes, a una colaboración decidida con la política de Caldera. Tal es el caso de Teodoro Petkoff, principal dirigente del MAS, que se transformó en el vocero principal de "Agenda Venezuela", el plan de privatizaciones y austeridad puesto en práctica por Caldera. Petkoff trató de impedir que su partido apoyara a Chávez e incluso después de la victoria de éste le ha advertido, como ministro de Planificación del gobierno saliente, que suspender los pagos de la deuda internacional o intentar un ingreso unilateral al

Mercosur, dos de las iniciativas del nuevo presidente, traerían consecuencias nefastas para el país.

A medida que México se acerca al inicio de la campaña de 2000, es evidente que crece la importancia de los candidatos a costa de la de los partidos; que la política económica comienza a polarizar las opiniones y que se multiplican las medidas económicas que pueden propiciar cambios bruscos en la orientación del voto. El sistema político mexicano es, sin duda, diferente del de Venezuela. Y sin embargo... ¿cómo ignorar un mensaje tan claro?¹⁷

1999

La renovación de la dirección del PRD

El 14 de marzo de 1999, el PRD realiza elecciones internas para la presidencia nacional del partido y la dirección en el Distrito Federal; los candidatos más fuertes para la nacional son Amalia García y Jesús Ortega; en el Distrito Federal, Carlos Ímaz Gisbert y María Dolores Padierna.

Las elecciones serán dictaminadas por la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia, presididas por José Barberena Falcón. Los resultados se deben dar a conocer el 10 de abril, día en que termina el cargo Andrés Manuel López Obrador a nivel nacional y Armando Quintero en el Distrito Federal.

A partir de este fin de semana, el PRD entrará una vez más en un periodo de renovación de sus órganos dirigentes. A mediados de marzo debe elegir a su comité nacional y a su presidente. Cuatro o cinco meses más tarde deberá designar a su candidato para la presidencia de la República.

En vista de que este partido elige a sus dirigentes y los candidatos a puestos de representación por medio del voto directo universal y secreto, es evidente que 1999 será para él un año de luchas electorales internas muy intensas. Esa práctica de elecciones internas que tiene su antecedente en partidos anteriores de la izquierda, como el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y el Partido Mexicano Socialista (PMS), ha tenido efectos benéficos en la vida interna de los demás partidos, poniendo en crisis las prácticas del dedazo y la designación cupular que antes eran la regla.

Sin embargo, como ya nadie cree en la simpleza de la "democracia sin adjetivos", vale la pena examinar más de cerca las características de la democracia de ese partido. El PRD es un instituto dedicado casi exclusivamente a las actividades electorales y sus resultados, las funciones parlamentarias y de gobierno a todos los niveles. Su presencia en las demás actividades de lo que se da en llamar "sociedad civil" es superficial y esporádica. El PRD no participa directamente en las esferas de la cultura y la ideología, el sindicalismo, las

luchas sociales, el ecologismo y el feminismo, las asociaciones profesionales y la defensa de los derechos humanos. Naturalmente, se encuentra con ellas en su actividad electoral, parlamentaria y gubernamental, pero sólo *en ellas y a través* de ellas.

Por lo tanto, los verdaderos militantes del PRD, las personas que dedican parte importante o todo su tiempo a la vida del partido, son cuadros que se proponen ocupar puestos de dirección o de representación, posiciones parlamentarias o de gobierno, así como funciones de operadores políticos, administradores y asesores de todo tipo, ligados a esas actividades. Ellos son quienes le dan vida al partido y definen su carácter, su orientación y su estilo. En cambio, el número de los miembros que militan en el PRD *exclusivamente* para reunirse con personas de la misma ideología, luchar por los derechos humanos o promover el sindicalismo, es una minoría insignificante.

El PRD no es un partido de composición social definida, tampoco es un partido que pretenda coherentemente construir una hegemonía cultural e ideológica, echando raíces profundas en la sociedad civil o una parte de ella. Es un organismo electoral y parlamentario en el sentido más estrecho de la palabra. Pero la participación en sus elecciones internas no está limitada a esos militantes-cuadros, sino que se extiende a todos los miembros-simpatizantes que ellos pueden movilizar para los comicios. La realización de elecciones internas representa un esfuerzo de movilización por parte de los militantes-cuadros para llevar a las urnas a los miembros-simpatizantes.

Ahora bien, la participación individual en el PRD, ya sea como militante o como miembro, es prácticamente imposible. Se es miembro de un grupo o no se es. Los grupos, siempre cohesionados alrededor de un líder, tienen como objetivo principal la ocupación de posiciones fuera y dentro del partido. Algunos reportajes han diseminado la idea de que el PRD es un partido de corrientes. Nada más alejado de la realidad. En el PRD no hay corrientes ni puede haberlas, porque la lucha por posiciones frena y en última instancia impide la constitución de verdaderas corrientes.

Pese al nombre que se dan algunas de las agrupaciones que surgen para apoyar una candidatura o la distribución de cuotas de poder, ninguna de ellas puede considerarse una auténtica corriente que obedece a una visión particular de la realidad y el partido, y a un estilo propio de hacer política que se va definiendo en una cadena de posiciones particulares y consecuentes, tanto en las buenas como en las malas. Eso no quiere decir que no existan profundas diferencias de enfoque y de estilo entre los dirigentes. Significa, más bien, que ninguno de ellos ha logrado constituir una corriente visible. Así pues, el PRD es un partido compuesto por grupos de poder, no por corrientes ideológico-políticas.

En esas condiciones, para ser elegido, un candidato debe, antes que nada, conseguir la mayor cantidad de adhesiones posibles de los jefes de los grupos existentes. Todo candidato perredista sabe perfectamente que a final de cuentas la mayor parte de sus votos provendrá de esas adhesiones, ya que los dirigentes, a su vez, pondrán a trabajar a los militantes-cuadros que forman parte de su agrupación para movilizar votos entre los miembros a favor del candidato escogido. En esas condiciones, los intentos de conformar corrientes o tendencias naufragan en la lógica de los grupos de poder, cuya dinámica sacrifica posiciones ideológicas y estilos políticos a la necesidad suprema de ocupar la mayor cantidad de espacios posibles. A diferencia de lo que sucede en el PRI o el PAN, en el PRD existe una democracia basada en el voto universal y secreto de todos los miembros. Pero es una democracia mediada por los grupos de poder o, para estampar un término, una democracia clientelar.

Esta realidad no es una creación consciente de la dirección del PRD. Proviene de uno de sus afluentes: el priísmo, y es un reflejo de lo que sucede en muchos sectores sociales. Eso sería imposible si la condición de ciudadano, y con ella la de miembro de partido, estuviera plenamente desarrollada en nuestra sociedad. Pero sabemos que no es así. Todavía en amplios sectores de la nación se tiende a delegar una autoridad muy grande en el jefe, ya porque éste sea electo o legitimado por sus actos más o menos clientelares. Se otorga la lealtad no tanto a la institución o al credo, sino al dirigente y a quienes, por su cercanía a él, comparten su poder. Pero esto no es cierto para todos los mexicanos, ni tiene que serlo para un partido que se considere una fuerza constructora de la democracia futura en el país. Es posible tener en el seno del PRD una democracia más directa y el florecimiento de una diversidad que exprese no exclusivamente la lucha entre grupos de poder, sino las diferencias culturales, ideológicas y de intereses de los sectores de la población que el PRD se propone representar. Pero para ello es necesario pensar no sólo en el presente, sino en el futuro del partido. La construcción de un PRD basado en la democracia directa de sus miembros, caja de resonancia fiel de las diversidades presentes en los sectores trabajadores de la sociedad, es una tarea a largo plazo, pero debe ser comenzada hoy.¹

Las paradojas del PRD

El 5 de julio de 1998, Ricardo Monreal, recién salido del PRI por no obtener la candidatura a gobernador de Zacatecas, se alzó con 42.9% de los votos en esa entidad para vencer a su contrincante priísta, que sólo logró 36.5%. Monreal fue postulado por la Alianza Ciudadana por la Democracia, encabezada por el PRD. El 9 de no-

viembre Alfonso Sánchez Anaya, quien también recientemente había abandonado al PRI al no obtener la candidatura a gobernador de Tlaxcala, ganó los comicios en esa entidad como abanderado de la Alianza Opositora, formada por el PRD, el PT y el PVEM. Esta alianza captó 45.4% de la votación contra 43% que obtuvo el PRI. Estas dos victorias marcaron el inicio de un cambio en los resultados electorales perredistas.

El desempeño del PRD en las elecciones de Baja California Sur y Guerrero confirma que es un partido en ascenso electoral. Considerando que esos recientes logros se presentan inmediatamente después de las victorias en Zacatecas y en Tlaxcala, y que pueden repetirse en Quintana Roo o el Estado de México, es probable que estemos ante una reacción en cadena ascendente. Motivada por la firmeza de sus posiciones sobre temas nacionales, su flexible política de alianzas y una creciente eficiencia electoral a nivel local o, más probablemente aún, una combinación de los tres, el proceso ubica a ese partido en una posición muy ventajosa para el arranque de la campaña presidencial.

A medida que aumentan las posibilidades de que el candidato del PRD gane las elecciones de 2000, crece también la necesidad de definir la identidad de la organización. El PRD puede ser un espacio para la refundación del viejo PRI. Puede también ser la cuna de un moderno partido de izquierda. La primera posibilidad cuenta con la poderosa fuerza de la inercia; la segunda vive en las esperanzas y la decisión de miles de militantes que tienen los ojos puestos en el México del siglo XXI.

Sabemos que si el PRD triunfa, las decisiones estarán fundamentalmente en las manos de los órganos del Estado. Por eso debe seguirse con espíritu inquisitivo la trayectoria de los cuatro gobiernos y congresos estatales encabezados por sus miembros o aliados.

El partido está llamado a desempeñar un papel distinto pero importante. Intermediario entre la sociedad civil y el Estado, depositario de idearios, estilos, experiencias y esperanzas, en lo que a poderes inmediatos se refiere, es mucho menos importante que el gobierno. Pero sólo él puede asegurar una continuidad en la presencia de la opción de izquierda y su desarrollo en cultura hegemónica, tareas ambas de larga duración. En ese sentido su función no es sustituible por la de los gobiernos.

Uno de los principales obstáculos para la modernización del PRD es la fuerza que tienen los grupos clientelares en su seno. En las últimas dos semanas, a raíz del escándalo de la leche Bety, se ha hablado profusamente sobre el tema. Pero eso no debe movernos a confusión. Esos grupos existen en el PRD a todo lo largo y ancho del país y ninguna medida adoptada en el Distrito Federal resolverá, por sí misma, el problema. Puede, incluso, servir sólo para encubrirlo.

Como yo la veo, la situación es la siguiente: *en todas las organizaciones del PRD, gran parte del poder está concentrado en las manos de jefes de grupos clientelares. Y por grupos clientelares entendemos la relación de lealtad personal que ata a un jefe con sus seguidores que le brindan un apoyo incondicional en forma de votos o movilizaciones políticas dentro del partido.*

Las consecuencias de esa realidad para el desarrollo del partido son enormes. El poder de los hombres o mujeres fuertes y sus clientes se traduce en la inseguridad de los militantes como individuos, la debilidad de los órganos institucionales de decisión, así como la falta de la capacidad movilizadora de la ideología y las posiciones políticas. En medio de la feudalización del poder, no se puede pensar en militantes libres movidos por la convicción, direcciones institucionales fuertes y un debate fructífero sobre la orientación del país y del partido. Un partido moderno de izquierda exige una organización mucho más moderna y eficaz.

El PRD necesita una reforma cuyo objetivo sea reducir el poder de los jefes de grupo y fortalecer las direcciones institucionales; disminuir el papel de las lealtades personales y afianzar la fuerza de los principios y los ideales; reducir el número de los clientes que aparecen en el padrón y aumentar el de los verdaderos militantes.

La tarea no es nada fácil. Por un lado, las relaciones clientelares están enraizadas de manera profunda en la sociedad mexicana y es imposible concebir un gran partido de masas totalmente inmune a sus influencias, y menos aún si se trata de una organización que pretende enraizarse en los sectores pobres. Por otra parte, si el partido no toma medidas drásticas para frenar su expansión, tenderá a reproducir la forma de hacer política vigente en el PRI. Se transformará en una institución que está no al servicio de la sociedad, sino de políticos-caciques, hombres y mujeres "fuertes" que lo usan y que resuelven sus diferencias enfrentando sus respectivas clientelas internas y externas. Ya hay en nuestro país un partido cuya estructura interna es una federación de grupos clientelares de diversa jerarquía, que sólo se someten a la disciplina impuesta en última instancia por el gran jefe que es el Señor Presidente, y se trata nada menos que del PRI. ¿Para qué repetir? Los principales dirigentes han denunciado el fenómeno, pero no han dicho aún qué piensan hacer para superarlo.

Estoy convencido de que el florecimiento del clientelismo en el PRD no es fruto de la intención de sus fundadores, sino de algunos errores en su constitución que han tenido —como ciertos medicamentos— efectos secundarios imprevistos. Ellos pueden ser corregidos pero, repito, la tarea será ardua y prolongada.

El PRD fue fundado bajo la sombra de los fraudes electorales: los que marcaron el largo dominio corporativo del PRI, pero sobre todo el de 1988.

La reacción simplista de algunos de sus dirigentes fue confundir democracia con elecciones transparentes. En un país en el cual el PRI era incapaz de brindar elecciones limpias, el PRD iba a demostrar que éstas eran posibles, incluso en un partido abierto a la sociedad.

El resultado fue que, por estatutos, prácticamente todos los puestos importantes son de elección universal, directa y secreta. Dirigentes y miembros del PRD se ven envueltos en un frenesí de elecciones. Se elige por voto universal a la mayoría de los delegados a los congresos nacionales, estatales y municipales. Se vota para elegir a los miembros del importante consejo nacional y también para los consejos estatales y municipales. Por si eso no fuera suficiente, los miembros votan para designar a los candidatos a cargos de elección popular a nivel nacional y local. Además, están los plebiscitos que el PRD organiza. Si a esa avalancha electoral agregamos las campañas en las cuales el PRD compite con los otros partidos en elecciones municipales, estatales y nacionales, no es exagerado decir que dirigentes y miembros del PRD viven en perpetua campaña electoral. Algunos observadores calculan que un miembro razonablemente activo toma parte en una campaña y una elección, ¡cada dos meses! Nunca ha existido en México un partido dedicado tan fervorosa e íntegramente a la actividad electoral interna como el PRD.

Ahora bien, ¿quién vota en las elecciones internas? Según los estatutos, cualquier afiliado que haya sido debidamente registrado en el padrón por un comité de base, un comité municipal o un comité estatal. Además, para la selección de candidatos a puesto de elección pueden votar los simpatizantes. La verdad es que, en la práctica, los padrones son muy deficientes y a veces se reducen a una simple lista.

Y ahí reside la enorme importancia de los jefes de grupos clientelares. En un partido en el cual la gran mayoría de los puestos de mando y de representación son objeto de elecciones universales, secretas y directas, y la condición de afiliado se consigue con tanta facilidad, quien pueda controlar un número importante de votos adquiere un gran poder de negociación. Los autores de esa utopía de democracia electoral olvidaron que México es, políticamente hablando, un país de caudillos, caciques y clientelas. La combinación de la importancia decisiva de las elecciones en la formación de los órganos de poder, con la laxitud en la definición de los afiliados, produjo un paraíso clientelar.

El resultado es que el ejercicio de la democracia representativa se ha comido, en la práctica, a la democracia participativa. Si comparamos la magnitud de personal y recursos que absorben organismos gigantescos como el Servicio Electoral del Partido de la Revolución Democrática (que cuenta con organismos permanentes a nivel nacional, estatal y municipal) con los que se

dedican a la educación de cuadros, la información y discusión con los militantes sobre política o la investigación de problemas sociales y políticos necesaria para el desarrollo moderno del partido, la imagen que obtenemos es de un grave desequilibrio. En la mayor parte del país, las asambleas de base no se reúnen regularmente, mientras que las elecciones se suceden con rigurosa exactitud.

La reforma tiene que iniciarse por los estatutos. Los simpatizantes deben ser excluidos de las elecciones internas y los afiliados con derecho a voto deben ser aquellos que han sido miembros del partido desde seis meses antes de la elección y están al corriente de su contribución económica. Debe seguir con una campaña para la puesta al día del padrón del partido.

Pero intuyo que alguno de mis lectores más pragmáticos está ya esbozando una sonrisa y que no tardará en preguntar: ¿Por qué modificar algo que, electoralmente, está funcionando tan bien en vísperas de la gran confrontación? La vía franca a las prácticas clientelares y la movilidad propiciada por las constantes elecciones —dirá— forman parte del éxito de sus políticas de alianzas. El argumento es cuestionable desde dos puntos de vista: la oposición a las prácticas clientelares crece en la sociedad y su presencia en el PRD lo asocia con el pasado y el presente del PRI, desalentando a sectores importantes del electorado, sobre todo a los jóvenes urbanos.²

La democracia de Valentín Campa

Valentín Campa Salazar (1904-1999) fue militante y dirigente del Partido Comunista Mexicano (PCM) de 1921 a 1940, cuando fue expulsado, entre otras cosas, por oponerse a que ese partido participara en el asesinato de Leon Trotsky. Fundó ese último año, junto con Hernán Laborde, Acción Socialista Unificada, y en 1951 el Partido Obrero Campesino Mexicano que, en 1962, se fusionó con el Partido Comunista Mexicano. Campa fue en 1976 candidato sin registro a la presidencia de la República por el PCM y otras dos organizaciones de izquierda. Luego, fue uno de los líderes del Partido Socialista Unificado de México, del Mexicano Socialista y del de la Revolución Democrática. Fue cofundador del Comité de Defensa Proletaria y de la Confederación de Trabajadores de México en 1935-1936, dirigente del sindicato ferrocarrilero en los movimientos de 1943-1948 y 1958-1959. Por su participación en las luchas sindicales y su militancia comunista estuvo preso, en total, más de catorce años y medio, siendo su estancia más larga en prisión la de 1959 a 1970, por su participación en el movimiento ferrocarrilero de 1958-1959.

El 14 de febrero Valentín Campa cumplió 95 años de edad. El aniversario fue festejado en un emotivo acto organizado por el delegado de Venus

tiano Carranza, Ramón Sosamontes. En el encuentro entre festejado y festejantes, las añoranzas fueron creciendo hasta ahogar las notas de los mariachis.

Testigo y actor destacadísimo de 70 años de historia mexicana, a horcajadas entre el pasado y el futuro, Campa miraba desde su silla de ruedas las caras emocionadas de sus viejos compañeros y las curiosas de los jóvenes que sólo tenían una idea vaga de quién era. Dirigente sindical y del Partido Comunista Mexicano, perseguido y preso político de los gobiernos priístas, hombre cuyo espíritu rebelde no conoció la derrota, sus recuerdos se extienden desde las impresiones infantiles de la Revolución y la guerra en Durango hasta las luchas más recientes por la democracia en este fin de siglo. El periplo nacional de este siglo lo envuelve sin mellar su figura.

Protagonista privilegiado del radicalismo mexicano, no es una figura solitaria. Perteneció a la estirpe de Úrsulo Galván, Guadalupe Rodríguez, David Alfaro Siqueiros, José y Silvestre Revueltas, Frida Kahlo, Diego Rivera, Xavier Guerrero, Rubén Jaramillo, Rosendo Gómez Lorenzo, Tina Modotti, Demetrio Vallejo, Hernán Laborde, Concha Michel, Juan de la Cabada, Heberto Castillo, revolucionarios y socialistas ya todos desaparecidos. Y también de Ramón Danzós Palomino, Othón Salazar, Raquel Tibol, Arnoldo Martínez Verdugo, Mario Rivera y muchos otros aún vivos. Y alrededor de ellos, miles de obreros y campesinos, jóvenes, mujeres, intelectuales y artistas, que compartieron sus ideas, sus cualidades y sus defectos para dar vida con su entereza a uno de los grandes afluentes que conforman el caudaloso siglo XX mexicano.

El puesto de Valentín Campa en la historia de nuestro país está firmemente establecido. Ninguna apología, ningún adorno artificial o ataque venenoso puede agregar o quitar algo a lo que él y sus compañeros han legado ya a la cultura popular de nuestro país. Lo que su vida y su trayectoria política merecen es el tratamiento de la verdad. Es el esfuerzo por rescatar todos los mensajes que son actuales, todos los ejemplos que merecen tener una vida futura y también, por qué no, la reflexión sobre los errores cometidos y las omisiones incurridas. Es la batalla contra el olvido al que quisieran condenarlo quienes aborrecen toda expresión de creatividad popular, autonomía organizativa, explosión espontánea contra la injusticia y la clase dominante.

Ante este joven de 95 años, cuyo pasado pertenece ya a la posteridad, quisiera reflexionar sobre un aspecto muy controvertido de su vida: su aportación a la gestación del proceso de democratización que conoce México en la actualidad. La pregunta que planteo no es simple. Este dirigente sindical intransigente, este comunista convencido que militó durante cerca de 60 años en un partido revolucionario, ¿aportó algo al desarrollo de la democracia en nuestro país?, ¿hay en su acción política anterior a 1968 (año en el cual según algunos historiadores se inicia la transición a la democracia) una semilla del

proceso de democratización que vivimos hoy? ¿Hay continuidad o hay una contradicción insalvable, una ruptura, entre el radicalismo del pasado y el movimiento hacia la democracia del presente?

Antes de la lucha por las elecciones transparentes y el pluralismo partidista hubo una larga historia de batallas por el respeto a los derechos ciudadanos consagrados en la constitución y la autonomía de las organizaciones populares. La vida de Valentín Campa está profundamente marcada por su participación en esas batallas. Por la defensa de esos derechos y esa autonomía, Campa fue amenazado de muerte, hostigado cruelmente, y acabó ingresando a la cárcel innumerables veces.

Comenzó temprano. Ya en 1926 fue golpeado, apresado y condenado a muerte (condena revocada por la intervención de Emilio Portes Gil) por defender *el derecho de huelga* de los ferrocarrileros en Ciudad Victoria. En 1930 fue aprehendido varias veces e inició una huelga de hambre en la cárcel para reivindicar *el derecho de organización* autónoma de los comunistas y su partido. En la violenta represión contra los comunistas en los años que siguieron, Valentín vivió en la más rigurosa clandestinidad, sin rendirse ni claudicar. Contribuyó a la publicación de *El Machete* ilegal, impulsando así *el derecho de expresión*. Ya en 1934, decidió imponer con hechos *el derecho a elegir y ser electo* para sí y su organización y fue candidato a la gubernatura de Nuevo León por el Bloque Obrero y Campesino. Habiendo logrado un éxito importante, la elección fue declarada nula. El dirigente comunista sabía perfectamente que su victoria jamás habría sido reconocida. Se trataba, por lo tanto, lisa y llanamente, de la defensa de un derecho ciudadano para su organización y para sí.

En 1943, en asambleas masivas, Campa fue electo miembro del comité ejecutivo general del Sindicato Ferrocarrilero. Cuando se produjo el charrazo que vulneró la democracia interna de esa organización el 19 de noviembre de 1949, fue aprehendido una vez más y pasó tres años y dos meses en la cárcel. Esa vez se trataba de romper su resistencia a la intervención abierta del gobierno en la vida interna de un sindicato. Todas estas manifestaciones de su disposición a luchar hasta el final en defensa de derechos ciudadanos fundamentales se repitieron incesantemente en las décadas de los cincuenta, los sesenta y los setenta, y los gobiernos priístas fueron tan tenaces como él, redoblado todas sus respuestas represivas.

Las elecciones son una condición necesaria, pero no suficiente para la democracia. Ellas nada significan si no se realizan en medio del respeto a los derechos ciudadanos básicos, como es el de la organización independiente. Sin derecho a la organización independiente, el pluralismo electoral es una farsa. La importancia de esa reivindicación es, quizá, más difícil de entender hoy, cuando la conquista del derecho a la organización independiente se

ha plasmado en la existencia legal de varios partidos opositores, movimientos populares y miles de organizaciones no gubernamentales. Pero hasta los años ochenta, la situación era muy diferente.

Estamos ante un derecho que hubo que arrancar palmo a palmo en un sinnúmero de batallas a lo largo de varias décadas. Para lograrlo, cientos de mexicanos ofrendaron sus vidas, y para llevarlo al triunfo fueron necesarias una decisión inflexible y una fidelidad incondicional al principio de la libertad como las que encarna Valentín Campa.

Esto explica por qué antes de 1979 la demanda de elecciones transparentes apenas aparecía en los movimientos sociales. ¿Cómo hablar en serio de elecciones cuando no se contaba con los derechos ciudadanos más elementales? La protesta contra la represión y la reivindicación del derecho de autonomía eran las demandas más frecuentes. Antes de poder ganar elecciones había que arrancar el derecho a participar en ellas.

Y sin embargo, en la posición de Valentín Campa y la de todos los radicales de aquella época había una limitante grave y todos quienes formamos parte del movimiento la compartimos. La lucha por la democracia era considerada como un medio, no como un fin en sí misma; como un paso al poder obrero que debía transformar las estructuras económicas de la sociedad y no como elemento fundamental de todo el proceso en cada uno de sus pasos. Era, por lo tanto, una concepción instrumental de la democracia. Estábamos dispuestos a arriesgar la vida y la libertad en defensa de los derechos ciudadanos para los explotados, los pobres, los humillados, los oprimidos. Nuestra práctica democrática se plasmaba en la reivindicación de derechos para los trabajadores. Por ello estaba limitada por el concepto de clase. Pero ¿acaso la democracia y el voto universal en Europa no fue fruto de las luchas de los obreros socialdemócratas por los derechos ciudadanos? La defensa de la democracia es siempre y ante todo la solidaridad con aquellos que carecen de ella. No es exagerado decir que hoy todos los parlamentarios de la oposición y todo ciudadano que lee el periódico que más le gusta, le debe algo a aquellos que, como Valentín Campa, arriesgaron su libertad, y a veces su vida, para defender derechos democráticos elementales.

Y concediendo las limitaciones de esa concepción de la democracia, ¿fue mejor la de aquellos que colaboraron durante décadas con el sistema corporativo y represivo del PRI y construyeron su nicho en un medio de privilegios excluyentes, mientras sostenían un sofisticado discurso democrático entre brindis y brindis?

La democracia es un proceso de lucha marcado por mil batallas, no una condición que ganamos de una vez y para siempre. Y en ese proceso, Valentín Campa ocupa desde hace mucho un lugar de honor, pese a los límites de su visión, que fue la nuestra.³

La consulta zapatista va

El 14 de diciembre de 1998 el EZLN lanzó la iniciativa de realizar una Consulta Nacional e Internacional sobre los Derechos y Cultura Indígenas que incluía cuatro preguntas: ¿Cree usted que las comunidades indígenas deben ser incluidas en el desarrollo nacional y en la construcción de un México nuevo? ¿Cree usted que los derechos indígenas deben ser reconocidos en la Constitución, tal como son expresados en los Acuerdos de San Andrés y en la propuesta de la COCOPA? ¿Cree usted que la paz debe ser alcanzada mediante el diálogo, incluyendo la desmilitarización y la remoción de la amenaza de los soldados y sus bases? ¿Está usted de acuerdo en que el pueblo de México debe organizarse y dirigir las acciones del gobierno en relación con los asuntos de interés nacional? La consulta fue realizada el 21 de marzo de 1999 en todo el país con la participación de más de 5,000 integrantes de las comunidades zapatistas chiapanecas. En ella votaron alrededor de 3 millones de personas en el país y 25,000 mexicanos residentes en el extranjero. Noventa y cinco por ciento de los participantes respondió favorablemente a las preguntas.

Pasado mañana, 21 de marzo de 1999, tendrá lugar la consulta promovida por los zapatistas chiapanecos y organizada por miles de brigadas formadas con ese objeto. En éstas participan organizaciones no gubernamentales, grupos indígenas de diversas partes del país, comités vecinales, agrupaciones de amas de casa, asociaciones de intelectuales, sindicatos y movimientos populares de composición muy diversa, así como miles de ciudadanos que en términos individuales se han integrado en coordinadoras estatales y vecinales.

Se pide al ciudadano que se pronuncie sobre cuatro preguntas:

1. ¿Estás de acuerdo en que los pueblos indígenas deben ser incluidos en toda su fuerza y riqueza en el proyecto nacional y tomar parte activa en la construcción de un México nuevo?
2. ¿Estás de acuerdo en que los derechos indígenas deben ser reconocidos en la Constitución mexicana conforme a los Acuerdos de San Andrés y a la propuesta correspondiente de la Comisión de Concordia y Pacificación del Congreso de la Unión?
3. ¿Estás de acuerdo en que debemos de alcanzar la paz verdadera por la vía del diálogo desmilitarizando el país con el regreso de los soldados a sus cuarteles como lo establece la Constitución y las leyes?
4. ¿Estás de acuerdo en que el pueblo debe organizarse y exigir al gobierno que "mande obedeciendo" en todos los aspectos de la vida nacional?

Quien acepte participar en la consulta se pronunciará con un *sí*, un *no* o un *no sé*. La organización depende de las brigadas y organizaciones civiles, sin participación de ningún organismo oficial o partido político, y el financiamiento de la actividad y la instalación de las urnas está íntegramente a cargo de los ciudadanos que participan en el proceso.

La consulta será organizada técnicamente por la Fundación Arturo Rosenblueth, presidida por Enrique Calderón Alzati, institución de gran prestigio en ese tipo de actos. Para ello se elaboró un manual, distribuido con anticipación a las coordinadoras, instruyéndolas sobre la instalación de las mesas, los procedimientos de votación, el funcionamiento de los enlaces telefónicos y la realización del recuento final.

La idea es que por cada 20 mesas haya un enlace telefónico para informar a las coordinadoras estatales sobre la marcha y el resultado de la consulta.

Se prevé instalar 20,000 mesas en todo el país, aun cuando este número puede ser superado, como lo indica el hecho de que siguen registrándose mesas. El plazo para ello vence hoy a las 17 horas.

La semana que está terminando ha estado marcada por una intensa actividad de unos 5,000 representantes encapuchados del EZLN en todo el país que, en un gran número de actividades, han informado detalladamente sobre el carácter de su movimiento, la situación en Chiapas y el sentido de la consulta.

Los representantes del gobierno, Francisco Labastida y Emilio Rabasa, han calificado la consulta de "absurda y amañada". Ambos consideran que las preguntas son demasiado obvias y que, por lo tanto, el resultado es ya previsible y carente de sentido.

Los dos funcionarios se equivocan o se están engañando. La iniciativa no es absurda. Su objetivo es poner en contacto directamente, sin la mediación de los medios masivos, a los zapatistas con vastos sectores de la población en todo el país para conocer su opinión sobre la situación en Chiapas. Es, además, un esfuerzo que se propone romper el aislamiento de su movimiento impuesto por el cerco militar, la ofensiva de los grupos paramilitares y las prácticas clientelares de los organismos estatales de asistencia social. Y todo parece indicar que van a tener éxito.

Las preguntas tampoco son amañadas. La primera ha sido contestada durante los primeros dos siglos de vida independiente por los grupos dominantes con un NO rotundo. A los hechos nos atenemos. En la medida en que los indígenas han sido integrados a la vida nacional, ha sido en términos individuales y no como pueblos. Y como tales, han sido objeto de discriminación y vejaciones sin fin. La condición implícita ha sido la asimilación y la aculturación forzada. No ignoramos los esfuerzos hechos por instituciones como el

Instituto Nacional Indigenista en el pasado, pero es evidente que no han sido suficientes para lograr la integración de los indígenas "con toda su fuerza y riqueza". La respuesta afirmativa de un gran número de ciudadanos a la primera pregunta representaría un ¡BASTA! eficaz a lo que se ha hecho hasta ahora y un llamado a una nueva política acorde con el proceso de democratización que vivimos.

La segunda pregunta es todo menos amañada. Como se sabe, circulan varios proyectos sobre la inclusión de los derechos indígenas en la Constitución. Uno de ellos es el aprobado en San Andrés, otro es el que el presidente Zedillo quiere presentar a las cámaras. Los dos difieren sustancialmente. El elector puede expresar su apoyo al primero o al segundo, con un sí o un no.

La tercera y cuarta preguntas exigen bastante más explicación para todos aquellos participantes en la encuesta que no estén bien informados sobre la situación presente y pasada de Chiapas. Pero hay que decir que todo plebiscito presupone un esfuerzo de información y madurez política por parte del votante. ¿Acaso un pronunciamiento sobre el FOBAPROA como el que pedía el plebiscito organizado por el PRD hace algunos meses o los que periódicamente se hacen en Estados Unidos pidiendo la opinión de los ciudadanos sobre leyes locales, no exigen importantes esfuerzos de información política? Todo plebiscito o consulta democrática presupone cierto nivel de politización entre la población consultada. Como han demostrado encuestas recientes, varios millones de mexicanos tienen esa información, han seguido durante los últimos cinco años el curso de los sucesos en Chiapas y están en condiciones de pronunciarse.

Respecto de la pregunta tres, lo que hay que decir (en una cáscara de nuez) es que Chiapas sufre una gran cantidad de atrasos económicos y políticos. Que desde hace unos 20 años, los movimientos populares que exigen las reformas necesarias para incorporar realmente a ese estado al país han crecido y multiplicado. Que la oligarquía local se resiste violentamente a cualquier cambio que afecte sus privilegios. Que la respuesta del gobierno federal y del gobierno estatal a esas demandas ha sido, básicamente, la represión. Que la presencia visible del ejército en esa entidad se produjo mucho antes del estallido de la rebelión zapatista, pero ahora se ha vuelto masiva (60,000 hombres).

La disposición del EZLN a la paz con dignidad (vale decir, con la satisfacción de las demandas básicas del pueblo chiapaneco) ha sido demostrada infinidad de veces y está siendo probada una vez más con la consulta actual. Por eso la pregunta es totalmente legítima. ¿Cómo abordar en el futuro los problemas de Chiapas: a la sombra de las bayonetas o en la mesa de negociación?

La pregunta cuatro sonará aun más extraña a quien no conozca las ideas básicas y el discurso particular que ha adoptado el movimiento en es-

tos cinco años. "Mandar obedeciendo" se refiere a estilos de hacer política, un tipo de democracia, una relación entre gobernados y gobernantes muy diferente de la que sigue privando actualmente en la sociedad mexicana. En el sistema dominante actual, aun en el mejor de los casos, la gran mayoría de los ciudadanos participan en el proceso democrático exclusivamente con su voto. *La democracia que el EZLN propone es una democracia participativa y deliberativa*, en la cual el funcionario se piensa y conduce realmente como representante del pueblo y no como dueño del Estado frente a él.

Como puede apreciarse, ni absurda, ni amañada, ni capciosa. Legítima y plausible encuesta dirigida a los sectores politizados de la comunidad por una organización social independiente totalmente del gobierno. Pero en una cosa tiene razón el secretario de Gobernación: los resultados de la consulta son previsibles y la inmensa mayoría de los participantes votará por el *sí* en todas las preguntas. Eso es así porque la totalidad de quienes contestarían en forma negativa se abstendrán de participar. En efecto, antes que nada, el ciudadano confrontado con la invitación de los encapuchados provenientes de las comunidades deberá decidir si participa o no en la consulta.

Depositar el voto es en verdad ya un acto de reconocimiento del EZLN como interlocutor político legítimo para la sociedad civil. Votar afirmativamente por las cuatro preguntas es un paso más de apoyo. Significa identificarse con una visión del problema chiapaneco y un tipo de democracia que difieren radicalmente de los que practica y defiende el gobierno actual. Es por eso que —pese a sus descalificadoras bravatas— éste ve en la consulta una verdadera amenaza y es eso también lo que explica que el presidente Zedillo realice una campaña de propaganda afiebrada en la entidad fronteriza en las vísperas mismas de la consulta. Al ciudadano le toca decidir de que lado está, el de los indígenas chiapanecos o el del presidente saliente de México.⁴

El fracaso de las elecciones internas

El 14 de marzo se realizaron elecciones internas en el PRD. Debido a que se presentaron irregularidades en 20% de las casillas, el Comité General del Servicio Electoral y la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia decidieron anular, el 10 de abril, los comicios y reponerlos en una nueva elección el 25 de julio.

En el mes de marzo, el PRD sufrió uno de los desastres más serios de su historia. Lo que debió ser una fiesta de la democracia interna, se convirtió en un aquelarre en el cual los demonios del viejo autoritarismo se dieron gusto hasta la saciedad. La víctima principal fue la esperanza depositada por millones de mexicanos (dentro o fuera del partido del sol azteca) en este gran ex-

perimento llamado PRD; la esperanza de que ese partido fuera el heredero y el renovador de la cultura de la rebelión contra el autoritarismo, la injusticia y los privilegios, de la cual se nutre la dignidad de nuestro pueblo.

Con esa singular intuición que le permite expresar el estado de ánimo de millones en un párrafo, Germán Dehesa escribió el pasado día 31:

Algunos de ustedes, lectoras y lectores queridos, habrán visto en *La Jornada* las fotografías de los lacerados pies de las ancianas y ancianos del PRD de Guerrero, quienes desde allá caminaron hasta la capital exigiendo democracia y limpieza en sus elecciones estatales. Me pregunto: ¿qué sentirán esos mexicanos cansados al contemplar que en el interior de su propio partido se cometen las mismas tropelías que a costa de un enorme desgaste físico vinieron a denunciar? Nadie con un mínimo de sensatez o de madurez puede alegrarse de la muerte de una esperanza, que en su momento nos habitó a tantos.

Algunos dirigentes de ese instituto han declarado que no creen que la imagen pública del PRD haya sido vulnerada y otros han defendido el proceso, aduciendo que de todas maneras fue mejor que los que prevalecen en el PRI. Los primeros deberían preocuparse seriamente, porque están dejando de sentir el pulso del pueblo y pueden llevarse amargas sorpresas. Los segundos equivocan su mandato: son representantes de un partido que se ha denominado por decisión propia "Partido de la Revolución Democrática" y están encargados de velar porque éste viva a la altura de su nombre. Si la democracia es su razón de ser ¿qué fue el espectáculo de los últimos quince días? El PRD no fue creado para "hacerla" un poco mejor que el PRI, sino para abrir nuevas rutas y ése es el único criterio válido para la evaluación de su desempeño.

Por fortuna, un número creciente de perredistas y los principales candidatos que participaron en la contienda comprenden y aceptan que la situación es preocupante. Por honestidad, por la necesidad de buscar soluciones adecuadas a problemas muy serios, por respeto a los miles de militantes y electores, deben reconocer sin restricciones ni ambigüedades la gravedad de lo sucedido. Es necesario buscar a fondo las causas y tomar, antes que los *idus de marzo* hayan desaparecido, medidas serias para superarlas, de cara a la sociedad.

El fracaso puede transformarse en derrota y dispersión, pero también ser el principio de una revitalización de los ideales que animaron al PRD en sus primeros pasos y de la renovación del pacto que lo une con las aspiraciones de justicia de muchos mexicanos. La esperanza puede morir definitivamente o renacer. Todo depende de la actitud que tome la dirección perredista después del diluvio. En esto tiene razón López Obrador, lo catastrófico, lo irreparable, sería rehuir la autocrítica. El partido del sol azteca ha sido varias

veces pionero en la renovación de la vida política del país. ¿Por qué no serlo una vez más, inaugurando la práctica de la autocrítica pública? Se dirá que el PRI nunca la ha ejercido y, sin embargo, sigue gobernando. Pero si el objetivo no es sólo gobernar sino ayudar a reformar el país, algo que tiene que cambiar es, precisamente, la relación entre partido y sociedad. Una relación participativa de los simpatizantes y electores exige que el partido aprenda a consultar, escuchar y rectificar públicamente.

La imagen del jefe infalible, de la dirección que tiene siempre la razón, del partido que todo lo hace bien, pertenece al pasado autoritario que queremos superar. El PRD debe fincar su fuerza no en la infalibilidad, sino en una relación con los ciudadanos basada en una honestidad y una modestia acordes con el papel de representante auténtico. Si el PRI está todavía en el poder, se debe, en buena parte, a que los partidos de la oposición se le parecen cada vez más. En esas condiciones, los ciudadanos prefieren lo malo por conocido que lo bueno por conocer.

Comencemos por definir el problema. Durante la campaña se manifestaron todas las formas de clientelismo, manipulación de los electores por los líderes y las camarillas, así como las alianzas basadas exclusivamente en intereses. Durante varios meses, los aspirantes a los puestos de dirección protagonizaron una guerra de propaganda en la cual abundaron las acusaciones mutuas y un rehuimiento de los problemas controvertidos (como, por ejemplo, la vida interna) que resultó en graves daños para el partido. El día de las elecciones se produjo un elevado número de irregularidades, fraudes y acarreo que recorren toda la gama del rico folclor nacional. En los siguientes días hubo una ineficiencia evidente del Servicio Electoral y vacilaciones inexplicables en la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia. Por si esto fuera poco, el presidente del partido estuvo ausente del proceso. A quince días de las elecciones, no se conocen los resultados ni tampoco se ha decidido qué hacer con los incómodos comicios. Lentamente se va imponiendo la idea de que serán declarados nulos y el PRD tendrá una dirección interina hasta que vuelvan a realizarse nuevos comicios. Pero eso naturalmente no responde a las múltiples preguntas que se plantean los miembros del partido y el público en general.

Éstos son los hechos. ¿Cómo explicar la cadena de desaciertos? ¿Cuán profundas son sus causas? ¿Qué medidas deben tomarse para asegurar la vida democrática del partido de acuerdo con su ideario y su composición? ¿Quiénes fueron los responsables de los errores y quiénes cometieron ilícitos contra los estatutos de la organización? Éstas son algunas de las cuestiones que los perredistas deberán responder en las próximas dos o tres semanas.

El desastre fue una catástrofe anunciada. No hubo en estas elecciones fenómenos realmente nuevos. Los miembros del partido han estado denun-

ciando prácticas similares desde hace mucho. Las elecciones pasadas para presidente no presentaron menos irregularidades que la actual. Los problemas del caudillismo, el clientelismo y la prepotencia de las camarillas han sido denunciados profusamente. En los últimos comicios, la situación sólo hizo crisis porque un empate reveló a los ojos de todo México las insuficiencias y los vicios de la vida interna del partido. Si no fuera por eso, la situación seguiría igual, sin que se tomaran medidas para superarla.

Debo decir que me consta que muchos de los dirigentes están conscientes y preocupados por todos esos fenómenos. En pláticas privadas, los he sentido a veces atrapados en un mundo con el cual no están reconciliados. Con frecuencia los he visto perplejos y preocupados ante actos que no concuerdan con su moral y sus ideas de la política. ¿Por qué entonces no se tomaron medidas antes para reformar la vida interna del partido? En una entrevista publicada en el último número de *Proceso*, Andrés Manuel López Obrador confiesa que en los dos años y medio de su gestión descuidó la vida interna. Dice que optó por la prioridad electoral para evitar la marginación del partido del escenario político y se desentendió del "trabajo de organización, de formación política y de fortalecimiento de las ideas y principios del partido". Singular confesión. En un partido en el cual, según las cifras oficiales, hay más de dos millones de miembros y una cantidad respetable de dirigentes talentosos y dedicados ¿no hay aparte del presidente otras personas que podrían haberse abocado a las tareas del desarrollo interno? ¿No se trata más de un problema de orientación y de línea que de recursos humanos y materiales? Lo real es que existen intereses poderosos para que esa situación se mantenga.

Una cosa es segura: la tarea de reformar la vida interna ya no puede esperar. No puede ser subordinada a las necesidades de la campaña electoral para la presidencia que se anuncia sin incurrir en daños irreparables. Lo que está en juego es el alma misma del partido y su futuro; la dignidad de los militantes y su confianza en la dirección; el respeto de los dirigentes entre sí y la supervivencia de una relación entre ética y política capaz de unificar más allá de los intereses inmediatos.

El partido tiene que decidir. Si se concibe a sí mismo como un instrumento transitorio para ganar las elecciones de 2000 puede salir del paso con algunas explicaciones superficiales y medidas inmediatistas que preserven la famosa "imagen" de la que tanto se preocupan algunos. Si, por el contrario, se piensa que el partido es un factor de cambio que trasciende estas elecciones, hay que ir a fondo, al mismo tiempo que se participa en la campaña electoral.

Antes de entrar de lleno a la campaña electoral para la presidencia, el PRD debe resolver sus problemas internos. Los que conocen al partido saben perfectamente que las causas que invalidaron las elecciones para la renova-

ción de la dirección no son coyunturales. Para no frenar el desarrollo del partido hacia fuera, las direcciones anteriores prefirieron ignorar o resolver casuísticamente la gran mayoría de las protestas y denuncias que esas prácticas motivaron. Esta vez fue ya imposible hacer lo mismo. Lo interno se ha vuelto externo. La vida privada del partido se ha hecho pública. La dirección está obligada a demostrar que es capaz de tomar medidas que aseguren la transparencia de las dos grandes elecciones que van a tener lugar en los próximos meses: la de la dirección del PRD y la de candidato a la presidencia de la República. El PRD nació con poderosos impulsos democráticos. Los miembros del PRI que abandonaron su partido porque se vulneraban sus derechos más elementales y los movimientos sociales de inclinación izquierdista que, bajo el sistema corporativo del pasado, tenían cerrados los caminos a la participación en el poder, encontraron lugar en las filas del PRD. La resistencia a las prácticas autoritarias del gobierno de Salinas de Gortari, que se afanó en negar sus avances electorales recurriendo incluso al crimen, definió valores básicos del nuevo partido forjados en la defensa del voto. La participación activa en las sucesivas reformas electorales, protagonizadas por el gobierno y el conjunto de los institutos políticos, formó a muchos de sus cuadros dirigentes.

En su vida interna fue el primer partido que instauró la elección por voto universal, directo y secreto de la mayoría de sus órganos directivos y creó candados estatutarios para impedir la excesiva concentración de los puestos y la eternización de las mismas personas en ellos. Pero también hereda una cultura autoritaria temible que ha permitido la aparición de tendencias que ponen en peligro el ejercicio de la democracia, la estabilidad de las instituciones e incluso la unidad del partido.

Si los dirigentes del PRD quieren movilizar a sus miembros y simpatizantes para la próxima justa presidencial y recuperar su credibilidad como portador de la democracia ante la opinión pública, deben hacer frente a esas tendencias disolventes en forma decidida y eficaz, ahora mismo. Algunas de ellas pueden ser revertidas de inmediato y otras exigen una acción paciente y prolongada que culmine en el anunciado congreso de octubre. Unas tienen soluciones administrativas y otras piden respuestas a largo plazo en el campo de la organización, la ideología y la educación. Pero la decisión no puede ser ya pospuesta: está en juego la legitimidad de la próxima dirección y del candidato a la presidencia. Si el partido pretende esconder la suciedad bajo el tapete o postergar las soluciones hasta después de las elecciones presidenciales, cometería un error fatal. Estoy convencido de que entraría a la contienda con una gran debilidad y que no estaría en condiciones de afrontar las pruebas que lo esperan después del año 2000.

Para restablecer la confianza, la dirección interina que fue nombrada

para preparar los próximos comicios, debe rendir un informe coherente sobre lo que sucedió en las elecciones del 14 de marzo y las medidas que van a tomarse en el marco de los estatutos actuales para impedir que se repita. Antes de que se inicie la campaña, la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia debe hacer público el resultado de las investigaciones sobre los responsables de actos ilícitos y sancionar, de acuerdo con los estatutos, a las personas cuya culpabilidad sea demostrada. Las normas sólo tienen sentido si se aplican y se defienden. Lo demás es jungla.

Antes de las próximas elecciones no podrán abordarse los problemas del clientelismo y la ausencia de un padrón fidedigno que desnaturalizaron las elecciones pasadas. Éstos deben ser dos de los temas del próximo congreso sobre estatutos.

Como signo de la persistencia de las tendencias a la dispersión, para la próxima elección se han presentado diez planillas. La más influyente de ellas es fruto de una fusión de las huestes encabezadas por Jesús Ortega, Amalia García, Mario Saucedo y Rosa Albina Garavito en las pasadas elecciones. En su existencia misma se manifiesta un esfuerzo encomiable por unificar un sector mayoritario de la dirigencia, pero sus logros no parecen ser definitivos. La segunda está encabezada por Ifigenia Martínez y Ricardo Valero, y asegura la presencia de los partidarios de Porfirio Muñoz Ledo en la próxima dirección. Su importancia para una preparación equilibrada de las primarias es evidente. La tercera en peso postula a Félix Salgado Macedonio, quien hizo un buen papel como candidato a gobernador de Guerrero y quiere, ahora, aprovechar ese desempeño para asegurar un lugar importante en la próxima dirección para él y sus seguidores, y nada más.

Entre las otras siete planillas, hay por lo menos dos que, en lugar de luchar por la dirección, se proponen aprovechar la campaña para crear corrientes de opinión en la base y los cuadros medios y transformar profundamente al PRD en el mediano y largo plazos. Ellas son las encabezadas por Raúl Álvarez Garín y Gilberto Parra Rodríguez. El propósito es legítimo, pero el proyecto parece incipiente.

Si los contendientes en verdad quieren movilizar a los electores no clientelares del PRD y la opinión pública, deben plantear con honestidad y valor los grandes problemas tanto externos como internos del partido. Problemas que fueron cuidadosamente evadidos en la campaña anterior. Deben abandonar la táctica *catch-all* que contiene mensajes vagos (y a veces contradictorios) para cada sector y ninguna respuesta clara para todos. Y, sobre todo, deben evitar a toda costa las acusaciones personales. Sólo una campaña de ese tipo puede contrarrestar parcialmente las lealtades clientelares y motivar a los miembros libres del PRD a acudir a las urnas para emitir su voto.

Los de carácter interno son:

- a) El poder de las camarillas y las personalidades ha eclipsado las demás fuentes de poder en el PRD: militantes individuales, ideología e instituciones. ¿Qué se puede hacer para remediar esa situación?
- b) Las prácticas clientelares *dentro del PRD* son cada vez más generalizadas. ¿Cuáles medidas pueden frenarlas sin debilitar los lazos del partido con los movimientos sociales y los sectores pobres de la población?
- c) Ideológicamente, el PRD es hoy tan heterogéneo, contradictorio y oscilante como lo era a la hora de su fundación, hace diez años. Esto inevitablemente fortalece el poder de las camarillas y las lealtades caciquiles y hace prácticamente imposible la formación de cuadros y la movilidad de éstos de abajo hacia arriba por servicios al partido. ¿Cómo puede superarse esa situación?

Tres preguntas que exigen un debate franco y honesto.⁵

La generación de 2000

Llegó a México hace cerca de tres años como un joven político de provincia. No era, es cierto, un desconocido: había protagonizado una sonada lucha por la gubernatura de su estado contra Roberto Madrazo, quien no escatimó mañas para imponerse. Luego, vino la valiente denuncia de los dispendios de éste en la campaña, que se transformó en escándalo nacional. ¿Y quién no recuerda las fotos del hombre de Tepetitlán, como lo llaman en Tabasco, descalabrado, al frente de paros y manifestaciones que protestaban contra la irresponsabilidad de Petróleos Mexicanos? Todo eso le daba a Andrés Manuel López Obrador notoriedad, pero siempre en relación con el trruño. Hace algunos días dejó la presidencia del PRD convertido en uno de los políticos nacionales más destacados y controvertidos del momento. Una figura que no hay que perder de vista en los próximos años. Él quiere entrañablemente ser gobernador de su estado. El destino puede llamarlo a desempeñar papeles aún más importantes.

Nadie, ni siquiera sus enemigos, puede negar que su gestión ha tenido un impacto profundo en el partido, cuyos alcances no pueden aún apreciarse plenamente y que van mucho más allá de los éxitos electorales que lo acompañaron. López Obrador, un hombre de 45 años, pertenece a la nueva generación que se hará cargo del PRD a partir de 2000. Por eso la apreciación que de su gestión se haga, deberá considerar no sólo lo hecho hasta ahora, si-

no también las potencialidades que su personalidad encierra. Durante los años que estuvo a la cabeza del PRD, mostró cualidades que serán muy necesarias para su organización en las pruebas que le esperan. En una organización en la cual las ambiciones personales están a flor de piel, el tabasqueño demostró un extraordinario espíritu de partido. Hizo lo que la institución más necesitaba en ese momento, no lo que más convenía a su persona. Observando su trayectoria de cerca, estoy convencido de que durante estos 30 meses nunca tuvo una agenda personal. Tengo también la impresión de que ésta es una característica común a muchos de los dirigentes de su generación, formados en estos primeros diez años de vida de la institución. O me equivoco, o en el PRD se está conformando la primera generación de dirigentes con espíritu de partido. Todavía frágil y vacilante, pero muy prometedora.

López Obrador es un hombre de gran intuición política, capaz de discernir rápidamente el aspecto fundamental de una situación, por más compleja que ésta sea. Esa cualidad, esencial en un político, se manifestó en varias ocasiones. Cuando llegó a la dirección, comprendió que el problema principal de su organización era el letargo electoral que la embargaba. En una de sus primeras comparecencias públicas prometió que si no lograba mejorar considerablemente ese desempeño, renunciaría, y se dedicó a cumplir su promesa con una unidad de propósito que influyó enormemente en el conjunto del partido. Resistiendo todas las presiones que lo jalaban en distintas direcciones, Andrés Manuel logró transmitir a sus colaboradores la pasión necesaria para acometer la gran tarea. No cometo el error de creer que los logros se debieron todos a su persona. Pero, sin duda, su ejemplo y su estilo desempeñaron un papel catalizador sin el cual no se hubieran podido aprovechar las nuevas condiciones que se fueron definiendo a partir del año de 1995.

El punto de partida era muy difícil. Durante el régimen de Salinas, el PRD no fue tratado en plan de igualdad con el PAN. Sus victorias en elecciones para gobernador no fueron respetadas y sus avances a nivel municipal eran frenados por una sorda represión que acabó costando la vida a más de trescientos de sus miembros. Obligado a defenderse, el partido no podía desarrollar sus potencialidades electorales. En su cultura, la defensa del voto era tan o más importante que la capacidad de ganarlo. Antes de las elecciones de 1994, muchos militantes estaban convencidos de que lo difícil no era ganar las elecciones presidenciales, sino defenderlas.

Amagado por la marea ascendente del PAN y la multiplicación de los brotes guerrilleros, Zedillo cambió la política del gobierno, adoptando una actitud más abierta y tolerante hacia el partido del sol azteca. López Obrador comprendió que había que aprovechar la situación y romper definitivamente las tendencias que pugnaban dentro del sistema por establecer el bipar-

tidismo, colocando al PRD en una condición de marginalidad. Para ello, era necesario transformar electoralmente al partido en un contendiente viable al poder en todos los niveles.

El resultado es, sin duda, impresionante. En los años de su gestión, el PRD consiguió sus primeras cuatro gubernaturas y perdió dos más con una diferencia de menos de 5%. Después de la victoria de Cárdenas en 1988, el Frente Democrático Nacional (FDN) obtuvo en las elecciones de diputados de 1991 sólo 1.9 millones de votos; en los sufragios intermedios de 1997 consiguió casi 6 millones. ¡En elecciones en las que el partido desempeñaba el papel principal, su electorado se había multiplicado por tres!

En la ciudad de México, el PRD le ganó al PRI en una proporción de dos a uno y hoy gobierna a 23% de la población a nivel estatal y municipal.

López Obrador comprendió que uno de los rasgos más notables de la época es la continua sangría del PRI. Comprendió también que la gente que se iba de esa organización tenía más afinidad con el PRD que con cualquier otro partido. En función de ello, diseñó una política pragmática de puertas abiertas y de alianzas, que hizo posible los primeros cuatro triunfos a nivel estatal, muchos avances municipales y el crecimiento de las filas del partido. En una entrevista reciente, López Obrador decía que no es lo mismo ser un buen dirigente que un buen candidato. Y todo indica que en su generación de perredistas hay más buenos dirigentes que buenos candidatos. El *know-how* electoral parece estar del lado de los expriistas.

Naturalmente, esa política tiene sus problemas: la identidad del partido se torna más difusa, y las artes y mañas del viejo dinosaurio se instalan en la nueva organización. Pero, sin duda, es un riesgo que debe correrse temporalmente. Al fin y al cabo es, desde su origen, la fusión entre un sector del priísmo y la izquierda independiente en sus diferentes expresiones.

Y hay algo muy importante que no es tan público. Por su estilo de vida, sus modales y su conducta, López Obrador no es un miembro del *establishment* político. Su austeridad, la ausencia absoluta de arrogancia, la firmeza de los valores morales, la sencillez, la costumbre de hacer política puebleando incansablemente, como lo hace Cárdenas, lo transforma en un modelo para la generación de 2000. Andrés Manuel ha regresado a Tabasco, no queda más que desearle buena suerte y muchos éxitos. El próximo presidente del PRD tendrá otras prioridades: ayudar a ganar una elección presidencial y poner bases firmes a la democracia interna, pero el espíritu no tiene por qué ser diferente.⁶

Bienvenidos a la cultura de la resistencia

El 11 de febrero de 1999 el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Francisco Barnés de Castro, propone establecer cuotas de inscripción y otros trámites. El 15 de marzo, en el Centro Médico Siglo XXI, el Consejo Universitario aprueba el Reglamento General de Pagos para elevar las cuotas. Los estudiantes se declaran en contra de la decisión, considerándola ilegal y arbitraria. Se organizan creando el Consejo General de Huelga (CGH). El 15 de abril realizan la Consulta General Universitaria. Setenta por ciento de 109,000 estudiantes se pronuncia en contra del Reglamento General de Pagos y por la gratuidad de la educación; 92% votó a favor de democratizar la toma de decisiones y por la transparencia en el manejo de los recursos de la universidad. El 18 de abril el CGH emplaza al paro general. El 20 de ese mes estalla la huelga.

A estas alturas ya nadie cree que el aumento de las cuotas sea la causa principal del conflicto en la UNAM. Un aumento que equivaldría hoy a 3% del presupuesto y dentro de un año a menos de 2%, no puede ser causa suficiente para un empecinamiento como el que han mostrado las autoridades. Una cuota que equivale a 456.75 pesos semestrales para los bachilleratos y 689 pesos para las licenciaturas, de la cual está eximido 10% de los estudiantes y que muchos pueden diferir, no es causa suficiente para que cientos de miles de ellos se vayan a una huelga indefinida y que ésta comience a extenderse a las principales casas de estudios superiores del país.

En el conflicto hay más, mucho más, que las cuotas y su resultado tendrá efectos de alcances aún difíciles de prever. Es ya evidente que para las autoridades y quienes están detrás de ellas, las cuotas forman parte de un proyecto mucho más vasto de transformación conservadora de la educación. Un proyecto que no es un secreto y que ha ido aplicándose en los últimos tres lustros. Las cuotas eran un clavo más en el ataúd del sistema de educación superior que se constituyó en parte al calor de la Revolución mexicana pero, sobre todo, al calor del movimiento de 1968.

Los estudiantes, por su parte, se fueron sumando lentamente, impulsados al principio más por la intransigencia y la arrogancia del adversario que por las cuotas. Pero en largas sesiones de discusión, en los repetidos actos de solidaridad, en las brigadas y las guardias, comenzó a surgir una nueva conciencia. Hoy, cuando Barnés está ya dispuesto a dialogar sobre las cuotas, ellos han ido mucho más allá. Están elaborando afiebradamente pliegos petitorios que contienen elementos de un contraproyecto, de una visión diferente del futuro de la Universidad y la educación superior. Puede ser aún vago, pero es auténtico y plantea las grandes interrogantes del siglo XXI desde un punto de vista diferente del de los pobladores del neoliberalismo.

El despertar estudiantil ha estado lleno de sorpresas y comienza a integrarse en la historia de una de las más grandes tradiciones mexicanas: la cultura de la resistencia popular contra la arbitrariedad, el privilegio y la exclusión. Primero vino la consulta que arrojó 100,000 votos contra las cuotas. Luego, las marchas multitudinarias con participación de las familias y la presencia cada vez más nutrida de trabajadores en lucha contra la privatización de la electricidad. No tardaron en aparecer la imaginación y la creatividad juvenil. En su crónica, Hermann Bellinghausen registra su reto: "Podrán cortar las flores, pero nunca detendrán la primavera" e "imagina tu propio mundo creando tu propia historia a partir de este momento".

Frente a la ofensiva generalizada del gobierno que, ciego, insiste en la intromisión de personas y fuerzas extrañas a la universidad, los insultos de algunos representantes de la empresa privada y la campaña ululante de los medios, las largas sesiones de discusión en las que se destilan consensos gota a gota, las brigadas de boteo y explicación en las cuales los protagonistas cobran confianza en sí mismos, están cambiando a los jóvenes que debían ser los portadores del individualismo, el pragmatismo y el interés descarnado. Gracias a ellos, la universidad se vuelve el tema de millones de amas de casa, los trabajadores y los jóvenes. Una vez más, la palabra "estudiante" comienza a adquirir ese aire de dignidad, ese sentido de misterio incitante que enfureció a los de arriba hace 30 años. Ahora, conscientes de la fuerza de sus esperanzas, los estudiantes rebeldes elaboran sus propuestas, y su reclamo se dirige a todos los ciudadanos.

Bienvenidos a la gran tradición mexicana de la rebelión y la resistencia. Una tradición sin la cual nuestra historia no sería lo que es. La reivindicación orgullosa e intransigente de la libertad contra la opresión que parece omnipotente, la solidaridad frente al utilitarismo descarnado, la dignidad frente a la arrogancia, la reivindicación del derecho frente a la arbitrariedad del poderoso. La resistencia incluso cuando la victoria parece una quimera y se tiene miedo. La resistencia cuando muchos otros se muestran pasivos.

Los estudiantes del 99 no son intelectuales marxistas dispuestos a ir a la cárcel por reivindicar su derecho a la libertad de pensamiento como José Revueltas, ni militantes de un movimiento cívico potosino, ni rebeldes armados de Chiapas. Pero tienen algo en común con ellos. Han decidido resistir a los de arriba, reivindicando el derecho de participar con dignidad y respeto en la renovación de su casa de estudios.⁷

La Primavera de Praga, veinte años después

Con la renuncia de Alexander Dubček el 17 de abril de 1969 a la posición de primer secretario del Partido Comunista Checoslovaco y el ascenso

de Gustav Husak, el intento de abrir camino a un socialismo democrático quedaba clausurado. Lo que la fecha nos recuerda es que en las sociedades estatistas del Este se produjeron frecuentes impulsos hacia un socialismo democrático. Sin embargo, los intereses burocráticos que se les oponían fueron demasiado fuertes. La ironía de la historia quiere que quienes los ahogaron en 1968 y luego en 1989 sean hoy los gobernantes, transfigurados de funcionarios comunistas en políticos nacionalistas o empresarios voraces. La metamorfosis de lo que Djilas llamo "la nueva clase" ha completado su ciclo.

En esa fecha, por primera vez desde que se iniciara el experimento que se conocería más tarde con el nombre de la Primavera de Praga, en abril del año anterior, los reformadores quedaron en minoría en los órganos directivos del partido. Consumado el relevo, se perpetró a toda velocidad la restauración del viejo régimen. Uno tras otro, los hombres que habían intentado introducir la democracia y el mercado socialista se vieron obligados a renunciar para abrir paso a los incondicionales de Brezhnev. Los directores liberales de los principales medios de difusión fueron despedidos, los funcionarios locales que habían apoyado los cambios perdieron sus puestos y en las fábricas comenzaron a multiplicarse los arrestos. Los años que siguieron fueron para Checoslovaquia de franco oscurantismo.

Hoy, tres décadas más tarde, sabemos que ésa fue la última oportunidad que tuvo el así llamado "mundo socialista" para adoptar reformas capaces de evitar el derrumbe. Su economía era aún pujante y su influencia en el mundo se mantenía. Cuando en 1989 Mijail Gorbachov intentó hacer lo mismo, ambas condiciones habían ya desaparecido y la restauración que siguió fue la del capitalismo.

La súbita muerte de la Primavera de Praga no fue el resultado de la acción de fuerzas internas. Los gobiernos del Pacto de Varsovia tomaron colectivamente la decisión de mandar sus tropas para ahogar el experimento. El desmantelamiento del gobierno que protagonizó la Primavera de Praga sólo fue posible después de la invasión armada del 20 de agosto de 1968. Así, mientras los gobiernos occidentales respondían a la rebelión estudiantil con reformas sociales que abrían paso a capas emergentes, las nomenclaturas del Este se refugiaban en el dogmatismo y la ortodoxia.

La corriente reformista checoslovaca nació en el seno del Partido Comunista y de círculos intelectuales en el año de 1967. Mientras economistas como Otto Sick pedían reformas en el sistema económico, y escritores como Milan Kundera exigían respeto a la libertad de expresión, Alexander Dubček retaba el poder del conservador Antonin Novotny, quien concentraba en sus manos la dirección del partido y del gobierno. En enero de 1968 el Comité Central eligió a Dubček secretario general, y la relación de fuerzas comenzó

proteccionista—basado en una política errónea de precios, subsidios y créditos, así como en el control del comercio exterior, sigue prevaleciendo. Bajo ese sistema, las empresas atarascadas, ineficientes y mal administradas no sólo sobreviven sino que a veces cuentan incluso con privilegios. No es posible seguir castrando indefinidamente la política económica para tomar de quienes trabajan bien y dar a quienes trabajan mal." El plan sostenía que el socialismo es imposible sin la actividad empresarial y que, por lo tanto, la democratización de la economía exigía la independencia relativa de las empresas del Estado y el derecho del consumidor de decidir libremente su estilo de vida, la elección de su actividad y la defensa de sus intereses.

Si todo eso parece actualmente muy poco, en su época fue suficiente para provocar la invasión de un ejército de 600,000 hombres y 7,000 tanques. La Primavera de Praga y su muerte violenta quedan en la historia como un momento a la ceguera política producida por la arrogancia, una advertencia muy actual contra las elites políticas que, embriagadas en el recuerdo del pasado, son incapaces de afrontar los retos de un presente en perpetuo cambio.⁸

Clientelismo de ayer, hoy y mañana

Uno de los adversarios más antiguos y persistentes de la república y la democracia en México ha sido el clientelismo. Ha estado con nosotros durante dos milenios y en vísperas del siglo XXI sigue presente en todas sus variantes. Institución flexible y compleja, se ha adaptado a todos los cambios políticos y los desarrollos sociales, demostrando que no desaparecerá por sí misma, partida por los vientos de la modernización. Para que ceda el terreno a la institución de la ciudadanía, deberá ser combatida tenazmente no sólo a nivel de las instituciones, sino también de la cultura. La creciente participación del pueblo en los asuntos políticos en este último cuarto de siglo ha modificado, pero no destruido, su importancia. En muchos lugares, incluso, el avance de la democracia electoral sólo ha servido para fortalecer elites locales formadas por jefes de grupos clientelares o para producir formas nuevas y más sofisticadas del mismo fenómeno.⁹

En México, las relaciones republicanas, pese a los sueños de sus fundadores liberales, han estado siempre entrelazadas con el poder de los caciques y los hombres fuertes, es decir, con el modo clientelar de hacer política. No sería exagerado decir que hasta hace relativamente poco, el sistema político mexicano podía merecer el nombre de una república clientelar.

El clientelismo es la relación en la cual una persona renuncia parcialmente o totalmente a su independencia política a cambio de la protección o los favores que le otorga un cacique, un patrón, un padrino o un caudillo. Esta relación,

a favorecer a los reformistas. En abril se aprobó un documento que condenaba las principales ideas de lo que más tarde se llamaría un "socialismo con cara humana". Pero esa corriente, por sí sola, no hubiera podido ir muy lejos en el marco conservador del partido. Para abrir decisivamente el camino al cambio, fueron fundamentales las manifestaciones estudiantiles, el apoyo popular y el respaldo de los medios de difusión. Desde mayo de 1968, todas las fuerzas confluieron para constituir, en términos nacionales, una coalición irresistible.

En ella convivieron varios proyectos. Sin embargo, en los escasos cinco meses (abril-agosto de 1968) de su auge, predominaron las ideas del Plan de Acción, aprobado en el mes de abril. Una breve revisión de algunas de sus tesis revela sus posibilidades como programa para una transición paulatina del estatismo autoritario a un socialismo democrático. Para calmar a los adustos ancianos que gobernaban Moscú, en la forma se ubicaba en el marco de la doctrina soviética oficial de la época. Cualquiera cosa hubiera sido equivalente al suicidio. Sin embargo, en su contenido, en términos políticos, proponían los primeros pasos para la transición a un nuevo modelo, y en lo económico contenía ideas innovadoras de un mercado socialista. No es necesario decir que su ingenuidad no engañó a nadie. El programa llamaba a poner fin a los métodos dictatoriales y burocráticos de gobernar y a instaurar un orden democrático basado en el reconocimiento de los derechos legítimos de los diferentes sectores de la sociedad y de las naciones que conformaban el país. Propone aprobar una ley para garantizar la libertad de los medios de difusión, aboliendo la censura y estableciendo la distinción entre las opiniones de éstos y las del gobierno.

Se llamaba a aprobar una ley para rehabilitar a los ciudadanos que habían sido perseguidos injustamente por motivos políticos y otra para consagrar la libertad de movimiento, incluyendo las largas estancias en el extranjero. Además, el programa pedía un cambio de actitud hacia las iniciativas de los ciudadanos, vistas hasta entonces como obstáculos a la gestión política centralizada. Los trabajadores debían tener la libertad de formar organizaciones autónomas e influir, por medio de ellas, en la política del Estado. Exigía la separación entre el Partido Comunista y el Estado y el apego a la ley en el ejercicio del poder.

Hoy el programa parece extraordinariamente moderado. No hay en él una palabra sobre pluralismo ideológico y partidista, división de poderes y elecciones competitivas. Las condiciones existentes en aquel tiempo no lo permitían, pero su aplicación sin duda habría desencadenado un proceso cultural y culminación no podría ser otra más que la democracia representativa.

En materia económica el plan llamaba a un cambio de actitud hacia la planeación y exigía impulsar el desarrollo de un mercado socialista. "El sistema

sobre todo cuando adquiere estabilidad, es la opuesta a la que existe entre el ciudadano y los órganos republicanos de gobierno. El "cliente" basa su relación con el poder en la lealtad que otorga a una persona. El ciudadano, en cambio, sólo da su lealtad a las instituciones republicanas y la ley que él mismo se ha dado. Para el cliente, el padrino está por encima de la ley y es el que determina el uso de los recursos escasos que tiene el Estado. Su acceso a esos recursos no es un derecho sino una concesión del poderoso, a cambio de servicios políticos. Para el ciudadano, en cambio, esos recursos tienen como origen los impuestos pagados por el pueblo y el acceso a ellos es un derecho. Su distribución no depende de la voluntad del funcionario. En la relación republicana, el político o funcionario es el portador de un mandato y ejerce temporalmente el poder que dimana de una institución.¹⁰

En la relación clientelar, el político o cacique es el detentador del poder y el árbitro de su uso. Su poder no depende de un mandato representativo y es más independiente que cualquiera de ellos. Mientras que la relación republicana está codificada por la ley, las relaciones padrino-cliente son informales y están ocultas al ojo de la opinión pública. La relación cacique-cliente contiene aspectos de voluntariedad y elementos de violencia. En el pasado, el patrón recurría con frecuencia a esta última; actualmente, éste es un recurso cada vez más difícil pero no imposible. La fuerza de la relación clientelar radica en que da al cliente un sentido de pertenencia y participación local, de la cual la relación ciudadana directa carece a veces. En la actualidad, las relaciones clientelares son —con excepción de algunas zonas rurales— bastante inestables. Las lealtades que puede convocar el padrino dependen de su capacidad de rendir servicios y distribuir recursos. En las ciudades deben ser refrendadas constantemente y los cuestionamientos y rebeliones no son infrecuentes. A menudo, el cacique debe pertenecer real o imaginariamente a la comunidad de la cual forman parte sus clientes y debe, incluso, estar preparado para enfrentar la crítica de sus dependientes.¹¹

Los objetivos de los grupos clientelares son siempre la expresión de intereses particulares y rara vez se mueven en función de los intereses o las ideologías de los grandes conglomerados. Las relaciones clientelares cruzan siempre las líneas divisorias entre las clases, frenando las alianzas horizontales y construyéndose, por lo tanto, en fuerzas defensoras del *statu quo*. Esto no quiere decir que las sociedades clientelares sean inmunes a las crisis sociales o incluso a las revoluciones, y México ha conocido ambas. En todas las revoluciones y grandes movimientos sociales de nuestra historia, el clientelismo ha estado presente, tanto en el campo revolucionario como en el contrarrevolucionario. Sin embargo, el clientelismo genera relaciones en las cuales la distribución del poder político y económico es altamente inequitativo y nun-

ca ha sido una fuerza democratizadora. Al tratar de mejorar su condición entrando en un grupo dirigido por un hombre poderoso, el cliente fortalece la posición del jefe en la elite local o nacional y ayuda a reproducir la exclusión del poder de todos los clientes en general. Los caciques o caudillos pueden ser reaccionarios o revolucionarios, tradicionalistas o modernizadores, pero nunca demócratas.

El ciudadano sabe que su integración al Estado-nación obedece a normas diferentes de las que rigen sus relaciones familiares, religiosas o de amistad. La división entre lo público y lo privado existe y es necesaria. En las relaciones tradicionales, en cambio, lealtades familiares y de grupo local se entretienen informalmente con el ejercicio del poder y los derechos políticos, los movimientos populares y las organizaciones gremiales. El clientelismo, en cambio, es un obstáculo a la participación directa de los ciudadanos en la democracia, la cristalización impersonal de los derechos humanos, el estado de derecho y el desarrollo de los ideales como factores movilizados de la acción social.

Existen diferentes opiniones sobre el papel del clientelismo en la sociedad moderna, su impacto en el desarrollo de la democracia y la participación independiente de los ciudadanos. Evidentemente, el fenómeno no puede desligarse de las condiciones históricas en las que se produce y de su articulación con otras formas de hacer política. La transición de las relaciones clientelares a la ciudadanía es lenta y accidentada y puede producir un sinnúmero de condiciones intermedias.¹²

La historia del clientelismo en México es muy larga y se remonta a la época prehispánica. En la época colonial se modificó y fortaleció con las tradiciones ibéricas de dependencia feudal. En el México independiente, la república nació con una superestructura frágil sobrepuesta a un mar de estructuras políticas locales en las cuales el hombre fuerte (militar o no) imponía su voluntad con la ayuda de los caciques. Durante los primeros 50 años, la república se gesta en las ciudades, en los cónclaves de los licenciados, mientras que el poder verdadero se encuentra en las manos de caudillos y caciques que actúan al margen de las efímeras constituciones y las débiles instituciones republicanas. En la medida en que fracasan, uno tras otro, los intentos de crear gobiernos republicanos centrales y estables, y declina el poder aglutinador de la Iglesia, se consolida el poder de los caudillos, los caciques y los grupos clientelares. Pese a los esfuerzos de los liberales, el sistema que emerge de la Reforma es una república clientelar.

Los años de 1870-1910 son el primer periodo de estabilidad que conoce México. Díaz se establece como la cabeza de un sistema de caudillos y caciques unidos por los beneficios y seguridades que el presidente puede ofrecer. El oaxaqueño permitió que los hacendados conservaran el poder lo-

cal a cambio de que no lo cuestionaran a nivel nacional. Su condición real es la de un caudillo de caudillos.

El auge económico y la inversión extranjera crearon la oportunidad de repartir la abundancia, y Díaz, apoyado por una nueva burocracia, se encargó de distribuir los beneficios de manera que sirvieran para consolidar el sistema piramidal de poder informal. Las oportunidades y las canonjías fluían desde el gobierno central a los jefes locales, quienes cedían parte de ellas a sus subordinados. De esa manera, estos últimos tenían más que ganar en la colaboración que en la oposición al sistema. El acceso a éste dependía exclusivamente de las relaciones personales y aquellos que no estaban dispuestos a acatar sus reglas o no sabían cómo jugar el juego eran excluidos. La debilidad del sistema fue su falta de institucionalización. Díaz nunca creó un partido serio o instituciones con una dinámica autónoma. Todo dependía de su habilidad de mantener sus lazos personales con las elites de terratenientes y empresarios locales y sus clientelas.

Estalla la Revolución y se derrumba el poder central construido por Díaz. Con ella la fachada republicana del sistema político se hunde y la realidad clientelar se revela en toda su fuerza. Pese a los esfuerzos iniciales del Partido Liberal, los anarquistas o el Partido Antirreeleccionista, la Revolución no es dirigida por partidos políticos con idearios definidos como sucedió en Rusia, China o Vietnam. Son los caudillos y los caciques quienes ocupan en forma natural y sin mucho esfuerzo el espacio dejado por la caída del viejo dictador, aun cuando ninguno de ellos pudo establecerse como caudillo supremo. Algunos son jefes locales que se han distinguido ya en la lucha contra el sistema. Otros surgen desde abajo en la cresta de la insurrección popular. Pero la mayoría son viejos hacendados y rancheros que formaban parte del sistema porfiriano y que se suman a las fuerzas revolucionarias con sus huestes de peones y clientes. Los ejércitos que se disputan el poder tienen todos, con excepción del zapatista, una estructura caudillista y clientelar. Su estructura es la de federaciones de grupos clientelares. La solidaridad horizontal de clase o ideología se ve mediada eficazmente por la lealtad vertical al caudillo.

En los años veinte, el poder de los caudillos y los caciques es tal, que la república posrevolucionaria y el poder central tienen una vigencia limitada amenazada constantemente a nivel local e incluso nacional. Sin embargo, de los diez años de guerra civil ha surgido una nueva cultura y una nueva ideología que funcionan como cemento de la sociedad que va definiendo los rasgos de un nuevo sistema.

La fundación en 1929 del nuevo partido político de la familia revolucionaria, crea las condiciones para cambios fundamentales en la estructura de poder. En ella los caciques locales se mantienen, pero su poder es reduci-

do por la emergencia de un poder contractual. Éste está basado en el pacto corporativo entre el gobierno central y las masas organizadas en los sectores del PRI. Así, durante 70 años, el sistema mexicano descansó en dos redes clientelares diferentes. La primera va de la presidencia a los caciques locales con poder propio. Esos caciques eran bastante estables, manteniendo incluso su posición en la familia durante generaciones, como es el caso de los Figueroa en Guerrero. La segunda, que permeaba la relación directa del Estado central con las masas organizadas, era fluida y cambiante, y abría las puertas a una gran movilidad social. Sobre todo porque, al ser altamente centralizado, el cambio de presidente cada seis años abría posibilidades a nuevas hornadas de dirigentes. Vale la pena examinar este sistema un poco más de cerca. En él, una carrera exitosa exige que las relaciones clientelares sean medidas e inestables. La lealtad debe ser suficiente para asegurar el avance de la camarilla, más no excesiva, puesto que el futuro del jefe de grupo no está asegurado. El resultado es una elite móvil que, sin dejar de normarse por las leyes de la política de camarillas o las lealtades clientelares, está compuesta por individuos que juegan en varios bandos a la vez. La fluidez de las elites descansa en la solidez y permanencia de las organizaciones populares que les servían de base, y que reducían los riesgos implícitos en la circulación de las elites, ya que estaban disponibles para ser usadas por quien llegara a la cabeza de la pirámide.

Durante medio siglo el PRI gobernó el país como una inmensa república clientelar. Para acceder a los beneficios sociales que proporcionaba el Estado, la mayoría del pueblo debía renunciar a sus derechos políticos, sobre todo al derecho de organización independiente. A cambio de beneficios materiales y sociales, sectores importantes de la sociedad aceptaron la subordinación política. Los beneficios sociales eran presentados como dádivas que obligaban a un acto de reciprocidad, sobre todo a nivel local o regional. Los beneficios fueron la tierra, la educación rural, el seguro social, los derechos sindicales, la vivienda popular... La retribución se manifestaba en el voto por el PRI, la movilización para sus actos, la aceptación de la autoridad de sus agencias o las del gobierno a nivel local y, en general, la tolerancia de las corruptelas e intransigencias del régimen corporativo. Con el control casi totalitario que ejercía el gobierno a través del fraude electoral, la manipulación política de los créditos y precios agrícolas y la gestoría monopólica de las demandas populares a nivel local, el PRI-gobierno, o el gobierno-PRI, tenía los medios para asegurarse que el pueblo cumpliera con su parte del pacto clientelar. La omisión o la resistencia eran castigadas con la exclusión o la represión. La amenaza de la coerción flotaba siempre en el aire. Basada en valores ancestrales y voluntaria, la relación clientelar recurría inevitablemente al uso de la violencia. Promovida por la competencia de las comunidades por el acceso a medios

escasos, la relación adquirió una estabilidad y una pesadez insuperable. Aun cuando la rebelión contra ese estado de cosas no era infrecuente, casi siempre se dirigía contra un cacique, un gobernador o un agente de los bancos agrarios particularmente corrupto y arbitrario, y rara vez contra el sistema clientelar como tal.¹³

En los últimos 20 o 30 años, el sistema entra en crisis. México ha estado transitando de una república clientelar a una república de ciudadanos. Obligado a reducir la omnipresencia del Estado y los beneficios sociales y a renunciar a algunos de los viejos mecanismos de control, el grupo gobernante ha tenido que buscar formas de dominio más sofisticadas e indirectas y abrir paso a la expresión de impulsos ciudadanos cada vez más poderosos. En la actualidad, el país es un mosaico en el cual conviven desde el más brutal clientelismo tradicional hasta expresiones avanzadas de pluralismo ciudadano; desde las regiones totalmente dominadas por el caciquismo rural o urbano, hasta ciudades y villas en las cuales las libertades ciudadanas, el pluralismo y los derechos de asociación se abren paso. Para la mayoría de los ciudadanos de ingresos bajos y de las zonas desfavorecidas, las reformas democráticas en las alturas tendrán poco significado mientras no se materialicen en las aldeas, los barrios, los municipios y las delegaciones. Y para llegar a ello, queda un largo camino por recorrer.¹⁴

Confrontados con una creciente ola de luchas populares independientes desde los años sesenta, los gobiernos promovieron diferentes programas de desarrollo rural al margen del aparato burocrático tradicional. Su propósito era reducir la corrupción y la ineficiencia existentes y establecer relaciones más flexibles con las nuevas organizaciones populares, rejuveneciendo al sistema con las fuerzas emergentes de la sociedad. Se comenzó a tolerar su independencia sin cerrarles el camino a los servicios públicos, a cambio de su renuncia al ataque frontal del gobierno y la movilización antigubernista de sus huestes. El más ambicioso de esos planes fue el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL).

El PRONASOL se inició con el objetivo principal de cambiar la relación de poder entre el aparato burocrático y las organizaciones independientes, reduciendo las tensiones existentes, pero el resultado para la mayoría de los casos fue la sustitución de viejas formas de clientelismo por otras nuevas, más sofisticadas. En muchos lugares, las relaciones clientelares se combinaron con la apertura de espacios a la vida autónoma de organizaciones populares críticas del régimen pero de una orientación moderada. En sus años de existencia, su impacto sobre la pobreza es materia de acalorada discusión. Su eficacia política, en cambio, no deja lugar a dudas. El sistema que, como se sabe, impulsa programas de ayuda comunitaria en regiones muy desfavorecidas, ha

acabado por constituirse en una nueva política de masas de los gobiernos priístas. Con él se pretende debilitar relaciones caciquiles tradicionales, abriendo paso a nuevas relaciones entre el Estado y los sectores populares organizados localmente.

Durante el gobierno de Salinas, Solidaridad creó 10,000 comités locales, 40% de los cuales seguía funcionando al iniciarse el gobierno del presidente Zedillo. Esos comités, controlados por los promotores del programa, combinaron cierto grado de autonomía popular con una acrecentada influencia gubernamental.

Desde un principio, gran parte de los recursos se dedicaron a recuperar zonas en las cuales crecía la influencia del PRD. En las elecciones de 1991, el PRI protagonizó un regreso triunfal y las encuestas demostraron que el PRONASOL comenzaba a ser más popular que el partido gobernante. Un año más tarde, en 1992, 12% de todo su presupuesto se invirtió en el estado de Michoacán, uno de los principales reductos del partido de oposición, para frenar su avance. Y en ese caso también, el gobierno logró sus objetivos. Sin embargo, a partir de 1997, el voto ciudadano y la defección de múltiples grupos clientelares de los marcos así creados se ha traducido en grandes derrotas electorales para el PRI.¹⁵

Una forma todavía más inestable del clientelismo en un sistema en el cual el fraude electoral pierde eficacia, es la compra del voto a cambio de regalos o canonjías. Sin embargo, todo indica que se practica profusamente y se seguirá practicando. La compra-venta del voto hace evidente una relación que niega la relación representativa. El súbdito entrega al político su voto para que ejerza el poder como si éste fuera una propiedad, un negocio o una concesión a cambio de un bien o un favor. Ninguno de los dos se da cuenta de que el depositario del poder es el cliente. El pobre, el analfabeta, el oprimido, sabe perfectamente que si el poder estuviera en sus manos, no viviría como vive. El poder está en manos del político y él puede utilizarlo para perjudicarlo o beneficiarlo. Ergo, si el político quiere algo, debe dar algo a cambio. De ahí el famoso dicho campesino: "Sólo el pendejo le cree al político; si quiere tu voto, que pague", o bien, desde el otro extremo del pacto clientelar, la frase que se atribuye a Plutarco Elías Calles: "Los campesinos deben entender que si quieren tierra deben entregarnos el poder". La relación queda así legitimada en sus dos extremos.

La compra del voto sólo es posible en un medio en el cual predomina la pobreza extrema, el desconocimiento de los derechos ciudadanos o la existencia de caciques cuyo poder recurre frecuentemente a la violencia. En casos extremos, las tres condiciones coexisten. Para los partidos políticos, la lucha contra el clientelismo electoral y la compra del voto —en la medida que

deseen darla— presenta muchos problemas. En determinadas condiciones, puede entrañar la pérdida de votos de los sectores más oprimidos y atrasados. También puede significar la salida de sus filas o la hostilidad de poderosos jefes de grupos clientelares. Por otro lado, en sectores cada vez más amplios de la población, crece la conciencia ciudadana y la oposición a prácticas como la compra de votos y los partidos que las toleran. Desde el punto de vista exclusivamente pragmático, se impone la decisión casuística que a veces tolera y otras combate las prácticas clientelares. Pero ¿qué sucede si el partido no se concibe solamente como un medio para ganar elecciones, sino como una fuerza que promueve la democratización? Entonces tendría que idear métodos para frenar el clientelismo electoral o de cualquier otro tipo y fortalecer el ejercicio de los derechos ciudadanos.

A nadie sorprende que el PRI haya recurrido a prácticas clientelares: es un partido clientelar por excelencia que sólo combatió a determinados caciques o grupos clientelares cuando éstos se oponían a la implantación de las políticas impulsadas en el centro. Pero a nivel local, la mayor parte de las veces sirvió de espacio para articular formas tradicionales de ejercer el poder con instituciones modernas. En eso estaba la fuerza que ahora lo abandona a ojos vistos.

La fuerza y la persistencia del fenómeno se manifiesta también en la trayectoria del PRD. Fundado hace sólo once años, es definido por muchos de sus militantes como un partido de izquierda. Sin embargo, en sus relaciones con la sociedad y en su vida interna, se perciben numerosos síntomas de clientelismo. Muchos de sus dirigentes son cabeza de grupos clientelares y no dudan en movilizar a sus huestes para influir en las elecciones internas de ese partido. Como miembros del PRD están sometidos a los estatutos que les impiden permanecer en puestos de dirección por largo tiempo, pero en su grupo clientelar pueden alargar indefinidamente un poder que, si bien es informal, es muy real. También se han hecho públicos casos en los cuales han tratado de inducir el voto en elecciones locales por las vías tradicionales. Es indudable que en el PRD el poder de los jefes clientelares no es un fenómeno marginal. Y aun cuando casi todos esos grupos son inestables, representan un contendiente serio a la autoridad de los órganos de dirección electos y contribuyen a veces a su desestabilización, como sucedió en las elecciones internas de marzo de 1999. Por todo ello, el problema del combate contra el clientelismo y las camarillas se transforma en un tema central en el desarrollo de ese partido en la medida en que mantiene su objetivo de transformarse en fuerza democrática de izquierda.¹⁶

¿La gran alianza para 2000?

El 27 de febrero, Cuauhtémoc Cárdenas plantea que debe realizarse una elección primaria con candidatos de todos los partidos que estén decididos por un cambio de régimen político y seleccionar un candidato común formando una gran coalición.

El 29 de marzo, Santiago Creel, Vicente Fox y Porfirio Muñoz Ledo dialogan sobre la posibilidad de una alianza opositora para 2000.

El 23 de abril, la dirigencia del PRD hace la primera invitación a Felipe Bravo Mena del PAN para reunirse con Pablo Gómez y dialogar sobre la alianza. El 29 de abril el CEN del PAN acepta. De concretarse la alianza se conformaría por el PRD, PAN, PT y PVEM.

Cuando hablamos de alianza de la oposición para las próximas elecciones, debemos considerar dos escenarios muy diferentes. El primero es el de las alianzas entre uno de los grandes partidos o candidatos principales (porque ahora hay en la oposición candidatos presidenciales con fuerza propia, igual o mayor que la de sus organizaciones) y varios partidos o asociaciones políticas menores. El segundo es el de la alianza PAN-PRD y sus poderosos candidatos a la presidencia.

El primero no ofrece demasiadas dificultades. Es evidente que varios de los partidos más pequeños están ya negociando su alianza con una de las organizaciones grandes o entre sí. En la mayoría de los casos, se trata de una medida de supervivencia legítima que incide poco en el panorama general. El segundo, en cambio, tendría un impacto muy profundo en la sucesión presidencial y la vida nacional en general.

La idea de la alianza entre el PAN y el PRD para dar fin a la era del partido único tiene una larga historia. Se habló mucho de ella después del fraude electoral de 1988, la crisis económica de diciembre de 1994 y en vísperas de las elecciones de 1997. Hay incluso políticos destacados como Manuel Camacho que han defendido la idea en forma sostenida desde hace cinco años. Esta vez fue Cuauhtémoc Cárdenas quien la volvió a plantear con fuerza en marzo de este año y desde entonces los dos partidos mantienen pláticas sobre el tema. No estamos entonces ante un asunto de coyuntura electoral, sino ante uno de los grandes problemas de la transición democrática. El tema seguirá siendo actual mientras no se haya logrado el fin del viejo sistema corporativo y por eso vale la pena examinarlo un poco más a fondo.

La mejor forma que pudo haber tomado la transición a la democracia era un pacto entre todas las fuerzas políticas importantes del país. Esto equivale a un acuerdo entre gobierno, partidos políticos y fuerzas sociales organizadas, para pasar del régimen corporativo a un auténtico régimen plura-

lista. Un acuerdo de ese tipo, en el cual las fuerzas dominantes en el viejo sistema pactaran con las fuerzas emergentes ligadas al nuevo las condiciones de lo inevitable, le hubiera ahorrado al país tiempo, muchas inseguridades, miles de millones de pesos y, probablemente, el ascenso irresistible del crimen y el narcotráfico.

En ese acuerdo, las viejas fuerzas dominantes habrían accedido a colaborar plenamente a partir de cierta fecha en el establecimiento del pluralismo democrático, y las fuerzas ascendentes a renunciar a ajustes de cuentas sobre el pasado y las coaliciones antiPRI en el presente. Pero eso no se produjo. Las fuerzas del viejo régimen prefirieron alargar la duración de su hegemonía otorgando exclusivamente las concesiones que las circunstancias le imponían. Y así, 20 años más tarde, pese a cambios importantes, el PRI sigue en el poder y, como lo han demostrado las últimas elecciones locales en Guerrero, Estado de México y Nayarit, amenaza con hacer uso de los restos del viejo sistema para perpetuarse otros seis años.

A esas alturas, la idea de la transición negociada entre las fuerzas dominantes y las emergentes es ya inviable. Como lo prueban los fracasos de las recientes iniciativas de reforma en la cámara de diputados, nada va a suceder antes del año 2000 y si el PRI triunfa, tampoco después. Deben entonces buscarse nuevas formas de transición en las cuales la separación del PRI —esta gran fuerza conservadora en materia de democracia— del poder, se transforma en el objetivo principal. Si no se puede pactar con el PRI, hay que derrocarlo a toda costa en las urnas.

La derrota del PRI puede realizarse por dos vías diferentes: la primera es el triunfo electoral del candidato del PAN o del PRD por separado con sus respectivos aliados. La segunda es la alianza entre los dos grandes partidos y la mayoría de las demás organizaciones que se ubican en la oposición.

Coincido básicamente con el análisis que hace Alberto Aziz Nassif en *La Jornada* del día martes 6 de julio. En las condiciones actuales es difícil que uno de los dos partidos pueda, por sí mismo, ganarle al PRI. Muchas experiencias, entre ellas las últimas de Guerrero y el Estado de México, demuestran que aun cuando la oposición tenga mejores candidatos, una propuesta más atractiva y una propaganda más inteligente, en un esquema de competencia tripartita o aún más dispersa, sus probabilidades de ganarle al PRI son reducidas. Y si eso es cierto en los estados, lo es más aún a nivel nacional.

Ergo, si el primer paso en el establecimiento de un régimen democrático auténtico es desplazar al PRI del poder durante un lapso prolongado y ninguno de los partidos de la oposición está seguro, por sus propias fuerzas, de lograrlo, se impone una coalición PAN-PRD. Pero la función de esa coalición no termina el 3 de julio de 2000. Para cumplir con su cometido, deberá ser la ba-

se de un gobierno que funcionará en forma estable durante los siguientes seis años y que tendrá un compromiso explícito y claro con la sociedad para realizar los objetivos democratizadores ya citados. Así, las discusiones sobre la coalición deben abarcar dos problemas muy diferentes: el electoral y el del gobierno de coalición.

Hemos oído mucho sobre el primero y casi nada sobre el segundo. El PAN y el PRD parecen decididos a discutir hasta el cansancio las formas de elección del candidato pero no nos han dicho cómo superarán experiencias pasadas negativas para crear un gobierno de coalición estable, eficiente y confiable, asunto todavía más complicado que la alianza electoral.

Naturalmente, una parte del electorado está dispuesta a seguir a un candidato si éste le gusta, sin pedir demasiados detalles sobre partidos y programas. Después del triunfo le otorgarán, por lo menos durante un tiempo, su confianza incondicional para que organice su propio gobierno. Otro sector apoyará a quien sea, con tal de deshacerse del PRI y la herencia de 70 años de trácala que lo señala. Después se contentará con algunas mejoras modestas. Si predomina esa mentalidad y gana un candidato opositor sin compromisos con una gran alianza PRD-PAN, las posibilidades de cesarismo son grandes.

Pero hay un electorado politizado bastante numeroso que exige más que eso. Quiere saber qué medidas se tomarán para asegurar la estabilidad del nuevo gobierno y el cumplimiento con los compromisos establecidos durante la campaña. Sería un error subestimar su importancia. En una contienda cerrada, podría ser decisivo.

Hay más. El fracaso de un gobierno de coalición sería fatal para el país y abriría las puertas al regreso a la tradición autoritaria. Un sentido elemental de responsabilidad exige tomar todas las medidas necesarias para que eso no suceda. De ahí se deriva un serio compromiso de los dos principales partidos de la oposición.¹⁷

Amalia García y las alianzas

Amalia García ha tomado posesión de su nuevo cargo a la cabeza del PRD. En general, ese partido ha acertado en la elección de sus presidentes. Y eso es muy importante, porque debido a la debilidad de sus instituciones, la figura del dirigente principal cuenta mucho.

Hasta ahora, otros funcionarios han sido personas cuyas cualidades corresponden a las necesidades del momento. Cárdenas fue el presidente ideal para el periodo fundacional del partido. Símbolo de la insurrección electoral de 1988, portador de la confianza y las esperanzas de la heterogénea multitud que participó en la creación de la organización, sirvió de factor aglutina-

dor irremplazable. Porfirio Muñoz Ledo, quien ocupó esa posición durante los años 1993-1996, contribuyó con su conocimiento del mundo político mexicano a establecer relaciones y estilos necesarios para el trato con el gobierno y el trabajo en el medio parlamentario, sobre todo después de un periodo de represión y aislamiento. Cuando llegó Andrés Manuel López Obrador, el partido debía a toda costa salir de su marasmo electoral, y para esa situación, la audacia en las alianzas y la sensibilidad para prever e influir en los virajes de la opinión pública, fueron cualidades decisivas para elevar sus votaciones. Eso no significa que los presidentes pasados hayan tenido todas las cualidades que el partido necesitaba o que carecieran de defectos y limitaciones. Simplemente quiere decir que sus cualidades fueron las apropiadas para las necesidades del momento.

La pregunta que todos nos hacemos es: ¿tendrá Amalia García, la nueva presidenta, las cualidades específicas que necesita el PRD para hacer frente a las pruebas que lo esperan en los próximos tres años? Mi respuesta es optimista. Estoy convencido de que cuenta con ellas y que podemos esperar mucho de su desempeño. Mi pronóstico puede estar equivocado, pero no es ligero: baso mi respuesta en el conocimiento detallado de su historia política personal y en una evaluación realista de los principales problemas que esperan al PRD en el próximo trienio.

Comencemos por los problemas:

- a) Durante el primer año de la gestión de Amalia, el PRD deberá concentrar sus esfuerzos en ganar la presidencia de la República o, en su defecto, elevar su participación a todos los niveles del gobierno. El camino que lleva a ese objetivo pasa inevitablemente por la alianza de la oposición. Si el PRD logra resolver con éxito ese reto, habrá ayudado de manera decisiva a acelerar el desarrollo de la democracia en nuestro país.
- b) Para insertarse definitivamente en la vida nacional como el partido de la izquierda mexicana, el PRD debe definir en la teoría y la práctica, en sus estrategias y su acción cotidiana, en su actividad de oposición y de gobierno, a nivel nacional y local, su contribución particular al desarrollo de la nación. Si lo logra su lugar en la historia del siglo XXI está asegurado. Los liberales del siglo XIX le dieron a México la soberanía y la fundación de un Estado moderno. Los revolucionarios de 1910-1940 le dieron la reforma agraria y el Estado benefactor autoritario. El PRD puede imponer su lugar en la historia si se transforma en el abanderado consecuente y perseverante de una solución al problema social, vale decir, la división

de la nación mexicana en dos naciones: una, mayoritaria, de los que carecen de las cosas básicas, y otra, muy minoritaria, que goza de privilegios fuera de toda proporción; vale decir, a la integración plena de las mayorías en un gran mercado nacional de 100 millones de personas. Además, debe distinguirse por una visión de la democracia que no se limita a las esferas del Estado, sino que penetra todos los poros de la vida nacional: la familia, la relación entre los géneros, la calle, la escuela y el trabajo.

- c) El PRD nació como una coalición de grupos, partidos y movimientos. En los diez años de su historia, pese a todos los conflictos y oscilaciones, ha avanzado en su implantación en la vida nacional y en su cohesión. Pero dista mucho de ser el partido unido, disciplinado y moderno que necesita la izquierda para el siglo XXI. Para serlo, debe disminuir el peso de las camarillas, las personalidades y los intereses particulares, y fortalecer la presencia de las instituciones, los miembros de base y la ideología.

Debido a limitaciones de espacio, sólo podremos hablar aquí de las aptitudes de Amalia para el primero de esos objetivos: la política de alianzas, dejando para artículos próximos el desarrollo de un proyecto de nación y la construcción del partido.

El PRD se interna inevitablemente en un periodo de alianzas y coaliciones. Existen varios escenarios posibles: el primero es la gran alianza de los ocho partidos con el PRD-PAN en el centro. Pese a que éste tiene muchas posibilidades de éxito, no hay aún garantías plenas de que se concrete. En caso de que no sea así, surgirá una alianza de centro-izquierda entre el PRD, otros tres o cuatro partidos más pequeños y muchas otras organizaciones locales. Además, después de las elecciones vendrá un gobierno de coalición de algún tipo, ya que la posibilidad de que el PRD obtenga más de 50% de la votación y gobierne solo es remota. Alianzas y coaliciones exigen firmeza de principios, claridad de objetivos, nobleza, mente abierta, simpatía personal, tolerancia, paciencia, fidelidad a la palabra, habilidad y astucia. Amalia tiene la mayor parte de esas cualidades y suficiente confianza en sí misma para rodearse de gente que posea las demás.

Cuenta con muchas simpatías y respeto entre líderes de opinión de las más diversas tendencias y políticos de posiciones encontradas a la suya: Miguel Ángel Granados Chapa ve en ella una garantía para el avance de las gestiones unitarias de la oposición. Sergio Sarmiento saluda su tranquilidad, su tono mesurado y sus aportaciones a la política de alianzas de su partido. Jaime Sánchez Susarrey piensa que "por su trayectoria y sus posiciones ideológicas,

Amalia García podría ser el líder que necesita el movimiento neocardenista [*sic*] para adoptar una imagen y un lenguaje verdaderamente modernos". Adolfo Sánchez Rebolledo concede que Amalia ha sabido cultivar un trato maduro y respetuoso, y Vicente Fox dijo de ella: "Con Amalia tenemos a una persona de muy amplio criterio, muy universal en sus pensamientos, una persona con la que seguramente podremos platicar y avanzar en el asunto de la alianza". Juan José Hinojosa dice que en los pasillos del cabildeo político, en las opiniones que forman opinión, en la militancia perredista, la llegada de la senadora ha merecido elogio y despertado esperanza en los esfuerzos por fortalecer y consolidar la democracia en México.

En la dirección pasada, Amalia fue una de las arquitectas de la política de alianzas que llevó al PRD a ganar las primeras gubernaturas, sobre todo la de Zacatecas. Posee además, por su origen familiar y su trayectoria política, una formación que le permite moverse con gran soltura y con plena confianza en los medios más diversos: desde los diplomáticos que frecuentaba su padre hasta la célula semilegal de la oposición comunista de su juventud, pasando por la aldea campesina y el centro minero de su natal Zacatecas y las miles de entidades que visitó en cuatro intensas campañas electorales, Amalia ha tenido largas permanencias en ambas cámaras. Todo indica que ella puede ser el factor clave de las inevitables alianzas que tendrá que tejer el PRD en cualquiera de los escenarios ya citados.¹⁸

UNAM: nuevas posibilidades de solución

La huelga estudiantil en la UNAM estalló el 20 de abril de 1999 demandando el mantenimiento de la institución como una universidad pública y gratuita y oponiéndose al plan del rector Francisco Barnés de imponer cuotas a sus estudiantes. Su estallido fue decidido en muchas escuelas en asambleas generales multitudinarias, y en otras en plebiscitos realizados para tal efecto. El movimiento estudiantil incluyó varias grandes manifestaciones y tres consultas a estudiantes y habitantes de la capital. Conforme se prolongó la lucha, el Consejo General de Huelga, organismo dirigente del movimiento, sufrió fuertes divisiones y enfrentamientos entre corrientes. El 6 de febrero de 2000 la huelga fue aplastada mediante la ocupación de las instalaciones universitarias por parte de la Policía Federal Preventiva.

Han transcurrido 121 días de huelga en la UNAM y todos estamos preocupados por su futuro. El paro estudiantil ha servido para alertar a la comunidad universitaria y la opinión pública sobre la gravedad de los problemas que aquejan a la institución. La idea de que esta casa de estudios está necesitada de una reforma profunda se está abriendo paso en muchos círculos que hace

sólo algunos meses se mantenían pasivos u opuestos a ella. En los últimos diez días, amplios sectores de la academia se han puesto en movimiento tal y como lo demuestra la iniciativa de los ocho eméritos y la avalancha de apoyos que ha recibido. Ha servido también para que el rector, doctor Francisco Barnés, modifique tardíamente su apreciación de la situación. El discurso que pronunció el lunes 16 del presente en el Palacio de Minería está muy lejos de sus posturas del mes de marzo y la intransigencia de los meses que siguieron.

En esa ocasión dijo: "Del conflicto actual todos hemos aprendido. Los universitarios estamos conscientes de que debemos renovarnos en un sentido más profundo de lo que hasta hace poco imaginábamos". Y más adelante: "Estoy convencido de que en este proceso de discusión deben participar las diversas y múltiples voces de la comunidad universitaria". En otras palabras, el rector reconoce que la gravedad de los problemas que enfrenta la universidad es tal, que éstos no pueden ser resueltos por simples medidas administrativas. Se hace necesaria una reforma de fondo ("profunda" según él). Además, ha acabado por aceptar que la reforma no puede ser obra de un pequeño grupo de funcionarios o expertos ni responder a una visión única. Al respecto, abundó: "Es a la comunidad universitaria, con su diversidad de interlocutores, de argumentos y de posiciones, a la que, como rector, me siento obligado a responder, incluso más allá de mis propias ideas [...] para construir una visión más rica, más representativa del sentido universitario".

Hay muchos que hemos estado convencidos de la verdad de esas dos ideas, mucho antes del estallido del conflicto: la UNAM no ha asimilado creativamente los cambios acaecidos en el país y en el mundo en las últimas dos décadas. Por lo tanto, su orientación y su estructura se rezagan. No corresponden ya a la función que le ha asignado la sociedad, a los intereses legítimos de amplios sectores de la comunidad universitaria y a los retos en materia de ciencia, tecnología y educación que plantea el mundo actual. Se impone por ello —en efecto— una reforma profunda que además es ya inaplazable.

Para que esta reforma sea efectiva, para que refleje los cambios epocales en ciencia y tecnología, para que reciba el aval y el apoyo activo de los diferentes sectores que componen la comunidad universitaria, debe ser una "reforma compartida". Vale decir, debe recoger las diferentes posiciones y considerar todos los intereses legítimos, esto es, los intereses de quienes van a ser actores en el proceso de cambio. Esa posición no era aislada. Las ideas estaban ya presentes en las pláticas y discusiones que sostenía con mis compañeros maestros e investigadores, así como en múltiples publicaciones sobre los problemas de la educación superior. Pero ha sido necesaria una larga huelga para que se divulguen ampliamente y sean objeto de tomas de posición por parte de miles de personas. Y sin esas tomas de posición no puede haber acción consciente y coincidente.

No estoy seguro de que las declaraciones del rector sean sinceras. Su conducta en el pasado no las avala. Por el contrario, en ella predominó la soberbia del pensamiento único, la resistencia a la pluralidad y la negación empecinada a tomar en cuenta intereses legítimos. Es más, la traumática experiencia del congreso de 1990, después del cual la administración universitaria incumplió sus compromisos públicos, engañando a estudiantes y académicos, lo obliga a respaldar su nueva posición con hechos que demuestren que el cambio de discurso es algo más que un recurso táctico. Y en la situación actual, esos hechos deben responder al conflicto y servir para demostrar a estudiantes, académicos y trabajadores que, esta vez, el rector y con él la administración de la UNAM van a cumplir sus promesas.

La UNAM tiene una larga historia, y para la reforma hay que partir de ella, no de un modelo importado. En realidad, los modelos no son, frecuentemente, más que la condensación de experiencias de otras latitudes. Hay muchos modelos de universidad que producen profesionistas de alto nivel y cada uno de ellos se adapta a condiciones sociales y culturales diferentes. El Technion de Haifa es muy diferente de Harvard, pero se adapta mejor a las necesidades de Israel. Kioto no es Chicago ¿Y qué? Estoy convencido de que existe una "vía mexicana" a la excelencia científico-técnica. Una vía que tome debida cuenta de nuestras fuerzas y nuestras limitaciones, que esté inscrita en nuestra cultura y no sea externa a ella. Dicha vía debe recoger todas las funciones sociales propias de un sistema de educación superior surgido de la Revolución mexicana y las luchas estudiantiles y populares de los últimos 30 años y, a la vez, responder decididamente a los retos de excelencia científica de principios del siglo XXI. Cuando el rector actual dice que "la UNAM es una universidad pública que asegura a los mexicanos la igualdad de oportunidades [...] que debe conciliar una alta exigencia académica con un claro compromiso social [...] que en ella no puede prevalecer una visión única de persona alguna, de grupo o de partido y que su pluralidad debe ser promovida en todos sus órdenes con sustento en la autonomía con que la dotó el pueblo de México", está en buen camino. Pero ¿qué relación tiene eso con las tendencias de los últimos quince años y las medidas que provocaron la huelga?

Respecto de la huelga estudiantil pueden tomarse dos actitudes: la de Ignacio Burgoa, que ve criminales en los estudiantes a los cuales hay que aplicar la ley con ayuda de la fuerza pública, y la de los ocho eméritos que piden reanudar las negociaciones con base en la fuerza moral de la comunidad universitaria. La posición de los que nos hemos sumado a ese llamado puede no coincidir con la del CGH. El movimiento debe —sin duda— elaborar su propia propuesta. Pero vale la pena que considere los seis puntos como un espacio donde pueden reiniciarse las pláticas con la administración, siempre y

cuando ésta demuestre con hechos que su posición hacia el diálogo y la negociación ha cambiado realmente.¹⁹

Alianza PRD-PAN

El 26 de febrero de 1999, en un discurso pronunciado en Cuernavaca, Morelos, Cuauhtémoc Cárdenas lanzó la iniciativa de una alianza plural de todos los partidos de oposición para derrotar al PRI en los comicios federales del año 2000. Para el mes de agosto la iniciativa había cobrado fuerza y se realizaban reuniones en las que participaban comisiones de las dirigencias de todos los partidos opositores. Se llegó incluso a acuerdos en torno al programa que se levantaría, a los mecanismos de gestión de un eventual gobierno plural y al nombre de la coalición, que sería "Alianza por México", pero el PRD insistió en que el mecanismo de selección del candidato presidencial fuera una votación en urnas en todo el país, lo que fue rechazado por el PAN aduciendo la experiencia del fraude electoral en los comicios internos perredistas de marzo de ese año; por su parte, los panistas se empecinaron en que la definición del aspirante a la presidencia fuera en una encuesta efectuada por una empresa especializada, a lo que el PRD se opuso, argumentando que los sondeos de opinión no eran un mecanismo confiable para elegir a ningún candidato a un puesto de elección popular. A fin de cuentas, esa diferencia fue la que se adujo centralmente para que no se diera la unidad electoral opositora, y en noviembre de 1999 el PRD y el PAN formalizaron, cada uno por su parte, alianzas con otros partidos para ir a la contienda electoral.

Los trabajos para la Alianza por México protagonizados por ocho partidos de la oposición están llegando a su momento culminante.

Hace ya más de dos meses que la idea de alianza ha dejado de ser sólo una iniciativa de las direcciones partidistas. Se ha transformado en una corriente de opinión cada vez más amplia y articulada. Las encuestas demuestran que en el electorado de oposición, la gran mayoría está por ella. Una revisión de la opinión de los 50 analistas más influyentes arroja un resultado aún más contundente. Estoy convencido de que esta corriente de opinión puede influir decisivamente si se manifiesta a tiempo.

Ante el peligro de que el esfuerzo fracase, hago un llamado, en primer lugar, a los miembros de los dos partidos principales, pero también a los ciudadanos que ven en la alianza una perspectiva de cambio, para que hagan oír su voz por todos los medios posibles. Por mi parte, en estos momentos finales, quiero aportar, una vez más, mi voto razonado.

La alianza es, históricamente hablando, necesaria y, políticamente, posible. Sin embargo, las fuerzas que se le oponen son todavía poderosas: las vacilaciones y oscilaciones de los dos candidatos principales, los intereses de to-

do tipo, grandes y pequeños, que quedarían afectados negativamente y las convicciones ideológicas (respetables en todos sentidos) de minorías militantes de la oposición. Esos obstáculos sólo pueden ser superados por el pronunciamiento enérgico y el argumento convincente de quienes estamos por la alianza. Por su parte, los dos candidatos principales deben tener muy claro que si la alianza no se da por su culpa y pierden las elecciones, incurrirán en una responsabilidad histórica indeleble y pagarán un precio elevado en los próximos comicios. Además, intereses personales de los dos candidatos principales no deben sobreponerse a la opinión expresa de las mayorías.

La razón histórica de la alianza debe quedar muy clara para todos: desde hace dos décadas, México se encuentra inmerso en el proceso de transición de un régimen corporativo y autoritario, que nos dominó durante 60 años, a un régimen democrático pluralista. Las viejas instituciones se desgastan y desmoronan; las nuevas encuentran serios obstáculos para surgir y consolidarse. El Estado se debilita; la inseguridad, el escándalo, la corrupción y el deterioro económico se apoderan de la escena.

Nada hay más importante y urgente para los mexicanos en este principio del nuevo siglo que barrer los restos del viejo régimen, concluir la transición y construir un fuerte régimen democrático. Eso es tan importante hoy como fue en 1821 obtener la independencia; en 1857 separar al Estado de la Iglesia, y en 1913 aplastar la contrarrevolución personificada por Huerta. Concluir la transición política es la llave, el primer paso, la condición que permitirá abordar los múltiples problemas sociales y económicos que nos aquejan, en la paz y la democracia.

Aferrado en forma miope a sus intereses inmediatos, el opositor principal de estos cambios ha sido el PRI. Si a la resistencia a la democracia se agrega la política económica neoliberal ortodoxa aplicada por los gobiernos de ese partido desde 1982, no podemos menos que concluir que el PRI es el gran partido conservador de México. Sin duda, si viviéramos en Inglaterra llevaría con orgullo ese nombre. El que todavía se autotitula Revolucionario y además Institucional, es una broma que alguna vez perteneció al género de la picaresca y que hoy se torna cada vez más macabra: un triste símbolo de la tolerancia de los mexicanos frente a las incongruencias flagrantes presentes en nuestra vida política. El PRI, al fin y al cabo partido populista, ha sido en su larga vida muchas cosas. El de 1929 era diferente del de 1938; el de 1964 estaba muy lejos de ambos; y el de 1988-1994 no pertenecía ya a la familia. El único hilo conductor de su continuidad ha sido la conservación del poder. El PRI no tiene principios, sólo vocación de poder. Y todo indica que si se queda en el poder, seguirá siendo durante seis años más el baluarte de esa larga agonía costosa, disolvente y peligrosa que llamamos "transición".

Después de varios meses de negociación, los objetivos concretos (única base posible para una alianza entre partidos ideológicamente tan diferentes) son ya claros. Se trata de unirse para vencer en las elecciones al PRI y llevar al poder a una fuerza capaz de ampliar decisivamente el espacio de participación política de los ciudadanos y crear los contrapesos necesarios para el ejercicio de la democracia.

La victoria de la alianza sería una aportación práctica a la consolidación del principio de la alternancia. Y ésta es la única vía para debilitar los lazos clientelares que transforman la política social en instrumento de control político, atacar las complicidades que alimentan la corrupción y fortalecer el estado de derecho frente al poder personal. La gestión del nuevo gobierno deberá también eliminar los restos de la omnipotencia presidencial y construir la igualdad entre los tres poderes. Para comenzar, creará un sistema efectivo de rendición de cuentas por parte del ejecutivo para impedir la repetición de las decisiones arbitrarias que tanto daño nos hicieron en los últimos quince años. Se darían, además, pasos irreversibles en el fortalecimiento presupuestal de los estados y los municipios para vigorizar el pacto federal. Sobre estas ideas centrales hay ya coincidencia entre las direcciones de los partidos. Se ha avanzado considerablemente en la elaboración de una plataforma común y los principios orgánicos de la coalición. Si la alianza fracasa, no será entonces por diferencias insuperables en los fines.

¿Que existen grandes dificultades y riesgos en el camino de la alianza tanto en su etapa electoral como en la de gobierno? Sin duda alguna. Pero esas dificultades son insignificantes comparadas con las que tendrá que encarar la nación si tenemos otros seis años de gobierno priísta.²⁰

Voto razonado a favor de la alianza opositora

En los momentos en que se decide la suerte de la alianza de los ocho partidos de la oposición, vale la pena pasar revista con objetividad a dos de los argumentos que contra ella han esgrimido sus adversarios.

1. *La transición democrática en México —dicen algunos de ellos— ha concluido. Los rasgos principales del régimen corporativo-autoritario son cosa del pasado. Por lo tanto, no se justifica la coalición de partidos de ideología y proyectos diferentes, con el objetivo principal de sacar al PRI de Palacio Nacional. Este argumento, que ha sido tema de varios libros, defiende la tesis de que: a) México cuenta ya con un marco democrático básico suficiente que, a partir de ahora, sólo debe ser perfeccionado y modernizado; b) esta transición se realizó ya bajo la dirección del PRI y éste es ya igual a los demás partidos. Simplemente, es el primero entre iguales. Además, no existe garantía alguna de que la coalición sea, en la práctica, más democrática que el PRI.*

A la luz de los hechos, esta teoría es insostenible. Muchos de los rasgos del sistema de partido único hegemónico siguen en pie. Estamos lejos de los niveles mínimos en elecciones transparentes, división de poderes, estado de derecho, rendición de cuentas, respeto a los derechos humanos, consulta y plebiscito, y lucha contra la corrupción, que nos permitirían hablar del fin de la transición. Los cambios que aún necesitamos no son de matiz, sino de fondo. Pese a los cambios y reformas que hemos vivido, los hilos visibles e invisibles del autoritarismo, el presidencialismo, el clientelismo y la corrupción confluyen en las entrañas del viejo ogro. Él es un portador —si se quiere a veces inconsciente— del virus.

Es verdad que no existe garantía alguna de que la alianza, una vez en el poder, cumpla con su mandato democrático venciendo las grandes dificultades que tendrá que enfrentar. Sin embargo, la trayectoria de los dos principales partidos de la oposición y sus aportaciones al desarrollo de la democracia en los últimos diez años abren la posibilidad de que así sea. Ésa es la clave: la posibilidad del cambio. Para que la posibilidad se haga realidad, será necesaria la vigilancia, la participación y la presión activa de la sociedad civil. Un primer indicio de esa participación se esboza en la creación de una comisión de ciudadanos para el monitoreo de las elecciones primarias. Una vez iniciada la campaña, su inclusión debe hacerse más intensa y plural.

2. *Las diferencias ideológicas que separan al PRD y el PAN son enormes. Representan en cierto sentido las posiciones de la derecha y la izquierda. ¿Cómo van a ir juntos a una elección federal y más tarde convivir en un gobierno?*

Vamos por partes. La alianza no puede estar basada en un acuerdo ideológico. Se trata de una coalición de partidos diferentes con un propósito concreto, específico y temporal: ganarle al PRI, un partido que usa sin escrúpulos los recursos del Estado para ganar elecciones, y concluir la transición a la democracia. No menos, pero no más. Se trata de una alianza entre corrientes políticas de ideologías opuestas para promover un objetivo de interés común. El cumplimiento con y el respeto a los términos de la alianza, sólo se refieren a los acuerdos alcanzados. No menos, pero tampoco más.

La alianza no puede pedirle a un perredista que coincida con la visión que de la Revolución mexicana tenía Manuel Gómez Morín o con el solidarismo de Carlos Castillo Peraza. Tampoco vamos a exigirle a un panista (cuyo partido fue fundado como crítica a la política del Partido de la Revolución Mexicana [PRM] y de Lázaro Cárdenas en los años treinta) que esté de acuerdo con la visión que de esos sucesos tiene Cuauhtémoc Cárdenas o de la idea que tenía Heberto Castillo del papel de la Revolución en el cambio social. La profunda raíz católica de la visión panista no está a discusión, ni tampoco la cultura laica del PRD. La experiencia del movimiento cristero

es un apasionante tema para el debate, pero no en el seno de la alianza. De todas maneras, si se quiere pasar del terreno del mito al de la verdad, vale la pena atender más a fondo el reto. Lo cierto es que panistas y perredistas tienen ideas fijas unos sobre los otros, pero nadie se ha tomado la molestia de estudiar y analizar en serio la ideología del adversario. Los ultras de ambos lados convocan periódicamente a los dioses de su mitología para exorcizar al enemigo. Según los ultras panistas, los perredistas son priístas disfrazados, comunistas emboscados y enemigos de la religión católica. De creerse a los ultras perredistas (por cierto bastante pocos), el PAN es el heredero de los conservadores del siglo XIX, un enemigo de la Revolución mexicana y un partido de orientación neoliberal rabiosa.

La verdad es que todo eso no son sino prejuicios. Pura y llanamente, prejuicios. En cambio, sobre la ideología verdadera del adversario se sabe poco o nada. Recientemente no se han dado debates ideológicos serios como los que enfrentaron a Antonio Caso con Vicente Lombardo o a los partidarios de la reforma agraria con los de la industrialización en el pasado. Parece que la nuestra es la era de los publicistas, no la de los ideólogos. La preocupación es construir imágenes electorales, no visiones del mundo. Efraín González Luna o Valentín Campa, hombres poseídos por una "visión", un ideal, no parecen de estos tiempos.

Lo grave es que las fronteras ideológicas reales se han desdibujado por la ausencia de definiciones. Y por eso miles de políticos corren incansablemente sin saber adónde van, mientras millones de ciudadanos se preguntan con angustia si habrá para ellos un lugar en el futuro del país.

Todos percibimos que entre el PRD y el PAN hay grandes diferencias culturales e ideológicas, pero nadie se ha propuesto en serio medir su magnitud, investigar su profundidad y desentrañar su significado político. Y mientras eso no se haga, el debate es político y es en él donde se construyen o se destruyen las alianzas.²¹

Pensamiento de izquierda

México cuenta con una rica tradición de cultura de izquierda. La crítica de la injusticia y el autoritarismo, la explotación y la discriminación, la desigualdad y la represión injustificada tienen presencia en todos los momentos de nuestra historia. La izquierda ha estado excepcionalmente en el poder, y generalmente en la oposición. Ha visto cómo la vigencia de cada uno de sus proyectos se agota y ha hecho frente con éxito a la necesidad de sustituirlos.

La izquierda ha tenido muchas caras ideológicas: liberalismo, socialismo, agrarismo, nacionalismo revolucionario, cristianismo, comunismo, pero

siempre se ha alzado contra los privilegios más aberrantes de la época. Ha sido cultura culta y cultura popular, teoría social y poesía, filosofía y canción de protesta. Ha conocido momentos de gloria y triunfo, y también de derrota y confusión y, sin embargo, todos los intentos de enterrarla han resultado vanos. Derrotada aparentemente desde fuera o desde dentro, no tarda en resurgir, ataviada con símbolos viejos e ideas nuevas.

Los últimos diez años han sido semejantes a los grandes temblores que periódicamente sacuden a nuestro México. El más grande ensayo social de todos los tiempos, la construcción del socialismo en un tercio del globo terráqueo, se hundió como una Atlántida en el mar y el capitalismo se apresuró a ocupar vorazmente el vacío dejado por su desaparición. El impacto intelectual fue devastador. Muchos de los enfoques, los problemas, los paradigmas, las categorías de la izquierda del siglo XX fueron cuestionados por la historia reciente. Es evidente que en la actualidad, el pensamiento de izquierda se encuentra en un periodo de reconstrucción o, para decirlo en forma aún más drástica, de refundación. Reconstruir significa salvar del naufragio todas las ideas y experiencias rescatables, para enfrentar los nuevos retos y desarrollar los conceptos necesarios, para explicar los cambios acaecidos. Significa también formular las ideas-fuerza que se adaptan a los nuevos sujetos y esbozar estrategias teóricas, políticas y culturales para el nuevo siglo.

Los días 29 y 30 del presente mes se reúnen en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) más de 40 exponentes del pensamiento mexicano de izquierda para discutir tres problemas: los cambios en el mundo durante los últimos veinte años, los proyectos de alternativa en el mundo y en México y los sujetos del cambio en nuestro país. Entre los participantes se cuenta a Luis Villoro, Pablo González Casanova, Carlos Monsiváis, Marta Lamas, Néstor García Canclini, José Luis Calva, Arnaldo Córdova, Ricardo Valero, Rafael Reygadas, Luis Hernández y Luis Javier Garrido.

Para el encuentro llegaron 21 ponencias sobre temas relacionados con las tres grandes cuestiones. Entre ellas destacan: Enrique González Rojo, "La actualidad de Marx en el siglo xx y el resurgimiento de la autogestión"; Jorge Castañeda, "La desigualdad obstinada en América Latina"; Víctor Flores Olea, "Globalización, las opciones económicas, políticas y sociales"; Luis González Souza, "Globalización y multiculturalismo"; Jorge Alonso, "La izquierda y la lucha democrática"; Antonio García de León, "Tiempos de incertidumbre"; Heinz Dieterich, "Crisis capitalista y alternativas políticas"; Macario Schettino, "¿Cómo ser de izquierda en el 2000?"; Ilán Semo, "La modernidad en crisis"; Gabriel Vargas Lozano, "El debate de las ideologías en México al fin de siglo. La posición de la izquierda"; Ugo Pipitone, "Siete argumentos (sin una teoría) para salir del subdesarrollo".

En su ponencia Rafael Reygadas hace un recuento del ascenso de nuevas identidades y formas de organización de la sociedad civil en los últimos años. Explica que la sociedad, debilitada en sus identidades colectivas por la política gubernamental, es empujada fuertemente a la atomización y desarticulación. Sin embargo, en los últimos quince años, como manifestación de vida, ha inventado mil formas de resistencia y organización, pasando de la resistencia a la propuesta. Lancemos —dice— una mirada panorámica: "Frente a los terremotos, la organización autogestiva floreció en cientos de organizaciones vecinales; frente a la usura legitimada de los bancos y frente al FOBAPROA, los movimientos de deudores y la consulta nacional; frente a las políticas de fraude electoral, la organización ciudadana articulada a niveles estatales y nacionales hasta lograr la automatización y ciudadanización del Instituto Federal Electoral; ante la miseria continental, la multiplicación de las experiencias de ahorro y economía popular y la articulación continental del Grito de Excluidos; ante el comercio elitista del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, la Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio; ante las leyes hacendarias que restringen severamente la libertad de asociación, ocho años de lucha por una Ley de Fomento a las Actividades de Bienestar y Desarrollo Social; ante la política de privatización de PEMEX y de la industria eléctrica, la emergencia del Sindicato Mexicano de Electricistas para movilizar y sensibilizar a la opinión pública y articular un frente nacional contra la privatización; ante la redoblada exclusión de los pueblos indios del futuro de la nación, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional".

"Ante las crecientes demandas sociales —continúa Reygadas—, las y los ciudadanos se organizan de manera dispersa para responder en el terreno mismo en el que son golpeados. Nuevas identidades y nuevos movimientos de resistencia y de propuesta surgen cotidianamente.

"Ante este panorama se imponen varias preguntas: ¿Cómo se transmiten y se dan a conocer estas luchas y movimientos? ¿Cómo se guarda la memoria de los mismos? ¿Cómo se da la resonancia o el eco de estas historias silenciadas en la comunidad masiva? ¿Cómo se vinculan, articulan y suman su fuerza estos movimientos, tanto a nivel territorial como nacional? ¿Cómo inciden en políticas públicas, sobre todo en política económica? ¿Cómo participan todos estos sujetos sociales de fin de milenio en un horizonte de proyecto nacional?"

Luego da un ejemplo de las tendencias de aglutinamiento de las resistencias sectoriales. Ante la coyuntura electoral anticipada y las leyes para legalizar el empobrecimiento de las próximas generaciones, como es el caso del FOBAPROA; ante costosísimas campañas políticas, vacías de propuestas y cedidas de publicidad; ante la separación creciente de los partidos de los problemas cotidianos de la ciudadanía, hace tres meses, seis organizaciones civiles

(Alianza Cívica, Convergencia de Organismos Civiles para la Democracia, Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio, Movimiento Ciudadano por la Democracia, Causa Ciudadana y Fundación Arturo Rosenblueth) decidieron convocar a ciudadanos y organizaciones sociales y civiles que quisieran poner en común su dolor y sus agravios y aportar sus experiencias y propuestas para acordar iniciativas viables, impulsables, exigibles y con las que se comprometieran, con miras a conformar una agenda pública nacional que prioriza aspectos fundamentales de la vida ciudadana. Las organizaciones participantes buscarán que la agenda sea presentada al conjunto de la sociedad civil y, después, a los partidos políticos y a sus candidatos el próximo año, para que la conozcan, tomen posición frente a ella y, de ser posible, se comprometan. A este proceso de articulación de propuestas y construcción de sujetos que las impulsen se le llamó Acción Ciudadana por la Democracia y por la Vida, cuyo lema es: "El poder es la gente".

Por su parte, Jaime Tamayo, de la Universidad de Guadalajara, sostiene en su ponencia que la debacle de los socialismos estatistas de corte marxista no significa necesariamente el fin de la posibilidad de un socialismo que tenga al Estado como protagonista principal. Cuando los neoliberales hablan de adelgazamiento del Estado, se refieren casi exclusivamente a la supresión o inhibición de los mecanismos de regulación social en aras del mercado y, de ninguna manera, a la contracción de su espacio político para cederlo a la sociedad civil.

Desde el Estado mismo se ha impulsado una reforma para desmantelar el Estado populista o de bienestar social heredado de la Revolución y construir un Estado liberal autoritario pero balcanizando los sujetos sociales por medio de concertaciones. Según el autor, la alternativa de la izquierda debe replantearse al Estado de bienestar basándose tanto en una democracia sustantiva como en la justicia social. Esto se puede plantear en el marco de un socialismo en el cual las demandas de los diferentes sectores de la sociedad civil sirvan para ampliar la democracia y restringir paulatinamente el papel del Estado en la vida comunitaria. La posibilidad de construir un proyecto de este tipo desde los movimientos sociales depende de la capacidad de rebasar la parcialización de sus demandas al pasar a la lucha por la igualdad social y la democratización integral. El encuentro auspiciado por la BUAP es un signo de reanimación de un pensamiento que en los años setenta conoció un gran florecimiento.²²

El PRD: diez años de vida

El PRD cumple diez años. En ese breve lapso se ha transformado, por sus electores, en el tercer partido del país. Contendiente plausible por la pre-

sidencia de la República en dos ocasiones (1994 y 2000), participante importante en prácticamente todos los cuerpos legislativos, gobernante en tres estados y el Distrito Federal, el PRD gobierna 20% de la población a nivel municipal. Su padrón registra una membresía de dos millones de personas y, aun cuando éstas no son militantes, todo indica que el partido tiene una capacidad de movilización comparable en algunos lugares a la del PRI.

Durante seis años, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari se empeñó en cerrarle ilegalmente el camino. Negó sus victorias electorales y hostigó e incluso reprimió con violencia a muchos de sus miembros. Más de 300 militantes fueron asesinados. Pese a ello, la nueva organización no se dispersó. Durante esa década, fuertes diferencias sacudieron al partido. A veces se trató de divergencias sobre su orientación, pero las más frecuentes fueron los choques entre personalidades o grupos de interés. Y sin embargo, el partido sólo sufrió fracturas menores y abandonos individuales mientras seguía atrayendo a oleadas de expriistas. Contrariando pronósticos, el PRD ha logrado mantener su unidad básica pese a un origen extraordinariamente heterogéneo.

Tampoco su desempeño electoral puede por sí mismo explicar su éxito. Lo menos que podemos decir es que ha sido accidentado e irregular. A nivel municipal, el PRD ha ganado muchas elecciones, pero rara vez mantiene el poder en los siguientes comicios. Sin embargo, pese a las decepciones temporales, la esperanza de llegar a la presidencia se ha mantenido viva y el partido no ha perdido su impulso ascendente.

En el espectro político parlamentario, el PRD se ha afianzado como un partido de centro-izquierda cuyo discurso se centra en la democratización y la redistribución del ingreso. El partido ha desempeñado un papel importante en el proceso de democratización de estos años, tanto en lo que se refiere a la reforma del Estado como a la movilización de sectores populares en la lucha por demandas democráticas. Ante la frecuente coincidencia del PRI y el PAN en materia económica, aparece como un opositor a la política neoliberal. Sin embargo, su discurso es todavía heterogéneo, contradictorio y, sobre todo, poco propositivo. Hace dos años, el PRD adoptó una nueva faceta: se hizo partido de gobierno. Aun cuando es demasiado temprano para juzgar su desempeño como tal, empiezan a definirse dos tendencias contradictorias: a) el PRD carece de un proyecto coherente de gobierno y b) en la práctica de algunos de sus representantes, comienzan a aparecer rasgos de una nueva forma de gobernar.

Comparado con los espacios que ocupaba la izquierda independiente y los sectores del nacionalismo revolucionario en 1986, el avance es incuestionable. Apoyados en esos logros, algunos dirigentes acostumbran decir que "El PRD es un partido de vencedores". El problema es el criterio con que se

mide la victoria y la derrota, los avances y los retrocesos. Desde una posición estrictamente instrumental, el balance es positivo. Y sin embargo, su futuro como partido de izquierda es incierto.

Para las corrientes que provienen de la izquierda independiente, el balance es mixto. Algunos de sus componentes albergaron durante décadas el sueño de un partido de masas y ese sueño se ha hecho realidad. Pero el nuevo partido de masas no se presenta como una continuidad con su proyecto socialista sino como una ruptura con él. Algunos de sus cuadros se esfuerzan en conservar jirones del discurso marxista-leninista o bien tradiciones y recuerdos de la izquierda histórica, que cada vez tiene menos relación con la práctica actual. Otros prefieren sumirse en la amnesia respecto del pasado, adhiriéndose a un pragmatismo inmediateista o a una vaga simpatía hacia posiciones socialdemócratas moderadas. Mientras tanto, el proyecto, el estilo y las prácticas que predominan en el nuevo partido, alimentadas por olas sucesivas de expriistas, son los del populismo. Si esto no cambia, la izquierda mexicana puede descubrir pronto que, habiendo alcanzado su objetivo de un partido de masas legal, éste se transforma en su sepulcro.

La izquierda proveniente de los movimientos sociales (izquierda social) que se ha sumado al PRD, desechando su desconfianza en la actividad partidista, está también descubriendo que al adoptar la dinámica electoral y al pasar sus cuadros a ocupar posiciones en los nuevos gobiernos, su dinámica reivindicativa se pierde y su contacto con sus bases se limita a lo electoral. Además, debe hacer frente a fenómenos de corrupción muy complejos que no existían en el pasado.

El destino de la izquierda intelectual no ha sido mejor. Algunos de sus representantes se han convertido en ideólogos del cardenismo y en colaboradores muy cercanos de Cuauhtémoc Cárdenas. La gran mayoría, desalentados por el antintelectualismo prevaleciente en el partido, se ha alejado, refugiándose en las múltiples revistas y órganos de prensa en las ONG o los círculos que simpatizan con el EZLN.

¿Cómo explicar el vertiginoso ascenso del PRD? En primer lugar, es evidente que vino a llenar un gran vacío político. Este vacío es resultado de la prolongada crisis económica y social que ha padecido México desde principios de los años ochenta y de la política neoliberal adoptada por los círculos gobernantes. Ambas aceleraron la descomposición del sistema corporativo e impusieron límites al crecimiento de la leal oposición panista. Las fuerzas que componen el PRD se apresuraron a irrumpir en el espacio abierto capitalizando las expresiones del rechazo y las reivindicaciones populares. Pero también el PRI y el PAN se mueven para ocupar ese vacío, de manera que para que ese partido transforme los desprendimientos temporales de sectores del PRI y la

politización incipiente de nuevos sectores en compromiso y adhesión estable se requiere visión y planeación. La cesantía, los bajos salarios, la agudización de la desigualdad en la distribución del ingreso impulsan a amplios sectores populares a pasar a la protesta abierta. Las repetidas crisis financieras, la proliferación de regiones deprimidas por la apertura comercial y el TLCAN, siembran en la clase media la desconfianza en el sistema.

Decisivo para su surgimiento y desarrollo ha sido también el hecho de que desde 1977 se habían sucedido una serie de reformas legislativas que facilitaban la existencia legal de un partido de oposición electoral y de centro-izquierda y que ese camino había sido ya recorrido por los partidos de la izquierda independiente. Estas reformas fueron diseñadas para estabilizar el sistema y no para transformarlo. Al principio se permitió a los partidos de izquierda tener representantes en la cámara sólo en una proporción que no ponía en peligro la hegemonía del PRI. La debilidad del poder legislativo frente al ejecutivo neutralizaba su acción aún más y la fragmentación de la izquierda hizo el resto, reduciendo la efectividad del reto. Pese a todo ello, las reformas ampliaron el espacio legal para la actividad electoral de la oposición de izquierda y crearon las condiciones básicas para el registro y la consolidación del nuevo partido. Sin esas condiciones y la experiencia de los partidos de izquierda acumulada durante la década anterior, es dudoso que el cardenismo hubiera podido constituirse en partido, e imposible que el PRD contara con los miles de cuadros experimentados necesarios para su propia construcción. Con toda seguridad, la rebelión de la Corriente Democrática habría desembocado en el mismo callejón sin salida del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en 1963 o la insurrección obrera de principios de los setenta encabezada por Rafael Galván.

En esta década, el discurso del PRD se ha centrado en la denuncia del sistema existente y la política de los gobiernos del PRI. Lo que ha capturado la adhesión de muchos de sus electores es la crítica intransigente de actos específicos del gobierno y el llamado general a movilizarse en la *acción para el cambio*. La oposición al fraude electoral, la denuncia de la corrupción oficial, el rechazo de los presupuestos federales de orientación neoliberal y de las privatizaciones, así como la campaña contra el FOBAPROA, desempeñan ese papel con bastante éxito. Pero la denuncia no puede ser la base de un desarrollo duradero. Un partido puede surgir de la denuncia, pero jamás se consolidará si sólo se sustenta en ella. Suficiente para un partido nuevo empeñado en constituirse una base y un electorado acelerando los desprendimientos de dirigentes y militantes de los partidos ya existentes, esa posición es inadecuada para una fuerza que aspire seriamente a gobernar. Tampoco basta para construir una política capaz de aglutinar un bloque social duradero alrededor de ideas-fuerza

o de tejer alianzas prolongadas con otras organizaciones responsables. La denuncia le confiere el papel de un polo de resistencia, no de una fuerza de cambio y de gobierno.

En un periodo de crisis de las viejas estructuras en el cual la derecha presenta un proyecto de cambio global, utópico pero coherente, y cuenta con todas las oportunidades para ponerlo en práctica, ninguna izquierda puede consolidarse como alternativa histórica si carece de concepciones del futuro acordes con los intereses de las mayorías. El objetivo de nuevos proyectos para la nación es dotar a las fuerzas de izquierda de un nuevo conjunto de ideas coherentes sobre el presente y el futuro que ayude a hacer frente a la ideología dominante. Los proyectos deben servir de base para construir una hegemonía que le permita cohesionar fuerzas con intereses y objetivos diversos y crear las ideas-fuerza capaces de movilizar a los ciudadanos para la acción. Ante la ausencia de esos proyectos, su oposición se transforma en una variante, una modalidad del proyecto dominante, y su futuro está inevitablemente ligado a él.

El primer problema a resolver es: ¿por dónde comenzar? La elaboración de los proyectos pasa por tres momentos diferentes, a saber: *a)* el examen del pensamiento crítico desde la Revolución hasta nuestros días; *b)* la confrontación de sus ideas con la realidad actual de México y el mundo en sus principales tendencias; *c)* la elaboración de una nueva síntesis que contiene análisis, profecía e incitación a la acción.

Comenzamos con la premisa de que desde la Revolución se desarrolló en México un pensamiento crítico de alto nivel, vigoroso y multifacético que logró captar los grandes problemas de la nación y apuntar vías de solución que inspiraron a millones de mexicanos a la acción social. Este pensamiento tiene puntos fuertes y —como lo ha demostrado la realidad— grandes limitaciones. Sin embargo, es el punto de partida de cualquier proyecto de nación que pretendiera inscribirse en la cultura existente y no ser la propuesta de un grupo más o menos lúcido pero aislado de las grandes corrientes de pensamiento nacionales.

Así pues, la primera tarea es la de un balance riguroso de las grandes ideas producidas desde los años veinte por los pensadores, los especialistas, los dirigentes políticos, las organizaciones y los órganos de prensa que adoptaron una posición crítica hacia el sistema político existente. Desde Jesús Silva Herzog y José Vasconcelos, pasando por José Revueltas, Carlos Fuentes, el movimiento ferrocarrilero de 1958 y el MLN, hasta Octavio Paz, Adolfo Sánchez Vázquez, el PRD y el EZLN de 1998. Inevitablemente se pasa por el reflejo en el pensamiento del 68 del auge del marxismo y por los efectos de su derrumbe en 1989, el renacimiento del nacionalismo revolucionario, la lucha contra el neoliberalismo, etcétera.

El segundo paso es la confrontación de esas ideas con la tendencia de la sociedad mexicana y la mundial en este fin de siglo: revolución técnico-científica, globalización, liberación de los flujos internacionales de capital, crisis del Estado benefactor y caída del socialismo tipo soviético, crisis del modelo económico desarrollista en México, reformas neoliberales, dependencia creciente, democratización, etcétera. El análisis debe ser dinámico, proyectivo, prospectivo. Debe ubicar y definir las fuerzas conservadoras y los sujetos y fuerzas del progreso. No debe caer en la trampa de creer que las fuerzas que hoy están en ascenso se mantendrán así indefinidamente. Por su parte, la síntesis debe proponerse construir el puente entre las ideas del pasado y la situación del presente, así como explorar las posibilidades del futuro. Su visión que entraña la previsión y la recuperación de la esperanza, es hoy menos imposible que hace una década.

Todo proyecto coherente toma posiciones respecto de los grandes problemas mundiales y nacionales de la época. Fija en forma clara y contundente las prioridades, las tareas fundamentales que deben ser abordadas para transformar la sociedad. Pasa luego a desarrollar un cuerpo de ideas-fuerza y estrategias políticas. Todos los grandes proyectos de nación que aparecen en la historia de México, tuvieron un impacto profundo en el desarrollo de la cultura nacional. Liberales, conservadores, científicos, nacionalistas revolucionarios, socialistas difundieron nuevas visiones del mundo, valores éticos, estilos políticos y cánones estéticos. Después de los sucesos de los últimos 20 años, la izquierda mexicana necesita formular de nuevo sus proyectos que, a diferencia de los pasados, deben dar lugar a la diversidad.

Los conceptos teóricos se vuelven ideas-fuerza sólo cuando son adoptados y enriquecidos por miles de activistas políticos. Los tiempos doctrinarios han pasado. La izquierda no puede identificarse con una ideología o una doctrina determinadas, pero sí con proyectos sociales coherentes y propuestas de acción para el cambio social. Una persona puede ser de izquierda, sin dejar de ser liberal, socialista, nacionalista, revolucionaria, posmodernista, cristiana o musulmana, pero no sin adherirse a objetivos sociales y políticos definidos y normas de acción. La elaboración de los proyectos, en cambio, exige el uso selectivo de las ciencias sociales y el pensamiento progresista de nuestro tiempo.

En una época de refundación de la izquierda en el mundo y en México, la elaboración de nuevas propuestas es necesariamente un proceso prolongado y complejo de elaboración, discusión y confrontación con la práctica. En ella intervienen una gran cantidad de actores individuales y colectivos. El PRD no puede concebirse como portador exclusivo de esa tarea, pero tampoco sustraerse de ella o dejar de aspirar a ser su centro. La elaboración de proyectos para la nación se configura no como un pensamiento cerrado y mucho me-

nos único, sino como una problemática en proceso de investigación y una polémica incluyente con todos los sujetos y las corrientes culturales existentes.

En descargo de culpas, debe decirse que la carencia de proyectos históricos no es privativa del PRD. Después del derrumbe de la opción comunista, la crisis del proyecto socialdemócrata y la postración del pensamiento anticolonialista, la izquierda en el mundo entero adolece del mismo problema. Lo que no es tan aceptable es el atraso en el esfuerzo consciente por superar esa deficiencia.

En esta década las elaboraciones de la izquierda han avanzado lentamente dentro y fuera del PRD. Los centros de este esfuerzo son las revistas de la izquierda, el pensamiento del EZLN, así como los debates alrededor de los congresos del PRD, sus programas y plataformas. Todo ello aporta un material inicial para un esfuerzo más sistemático y profundo. Pero al considerar los avances en otras esferas, así como los recursos con los que cuenta el PRD, debe decirse que esta tarea es una de las más descuidadas y que su postración se está convirtiendo en una traba decisiva para el desarrollo de ese partido como fuerza de izquierda.

Las seis grandes cuestiones del México actual son:

1. *¿Cómo recuperar la esperanza?* Las crisis de las utopías del siglo XX, el prolongado estancamiento, el desempleo juvenil, la destrucción acelerada del medio ambiente, los escándalos de corrupción han creado un ambiente de desesperación, pasividad, miedo al cambio, escepticismo, perplejidad. Reconstruir la esperanza y darle un nombre, recogiendo el aforismo de Sábato: "La esperanza nace en la desesperanza".
2. *¿Cómo lograr el desarrollo con equidad?* El problema secular de México: todos los modelos han conservado el contraste entre riqueza y pobreza masiva. El problema sólo se agrava en las últimas dos décadas. Explicar las causas y encontrar la solución económico-político-cultural. La gran aportación de la izquierda al siglo XXI: encabezar las luchas victoriosas por fundir las dos naciones en una a la vez que se asegura el crecimiento y el desarrollo. Los mecanismos de acumulación de capital y de redistribución del ingreso. ¿Qué hacer para que México se inscriba en el desarrollo sin dejar a la mitad de la población en el camino?
3. *¿Cómo integrar a México en el proceso de la globalización-revolución técnico-científica en una posición ventajosa?* Informática genética, revolución en la comunicación y los transportes. Las nuevas ingenierías de computación, diseño, sonido, etcétera. Las nuevas teorías y prác-

ticas de la organización. El impacto sobre productividad y composición de la clase obrera. Sobre la estructura de la industria. El desarrollo de esos procesos en México. Desarrollo desigual y homogenización del país. Consecuencias ecológicas. Cómo insertarse en todos esos procesos.

4. *¿Cómo llevar a México hacia una democracia integral, tomando en cuenta su cultura y sus tradiciones?* Avances de la democracia en el último medio siglo. Democracia conservadora y democracia integral. Mercado y democracia. Pluralismo, diversidad, desarrollo regional desigual. Instituciones y gobernabilidad. Sujetos individuales y colectivos de la democracia.
5. *¿Cómo responder en la cultura y la educación a los retos del siglo XXI?* El nuevo papel de la cultura y la educación en el mundo de la globalización y la cibernética. Cultura culta y cultura popular. Las culturas mexicanas: norte, centro, sur; mestizos, indios, cholos, americanizados. Las instituciones culturales. Medios de información. La educación como factor de igualdad; como fomento de la educación cívica; como fuente de apropiación de los avances tecnológicos; como formadora de científicos. Mundialización y cultura.
6. *¿Quiénes son y cómo actúan los agentes del cambio?* Clases, estratos, minorías. El bloque social. Las vías de acción: voto, movimiento social, guerrilla, revolución cultural, partidos políticos, ONG, movimientos populares, asociaciones empresariales. Clase política y sociedad civil. Posibilidades y límites de cada uno de ellos.

Los conceptos teóricos se vuelven ideas-fuerza sólo cuando son adoptados y enriquecidos por miles de activistas políticos. La segunda tarea es, por lo tanto, la difusión activa del nuevo proyecto entre los militantes del PRD. Hasta ahora los avances en el pensamiento no han tenido un impacto decisivo en los círculos más amplios de la organización. No parecen existir vasos comunicantes entre ambas esferas. Tampoco hay entre la mayoría de sus militantes coincidencia en la necesidad de la utilidad de este proceso. En cambio, ellos piden a voces la formación práctica. Lo que les preocupa es *cómo* ser un buen diputado, *cómo* gobernar un municipio, *cómo* dirigir al partido en el nivel local.

Por eso la difusión de los nuevos proyectos para la nación es un proceso complejo que exige una estrategia refinada. Debe estar ligada a la formación práctica y poner en acción a miles de "educadores". Así concebida, se transforma en una verdadera revolución cultural.

La tardanza en la elaboración y la adaptación de un proyecto de cambio definido no es un problema administrativo. Su realización tiene enemigos

poderosos. Hay fuerzas en el PRD que siguen practicando inconscientemente los estilos políticos del PRI. Hay también quienes conscientemente quieren hacer del PRD el escenario de la construcción del gran partido populista de México que no pudo llevarse a cabo en las filas del partido gobernante. También hay personalidades que ven con desconfianza la presencia de ideas-fuerza demasiado precisas: la fidelidad ideológica puede ser un obstáculo para las relaciones de fidelidad personal en las cuales se basa su poder. Y por si no fuera suficiente, muchos de los grupos que lo componen sólo ven en él un aparato electoral que sirva a sus designios particulares.²³

1989 reconsiderado

La historia tarda en revelar sus secretos. El significado profundo de un suceso sólo es discernible cuando todas sus consecuencias son conocidas. De ahí que el historiador del medioevo tenga ventajas sobre el del siglo XX y el colonial sobre el contemporáneo. El verdadero significado de 1989, el año en que desapareció el mundo "socialista" y terminó la guerra fría, sigue estando envuelto en una espesa niebla en la cual sólo podemos discernir las primeras sombras. Y sin embargo, nadie puede trazar rumbos para el siglo XXI sin elaborar una hipótesis sobre las causas del 89.

Una primera conclusión comienza sin embargo a definirse. El mejor concepto para designar lo que sucedió en estos diez años en los países del "socialismo realmente existente" es el de *colapso de las civilizaciones*, acuñado por Arnold Toynbee. Según él,

los colapsos son fracasos en la audaz tentativa de ascender del nivel de la humanidad primitiva... hasta las alturas de un tipo de existencia sobrehumana en la comunión de santos. [...] Lo hemos comparado con los alpinistas que hallan la muerte despeñándose, o que permanecen en trance de agonía contra la saliente por la que acaban de trepar, sin poder completar la ascensión y alcanzar en el declive siguiente un sitio donde descansar [...] La naturaleza del colapso de las civilizaciones puede concentrarse en tres puntos: fracaso del poder creador de la minoría; como resultado de ello, falta de *mimesis* por parte de la mayoría, y la consiguiente pérdida de unidad social en la sociedad rota.

El concepto no nos permite explicar por qué sucedió lo que sucedió, pero sí describirlo. Se trata en efecto del *colapso de un intento civilizador*. Los revolucionarios de 1917 se propusieron construir una sociedad poscapitalista más justa, igualitaria y humana. Introdujeron cambios profundos en la estruc-

tura social rusa que debía producir un hombre nuevo superior al que existía en la sociedad de clases. Generaciones posteriores de comunistas se propusieron construir una civilización libre de la enajenación y del dominio de unos hombres sobre otros. Después de la segunda guerra mundial, su influencia se extendió. Se sentaron las bases de un nuevo sistema económico internacional que incluía más de 330 millones de personas y que debía estar libre de todas las injusticias del sistema internacional capitalista, con sus secuelas de colonialismo e intercambio desigual.

Sus ideas recorrieron el mundo, inspiraron el surgimiento de una nueva cultura y propiciaron la aparición de movimientos sociales y partidos políticos, impulsos revolucionarios de índole muy diversa. A fines de la década de los noventa, debe reconocerse que este intento civilizador fracasó en sus objetivos más importantes, que las sendas escogidas extraviaron el camino y que la magnitud de la catástrofe debe medirse no sólo en función de lo que esas sociedades eran sino también de lo que se propusieron ser. No sólo fracasó un sistema social, sino también muchas de las ideas que le daban sustento. Detrás de ese acontecimiento se esconde una gran tragedia histórica. En un intento heroico y al precio de innumerables sacrificios y muchos crímenes, millones de hombres y mujeres intentaron romper de un solo golpe las cadenas que los unían a un pasado de atraso, miseria y explotación. Hoy descubrimos estupefactos que sin que la derrota haya sido anunciada y aceptada, los resultados de sus actos asesinaron sus esperanzas. Los revolucionarios de Octubre y sus partidarios en el orbe quisieron crear un mundo sin explotación y sólo pudieron sentar las bases de un orden estatista, opresivo y poco eficiente. Ahora podemos decirlo: el alpinista no yace exánime, halló la muerte y la sociedad que fue su portadora yace rota y desarticulada privada de su nervio vital.

La idea que durante siete décadas dio coherencia a los actos de los hombres y las mujeres de esa civilización, la idea de que pertenecían a una sociedad socialista superior a la capitalista, perdió todo sentido y ahora sólo queda la nada, la lucha por la supervivencia, la copia de los que tuvieron éxito, la aceptación de la aplastante derrota.

Ese intento civilizador nació en una época de desastres ininterrumpidos del capitalismo: la primera guerra mundial (1914-1918), con sus millones de muertos y el fin de los imperios de Rusia, Austria y Turquía; la crisis de 1929 y la depresión que duró diez años y arrojó a millones al desempleo, la miseria y el crimen; el ascenso del fascismo europeo con su secuela de terror y muerte y, al fin, la segunda guerra mundial, con muchos más millones de muertos, y su secuencia de guerras coloniales.

El ensayo comunista no puede desprenderse de ese mundo que le

imponer su brutalidad. Pero su respuesta resuelve poco. Ubicado en el tercer mundo, al principio obtiene triunfos en el combate contra el subdesarrollo y el atraso. Logra también niveles de igualdad apreciable. Pero tres o cuatro décadas más tarde, el impulso pierde fuerza y adaptabilidad a las nuevas condiciones. En lo que respecta a la instauración del socialismo, el fracaso es completo.

Al filo del siglo XXI debemos reconocer que ni el capitalismo ni el comunismo del siglo pasado ofrecen opciones viables a la humanidad para el futuro. Aparentemente irreconciliables, no pueden ser separados, porque sus historias están unidas como las dos alas del mismo pájaro que parece haber perdido el rumbo. Lamentarse sirve de poco. Hay que aprender de las experiencias y seguir adelante.²⁴

Otoño en Berlín

Jamás olvidaré aquel mes de noviembre de 1989. Hacía unos días había regresado a Berlín, en donde había estudiado durante cuatro años, después de una prolongada ausencia. Pronto me sentí envuelto por el embrujo de la ciudad con sus ríos y canales, sus majestuosas avenidas pero también su Muro, símbolo de la guerra fría. Los árboles exhibían todavía sus hojas otoñales de mil colores. El cielo había adquirido los tonos grises que llevaría hasta la siguiente primavera y el frío, ríspido pero estimulante, aguzaba el ingenio y adormecía los sentidos. Bajo las lluvias persistentes, enfundados en sus impermeables o abrigos, los alemanes habían ya adoptado sus expresiones de invierno. Adustos, concentrados, impasibles, apresuraban el paso por *Unter den Linden* (Berlín oriental) y *Kurfurstendamm* (Berlín occidental), las espléndidas avenidas que marcaban los dos mundos que —nadie lo sabía aún— tratarían dentro de poco de transformarse en uno. Tuve —tengo— buenos amigos en Alemania, y los había visitado en los últimos diez días de octubre. El cambio y la incertidumbre estaban ya en el aire, pero nadie preveía la colosal tormenta que se avecinaba. De ambos lados del Muro, en las noches las cercvecerías estaban llenas, y para la mayoría de la gente la vida transcurría sin grandes cambios.

Por mi parte, venía preparado para acontecimientos decisivos. Su premonición me hizo proponerle a Julio Scherer que *Proceso* me enviara a la escena de los hechos y él comprendió y aprobó de inmediato. Así nació el viaje que me trajo al mundo del "socialismo realmente existente" en el momento oportuno. Pero el hundimiento del sistema no estaba en la perspectiva incluso de mis más desorbitados sueños. Muchos sabíamos que la crisis era inminente, pero nadie previó su envergadura ni su fulminante desenlace. Los sucesos fue-

ron una sorpresa para los observadores de todas las latitudes y todos los credos: soviétólogos estadounidenses prestigiados, políticos comunistas, analistas socialdemócratas europeos, nadie, absolutamente nadie, predijo ni siquiera en sus rasgos más generales los sucesos que iban a tener lugar ante mis ojos en los memorables meses de agosto de 1989 a septiembre de 1990.

Primero fueron las fugas hacia Occidente. En la República Democrática Alemana (RDA), los viajes al extranjero estaban muy restringidos, y las visitas a la República Federal Alemana y al resto de los países capitalistas estrictamente prohibidas. Por eso no es de extrañar que la primera forma que tomó la protesta fue la de una huida masiva hacia occidente. Entre agosto y noviembre de 1989 unos dos millones de alemanes abandonaron el país, aprovechando resquicios creados por cambios de política en otros países del este, principalmente Hungría y Checoslovaquia. Protesta de signo político ambiguo, el éxodo fue señal más de desesperación que de protesta articulada. Su efecto resultó desestabilizador, pero no planteó un problema de poder. Luego hizo su aparición otra forma de lucha, mucho más efectiva. Desde mediados de octubre, las manifestaciones masivas de protesta se sucedían en las principales ciudades del país. A finales del mes, las calles se habían vuelto el escenario de protestas permanentes, pacíficas pero firmes. El 4 de noviembre marchó medio millón de personas en Berlín y tres días después la escena se repetía en Leipzig, Halle, Karl Marx Stadt. El tono de esas manifestaciones era fuerte, pero las demandas eran moderadas. No se pedía la reunificación o la restauración del capitalismo, se exigía reformar el socialismo, instaurar la democracia, reducir el poder del Estado y sus aparatos de seguridad y restablecer la libertad de movimiento hacia el extranjero.

La crisis gubernamental subsecuente demuestra que los funcionarios no sabían lo que pensaba la gente, no entendían las razones profundas del movimiento y no estaban preparados para los sucesos que siguieron. Y de repente la prepotencia cedió el lugar al desconcierto y el miedo. El 19 de octubre, Erich Honecker, que había dominado el partido durante 18 años, renunció a su puesto y tres semanas después todo el gobierno seguía sus pasos. El jueves 9 de noviembre se aprobó un documento que permitía el paso irrestricto de los ciudadanos al occidente. Y esa misma noche, desde las 12 horas, un río humano cruzaba el Muro que durante 27 años había estado herméticamente cerrado para los ciudadanos de la RDA. Quienes protagonizaron la marcha espontánea no lo sabían, pero cada paso que daban anunciaba el fin de la República Democrática Alemana, el principio de la reunificación. El Muro de Berlín, erigido para impedir el libre paso entre las dos partes de la ciudad, se derrumbaba. La era de la coexistencia de dos sistemas sociales y políticos en tierra alemana había llegado a su fin.

En la fría y oscura noche, una alegría desbordante se apoderó de decenas de miles de berlineses, jóvenes en su inmensa mayoría, que desde los dos lados del Muro lo rodeaban, lo escalaban, lo estrujaban y lo cubrían con sus cuerpos, como para esconderlo. La sensación era de libertad recobrada y nadie pensaba en el futuro. El Muro era el símbolo de la derrota alemana de 1945, de la guerra fría que había impuesto la división, de la coacción que impedía a los ciudadanos del Este escoger libremente su sistema de vida. Y ahora había sido conquistado, perforado, sometido. Sin un disparo, sin sangre, en la paz. El domingo siguiente, varias Alemanias se encontraron en los pasos abiertos en el Muro. Del lado occidental vi a cientos de miembros de las elites adineradas marchar triunfalmente hacia la Puerta de Brandeburgo, símbolo de la ciudad y del poderío alemán, cuyo acceso les había sido negado por cerca de tres décadas. Recuerdo aún los abrigos de zorro plateado de las mujeres y los de pelo de camello de los hombres; sus caras bronceadas por el sol de las playas españolas en visitas de fin de semana. Veo en la mañana soleada y fría sus cuerpos erguidos y su andar atlético, la fina piel de los guantes que cubren sus manos y los elegantes zapatos que pisan con seguridad el húmedo piso. Son prusianos, puesto que Berlín está en Prusia, y son los herederos de los usos y costumbres de una aristocracia de largo abolengo. En sus rostros hay superioridad y triunfo. Hemos vencido, parecen decir: el intento de construir Alemania sin nosotros, ha fracasado.

Y por el otro lado, veo fluir desde el oriente el río humano de caras proletarias con ese color grisáceo que impone un clima que no conoce el sol durante ocho meses al año. Nada en ellos indica carencias. El frecuente sobrepeso, las gruesas chamarras de nylon, los guantes de lana, las sólidas botas de invierno... Pero en muchos casos, la expresión es muy diferente... Quieren ser aceptados, vienen a visitar a sus parientes ricos, piden perdón por su colaboración con el régimen vencido. Cerca se ha instalado en la calle el así llamado "mercado de los polacos". Miles de vendedores ambulantes que vienen del país vecino a vender algunas pertenencias, sus antigüedades, sus bordados, latas de caviar ruso, por algunos codiciados marcos occidentales. Había en todo esto un desamparo, un reconocimiento de la derrota, que había de serles fatal en el futuro. En los días siguientes, desde varias cuerdas de distancia podía oírse el ruido de miles de martillos y cinceles que arrancaban pedazos de cemento. Éstos, obtenidos por niños y jóvenes, serían destinados a servir de recuerdo a un intento fallido de construir bajo la bandera del socialismo una sociedad no capitalista en el corazón mismo de uno de los centros más avanzados del capitalismo. En muchos aspectos, el intento fracasó y la audacia había de pagarse muy caro.

No lo sabíamos entonces, pero en la RDA estaba en marcha una verda-

dera revolución. La situación cambiaba constantemente y sus participantes no podían prever el desenlace. El ascenso incontrolable de la protesta popular produjo rápidamente la quiebra de la burocracia gobernante que durante muchos años se negó a oír la voz de sus ciudadanos. Un poder que había parecido inexpugnable, se derrumbó pacíficamente en días, asediado por una voluntad popular inquebrantable. Se olvida con frecuencia y quizá intencionalmente que los anunciadores de la nueva Europa, quienes hicieron posible el cambio en la paz, fueron los ciudadanos de Alemania Oriental. Poderosas fuerzas externas entraron en juego para que el resultado de su movimiento fuera muy diferente del deseado por ellos. Pero algunos de sus propósitos no han perdido vigencia y ahora que sabemos que todo terminó en una orgía capitalista, vale la pena recordarlos como homenaje a aquellos que lucharon contra el autoritarismo estatista bajo la bandera de un socialismo democrático.

La RDA fue fundada el 7 de octubre de 1949 en el territorio ocupado por las fuerzas soviéticas desde la derrota del fascismo en 1945. Su surgimiento fue el resultado de la guerra fría y no de la dinámica interna de la nación. Como Estado con fuerte identidad propia, sobrevivió durante 40 años y dejó marcas profundas en la historia contemporánea de Alemania. No debe olvidarse que la República de Weimar que siguió al imperio después de la primera guerra mundial sólo duró catorce años y que el Tercer Reich de Hitler, que había sido diseñado para un milenio, únicamente sobrevivió doce años. No ha llegado la hora de un gran balance del experimento. Pero antes que nada habría que oír la voz de los protagonistas que ya probaron el estatismo de corte soviético y el "capitalismo social" occidental.²⁵

La lección de Solidaridad

En junio de 1989, Europa del Este estrenaba en Polonia su primer gobierno no comunista desde 1949. En noviembre caía el Muro de Berlín y en diciembre era derrocado en Rumania Nicolae Ceausescu, cabeza de una especie de comunismo familiar. En siete meses se derrumbaron seis regímenes bajo la acción combinada de la protesta popular y una elite que había perdido la confianza en su proyecto.

El mundo, primero estupefacto, recibió la noticia con alegría y esperanza. Una vez más (la primera fue en 1848), la gran primavera de los pueblos. El sistema de tipo soviético, basado en la concentración del poder político y económico en las manos de unos pocos burócratas, y la negación de la democracia y los derechos ciudadanos, se desmoronaba. La Doctrina Brezhnev de la soberanía limitada que se proyectaba sobre la política exterior de esos países había dejado de ser.

Desde entonces ha pasado una década. En esos países, la euforia duró uno o dos años. Las cosas parecían tan claras: una vez derrocado el régimen de tipo soviético, todo se arreglaría. Las carencias económicas, la falta de libertades, la ausencia de soberanía pasarían a ser cosa de la historia. Y luego de la euforia se pasó a la incertidumbre. Nadie quiere regresar a los viejos tiempos, pero el entusiasmo por el capitalismo "sin adjetivos" se ha desvanecido. Una pregunta parece flotar en el aire: ¿qué sigue?

En muchos casos, los movimientos o partidos que encabezaron el asalto al Palacio de Invierno burocrático han perdido la brújula y el apoyo popular. Algunos de ellos, simplemente, han desaparecido. Sólo en la República Checa se han mantenido sin interrupción en el poder. Nada más idóneo para ejemplificar el proceso que el destino del movimiento obrero libertario polaco, Solidaridad. Timothy Garton Ash ha resumido la historia de 1989 en una frase lapidaria: "Lo que en Polonia tomó diez años, en Hungría tomó diez meses y en Checoslovaquia diez días". La crisis del sistema en Polonia no sólo fue la más larga, sino también la más profunda y la más conflictiva, y su actor principal fue Solidaridad. De ahí la influencia de su ejemplo en el desarrollo y el desenlace de las revoluciones de terciopelo.

Solidaridad nació en 1980 con la huelga de miles de obreros en los astilleros de Gdansk. Sus demandas son un documento fundamental para la comprensión del desarrollo de los movimientos antiestatistas en los países de Europa del Este y su desintegración después de la caída de los regímenes de partido único.

Las primeras seis demandas pedían más democracia, incluyendo la legislación del derecho de huelga, la organización de sindicatos independientes y los derechos de expresión, información y comunicación. Otra de ellas exige una mayor eficiencia de las instituciones económicas y la elección de administradores de las empresas por su capacidad profesional y no por su lealtad política. Casi todos los demás puntos se refieren a las condiciones sociales: mejora del seguro social, reducción de la edad de retiro, escala móvil de salarios para defenderse de la inflación, mejores servicios para las madres y los niños de las familias trabajadoras. La idea del regreso a la economía de mercado pura no aparece en ningún lugar. Hacia mediados de la década, Solidaridad contaba ya con la simpatía de la mayor parte de la población que le brindó su apoyo en momentos difíciles de hostigamiento, represión y ley marcial.

A principios de 1989 logró impulsar reformas que aseguraban su participación en el gobierno y el 4 de junio obtuvo una resonante victoria electoral. Logrado eso, surgieron en sus filas profundas diferencias. ¿Qué significaba la democracia y hasta dónde había que ir? ¿Incluía la idea de un sistema económico determinado? Algunos de sus integrantes consideraban que debía man-

tenerse el objetivo de una sociedad más humana y económicamente más segura. Otros, en cambio, pensaban que la instauración de la economía de mercado tenía prioridad sobre los demás objetivos.

Durante las pláticas con el Partido Comunista y antes de llegar al poder, la mayoría de los dirigentes se inclinaba por un modelo de socialismo de mercado, pero una vez en el gobierno y bajo la presión del FMI, se impuso la corriente privatizadora radical, y el primer gobierno de Solidaridad adoptó una estrategia que se propuso romper con el pasado socialista por medio de una terapia de *shock* y la introducción inmediata de la propiedad privada y el mercado. Puesto en marcha el primero de enero de 1990 con un *big bang*, el plan se transformó en el modelo para las prácticas en otros países de la región. Pero la liberación de los precios, el cierre de importantes empresas que supuestamente no eran rentables y la reducción del gasto social, de los servicios de salud y de pensiones, produjeron serias divisiones internas y una pérdida de prestigio entre los obreros que apoyaban el movimiento.

Por otra parte, el liderazgo de Lech Walesa, la personalidad central de Solidaridad, comenzó a adoptar serios rasgos dictatoriales. Ya en la primera etapa del movimiento ilegal había tenido una actitud ambigua hacia la democracia interna y su autoritarismo con la obtención del premio Nobel de la paz y sus encuentros con figuras como Mitterrand y Thatcher. Su simpatía por la figura y el estilo del mariscal Pilsudski, que impuso una dictadura carismática en los años veinte, se hizo pública. Insistía abiertamente en la necesidad de un líder fuerte para sacar a Polonia de sus predicamentos. Su actuación posterior se asemejaba cada vez más a la del caudillo que a la de un dirigente surgido de la lucha por la democracia y regido por la voluntad de la mayoría. Y en medio de la crisis y la incertidumbre de la transición, alentó a aquellos de sus seguidores que veían la solución en un régimen dirigido por un hombre fuerte como fue el de Francia en los tiempos de De Gaulle.

La desilusión con Solidaridad no tardó en manifestarse. Y mientras unos pocos se enriquecían y las mayorías veían cómo su situación empeoraba, el sector sindical de Solidaridad, en la esperanza de que un presidente obrero mostraría más interés por sus demandas, lanzó a Walesa como candidato para las elecciones de 1990, que ganó fácilmente. Pero en 1991 la mayoría mostraba ya su desencanto. En ese año, las elecciones intermedias arrojaron una abstención de 60%. Solidaridad se presentó dividida en cinco facciones, la mayor de las cuales sólo representó 12% de los votos.

En 1993, el Partido Socialista, sucesor del Comunista y sus aliados, recuperó la mayoría de la cámara, prometiendo continuar la liberalización con un mayor respeto a los derechos sociales de los trabajadores. Y en las elecciones de noviembre de 1995, Aleksander Kwasniewski, el joven candidato de esa

misma coalición, derrotó en las urnas a Lech Walesa, el legendario líder de Solidaridad, recuperando así también la presidencia.

Solidaridad supo despertar la esperanza en un futuro de libertad y movilizar al pueblo en la lucha contra el estatismo burocrático. Logrado ese objetivo, comenzó a desintegrarse porque encerraba en sus filas proyectos de futuro y estilos excluyentes. Para grandes sectores de la población trabajadora de Europa del Este, la euforia de la revolución de terciopelo ha desembocado en el desencanto y quizá temporalmente en la pasividad. El viejo régimen se ha ido y son pocos los que lo extrañan, pero el poscomunismo está lejos de las expectativas de bienestar y justicia social que despertó.²⁶

Después de Seattle

Por donde se le mire, la reunión de Seattle fue una derrota para la versión neoliberal del libre comercio. El objetivo de avanzar en la liberalización se frustró. No se pudo llegar a ningún acuerdo importante y algunos de los temas planteados naufragaron sin remedio con desacuerdos profundos entre los participantes. Por si fuera poco, tampoco el futuro aparece claro, ya que no se logró establecer una agenda para la próxima ronda de negociaciones. Además, se produjeron serios conflictos sobre asuntos de procedimiento y desde este momento la Organización Mundial de Comercio (OMC) enfrenta cuestionamientos serios por parte de muchos de sus miembros en materia de organización. Es evidente que a medida que el futuro económico inmediato se vuelve incierto, la lucha por orientar la "liberalización" comercial se hace cada vez más dura.

Más grave aún para los promotores es que la idea misma de que la liberación irrestricta del comercio coincide con los intereses de las mayorías, fue cuestionada desde fuera de la reunión. Una protesta militante que reunió a más de 50,000 manifestantes de Estados Unidos y de todo el mundo impidió durante varios días la marcha normal de las actividades. Y mientras el alcalde de la ciudad declaraba el estado de sitio y se veía obligado a recurrir al auxilio de la guardia civil, las protestas lograban su objetivo, captando la atención de la opinión pública, para relegar a segundo plano el solemne encuentro de representantes de 132 países y miles de importantes invitados oficiales. Así, mientras las disensiones internas impedían cualquier acuerdo, la protesta de los globalizados se oía más fuerte que el argumento de los globalizadores.

Los círculos neoliberales están furiosos. Un artículo sobre el tema de *The Economist* lleva por título: "Desorientados militantes contra líderes tontos" y ataca sobre todo las concesiones ideológicas de los gobernantes a "sus más duros críticos". La propuesta de Clinton de recibir a los representantes de las

ONG los indigna; la del ministro inglés, que afirmó que "el libre comercio puede ser también un comercio justo", les merece el calificativo de hipócrita, y la del francés, que declaró que los sucesos demuestran la imposibilidad de separar la economía de la política, les parece un regreso vergonzoso al estatismo. Carla Hills, representante comercial de Estados Unidos, demostró que sus conocimientos históricos no están a la altura de sus dotes de negociadora y llamó a los manifestantes "anarquistas", "porque buscan destruir, desorganizar". En México se ha comparado a los manifestantes con los rompemáquinas (*levellers*) de los albores de la industrialización, y no faltó quien dijera que intentar influir en la OMC desde fuera es un atentado contra el progreso.

Su reacción es comprensible. Las vigorosas protestas de Seattle son una advertencia. Revelan la existencia de una fuerza internacional que hasta ahora había tenido una vida subterránea y sólo expresiones locales limitadas. El "pensamiento único" se enfrenta por segunda vez (la primera fue en el Congreso contra el Neoliberalismo en la Selva Lacandona) a un reto público, pero ahora en su propio santuario y ante los ojos sorprendidos de millones de telespectadores en todo el mundo que habían sido preparados por los medios para presenciar un nuevo triunfo de la religión del libre mercado y la mano invisible que nos hará felices a todos. Es evidente que si esto se repite demasiadas veces, o si la protesta se convierte en alternativa y la convergencia en coalición, el acuerdo de Washington dejará de ser el "pensamiento único" para transformarse en "uno de los pensamientos", y el origen de su fuerza como expresión de un conjunto de intereses dominantes quedará al descubierto, despejando el camino para la aparición de los proyectos de los dominados.

Nada hubo de espontáneo—fuera de la creatividad de los participantes frente a los órganos de represión— en la protesta de Seattle. La mayoría de las organizaciones existe desde hace mucho. Las jornadas de lucha fueron preparadas con meses de anticipación y las tácticas de resistencia pasiva fueron ensayadas pacientemente en las inmediaciones de Berkeley retomando las tradiciones del movimiento de Martin Luther King y la oposición a la guerra de Vietnam. Los activistas actuaron con disciplina y moderación. Horas antes de la reunión de los ministros, tomaron edificios abandonados en cuyas fachadas colocaron sus mantas y cuando los policías comenzaron a disparar sus bombas de gases y balas de hule, aparecieron cientos de enfermeras que proporcionaban primeros auxilios.

Participación importante tuvieron los estudiantes, los defensores del medio ambiente, las feministas, los opositores a la alimentación contaminada. También hicieron acto de presencia muchos sindicalistas provenientes de la American Federation of Labor-Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO) que se han dado una directiva más combativa y los famosos camioneros de los

Teamsters. También estuvieron presentes los pequeños agricultores que llevan décadas oponiéndose al Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) desde Europa. Hubo sectores violentos pero predominaron claramente los partidarios de la acción pacífica que no pudieron ser dispersados ni sometidos.

Sin duda no es un conglomerado capaz de meter miedo en las salas de reunión de los ejecutivos de las grandes trasnacionales, pero sí los hará pensar y recordar los días difíciles en los que se vieron obligados a batirse a la defensiva. Y algo mucho más importante: servirá para mantener encendida la llama de la resistencia de los millones de olvidados por la mano invisible.²⁷

Primero los pobres

Hace tres semanas, Andrés Manuel López Obrador lanzó el lema "Por el bien de todos, primero los pobres" Últimamente, la idea ha sido retomada en su campaña para la jefatura de gobierno del Distrito Federal. Antes de entrar en la discusión sobre táctica, de si el tema es o no adecuado para una campaña en la capital, vale la pena reflexionar sobre dos preguntas: ¿la proposición es verdadera o falsa? y ¿en qué medida refleja fielmente la identidad del PRD en la actualidad y en el futuro? Los partidarios del pragmatismo dirán que se trata de un ejercicio ocioso: lo importante es ganar elecciones, no iniciar un debate extemporáneo sobre contenidos del discurso perredista. En cambio, quienes están interesados en la construcción del partido no podrán dejar de sentirse motivados por las implicaciones del lema en el desarrollo de la identidad misma de su organización.

Andrés Manuel López Obrador ha demostrado en tres ocasiones que entre sus cualidades se cuenta la de una fina intuición política, que le permite ubicar el objetivo principal en una situación compleja. Cuando fue electo presidente del PRD, sostuvo que su misión principal era romper el estancamiento electoral de su partido y actuó en consecuencia. Al surgir el problema del FOBAPROA, vio en él un punto muy débil del sistema y se lanzó al ataque, ratificando ante sirios y troyanos la identidad izquierdista de su partido. Ahora que sólo faltan siete meses para las elecciones y no ha habido una sola discusión de fondo, en que casi no se ha apelado a la razón de los electores, en que todo son gruñidos, rugidos y gestos crispados que igualan y trivializan a los contendientes, López Obrador lanza una bomba de efectos retardados que no debe ni puede pasar inadvertida.

Antes de continuar, es necesario insisur en la importancia de esta cualidad del candidato a la gubernatura del Distrito Federal. La intuición es la capacidad de obtener conocimientos por una vía que no es ni la observación, ni

la razón, ni la experimentación. Desempeña un papel importante en las matemáticas y la estrategia militar, y es imprescindible en el arte. Spinoza decía que la percepción del mundo como un todo orgánico es materia de intuición, mientras que el conocimiento parcial y abstracto es resultado de la ciencia y la observación sistemática. La intuición puede ser natural o adquirida, pero sin ella no se puede prosperar en oficios tan diferentes como la física teórica, la creación literaria o el pilotaje de autos de carreras. Mucho menos en la política. López Obrador no nació en el Distrito Federal, pero sin duda posee esa cualidad sin la cual la política es sólo rutina.

Estoy convencido de que la proposición "Por el bien de todos, primero los pobres" es verdadera y además una representación exacta de la razón de ser del PRD, tanto hoy como en los próximos 50 años. Todo partido político tiene necesidad de una misión histórica definida que le dé continuidad en el suceder de las generaciones, identidad frente a unos medios que se empeñan en vivir de lo inmediato y lo anecdótico, y legitimidad en el corazón de un pueblo que tiende a depositar una confianza desmedida en caudillos y personalidades carismáticas. Para que un partido prospere es necesario que sus miembros puedan responder sin titubeos a la pregunta: ¿cuál es la causa que nos distingue de los otros partidos e inspira nuestros esfuerzos?

En la primera mitad del siglo XXI, un partido de izquierda será portador de la gran tarea histórica de fusionar en una las dos naciones que coexisten en el seno del México de hoy, o no será. La única misión que puede dar sentido a su existencia es la solución de la cuestión social. Si no se la propone, está seguramente condenado a desempeñar un papel efímero y marginal.

Hasta hace 50 años, la cuestión social existió también en los países industrializados de Europa. El desarrollo industrial agudizó todas las contradicciones sociales y la época de la gran depresión las reprodujo. Mientras las migraciones del campo a los barrios marginales de la ciudad entrañaban una pérdida de identidad y una angustiada sensación de esclavización, la pauperización material era acompañada de la desmoralización y la desculturización. Todos los espíritus sensibles de Europa denunciaron el fenómeno. A mediados del siglo pasado, el escritor y político conservador Benjamin Disraeli afirmaba: "No hay comunidad en Inglaterra, sólo hay un agregado [...]. Nuestra soberana reina sobre dos naciones. Dos naciones entre las cuales no hay ni relaciones ni simpatías; que son tan ignorantes de las costumbres, los pensamientos y los sentimientos del otro, como si sus habitantes pertenecieran a dos planetas diferentes; que ingieren comestibles diferentes, y son regidos por maneras diferentes; que no son gobernados por las mismas leyes. Esas dos naciones son los Ricos y los Pobres". ¿Acaso esta descripción no se aplica como un guante al México de hoy? A fines de nuestro siglo, convocado por los ex-

cesos neoliberales, el espectro de una nueva cuestión social vuelve a rondar el Viejo Continente y a ser denunciada como lo fue antes.

En nuestra historia la cuestión social está presente desde hace mucho. Ya a principios del siglo XIX, Humboldt señalaba el contraste entre ricos y pobres en la Nueva España. A partir de entonces, los señalamientos y las denuncias se han sucedido sin parar. En las últimas dos décadas, el problema se ha agravado trágicamente. Los informes de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) son contundentes: América Latina (incluido México) es la región con la distribución del ingreso más polarizada del mundo y en los últimos quince años el fenómeno ha empeorado. El reciente libro de Julio Boltvinik y Enrique Hernández Laos, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, describe con precisión y detalle una situación límite. Estamos ante un problema estructural que en la actualidad se agrava; que es antiguo pero también nuevo; que es persistente y creciente y que sólo puede resolverse con cambios sociales profundos, aplicados en forma consecuyente durante toda una generación. Éste es el problema prioritario de México.

Mientras no se resuelva la cuestión social, todos nuestros avances tienen un lado perverso. Tenemos hospitales con las instalaciones más modernas del mundo, pero miles de niños mueren de desnutrición. Exportamos cientos de miles de automóviles, pero más de la mitad de los mexicanos no pueden adquirirlos. Contamos con premios Nobel, pero el promedio de nuestra escolaridad es de cuatro años. La democracia no puede consolidarse en un país en el cual la mitad de la población se siente excluida del sistema. El ingreso al primer mundo no es sólo un asunto de producción, sino también de mercado nacional. El objetivo se define en términos claros y bastante simples. Debemos construir una nación en la cual 80% de la población viva en condiciones decorosas y tenga ingresos comparables y compatibles. La alimentación, la vivienda, la educación, las oportunidades mínimas deberían estar al alcance de todos. Las diferencias en ingresos de ese gran sector mayoritario no pueden pasar de 1% a 8%.

La proposición "Por el bien de todos, primero los pobres" es profundamente verdadera en sus dos componentes. Afirma, en primer lugar, que la solución del problema responde al interés de la nación o la comunidad en su conjunto ("por el bien de todos"), y eso es cierto. Los grandes empresarios tendrían que sacrificar algo de las tasas de ganancia actuales y pagar más impuestos, pero se verían compensados con la ampliación del mercado interno y la estabilización de la situación política. La clase media actual perdería algunos de sus privilegios y sus pequeños lujos, pero ganaría inmensamente en influencia política, puesto que se transformaría en la gran clase mayoritaria de la nación. Las élites políticas tendrían que sacrificar algo de su preminencia y su impunidad, pero acrecentarían enormemente su legitimidad y su poder en el exterior.

En segundo lugar, se plantea la prioridad del problema ("primero" los pobres) y esa afirmación contiene también una verdad profunda: en el punto en el que nos encontramos y con las posibilidades que se nos abren en los próximos 50 años, o resolvemos la cuestión social o abandonamos cualquier aspiración a ingresar en el primer mundo. O construimos una nación que integre a nuestros 100 millones de habitantes en un todo en el cual la solidaridad (no confundir con la filantropía) sea posible, o debemos hablar del fracaso histórico de nuestra civilización.

El PRI conquistó su hegemonía con la reforma agraria, la instauración de sistemas de seguridad social, la consolidación de algunos derechos básicos de los obreros sindicalizados, la multiplicación de las escuelas rurales. Aun cuando los tecnócratas de hoy lo nieguen, durante décadas vivió de los intereses de esa aportación inicial a la solución de la vieja cuestión social. Su abandono trae consigo inevitablemente su ocaso, lento (por las veleidades de la oposición) pero seguro.

Si el PRD quiere conquistar esa hegemonía para la nueva izquierda debe elevar el paradigma "Por el bien de todos, primero los pobres" en principio rector de la elaboración de su proyecto de nación, sus plataformas electorales, su campaña nacional del año 2000, la actividad de sus fracciones parlamentarias, las políticas de sus gobiernos, la construcción de su partido. Clara y simple como objetivo, la solución de la cuestión social presenta enormes dificultades en materia de la construcción de un bloque político, la elaboración de políticas coherentes y su puesta en práctica en diferentes niveles de gobierno. Además, debe quedar claro que la solución del problema de los pobres es sólo una parte de la cuestión social y que ésta, a su vez, no resuelve todos los problemas del país. Hablamos de una prioridad, de un rayo de luz que debe orientar y jerarquizar la solución de otros problemas, sin sustituirlos ni desconocer su particularidad y su importancia.²⁸

Las revoluciones de terciopelo diez años después

El Muro de Berlín no cayó, fue derribado. El año de 1989 fue para Europa del Este un año de revolución, o quizá, como dijo Timothy Garton Ash, de "refolución" (reforma-revolución). El régimen social que algunos llamaron "socialismo" y otros "comunismo", "socialismo realmente existente" o "capitalismo de Estado" existió en Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria durante 40 años, entre 1949 y 1989. Cayó porque los ciudadanos de esos países no lo querían más y sus elites no estuvieron dispuestas a defenderlo.

Existen varias teorías acerca de las causas de la caída del sistema en

Europa del Este y cada una de ellas tiene su pizca de verdad. Pero una cosa es segura: en todos esos países, en 1989, los ciudadanos se volcaron a las calles a manifestar sus propuestas. Sin su presencia activa, los viejos gobernantes no habrían dejado el poder. En Polonia, todo comenzó con las grandes huelgas de mayo de 1988. Entre otras cosas, uno de los lemas de los obreros era "¡No hay libertad sin Solidaridad!", mientras que otro más terrenal rezaba: "Cuarenta años de socialismo y todavía escasea el papel de baño". En agosto hubo una nueva ola de huelgas, más amplia que la anterior. El día 31, el ministro del interior tuvo un encuentro público con Lech Walesa y éste usó su influencia para calmar a los huelguistas.

Ya en noviembre se inició una larga ronda de negociaciones entre representantes de Solidaridad y el Partido Comunista. El comité central de este último acabó aceptando la negociación pública en una mesa redonda que empezó el 6 de febrero. La foto de la mesa que legalizaba de hecho a Solidaridad, dio la vuelta a toda Europa del Este con su mensaje liberador. El 5 de abril se firmó un acuerdo que declaraba que Polonia entraba por el camino de la democracia parlamentaria. En junio de 1989 tuvieron lugar las primeras elecciones competitivas en 50 años. Solidaridad se impuso ampliamente. Europa oriental estrenaba su primer gobierno no comunista.

En Hungría, en el mismo mayo de 1988, hay un cambio de dirección en el Partido Comunista. A finales del año se permite a los grupos opositores que se organicen públicamente y en enero se aprueban leyes que garantizan el derecho a la libre reunión y asociación. En abril, el gobierno declara que apoya la transición a un sistema pluralista. El 16 de junio de 1989, 200,000 húngaros se reúnen en la plaza de los Héroes en Budapest, para recordar la revolución de 1956 y rendir homenaje a su dirigente Imre Nagy, ahorcado por los soviéticos. Junto a los ciudadanos se puede ver a los representantes de muchas organizaciones, algunas incluso oficiales. Un sobreviviente de la revolución invita a los asistentes a darse la mano y a corear todos juntos las palabras de Petöfi, el poeta de 1848: "¡No seremos más esclavos! ¡No seremos más esclavos!". Pero el momento culminante fue cuando Victor Orleán, dirigente de la organización Jóvenes Demócratas, exclama: "Si confiamos en nuestras almas y nuestras fuerzas, podemos poner fin a la dictadura comunista. Si tenemos suficiente determinación, podemos forzar al partido a someterse a elecciones libres". Los miles de asistentes rompen en un aplauso prolongado y todo pasa en vivo por televisión. Junto con las elecciones polacas, que tenían lugar casi al mismo tiempo, el gran acto luctuoso en Budapest marca el principio del fin del régimen establecido.

En la República Democrática Alemana el cambio sólo se inició en el otoño de 1989. Desde septiembre los rezos regulares por la paz en la iglesia

de San Nicolás, en Leipzig, eran acompañados por pequeñas demostraciones en la plaza adyacente de nombre significativo: Karl Marx Platz. Al principio era gente que quería emigrar, pero poco a poco fue adquiriendo un tono político; el 2 de octubre había entre 15,000 y 20,000 personas. Cantaron "La Internacional" y pidieron la legalización del recién fundado movimiento Nuevo Foro que se declaraba partidario del socialismo democrático. Pero después de una represión masiva en Berlín y amenazas de que cualquier manifestación sería dispersada, el lunes 6 de octubre se presentaron en la plaza 70,000 personas para protestar pacíficamente. Esas demostraciones, precedidas siempre por rezos públicos, crecieron exponencialmente hasta que a finales del mes se componían de medio millón de personas provenientes de toda la república. Los asistentes, en respuesta a los funcionarios que acostumbraban siempre a hablar en nombre del pueblo, coreaban "Wir Sind Das Volk!" ("¡Nosotros somos el pueblo!"). El 9 de noviembre, el Muro de Berlín fue abierto al paso de los ciudadanos del este.

En Praga fueron los estudiantes quienes iniciaron el cambio. Pequeños grupos habían estado activos durante todo el año anterior. Las reuniones de discusión, las revistas teóricas y la organización de grupos clandestinos se habían multiplicado. A través de la organización juvenil del Partido Comunista, consiguieron permiso para realizar una manifestación el 17 de noviembre de 1989 para conmemorar la muerte de un estudiante asesinado por los nazis. La marcha dio inicio de acuerdo con el itinerario fijado de antemano, pero a medida que su dimensión crecía más allá de lo esperado, los que la encabezaban decidieron dirigirse a la plaza Wenceslao, escenario de los grandes movimientos de 1968. Cuando llegaron a ella, se encontraron con la policía antimotines con sus cascos blancos y sus macanas listas.

Para entonces, el ánimo de la manifestación había cambiado. La gente entonaba canciones de libertad y cuando llegaron a donde estaba la policía intentaron darles flores y pusieron velas encendidas en el piso alrededor de ellos. La policía respondió con una golpiza y eso encendió la llama. Los estudiantes iniciaron una huelga, a la cual, poco después, se sumaba la gente de teatro. Al segundo día lanzaron una proclama en la que convocaban a la gente: "¡No esperen, actúen ahora!". Llamaban también a una huelga general y a que se omitiera de la Constitución el párrafo sobre el papel dirigente del Partido Comunista. Al tercer día, un domingo, decenas de miles de personas, sobre todo jóvenes, habían estado reuniéndose alrededor de la plaza Wenceslao coreando lemas y agitando banderas. Pero la culminación se produjo el lunes en la tarde, cuando una inmensa multitud se apoderó de la plaza gritando: "¡Libertad! ¡Renuncien! ¡El tiempo ha llegado!".

Para el quinto día, la manifestación era aún más grande. Desde un

balcón, los dirigentes de la organización Foro Cívico dirigieron la palabra a la multitud. En los días sexto y séptimo las manifestaciones crecieron todavía más, mientras representantes del Foro y el gobierno iniciaban conversaciones. Al igual que en Polonia y Hungría, se libró una batalla con los medios para que se abrieran a las voces de protesta y se ganó. Desde el quinto día, la radio y la televisión transmitían lo que realmente estaba sucediendo. Al octavo día, desde el "balcón de la libertad", Dubček se dirige al pueblo. La recepción es apoteósica. La conexión entre 1968 y 1989 había quedado establecida. Al doceavo día, la huelga general es un hecho en todo el país. Una semana más tarde, aquí también se conforma una mesa redonda en la cual participan todos los partidos.

El Muro de Berlín no cayó, fue derribado. Claro está, no sólo por los pueblos. Detrás de ellos estaba Gorbachov, quien dejó bien claro a los gobernantes de esos países que la URSS no los apoyaría en la represión. Y luego, la evidente desmoralización de la elite gobernante. A esas alturas, ellos mismos no creían en su sistema y en el papel que desempeñaban. Unos pocos seguían siendo socialistas y estaban avergonzados, y otros —la mayoría— adoptaron la actitud del camaleón. Poco después habían de hacer su reaparición, transfigurados en prósperos empresarios. La nueva clase —como la llamó Milovan Djilas— se inscribió en el cambio para sobrevivir. La introducción violenta del mercado se debió más a ellos que a los pueblos.

La revolución de 1989 fue pacífica, mediática, libertaria. Una revolución de terciopelo. Quizá la primera revolución del siglo XXI. El estatismo ha caído para nunca volver. ¿Cuándo le toca al capitalismo?²⁹

La izquierda y las elecciones: globalidad humanizada

Las declaraciones del doctor Ernesto Zedillo en Davos introducen un nuevo elemento en la campaña electoral. Nos recuerdan que los hombres y mujeres que nos gobiernan están inspirados en una visión del mundo dogmática, cerrada e intransigente. Durante 18 años han regido al país de acuerdo con los preceptos de su credo, y si su candidato gana las elecciones, seguirá el mismo rumbo económico y social, con la inflexibilidad que lo han hecho sus predecesores. Lo que ha dicho el presidente no es nuevo. Mientras que se ha abstenido de hacer declaraciones de carácter ideológico en México, él y su gabinete económico las hacen con frecuencia en foros internacionales, siempre aplaudidos por los representantes de las grandes transnacionales. Tales declaraciones son suficientes para ilustrarnos sobre la visión del mundo y de México que inspira sus acciones.

Se argumentará que se trata de declaraciones sobre política internacional, no sobre política interna. Falso. El centro del debate ideológico en este principio de siglo en todo el mundo es la globalización. Por eso las definiciones sobre ella son, a la vez, definiciones de políticas externa e interna. La actitud hacia problemas como libre comercio, desregulación del capital financiero, lucha contra la inflación, vías del desarrollo económico, pobreza, seguridad social, defensa del medio ambiente, intervención del Estado en la economía y finalmente desarrollo económico en el tercer mundo, son, al mismo tiempo e inseparablemente, definiciones de política internacional y nacional. La posición sobre el tema fija la principal diferencia entre derecha e izquierda, aquí y en todas partes. Naturalmente, hay versiones extremistas y moderadas en ambos campos, pero la línea de demarcación es nítida e inconfundible.

La visión de la tecnocracia mexicana no es, por supuesto, obra suya. Originalmente surgió en Estados Unidos y fue llevada a la práctica por gobiernos como los de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. En la actualidad, su núcleo de elaboración e irradiación son los cuatro pilares del centro de decisiones

más importantes del mundo en materia económica: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la Organización Mundial de Comercio (OMC). Todos son partidarios de una vía de globalización, en la cual el tercer mundo y los pobres tienen todo que perder y poco que ganar.

Frente a ella, la izquierda ha presentado y debe volver a presentar en la campaña electoral, la alternativa de una globalidad con cara humana, que pugna por que los procesos de apertura comercial y financiera, así como la revolución científico-técnica, tomen en cuenta los intereses de los países menos desarrollados, los obreros, los campesinos, los pobres, la defensa del medio ambiente, los derechos humanos y el respeto a las diferencias culturales y étnicas.

No se trata de oponerse a la revolución informática que se inició en la década de los setenta, ni a la robotización que plantea en nuevos términos los problemas de la productividad o la revolución biotécnica que afecta la tecnología de los organismos vivos y puede desembocar en la modificación del mismo ser humano. Las últimas dos apenas se están iniciando. Tampoco nos proponemos impedir la restructuración de la empresa individual, la acrecentada movilidad del capital y la reforma del sistema económico internacional inducidos por esos gigantescos cambios. Éstos son procesos que continuarán durante varias décadas. Encierran inmensas posibilidades para resolver viejos problemas de la humanidad y crear un mundo mejor. Pero es innegable que han desencadenado fuerzas destructivas de un poder y una virulencia sin precedentes en la truculenta historia del capitalismo. "La globalización —ha dicho Víctor Flores Olea— resulta un hecho económico, tecnológico, cultural, político y social irreversible; pero lo que sí es reversible es la orientación que los grandes intereses le han impreso a la actual globalización."

Cualquier estrategia que se base en la resistencia al cambio y la oposición al progreso tecnológico, está condenada a una caída sin fondo en el abismo de la marginación y el subdesarrollo. Por otro lado, negarse a reconocer y a luchar contra esas fuerzas antisociales, lo que Viviane Forrester ha llamado "horror económico" o la polarización entre países ricos y pobres y la destrucción ecológica, es no sólo inhumano, sino obtuso y suicida. Suponer que los agraviados por la violencia del progreso no se vengarán por medio de otras violencias es ignorar las lecciones de la historia mundial y la de México. Una de las cosas que están en juego en estas elecciones es elegir a un gobierno que se inspire en los paradigmas de una globalización salvaje, o bien, a otro que se compromete inequívocamente con los principios de una globalidad humanizada para los mexicanos y los pueblos de todo el mundo. Las tajantes declaraciones del presidente Zedillo en Davos no dejan lugar a dudas acerca de su ubicación. La voz de los portadores de la alternativa es aún difícil de percibir.

El presidente afirmó: *a)* sólo con el libre comercio hay crecimiento económico, salarios crecientes y protección del medio ambiente. Como prueba ofreció la migración de trabajadores rurales a las maquiladoras de Tijuana y Ciudad Juárez; *b)* quienes se oponen a la mayor liberalización del comercio y la inversión (los globalifóbicos) son proteccionistas disfrazados y sufren de pereza mental, ya sean de derecha, de izquierda o de las ONG; *c)* no hay estudios serios que prueben la relación entre liberalización económica y efectos sociales negativos, y *d)* los temas de protección laboral y del medio ambiente no deben incluirse en los debates de la OMC.

Para todos estos pronunciamientos hay respuestas convincentes que ni caen en la globalifobia ni se inscriben en el fundamentalismo globalizador. Veamos: refiriéndonos al inciso *a*, durante el periodo proteccionista de sustitución de importaciones (1940-1979), el producto interno bruto mexicano creció en términos reales a una tasa anual promedio de 6% y 2% per cápita. Durante los sexenios de liberalización salvaje de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, el crecimiento fue, respectivamente, de 0.18%, 3.16% y 2.7%. El resultado per cápita es ligeramente negativo. El ejemplo de las maquiladoras, como salarios y condiciones de vida decentes, es una burla a los cientos de miles de mexicanos que conocen ese infierno. Menos abismal que la muerte lenta del desempleo o subempleo de sus lugares de origen, sigue inscribiéndose en el horror de la pobreza, e incluso de la miseria; en cuanto al inciso *b*, la teoría de las bondades del libre comercio no es un dogma infalible. Está siendo ya seriamente cuestionada y varios países de Asia demostraron que una combinación de liberalización con medidas proteccionistas en función de proyectos de desarrollo competitivo compartido puede rendir mejores resultados que el modelo aplicado por los tecnócratas mexicanos. Y en cuanto a la pereza intelectual, como se verá, no es monopolio ni de los globalifóbicos ni de los globalifílicos. Respecto de las ONG, me atengo al artículo de Sergio Aguayo en *Reforma*; en lo que respecta al inciso *c*, ya Gabriel Székely lo dijo en *El Universal*; parece que el doctor Zedillo no ha podido mantenerse al día en sus lecturas. No me costaría trabajo recomendarle unos 30 autores de primera, originarios de las universidades e instituciones que él tanto admira (entre los cuales se cuenta al menos un premio Nobel), 60 libros y un centenar de informes y artículos científicos que investigan la relación entre globalización económica y deterioro social, ambiental y cultural; y respecto del inciso *d*, la reunión de la OMC de Seattle fracasó debido a la oposición incipiente pero vigorosa de exponentes de la sociedad civil de todo el mundo que se organizan para exigir que los efectos más negativos de la globalización sean frenados, pero también porque los países del tercer mundo fueron excluidos de las decisiones. Zedillo criticó lo primero y guardó silen-

cio sobre lo segundo. Las demandas de incluir los asuntos laborales y ecológicos en las discusiones del poderoso organismo son totalmente pertinentes. Pueden responder a tendencias proteccionistas en los países desarrollados, pero responden también a los intereses de los pauperizados y superexplotados trabajadores mexicanos. Todo depende de qué y cómo se discute. Por cierto que la fórmula que usó su representante Herminio Blanco —“la discusión de los asuntos laborales no debe contaminar los debates sobre comercio”— es un buen ejemplo del fundamentalismo globalizador pedestre al que me refería.

Así, a partir de la crítica a un neoliberalismo retrógrado que se niega a asimilar las lecciones de los fracasos de los últimos 18 años —y se ubica muy a la derecha de las posiciones de William Clinton, Anthony Blair, George Soros, varios dignatarios del tercer mundo o expertos como Jan A. Kriegel, relator de la Comisión de Comercio y Desarrollo de la ONU, que advirtió que México está logrando estabilidad a costa de una pauperización masiva que presagia tempestades—, se define la respuesta de la izquierda mexicana.

No es utópica ni está sola. En el marco del TLCAN compartimos intereses y posiciones con Canadá y sectores influyentes de la política y los negocios estadounidenses. Tampoco está aislada, como hemos visto, en el mundo. México es un buen ejemplo de las posibilidades de la globalización, pero también de los estragos de sus efectos destructores. El problema está en cómo se piensa, a quién se sirve y quién dirige.¹

La izquierda y las elecciones: democracia integral

Ya nadie habla en México de transición a la democracia. Algunos consideran que con los avances alcanzados se puede dar por terminada, y otros sostienen que las nuevas formas democráticas no han podido dismantelar las viejas prácticas e inercias autoritarias y que éstas se mantienen, permeando las instituciones y preservando las estructuras de poder tradicionales, bajo un nuevo manto democrático. Según esto, hemos desembocado en un orden político ambiguo que puede sostenerse indefinidamente y ser catalogado como una transición mediatizada o gatopardesca.

Lo cierto es lo segundo. Lo característico de la nueva condición es que al mismo tiempo que se tienen avances en materia electoral, los grupos tradicionales de poder siguen actuando como si nada hubiera pasado y existen enclaves en la vida nacional en los cuales el antiguo régimen se reproduce sin dificultades. Si bien la oposición ha ganado el gobierno en varios estados, a nivel federal no ha habido ruptura con el sistema de partido único, ni lo habrá hasta que el PRI salga del poder. Debido a su permanencia, las viejas estructuras clientelares, que abarcan a millones de mexicanos, siguen en pie.

Mientras que el poder legislativo conquista lentamente espacios de autonomía, el judicial sigue tan dependiente del ejecutivo como antes. En 1997 la oposición conquistó la mayoría en la cámara de diputados por la vía del voto, pero el partido gobernante la reconquistó por medio de la corrupción en la votación del presupuesto. La oposición avanza en todo el país, pero la militarización se extiende en las regiones de fuerte tensión social. Hay autoridades que muestran un mayor compromiso democrático, mientras que en la mayoría de los sectores del Estado sigue dominando la corrupción en todas sus formas. La transparencia electoral avanza, al mismo tiempo que se multiplican los nexos del narcotráfico con los políticos de alto nivel. El poder del presidente se ha visto reducido, pero los derechos humanos siguen siendo vulnerados cotidianamente. Lo que vivimos es la reconstrucción de los rasgos esenciales del viejo régimen autoritario bajo nuevas formas democráticas. No debemos olvidar que si es mediatizada, la democracia sólo sustituye la imposición abierta con la manipulación para conservar el poder de los viejos grupos, o una combinación de las dos.

En un orden democrático tan frágil y deficiente, los retrocesos son relativamente fáciles. Los sectores más duros del régimen pueden imponer sus intereses y su estilo y eso supone soluciones autoritarias a problemas como el de la UNAM y Chiapas o el recurso a la compra de votos y el fraude electoral sofisticado para las próximas elecciones presidenciales. Sus éxitos electorales en los estados que controlan y, sobre todo, en el gran show que fueron las elecciones primarias en el PRI, son muestra indudable de su poder. Todo indica que esos sectores se recomponen y reorganizan alrededor de la candidatura de Francisco Labastida.

La democratización en nuestro país se enfrenta a tres grandes dificultades. La primera es el carácter excluyente del sistema social en el cual vivimos. En un país en el que 70% de la población vive en la pobreza o la extrema pobreza, en el que las desigualdades extremas son la regla, las posibilidades de un régimen democrático están, en el largo plazo, ligadas a políticas tendientes a superar esa situación. La democracia sólo funcionará en forma estable en una sociedad con un mínimo de igualdad. No se puede construir un nuevo sistema político si no se logra convencer a los sectores excluidos de que éste les ofrece posibilidades reales de plantear sus demandas y mejorar su situación. Por eso la izquierda considera que la democratización como proceso es inseparable de políticas centradas en reducir la desigualdad. Que para que la mayoría del pueblo se comprometa activamente con la democracia, es necesario que ésta le reporte beneficios reales en su condición política y social.

La segunda es la contradicción profunda y persistente entre democracia formal y sistemas reales de poder. Nuestro país ha tenido, con breves inte-

rrupciones, una forma de gobierno republicano durante 170 años. Sin embargo, en la realidad, el ejercicio del poder ha obedecido a cánones extraordinariamente autoritarios. Durante el primer medio siglo de vida independiente, mientras en las ciudades las clases medias discutían y aprobaban constituciones conservadoras y liberales, en el mundo rural, en el cual vivía 80% de los mexicanos, dominaban sin restricciones los hombres fuertes, caudillos, hacendados y caciques. La Constitución de 1857 fue un documento liberal avanzado, pero Porfirio Díaz impuso su dictadura, haciendo de ella un documento sin vigencia alguna.

La Constitución de 1917 dice con claridad que el Supremo Poder de la Federación se divide en legislativo, ejecutivo y judicial, y que no podrán reunirse dos o más de esos poderes en una sola persona. Y sin embargo, aun cuando los tres poderes no dejaron de existir, durante más de 80 años el ejecutivo ahogó a los otros dos. Para ello usaba las redes ocultas del poder o las medidas legales, reservándose el poder de iniciar leyes, nombrar magistrados y otros funcionarios, y vetar los acuerdos del legislativo. El principio de sufragio efectivo, no reelección, que fue motivo de una revolución, ha sido violado por el fraude y la permanencia de un solo partido dominante. La democracia integral va mucho más lejos que la reforma de las leyes o las prácticas a nivel cular, exige la reconciliación de lo formal con lo real en todos los niveles y en todos los lugares. Trabaja para instaurar la correspondencia entre la ley y la práctica.

La tercera es la cultura autoritaria, patriarcal, casuística, predominante en amplios sectores. Ella fomenta el incumplimiento de la ley, las prácticas clientelares, la confianza en hombres providenciales, la falta de capacidad negociadora. Mientras que la cultura democrática está basada en el principio de que el contendiente puede ser vencido pero no aniquilado, la autoritaria busca soluciones extremas en las cuales el oponente es definitivamente puesto fuera de combate. Un buen ejemplo de esta última es la solución que se dio al conflicto de la UNAM. Después de haber prolongado artificialmente la huelga, las autoridades y el gobierno proponen al mismo tiempo una solución y recurren a la represión aniquilando al contendiente y excluyéndolo de la reforma universitaria. La democracia integral exige una profunda transformación cultural y esto significa, ante todo, una reforma educativa pero también la elevación del papel de los partidos democráticos como escuelas políticas, el respeto al estado de derecho y el fomento de la cultura de la negociación.

No hay razón para el pesimismo. Si bien México debe superar obstáculos muy grandes, tiene también grandes posibilidades. La primera fuente de esperanzas son los fuertes impulsos democráticos de nuestra historia. Desde el autogobierno de las comunidades hasta el federalismo de los liberales, desde

el maderismo hasta el navismo, desde la insurrección electoral de 1988 hasta el impacto indirecto del levantamiento de 1994 que aceleró la reforma electoral, nuestra historia es rica en gestas por la democracia. Hasta ahora han sido derrotadas o mediatizadas. Pero las condiciones actuales son más propicias. La democracia integral significa movilizar para impulsar las relaciones democráticas en todos los ámbitos de la vida pública y privada. En cada lugar y situación la lucha se enfrenta a adversarios y condiciones diferentes. En algunos, el contrincante principal es la corrupción de las instituciones y/o los funcionarios, mientras que en otros puede ser la discriminación étnica y de género, la compra del voto, y hasta el fraude electoral.

Significa también la construcción de alianzas capaces de derrotar a los sectores más duros del viejo régimen. La lucha por la democracia no es privilegio de la izquierda. También hay sectores democráticos en la derecha. Mientras el PRI siga en el poder, impidiendo la alternancia y los inevitables cambios que ésta introduce, es lícito pensar en una alianza de todos los partidarios de la democracia, en un espectro que va desde la derecha democrática hasta la izquierda democrática. Esto supone, ante todo, las alianzas entre el PRD y el PAN. Si un partido de oposición no triunfa en las próximas elecciones, el proyecto seguirá vigente. Desde hace dos décadas nos encontramos en la transición de un régimen corporativo a uno pluralista. El Estado se debilita, mientras la sociedad civil se balcaniza. Lo mejor para acelerar ese proceso hubiera sido un acuerdo negociado entre todos los partidos, incluyendo al PRI. Pero ahora sabemos que esto es imposible.²

La izquierda y las elecciones: el reto de la UNAM

El movimiento de la UNAM es parte de una larga historia que pone a prueba la integración de la izquierda al sistema electoral y parlamentario. En una sociedad marcada por las desigualdades y el autoritarismo, las rebeliones recurrentes contra el sistema son inevitables. Los contrastes abismales entre ricos y pobres, entre sectores con acceso a la educación superior y millones de analfabetas funcionales, entre espacios que pertenecen al primer mundo y vastos territorios sumidos en el atraso y las carencias, crean condiciones óptimas para la reproducción regular de la protesta radical.

La historia de México en los últimos 60 años está marcada por una sucesión apretada de esas rebeliones que ocurren en forma regular. Casi siempre se inician con demandas limitadas y terminan planteando cambios profundos en un sistema que en esencia es profundamente injusto y opresivo para las mayorías. En esas seis décadas, no hay sector de la población que no haya producido movimientos de ese tipo, ni año sin que en alguna parte del país

exista un fuerte conflicto social. Su presencia es parte estructural del sistema político y muchos ciudadanos han acabado por considerarla prácticamente normal.

Durante todo ese tiempo, el gran celador de ese sistema ha sido el PRI. Su función ha sido impedir que las rebeliones de abajo afecten la estructura de privilegios vigentes. La clase dirigente no es inmovilista ni se opone a las reformas, siempre y cuando éstas no afecten el patrón de distribución de ingresos y de privilegios. Para ello, ha desarrollado tácticas que son una combinación casuística de represión, cooptación de líderes y concesiones clientelares, que han demostrado una gran eficacia. Sin embargo, le imprimen a la vida nacional un nivel de violencia y corrupción. Una parte importante del electorado del PRI proviene de aquellos sectores de la población que sienten (justa o imaginariamente) que sus privilegios podrían ser puestos en peligro por la victoria de esos movimientos. De ahí el recurso al miedo en cada elección importante. El partido gobernante crea o agudiza y luego magnifica conflictos sociales, como el de Chiapas o la UNAM, para recordar a esos interlocutores que es el PRI o el caos; que ninguno de los otros partidos posee la pericia y la experiencia necesarias para modernizar sin afectar privilegios esenciales. Así, el partido gobernante se beneficia de todos los temores, inseguridades y celos de las clases medias hacia los sectores mayoritarios de los desprotegidos.

El proceso de democratización tenía como uno de sus objetivos crear condiciones para que las demandas de los sectores ofendidos o humillados pudieran canalizarse por las vías institucionales y tomar la forma de actos electorales y parlamentarios; que las explosiones sociales se transformaran en virajes electorales; que la acción de partidos afines a los sectores desprotegidos, o simplemente interesados en su voto, impulsaran una legislación favorable a ellos. Debido al carácter trunco de la transición, es dudoso que ese objetivo se logre. El sistema electoral y parlamentario que está surgiendo es demasiado cerrado para cumplir con esas funciones. Para que eso cambie, son necesarias dos condiciones: entre los partidos existentes debe haber por lo menos uno que responda al patrón de una nueva izquierda dedicada no sólo a ganar puestos de elección sino a promover demandas populares con su presencia en las justas electorales, así como con su actividad parlamentaria y los gobiernos, y que no rinda cuentas al patrón del populismo. Mientras eso sucede, partidos de izquierda y movimientos sociales deberán aprender a convivir y colaborar sin perder su función específica ni su identidad.

A medida que avanza la reforma política, la actitud que guarda el gobierno respecto de los partidos políticos y algunos medios de difusión es cada vez más contraria a su respuesta hacia los movimientos sociales. Mientras que los conflictos con los primeros tienden a ventilarse en el marco de la ley

y las instituciones (aun cuando los recursos de la corrupción y el espionaje no están excluidos), a los segundos los ubican rápidamente en el terreno de lo ilegal, lo cual justifica la infiltración policiaca y la represión. Mientras que hay un canal de televisión dedicado a transmitir las largas sesiones de las cámaras en un ambiente propicio al debate, nunca se transmitieron reportajes objetivos sobre las sesiones de las asambleas estudiantiles.

Desde un principio, el movimiento universitario fue objeto de presiones policiacas y actos de intimidación y penetración por parte de los órganos de seguridad. El dirigente del CGH se movía en un ambiente de ilegalidad, fabricado por las principales estaciones de televisión que al mismo tiempo ofrecían sus pantallas a los candidatos electorales de la oposición. El mensaje es muy claro: la oposición electoral y parlamentaria es legal; la protesta social, ilegal.

Los actos de los paristas fueron muy pronto identificados por la PGR como actos delictivos. Reuniones, discusiones, resoluciones pasaron a formar parte, todas ellas, de ese mundo turbio, amenazante y subversivo que tanto amedrenta. Durante diez largos meses, las imágenes que los medios televisivos transmitían de los paristas fueron siempre de vandalismo, vicio, turbulencia y peligrosidad. Ignacio Burgoa y Raúl Carrancá juran vivir en el pánico de ser agredidos por los paristas. Ninguno de esos medios se preocupó por entrevistar a cientos de jóvenes idealistas, solidarios, desinteresados que se entregaron a la tarea de cambiar a la Universidad y a México, quizá con ingenuidad, pero seguramente con una gran honestidad.

En los expedientes de los "paristas delincuentes" hay información sobre la actividad de los agentes de la PGR, su infiltración en las asambleas, sus artimañas para recopilar información recurriendo a archivos escolares y la elaboración de listas con direcciones y teléfonos de los líderes reales e imaginarios. Sin ser dignos de las escalofriantes páginas de la novela de Carlos Montemayor *Los informes secretos*, que penetran en las entrañas del aparato de seguridad nacional para seguir a un siniestro pero refinado agente especial que informa sobre las actividades de un personaje peligroso, no hay duda de que se gastó mucho más en criminalizar a los estudiantes que en entenderlos. La vieja historia se repite. Las preguntas que todos debemos hacernos son las siguientes: ¿son legales o ilegales los movimientos de protesta en México?, ¿son expresiones políticas legítimas que deben tratarse con el mismo respeto que las parlamentarias y las de las ONG, o son fuerzas subversivas que deben combatirse con el ejército y la policía, sin miramiento alguno?

Y luego vino la ocupación de la Universidad por las fuerzas públicas. En eso el gobierno actuó en el marco de un patrón persistente que ha normado su relación con los movimientos de protesta. Antes se reprimía por igual

la actividad opositora electoral o social. En las condiciones actuales, la apertura del espacio electoral y parlamentario no es suficiente para dar expresión a demandas y rezagos de grandes sectores desfavorecidos. La defensa de la enseñanza pública gratuita a todos los niveles, incluyendo la educación superior, es una de esas demandas. No habrá paz mientras los movimientos sociales no sean tratados con el mismo respeto que la actividad electoral y la negociación no se imponga a la represión.

Hubo en el movimiento estudiantil sectores que estuvieron sistemáticamente en contra o dificultaron hasta la insensatez la negociación. Pero la culpa de la situación actual no recae sólo en ellos. Todavía es mayor la responsabilidad del rector Francisco Barnés "que estaba listo para una larga huelga", así como del gobierno federal y los medios que hicieron todo lo posible por criminalizar el movimiento de huelga. Para abordar la discusión de los problemas de la educación superior y de las reformas en un ambiente de democracia y tolerancia es necesario, ante todo, borrar las secuelas de la represión y la violencia de Estado.³

PRD: urge una nueva estrategia electoral

Por fin el PRD ha concluido la selección de sus candidatos a puestos de representación. Quedan pendientes algunos huecos, pero la tarea principal ha sido cumplida. Sus candidatos a diputados y senadores, igual que los del PRI y PAN, están listos para iniciar sus campañas.

1. El proceso, si bien democrático, fue largo, escabroso y costoso. Debido a problemas estatutarios y organizativos, así como a las limitaciones de una cultura democrática incipiente, las presiones y protestas para cambiar los resultados se han multiplicado y la Comisión de Garantías se ha visto inundada de reclamaciones. Durante dos meses decisivos, en lugar de enfrentar los retos de la campaña, el partido se ha visto inmovilizado por las luchas internas por los puestos de representación. Lo sucedido confirma lo que se ha dicho ya muchas veces: la estructura actual del PRD no responde a las exigencias de un partido moderno de su orientación, su tamaño y su peso. Sean cuales fueren los resultados de la campaña, después de ella, como lo ha propuesto Amalia García, la organización debe poner en marcha una reforma profunda de su vida interna. Ésta no se agota con una revisión estatutaria y será difícil, porque afectará intereses cada vez más atrincherados, pero no puede soslayarse. Si no se lleva a cabo, el futuro de ese partido está en juego. Los trabajos preparatorios no pueden esperar a que la campaña termine. Existen la experiencia, las personas y los medios necesarios para que se inicien de inmediato. Sólo falta la decisión política.

2. La composición de la planilla de candidatos también refleja las limitaciones de las estructuras existentes. Una vez más, en la mayoría de los casos, lo que decidió fue la fuerza de los grupos. Las actividades electorales tuvieron que someterse a los tiempos y los imperativos de las negociaciones entre los principales grupos de poder, tanto en el Distrito Federal como en el nivel nacional. En cambio, los criterios de capacidad, preparación, eficiencia, currículum partidista, fueron frecuentemente relegados. La pregunta de si los diputados y senadores representan a los ciudadanos que votan por ellos o a los grupos de presión que lograron imponerlos, ha quedado zanjada en la práctica. Algunos de los resultados son preocupantes para el futuro de la organización. Uno de ellos es la peligrosa repetición de los casos de nepotismo que van transformando al PRD en una organización controlada por familias.

Así, sus estructuras de poder se asemejan cada vez más a las del PAN y el PVEM. La creación de una organización de izquierda moderna, realmente abierta a la sociedad civil, es decir, a las capacidades, talentos, entrega y reservas de honestidad presentes en abundancia en ella, exige el combate decidido y eficaz contra la tentación de clan. Una organización política atenta a la renovación generacional de sus filas, respetuosa de los méritos acumulados por sus militantes y decidida a premiar los éxitos obtenidos en el trabajo, tiene que poner límites precisos a la extensión de las redes familiares tan común en un país oligárquico como el nuestro.

3. Es un éxito de la dirección encabezada por Amalia García y Jesús Zambrano que la unidad del partido no haya sufrido fisuras importantes y que al menos para los próximos tres meses haya voluntad de trabajar juntos. Terminado el proceso de selección, el PRD se encuentra en una nueva etapa de la campaña. Junto a la del candidato a la presidencia, se inician las campañas de cientos de candidatos locales. Al lado del equipo de campaña de Cárdenas, surgirán los equipos para las campañas de los candidatos. A partir de ahora, la dirección del PRD puede influir más directamente en su contenido, su forma y su intensidad. Es su oportunidad para darle una orientación a la vez unitaria y adaptada a las necesidades de cada región, que fortalezca la identidad del partido que se ha visto bastante diluida.

4. Pretender que la campaña va bien, que por lo tanto la orientación general es la adecuada y que los resultados son los esperados es, me parece, un error de apreciación. Hay indicios suficientes para sostener que pese a la existencia de un aparato electoral mucho mayor y más experimentado que en el pasado, de medios más cuantiosos, así como del apoyo de importantes gobiernos locales, los resultados son mediocres. Es urgente abandonar la complacencia y las actitudes triunfalistas y poner los pies en la tierra. No se debe volver a caer en los errores de 1994.

Los resultados finales no están aún decididos. Una campaña más moderna y eficaz puede influir, y mucho. Es tiempo aún de hacer una reflexión y un balance crítico, rápido pero certero, con la ayuda de militantes y de expertos. Luego, podrán tomarse las medidas necesarias para corregir los principales errores. Sólo entonces podrán mobilizarse plenamente los miles de activistas voluntarios que impulsaron las dos campañas anteriores de Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD.

5. El problema principal no es ya si se podrá o no ganar la presidencia, sino cómo utilizar en forma óptima los 90 días que quedan. Lo que se haga o se deje de hacer, influirá decisivamente en la campaña y los resultados electorales. De la estrategia que se adopte para ese lapso dependen el nivel de movilización del partido y sus simpatizantes, la cantidad total de la votación por los diferentes candidatos, su distribución geográfica y la consolidación de la influencia del PRD en los diversos sectores de la población. Será útil examinar los escenarios posibles, fijar claramente prioridades y aplicar de inmediato las correcciones necesarias, por dolorosas que éstas sean. Lo peor sería negar la necesidad de rectificación y seguir como si nada estuviera pasando.

En última instancia, lo importante no es ganar o perder. En las lides democráticas nadie tiene la victoria asegurada. Lo imprescindible es asegurarse de que todas las fuerzas se pongan en tensión, en la dirección correcta y con los métodos y técnicas más modernos. La fuerza de un partido no está sólo en sus triunfos electorales sino también en la confianza en su capacidad de pensamiento, de acción y de unidad, construida en la actividad común.⁴

El voto de Cárdenas

¿Cómo puede compararse el voto que Cárdenas va a obtener en estas elecciones con su desempeño pasado? ¿Habrá retroceso, estancamiento o avance? Según las principales encuestas, el 2 de julio Cárdenas obtendrá entre 14 y 18% de los votos. Ya antes de su aparición en la escena electoral, existía un electorado de izquierda bastante estable. En 1982 el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), las dos planillas de izquierda, obtuvieron 5.64% del voto nacional. En 1985 la lista de partidos de centro-izquierda registrados se amplió con la del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT). Entre los tres consiguieron 6.2%. Los partidos "paraestatales" (más o menos dependientes del gobierno) con un programa y un discurso izquierdoso, el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), lograron en la primera ocasión 3.4% y en la segunda 4.5%. En la medida que puede confiarse en esas cifras, impunemente manipuladas por un Estado autoritario, podemos

decir que las propuestas de centro-izquierda, claramente diferentes de las del PRI, atraían, antes de 1988, cerca de 10% del voto. En algunos estados y entidades, la influencia era mayor. El PSUM y el PRT obtuvieron en 1982 13.8% de los votos en el Distrito Federal, en el Estado de México 8.4% y en Nayarit 12.4%. En 1985 sus resultados en los mismos estados fueron, respectivamente, 10.2%, 7.6% y 7.2%.

Las explosiones de protesta en forma de un voto de oposición también tienen antecedentes. En las elecciones de 1946, 1952 y 1982, en condiciones muy adversas y represivas, en ocho entidades, entre las cuales se cuentan el Distrito Federal, Guanajuato, Jalisco, Estado de México, Michoacán y Morelos, más de 30% de los electores sufragó por la oposición.

Desde 1988 y hasta hoy, Cuauhtémoc Cárdenas ha contado con ese 8 o 10% del voto de izquierda estable que apoya no a su persona, sino a una opción que podría ser representada por él o por cualquier otro candidato. Según datos oficiales, en las elecciones presidenciales de 1988 Cárdenas obtuvo 31% de los sufragios, tres veces más que el voto estable de la izquierda. Pero todos sabemos que consiguió mucho más. Fue objeto de un gigantesco fraude y según cálculos de algunos expertos atrajo 40 o 43% de los electores. Así, recibió cuatro veces más votos que la izquierda independiente. No hay duda de que muchos de éstos provinieron de personas que antes sufragaban por el PRI.

Sin embargo, en las elecciones presidenciales de 1994 Cárdenas logró sólo 16.9% de los votos. Si esta vez su desempeño es similar, habrá obtenido, en dos ocasiones, entre 6 y 8% más que el voto aportado tradicionalmente por la izquierda. ¿Cuál de los dos resultados es el índice real de la potencialidad electoral de Cárdenas, el de 1988 o los de 1994 y 2000? Éste es sin duda un tema para investigación y debate. Considero que el fenómeno 1988 es excepcional. En una campaña efectiva de seis meses, sin partido organizado tras de sí y prácticamente sin acceso a los medios, Cárdenas capitalizó una insurrección electoral. Ahora sabemos que muchos de los votos que obtuvo eran votos de protesta contra el viraje del gobierno hacia el neoliberalismo, las crisis de 1982 y 1986, seguidas de descensos acelerados de los ingresos populares y de las represiones que acompañaron los movimientos de 1982-1986. Fueron resultado de una indignación muy amplia que se condensó en Cárdenas, pero no eran propiamente votos cardenistas. No hay duda de que el nombre, el origen y el estilo de Cuauhtémoc tuvieron mucho que ver con el resultado, puesto que superó en gran medida a Manuel J. Clouthier, otro candidato carismático de la oposición. Pero no fueron votos conquistados en forma duradera y estable, no era un voto "cardenista" sino una votación que por muchas y muy diferentes razones vio en Cárdenas, en esas circunstancias

y de manera temporal, al representante más idóneo de sus aspiraciones. Había en ellos un fuerte elemento coyuntural.

Hay otros datos que nos hablan de la excepcionalidad del fenómeno 1988. En ese año, a Cárdenas le reconocieron entre 40 y 49% de la votación en el Distrito Federal, Estado de México, Michoacán y Morelos. Obtuvo también entre 30 y 39% en Baja California, Colima, Guerrero, Oaxaca, Nayarit, Tlaxcala y Tamaulipas. En 1994, en ninguno de ellos mantuvo su votación, que registró un gran descenso: 21.5% en el Distrito Federal, 18.7% en el Estado de México, 37.5% en Michoacán, 19.6% en Morelos, 7.9% en Baja California, 12.7% en Colima, 27.9% en Oaxaca, 16.6% en Nayarit. Sólo en Guerrero se acercó a su voto de 1988.

Si lo previsto en las encuestas se hace realidad el 2 de julio, habrá estancamiento, pero no un retroceso o una derrota grave para la izquierda. Si esta vez se repite la votación de 1994, quedará demostrado que la única vez que Cárdenas pudo haber ganado o ganó la presidencia fue en 1988 y que ésa fue una coyuntura difícilmente repetible para un candidato de centro-izquierda. El resto fueron ilusiones injustificadas. Es más, con el estilo, el discurso y el proyecto actual, éste parece ser el tope del voto posible.

Será inevitable entonces concluir que, con excepción de 1988, la mayor parte del voto en México ha estado y está hegemonizada o directamente controlada (clientelariamente) por dos opciones de centro-derecha, la priísta y la panista. Entre las dos siempre han tenido mayoría, incluso en 1988. La izquierda no puede cambiar esa realidad de la noche a la mañana. Para conquistar el voto mayoritario y cambiar el país, será necesaria una labor larga, inteligente y visionaria. En ese proceso, coyunturas como la de 1988 son posibles, pero no probables. Entonces esa oportunidad no se aprovechó. En todo caso, en lugar de apostar a un golpe de suerte o mantenerse en un voluntarismo ciego, vale la pena prepararse para una larga y compleja guerra de posiciones en la cual victorias como la que puede producirse en el Distrito Federal tienen una importancia enorme no sólo por lo que significan en sí mismas, sino como parte de un proceso que, conquistando mentes y corazones, desemboca en el poder.

Si esta reflexión es cierta, de 17 a 20% de la votación es, en las condiciones actuales, un resultado lógico y aceptable. Representa una reiteración de un tope no superado aún en condiciones normales, pero de ninguna manera una derrota estrepitosa.⁵

En busca de una cuarta vía

En su última visita a Europa como presidente, William Clinton se reunió en Berlín con otros trece mandatarios socialdemócratas o afines para crear

alternativas a lo que se ha llamado el neoliberalismo. Cuando se vieron hace un año en Italia, su lema era la tercera vía, y las estrellas del acto fueron Tony Blair, el primer ministro inglés, y el presidente Clinton, quien por cierto es el inventor de la frase. Hoy, la tercera vía está en desgracia. El lema que presidió el intercambio fue "Progressive Governance for the XXI Century", es decir, "Gobierno progresista para el siglo XXI". Tony Blair estaba ausente, alegando la necesidad de quedarse con su mujer que acababa de dar a luz. Sonriente, Clinton se lanzó en su defensa, observando que tanto la tercera vía como el gobierno progresista están por el bienestar de la familia. La excusa puede tener su pizca de verdad. Blair ha sido muy criticado en Inglaterra por no atender la solicitud de su esposa de pedir licencia en su trabajo para cuidar a su vástago. Pero la ausencia parece tener otras causas políticas.

Hace un año, el canciller alemán Gerhard Schröder tuvo un grave problema con el ala más radical de su partido por firmar un acuerdo con Blair sobre la tercera vía en el cual se proponía impulsar la desregulación y proporcionar más apoyo a la empresa privada. Más tarde, Schröder reconoció públicamente su error y ahora la presencia de Blair en Berlín para discutir alternativas podría haber avivado las diferencias. En la reunión, el énfasis se puso en el diálogo, pero es evidente que la socialdemocracia de hoy carece de alternativas comparables con lo que ayer fue el Estado benefactor.

De América llegaron además del presidente Clinton y el primer ministro de Canadá, Jean Chrétien, los presidentes Fernando de la Rúa de Argentina, Ricardo Lagos de Chile y Henrique Cardoso de Brasil. Como representante de África del Sur participó el presidente Thabo Mbeki. La socialdemocracia sigue empeñada en moderar su condición eurocentrista y buscar aliados en otros continentes, pero sus logros parecen hasta hoy más bien azarosos.

Su debilidad principal sigue siendo la ausencia de un proyecto adecuado a los retos del siglo XXI. Habiendo reconquistado los gobiernos en la mayor parte de los países europeos, no sabe que hacer con ellos. La corta vida de la tesis de la tercera vía tiene mucho que ver con la incapacidad práctica de concebir desde el poder políticas alternativas coherentes, con visión de futuro. Pese al poder que representan los Estados que encabezan, su actuación se ha limitado hasta ahora a adoptar correctivos a las políticas neoliberales dominantes que van de lo moderado a lo insignificante. Pero en ningún caso han intentado modificar la dirección impuesta por las transnacionales ni a mediano ni a largo plazos. Atrapada entre un presente en el cual las fuerzas de derecha se han erigido en las portadoras del cambio y un pasado a todas luces mejor para los sectores populares de sus países, la socialdemocracia europea se vuelve cada vez más conservadora. Pese a todos los esfuerzos por parecer novedosas, sus propuestas acaban siempre regresando a la defensa del Estado de bie-

nessar. El pleno empleo, la seguridad social, la elevación de los salarios, los programas de beneficio social siguen siendo sus banderas preferidas o casi exclusivas. En la declaración final, los catorce líderes sostuvieron que están por una economía de mercado pero no una sociedad de mercado; que apoyan el libre mercado y la globalización pero están decididos a suavizar sus efectos negativos con el apoyo a programas de justicia social, igualdad educativa y salud pública. "La globalización —dice su comunicado— debe conducir a mejores niveles para todos y no a una carrera destructiva hacia abajo en detrimento del medio ambiente y los derechos de los trabajadores."

Todo eso difícilmente responde a las nuevas tendencias de nuestra época: la globalización de la producción, el cambio en la relación de fuerzas entre mercado y Estado, la revolución informática, el inicio de un nuevo período de auge de la economía capitalista en los países desarrollados, el ascenso amenazante de las transnacionales oligopólicas, la hipertrofia de los mercados especulativos, la sucesión apretada de virulentas crisis financieras en los países periféricos, las amenazadoras tendencias demográficas, los problemas de la degradación del medio ambiente, la aparición del *homo globatus*, criatura surgida al calor de esos cambios, más individualista, más alejada de la acción política, mucho mejor informada pero vulnerable al choque entre cosmopolitismo y fundamentalismo. Todo eso no encuentra aún lugar en la visión socialdemócrata. El recurso al concepto "progresista" aparece como un esfuerzo para liberarse de esa imagen vetusta de rostros cubiertos por el polvo de los años que producen las apariciones públicas de sus líderes. Ahora sabemos que la tercera vía fue una moda pasajera y que el gobierno progresista no parece tener más profundidad. La paradoja sigue en pie. Vivimos en una era en la cual la derecha es el agente del cambio y no deja de hablar de reformas, mientras que la mayor parte de la izquierda cava trincheras para defender derechos amenazados, sin esperanzas claras de un futuro con rostro humano.⁶

Las reformas del PRD

La derrota sufrida en las elecciones del 2 de julio no explica, por sí misma, la profundidad de la crisis que sacude actualmente al PRD. En una democracia con un sistema competitivo de partidos, éstos están constantemente expuestos a derrotas y victorias electorales. Cada partido representa una propuesta diferente que manifiesta en su programa, su tradición, su estilo de hacer política y el apoyo de los ciudadanos que constituyen su voto duro y que él debe cuidar. Ningún partido puede cambiar todo eso de la noche a la mañana sin sufrir serios quebrantos. Al mismo tiempo, el partido debe registrar los cambios que se producen en la sociedad, la economía y las preferencias coyuntu-

rales de la población para integrarlos a su propuesta y a sus campañas. El partido puede ser más o menos exitoso en esas áreas. Si la mayoría de sus miembros y sus electores fijos consideran que se hizo todo lo posible y que en términos generales el partido cumplió razonablemente bien sus tareas, una derrota electoral no tiene por qué producir una crisis profunda en la organización.

Éste, evidentemente, no es el caso del PRD. Su crisis sólo se agudiza y se hace pública con los resultados del 12 de julio, pero sus orígenes se remontan por lo menos cinco años atrás y sus raíces son mucho más profundas que la última campaña electoral. Desde hace más de un lustro se multiplican las voces en el seno de la izquierda y en el mismo PRD que sostienen, abierta o solapadamente, que ese partido no está cumpliendo con los objetivos que se trazó en 1989; que su organización es arcaica y no responde a exigencias de un partido moderno; y que su proyecto de nación es obsoleto. Esas voces fueron sistemáticamente desoídas y, a veces, repudiadas. Y lo que es más grave aún: no se dieron pasos serios para resolver los grandes problemas que señalaban tanto los miembros del partido como los representantes de la izquierda ilustrada partidista.

Lo importante no es la derrota, sino que se trata de una derrota largamente anunciada. En realidad, ya a principios del año 2000 eran muy pocos los dirigentes de ese partido que creían en la victoria en las elecciones presidenciales o en avances importantes en las elecciones para el congreso. Y sin embargo, nada se hizo para enmendar el rumbo. Vista así, la reforma de ese partido se define como una tarea compleja y de mediana duración, que debe abordarse con decisión, inteligencia y perseverancia. No puede ser asunto de un solo dirigente, ni siquiera de los dirigentes fundadores en su conjunto. Debe movilizar a los miles de activistas medios y la mayoría de los miembros del partido. Debe también recoger cuidadosamente las opiniones de la izquierda ilustrada no partidista, los analistas políticos más agudos y los electores que no votaron por sus candidatos.

En realidad, el debate dentro y fuera de sus filas se ha iniciado ya. En las últimas dos semanas han aparecido en la prensa diaria y principalmente en *La Jornada*, importantes artículos de Guillermo Almería, León Bendesky, Néstor de Buen, Luis Hernández Navarro, Luis Linares Zapata, Soledad Loaeza, Ugo Pipitone, Marco Rascón, Octavio Rodríguez Araujo, Samuel Schmidt y José Steinsleger. Quienes escriben sobre la izquierda en general, piden una renovación profunda de las ideas y las prácticas. Aquellos que se refieren al PRD, coinciden en que ese partido sufrió en las últimas elecciones una derrota muy grave y que si no logra iniciar una reforma profunda, su futuro es la marginación. Sin embargo, no todos piensan lo mismo sobre las causas del fracaso y las medidas centrales de la reforma. La mayoría de los comentaristas

observan que el PRD se ha quedado al margen de los grandes cambios que ha vivido el país en la última década y que su proyecto no responde a las exigencias de cambio en las cuales está envuelto el país. Algunos aducen, como prueba, que tanto el neocardenismo como el partido han perdido a la juventud, a los sectores urbanos más educados, así como a la mayor parte de la izquierda ilustrada.

Recuerdan que no logran echar raíz entre los pobres de las zonas rurales y los movimientos contestatarios del sur, ni avanzar en las zonas más dinámicas del norte. Otros señalan que las constantes riñas públicas entre los dirigentes por espacios de poder lo han desprestigiado profundamente entre los sectores más conscientes del electorado. Algunos piensan que la lentitud con la que estos dirigentes reaccionan a la debacle del 2 de julio y los cambios políticos que se están produciendo en el país, puede ser mortal. Y hay quien habla del arcaísmo de sus moldes organizativos. Ya varios de los comentaristas se preguntan si el PRD es realmente el centro de la izquierda mexicana o si es necesario pensar en otro partido y otras formas de organización. Las interrogantes sobre los defectos visibles del PRD, los resultados electorales, la posición del neocardenismo y el PRD respecto de la nueva situación y el proyecto modernizador de Fox y el PAN llueven y las respuestas escasean. Si el PRD quiere en verdad conservar su influencia en la izquierda, debe abrir sus puertas a la discusión y participar activamente en ella.

Un tema que no ha sido tocado es por dónde debe comenzarse. En otros términos, cuál es la forma que tiene prioridad. Qué medidas son las que pueden crear las condiciones para iniciar el cambio. Las iniciativas que pueden servir para desenredar la madeja, sin rupturas ni pérdidas excesivas. ¿Qué es primero, la autocrítica del proceso electoral, la reforma organizativa o la reforma de la ideología y el programa? Intentar avanzar en todas las direcciones a la vez, desembocará en el papel, porque los miembros del PRD, la izquierda en general y su electorado, no habrán hecho sus contenidos.⁷

La izquierda hoy

Un mes después de la derrota del 2 de julio, en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez se reunieron 40 intelectuales de izquierda para discutir "las lecciones del 2 de julio" y lo que seguramente va a ser el problema principal en el próximo sexenio: "la cuestión social".

El objetivo fue crear un foro para el libre flujo de ideas y opiniones, al margen de compromisos políticos o de grupo y sin más vía que el ejercicio del pensamiento crítico. La composición de la asistencia, una mezcla de expertos en los dos temas y de pensadores de izquierda que se esfuerzan en ver más allá

de las especialidades. Hubo pluralidad de enfoques, lenguajes y prácticas. Marxistas declarados, liberales, partidarios de la democracia radical y eclécticos. Hubo gente del PRD y de otros partidos, personas activas en las ONG y simpatizantes del EZLN. Pero los más eran académicos sin militancia alguna.

Hacia el segundo día comenzó a generalizarse la sensación de un espacio recobrado, pero también la constatación de profundas diferencias. Ciertamente existe un territorio que podemos llamar "pensamiento de izquierda", pero sus fronteras se han hecho más borrosas que hace dos décadas. A todas luces hay un cúmulo de experiencias compartidas, si bien éstas son más diversas y no siempre compatibles. Como antes, hay radicales y moderados, y ahora comienza a definirse un nuevo nudo de diferencias: las que van surgiendo entre tres generaciones de gente de izquierda que hace mucho no dialogan. Hubo rencuentros estimulantes y choques inevitables. Durante intensas 25 horas de trabajo y comunicación, aparecieron en abundancia nuevas ideas y enfoques inesperados; tampoco faltaron los actos de fe y los clichés. Si sumamos los resultados del encuentro a los obtenidos en la Universidad Autónoma de Puebla en octubre del año pasado y en otros seminarios similares que han tenido lugar en estos meses, podemos decir (con cautela pero sin escepticismo) que la refundación de la izquierda en el campo de las ideas y el pensamiento, se ha iniciado. Con independencia de las organizaciones políticas, liberándose del peso de las ilusiones perdidas, con un toque nuevo de tolerancia, la reconstrucción de lo que fue un torrente tumultuoso de la cultura mexicana empieza a tomar forma. Los procesos de la recuperación crítica del pasado, el análisis sistemático del presente y la búsqueda imaginativa de ideas innovadoras para el futuro desde el mirador de la izquierda, comienzan a confluír y pueden sorprendernos con sus primeros frutos maduros en los próximos años.

Quizá la lista de algunos de los asistentes y sus aportaciones nos ayude a transmitir una idea más precisa de lo que allí sucedió. El filósofo Luis Villoro avanzó en la elaboración de su idea de una izquierda pluralista en las ideologías, las demandas y las formas de organización. Gabriel Vargas, de la misma especialidad, defendió la vigencia de ciertos enfoques marxistas para los problemas actuales y Marcela Lagarde discutió los problemas de un feminismo de izquierda. Pablo González Casanova profundizó en el tema de la democracia en el México de hoy y Víctor Flores Olea disertó sobre la democracia radical como concepto central del pensamiento de la izquierda. Historiadores como Carlos Aguirre, Alejandra Moreno Toscano, Víctor Orozco y Elisa Servín abordaron el problema de la cuestión social con un enfoque histórico o cultural. Los economistas León Bendesky, Estela Gutiérrez, Macario Schettino, José Ayala y José Luis Ávila analizaron las causas de la distribución negativa del ingreso, las políticas sociales y las alternativas a la política económica

actual. David Barkin informó sobre el surgimiento de asociaciones comunitarias para la producción y distribución en el marco de la mundialización y Víctor Quintanilla habló de formas de resistencia popular a los estragos del TLCAN en la agricultura en Chihuahua. No podía faltar la comunicación de Luis K'Fong sobre las obreras de las maquiladoras. Sociólogos, politólogos y antropólogos como Octavio Rodríguez Araujo, César Cansino, Silvia Gómez Tagle, Antonio García de León y Daniel Cazés hablaron de las elecciones pasadas y la situación actual del país.

Las sesiones fueron interrumpidas durante dos horas para visitar la planta de una conocida trasnacional que, establecida en Ciudad Juárez, se encuentra ubicada a algunos metros de la frontera. Diseñadora y probadora de piezas de automóvil para una empresa que abastece 20% de la demanda mundial, la fábrica-laboratorio, que ocupa a cientos de ingenieros mexicanos y trabaja con una tecnología de punta, nos ayudó a ubicar el encuentro en los "muchos Méxicos" de la actualidad. El de los obreros virtuales a los dos lados de la frontera norte, los rancheros del Bajío, los vendedores ambulantes del Distrito Federal, los profesionistas desocupados o subocupados de todos lados, los campesinos de Michoacán y los indígenas de Chiapas. Una idea se fue abriendo paso: lo más difícil hoy es encontrar los enfoques y los discursos que puedan fundir a todos estos sectores en movimientos con cierta cohesión y capacidad de acción efectiva para abordar a fondo la cuestión social.

Enrique Montalvo describió el cambio de actitudes que sobre ese problema se ha producido en el mundo en los últimos 30 años. Sostuvo que la disputa principal entre derecha e izquierda tanto en la posguerra como hoy es y sigue siendo la cuestión social. En la posguerra, fue marcada por el avance y la difusión de la idea de que la sociedad debía organizarse para reducir las desigualdades. Cristalizó en la consolidación de las economías estatistas en el Este, el Estado benefactor en Europa occidental y los proyectos de desarrollo de los países recién liberados del colonialismo. En esos años, los desafíos señalados por la izquierda a lo largo del siglo XX se impusieron. Pero ese consenso ha sido destruido por una gigantesca ofensiva del capital y las crisis tanto del Estado benefactor como del estatismo a partir de los años setenta. Así es como pudieron iniciarse una serie de reformas, primero en Estados Unidos e Inglaterra y luego en el resto del mundo, tendientes a redistribuir negativamente el ingreso, alargar las horas reales de trabajo y cargar los efectos de la crisis a los países del tercer mundo. Las justificaciones económicas que se enarbolan para esas reformas no pueden ocultar su verdadero contenido antipopular, pero han sido efectivas para destruir el consenso por la igualdad del pasado.

Los economistas coincidieron en que el papel de México en ese pro-

ceso ha sido deplorable. En los últimos 20 años el producto per cápita no crece y la distribución se hace más regresiva. A la "vieja cuestión social" heredada de 200 años de desigualdad que tres revoluciones no pudieron cancelar, se ha venido a sumar una "nueva cuestión social" producto de los últimos 20 años que multiplica marginalidades y exclusiones en sectores que hace sólo dos décadas eran el orgullo del "milagro mexicano".

Se discutió también el problema de los sujetos en la lucha contra el desempleo, la redistribución del ingreso y el combate a la pobreza, y se reconoció que ése es un problema complicado que apenas se comienza a abordar.⁸

NOTAS

1994

¹ *Proceso*, núm. 928, 15 de agosto de 1994, p. 25.

² *Proceso*, núm. 929, 23 de agosto de 1994, pp. 30-32.

³ *Proceso*, núm. 930, 29 de agosto de 1994, pp. 46-48.

⁴ Véase *Proceso*, núm. 933, 19 de septiembre de 1994, p. 49, y *Proceso*, núm. 935, 3 de octubre de 1994, p. 44.

⁵ El 21 de agosto el PRI ganó la elección presidencial, la senaduría y las 10 diputaciones federales en Chihuahua con 60% de la votación. El PAN obtuvo 30% y el PRD 6%. En Baja California, el PRI ganó las elecciones presidenciales y de gobernador; dicho partido obtuvo 375,281 votos. El PAN, su rival más fuerte, consiguió 277,547 sufragios.

⁶ *Proceso*, núm. 935, 3 de octubre de 1994, pp. 23-24.

⁷ *Proceso*, núm. 938, 24 de octubre de 1994, p. 42.

⁸ *Proceso*, núm. 946, 19 de diciembre de 1994, pp. 46-48.

1995

¹ *Proceso*, núm. 973, 26 de junio de 1995, pp. 49-50.

² Véase *Proceso*, núm. 979, 7 de agosto de 1995, pp. 42-44; *Proceso*, núm. 983, 4 de septiembre de 1995, pp. 47-49.

³ *Proceso*, núm. 986, 25 de septiembre de 1995, pp. 48-49.

⁴ *Proceso*, núm. 996, 4 de diciembre de 1995, pp. 42-45.

1996

¹ *Proceso*, núm. 1002, 15 de enero de 1996, pp. 38-40.

² Comisión Nacional de Derechos Humanos.

³ *Proceso*, núm. 1010, 11 de marzo de 1996, pp. 38-39.

⁴ Fondo Monetario Internacional.

⁵ Comisión Económica para América Latina.

⁶ *Proceso*, núm. 1014, 8 de abril de 1996, pp. 38-40.

⁷ Véase Timothy P. Wickham Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton Press, New Jersey, 1992; Martha Harnecker, *Pueblos en armas*, Era, México, 1984; y Jean Larteguy, *The Guerrillas*, World Press, New York, 1970.

⁸ *La palabra de los armados de verdad y fuego*, Fuenteovejuna, México, 1994, p. 67.

⁹ Medea Benjamin entrevista al Subcomandante Marcos, en Elaine Katzenberger, comp., *First World, Ha Ha Ha. The Zapatista Challenge*, City Lights, San Francisco, 1995, p. 61.

¹⁰ *The New York Times*, 8 de febrero de 1994, p. A3.

¹¹ *La palabra de los armados de verdad y fuego*, op. cit., p. 264.

¹² Subcomandante Marcos, "Esperamos la palabra de la paz, no la claudicación", en *Cemos Memorias*, núm. 70, septiembre de 1994, p. 15.

¹³ *La Jornada*, 29 de agosto de 1995, pp. 6 y 10; *La Jornada*, 30 de agosto de 1995, pp. 5 y 18.

¹⁴ *Proceso*, núm. 990, 23 de octubre de 1995, pp. 6-9.

¹⁵ *Ibid.*, p. 6.

¹⁶ Véase Enrique Semo, "Huellas indelebles. Las ideas políticas en el PCM", en *El Buscón*, núm. 2, 1984, pp. 17-49.

¹⁷ Véase Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Joaquín Mortiz, México, 1993, capítulos XI y XII.

¹⁸ Véase Phillip Berruman, *Liberation Theology. The Essential Facts about Revolutionary Movements in Latin America*, Phantom Books, New York, 1987.

¹⁹ Jorge A. Collier Basta, *Land and the Zapatista Rebellion in Chiapas*, The Institute for Food and Development Policy, Oakland, 1994, pp. 69-89 y 125-147.

²⁰ *The Economist*, 15 de enero de 1995, p. 39.

²¹ John Ross, *Rebellion from the Roots. Indian Uprising in Chiapas*, Common Courage Press, Monro, 1995, p. 141.

²² *Ibid.*, p. 151.

²³ *The New York Times*, 21 de enero de 1994, p. A3.

²⁴ *Proceso*, núm. 927, 8 de agosto de 1994, p. 8.

²⁵ *La Jornada*, 19 de septiembre de 1995, p. 1.

²⁶ *The Economist*, 22 de enero de 1995, p. 13.

²⁷ *Proceso*, núm. 906, 14 de marzo de 1994.

²⁸ "Neoliberal Rule and Peasant Resistance in Chiapas: The Struggle for a Postclientelist Political Order", ponencia inédita, mayo de 1995, p. 4.

²⁹ Pablo González Casanova, "Causas de la rebelión en Chiapas", en *Perfil de La Jornada*, suplemento de *La Jornada*, 5 de septiembre de 1995.

³⁰ *Proceso*, núm. 930, 29 de agosto de 1994, p. 19.

³¹ *Ídem.*

³² *Proceso*, núm. 990, 23 de octubre de 1995, p. 9.

³³ *Chiapas*, núm. 2, 1996, pp. 59-74.

³⁴ *El Universal*, primero de mayo de 1996.

³⁵ *Proceso*, núm. 1020, 20 de mayo de 1996, pp. 44-45.

³⁶ *Proceso*, núm. 1022, 3 de junio de 1996, pp. 36-38.

³⁷ *Proceso*, núm. 1024, 17 de junio de 1996, pp. 37-38.

³⁸ *Proceso*, núm. 1029, 21 de julio de 1996, pp. 39-40.

³⁹ Trayectoria electoral 1989-1994.

⁴⁰ *El Universal*, 8 de agosto de 1996, p. 13.

⁴¹ *El Universal*, 17 de octubre de 1996, p. 13.

⁴² La reforma electoral definitiva.

⁴³ *El Universal*, 28 de noviembre de 1996.

⁴⁴ *El Universal*, 12 de diciembre de 1996.

1997

¹ *El Universal*, 9 de enero de 1997.

² *Proceso*, núm. 1055, 20 de enero de 1997.

³ *El Universal*, 31 de octubre de 1996; *El Universal*, 6 de marzo de 1997.

⁴ *El Universal*, 21 de marzo de 1997.

⁵ *Proceso*, núm. 1067, 14 de abril de 1997.

⁶ *Proceso*, núm. 1069, 27 de abril de 1997.

⁷ *Proceso*, núm. 1075, 9 de junio de 1997, pp. 41-43.

⁸ *El Universal*, 10 de julio de 1997.

⁹ *Proceso*, núm. 1081, 20 de julio de 1997.

¹⁰ *Proceso*, núm. 1083, 3 de agosto de 1997; *Proceso*, núm. 1085, 17 de agosto de 1997.

¹¹ *Proceso*, núm. 1087, 31 de agosto de 1997, pp. 45-47.

¹² *El Universal*, 25 de septiembre de 1997, p. 14.

¹³ *Proceso*, núm. 1093, 12 de octubre de 1997.

¹⁴ *El Universal*, 12 de diciembre de 1997.

¹⁵ *Proceso*, núm. 1103, 21 de diciembre de 1997.

¹⁶ *El Universal*, 25 de diciembre de 1997.

1998

¹ *El Universal*, 23 de enero de 1998.

² *Proceso*, núm. 1109, 2 de febrero de 1998.

³ *Proceso*, núm. 1111, 16 de febrero de 1998.

⁴ *El Universal*, 20 de febrero de 1998.

⁵ *El Universal*, 6 de marzo de 1998.

⁶ *El Universal*, 20 de marzo de 1998.

⁷ *Proceso*, núm. 1119, 13 de abril de 1998, pp. 40-41.

⁸ *Proceso*, núm. 1129, 21 de junio de 1998, pp. 41-42.

⁹ *Proceso*, núm. 1134, 27 de julio de 1998.

¹⁰ *El Universal*, 7 de agosto de 1998.

¹¹ *Proceso*, núm. 1137, 17 de agosto de 1998.

¹² *El Universal*, 21 de agosto de 1998.

¹³ *El Universal*, 16 de octubre de 1998.

¹⁴ *El Universal*, 30 de octubre de 1998.

¹⁵ *Proceso*, núm. 1147, 25 de octubre de 1998, pp. 39-40.

¹⁶ *El Universal*, 13 de noviembre de 1998.

¹⁷ *Proceso*, núm. 1155, 21 de diciembre de 1998, pp. 19-20.

1999

¹ *El Universal*, 8 de enero de 1999.

² *El Universal*, 14 de febrero de 1999.

³ *El Universal*, 5 de marzo de 1999.

⁴ *El Universal*, 19 de marzo de 1999.

⁵ *El Universal*, 2 de abril de 1999.

⁶ *Proceso*, núm. 1172, 18 de abril de 1999.

⁷ *Proceso*, núm. 1174, 2 de mayo de 1999, pp. 36-38.

⁸ *Proceso*, núm. 1176, 16 de mayo de 1999, pp. 40-41.

⁹ Sobre la situación actual, véase Jonathan Fox, "The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship. Lessons from Mexico", en *World Politics*, núm. 46, enero de 1994, pp. 185-208.

¹⁰ Para la definición de clientelismo y una serie de estudios de caso, véase S. N. Eisenstand y René Lemarchand, *Political Clientelism, Patronage and Development*, SAGE Publications, London, 1982.

¹¹ Sobre las relaciones clientelares, véase Luis Roniger, *Hierarchy and Trust in Modern Mexico and Brazil*, Greenwood Publications, Westport, 1990.

¹² Véase Steffen W. Schmidt et al., eds., *Friends, Followers and Factions: A Reader in Political Clientelism*, University of California Press, Berkeley, 1972.

¹³ Algunas fuentes sobre el tema son: Susan Kauffman Purcell, "Mexico: Clientelism, Corporatism and Political Stability", en S. N. Eisenstand y René Lemarchand, *Political Clientelism, Patronage and Development*, op. cit.; y M. S. Grindel, "Patrons and Clients in the Bureaucracy: Carrier Networks in Mexico", en *Latin America Research Review*, vol. XIII, núm. 1, 1997.

¹⁴ Terry Lynn Karl, "Dilemmas of Democratization in Latin America", en *Comparative Politics*, vol. 23, núm. 1, octubre de 1990.

¹⁵ Denise Dresser, "Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems; Mexico's National Solidarity Program", en *Current Issues Brief*, núm. 3, 1991.

¹⁶ Carlos Javier Maya Ambía, coord., *Del fin del milagro al fin del milenio. Homenaje a José Luis Cereña Gámez*, Universidad Autónoma de Sinaloa-Universidad Nacional Autónoma de México-Plaza y Valdés, México, 2000, pp. 413-425.

¹⁷ *Proceso*, núm. 1184, 11 de julio de 1999, pp. 45-46.

¹⁸ *El Universal*, 8 de agosto de 1999.

¹⁹ *El Universal*, 20 de agosto de 1999.

²⁰ *Proceso*, núm. 1192, 5 de septiembre de 1999.

²¹ *El Universal*, 3 de septiembre de 1999.

²² *El Universal*, 29 de octubre de 1999.

²³ Ponencia inédita presentada en el encuentro La Izquierda Hoy, en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 29 y 30 de octubre de 1999.

²⁴ *El Universal*, 12 de noviembre de 1999.

²⁵ *Proceso*, núm. 1202, 14 de noviembre de 1999.

²⁶ *Proceso*, núm. 1204, 28 de noviembre de 1999.

²⁷ *El Universal*, 10 de diciembre de 1999.

²⁸ *Proceso*, núm. 1260, 12 de diciembre de 1999, pp. 40-41.

²⁹ *El Universal*, 26 de diciembre de 1999.

2000

¹ *Proceso*, núm. 1214, 6 de febrero de 2000.

² *Proceso*, núm. 1215, 13 de febrero de 2000.

³ *Proceso*, núm. 1216, 20 de febrero de 2000.

⁴ *Proceso*, núm. 1222, 2 de abril de 2000.

⁵ *Proceso*, núm. 1230, 28 de mayo de 2000.

⁶ *El Universal*, 9 de junio de 2000.

⁷ *Esto*, 23 de julio de 2000.

⁸ *Proceso*, núm. 1242, 20 de agosto de 2000.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abreu Gómez, Ermilo, 140, 169, 203

Acteal, 37, 53, 179-80, 193, 210, 212, 214

Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), 294

Acuerdo Político Nacional, 68, 73-75

Acuerdos de San Andrés Larráinzar, 28, 32, 37, 79-80, 103, 180, 193-95, 196, 237, 239

Aguas Blancas, 25, 28, 29, 88-90, 114, 128, 178

Aguiar Quezada, Sergio, 303

Aguirre, Carlos, 319

Aguirre Rivero, Ángel Heladio, 28

Albores Guillén, Roberto, 38, 193

Alcántara, Juan Manuel, 113-14

Alemán Valdés, Miguel, 160

Alemania, 114, 159, 215-16, 286-89, 297-300

Alianza Cívica, 79, 87, 97, 276

Alianza por México, 48, 49, 54, 269-71

Almería, Guillermo, 317

Alonso, Jorge, 274

Altieri Megali, Angelo, 165

Alvarado, Fermín, 127

Álvarez Garín, Raúl, 245

Amado, Jorge, 213

Antorcha Campesina, 54

APEC, véase Foro para la Cooperación Económica de Asia-Pacífico

Argelia, 31

Argentina, 38, 52, 315

Arriaga, Camilo, 132

Aziz Nassif, Alberto, 262

Austria, 215, 285

Avendaño, Amado, 20, 22, 23, 107

Ávila, José Luis, 319
 Ayala, José, 319

Banco Mundial, 51, 68, 142, 302
 Barberena Falcón, José, 227
 Barbosa, Maximiano, 147
 Barco, Óscar del, 165
 Barkin, David, 320
 Bartlett Díaz, Manuel, 48
 Barnés de Castro, Francisco, 45, 48, 249, 266-67, 310
 Bartra, Roger, 203
 El Barzón, 27, 31, 87, 147
 Bassols, Narciso, 140, 166, 198
 Bélgica, 143, 215
 Bellinghausen, Hermann, 250
 Beltrones, Manlio Fabio, 32
 Bendesky, León, 317, 319
 Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), 274, 276, 319
 Benítez, Fernando, 51-52
 Berlin, Isaiah, 201
 Berlusconi, Silvio, 175
 Bernal, Marco Antonio, 78
 Betanzos, Virginia, 38
 Blair, Anthony, 215-16, 304, 315
 Blanco, Herminio, 304
 Blanco, Salomón, 209
 Bloch, Ernst, 203
 Bobbio, Norberto, 158
 Bolivia, 20
 Brasil, 175-76, 315
 Bravo Mena, Luis Felipe, 261
 Brecht, Bertolt, 203
 Brezhnev, Leonid, 150, 197, 202, 251, 289
 Bruno, Giordano, 214
 Buckley, Jr., William F., 158
 Buen, Néstor de, 317
 Buendía Torres, Guadalupe, alias la Loba, 54
 Bulgaria, 114, 297
 Burgoa Orihuela, Ignacio, 268, 309
El Buscón (revista), 149

Cabada, Juan de la, 140, 169, 203, 234
 Cabal Peniche, Carlos, 42
 Cabañas, Lucio, 127, 140
 Cabrera, Enrique, 169
 Cabrera García, Teodoro, 46
 Calderón Alzati, Enrique, 238
 Calderón Hinojosa, Felipe, 218
 Calles, Plutarco Elías, 68, 259
 Calva, José Luis, 274
 Calzada, María Leticia, 188
 Camacho Solís, Manuel, 18, 38, 102, 261
 Campa, Valetín, 49, 140, 160, 203, 233-36, 273
 Campbell, Federico, 58
 Canadá, 17, 29, 207, 304, 315
 Canales Clariond, Fernando, 34
 Cansino, César, 320
 Cárdenas Jiménez, Alberto, 23
 Cárdenas del Río, Lázaro, 68, 131, 198, 272
 Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc, 18, 19, 22, 33, 34, 37, 41, 43, 44, 46, 48, 49, 53, 54, 58, 61, 62, 65, 76-77, 81, 82, 97, 98, 118, 121, 124, 126, 147, 150, 151, 156, 163, 172-74, 184-89, 200, 248, 261, 263, 269, 272, 278, 311-14
 Cardoso, Fernando Henrique, 315
 Carrancá, Raúl, 309
 Carranza, Venustiano, 83, 233
 Carrillo, Amado, alias el Señor de los Cielos, 32
 Carrillo Olea, Jorge, 29, 32, 39, 53
 Carrola, Ignacio, 173
 Caso, Antonio, 273
 Castañeda, Jorge, 274
 Castellanos, Absalón, 209
 Castellanos, Rosario, 209
 Castellanos Domínguez, Absalón, 17, 106, 208-10
 Castillo Martínez, Heberto, 29, 33, 91, 92, 117, 120, 121, 140, 148-54, 198, 234, 272
 Castillo Peraza, Carlos, 156, 197, 272
 Castro Ruz, Fidel, 20, 181-84, 202
 Cavallo, Ricardo Míguel, 54
 Cazés, Daniel, 320
 Ceausescu, Nicolae, 289
 Cedillo, Saturnino, 80, 103

Cemos (revista), 130
 Cerroni, Umberto, 203
 Cervera Pacheco, Víctor, 25
 Chanteau, Michel Jean, 193
 Chávez, Hugo, 224-25
 Chávez López, Julio, 131
 Checoslovaquia, 197, 250-53, 287, 290, 297-300
 Chile, 31, 52, 121, 315
 China, 92, 140-46, 203, 256
 Chrétien, Jean, 315
 Cisneros Fernández, Joaquín, 42
 Clinton, William, 33, 73, 215, 292, 304, 314-15
 Clouthier, Manuel J., 65, 156, 313
 Coldwell, Pedro Joaquín, 161
 Colosio Murrieta, Luis Donald, 18, 23, 58, 62, 114, 178
 Comandante Ramona, 32
 Comisión Económica para América Latina (CEPAL), 92, 201
 Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA), 32, 50, 114, 180, 194, 237
 Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), 30
 Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), 88, 105
 Comisión Nacional de Intermediación (CONAI), 19, 21, 24, 40, 50, 194
 Comité Eureka, 52
 Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), 31, 45
 Concha, Miguel, 102
 Conchello, José Ángel, 218
 Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), 36
 Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), 36
 Confederación de Trabajadores de México (CTM), 34, 36, 206-07, 233
 Congo, 20
 Congreso del Trabajo, 31, 108, 111
 Congreso Nacional Indígena, 32
 Consejo General de Huelga (CGH), 45, 49, 51, 53, 249-50, 266-69, 309
 Convención Nacional Democrática (CND), 18, 19, 22, 57, 96, 102-03
 Convergencia por la Democracia (CD), 49, 54
 Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), 24, 29, 46, 53
 Coordinadora Sindical Primero de Mayo, 205
 Córdova, Arnaldo, 274
 Corea del Sur, 92
 Correa, Óscar, 165

Cortés Vázquez, Othón, 23
 Cosío Villegas, Daniel, 131
 Costa, Horacio, 213
 Cota Montaño, Leonel, 44
Coyoacán (revista), 149
 Creel Miranda, Santiago, 261
 Cuba, 92, 94, 95, 181-84

 Danzós Palomino, Ramón, 131, 140, 160, 203, 234
 Darlington, María A., 39
 Dehesa, Germán, 177, 241
 Delgado, Dante, 38
 Deng Xiaoping, 140-44
Dialéctica (revista), 130, 165-66
 Díaz, Porfirio, 68, 132, 255-56, 306
 Díaz Ordaz, Gustavo, 38
 Díaz Soto y Gama, Antonio, 132
 Disraeli, Benjamin, 295
 Diderot, Denis, 167
 Dieterich, Heinz, 274
 Dinamarca, 215
 Djilas, Milovan, 251, 300
 Domínguez, Belisario, 209
 Drucker, René, 147
 Duarte, Hugo, 165
 Dubček, Alexander, 197, 204, 250-51, 300

 Ebrard Casaubon, Marcelo, 38
 Echeverría Álvarez, Luis, 94
 Echeverría Domínguez, Antonio, 47
 Echlin, 206-07
The Economist (periódico), 292
 Ejército Popular Revolucionario (EPR), 29, 30, 34, 38, 40, 127
 Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI), 38, 40
 Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), 17-26, 28, 30, 32, 34, 36, 40, 50, 57-60, 66-68, 75, 78-81, 85-88, 93-108, 111-14, 119, 120, 129, 161-63, 170, 177-78, 179-81, 193-96, 208, 210, 212, 237-40, 275, 278, 280, 282, 319
 El Salvador, 93, 104, 121, 138
 Elorriaga, Javier, 111-12, 114
 Eluard, Paul, 202

Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, 29, 92
 Entzin, Sebastián, 111-12
 Escobar, Froylán, 20
 Escobar, Saúl, 188
 Eslovaquia, 31, 114
 Eslovenia, 31
 Espacio Civil por la Paz (ESPAZ), 102
 España, 159, 197, 215
 Espinosa Villareal, Óscar, 52
 Esquiros, Alfonso de, 131
 Estados Unidos, 17, 29, 33, 49, 68, 101, 125, 142, 159, 182, 193, 207, 239, 292, 293, 301, 320
Estrategia (revista), 149
Excelsior (periódico), 201
 Fadeiev, Alexander, 202
 Fellini, Federico, 213
 Fernández, Nuria, 83
 Fernández de Cevallos, Diego, 58
 Ferrocarriles Nacionales de México, 48
 Figueroa Alcocer, Rubén, 28, 80, 88-90, 103, 128, 178, 257
 Finlandia, 215
 Flores Magón, Enrique, 132, 198
 Flores Magón, Ricardo, 132, 198
 Flores Olea, Víctor, 274, 302, 319
 Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA), 27, 37, 39, 47, 205, 217-20, 223, 239, 275, 279, 294
 Fondo de Cultura Económica (FCE), 38
 Fondo Monetario Internacional (FMI), 73, 92, 116, 125, 142, 291, 302
 Forrester, Viviane, 302
 Foro para la Cooperación Económica de Asia-Pacífico (APEC), 141
 Fox Quesada, Vicente, 25, 48, 55, 65, 261, 266, 318
 Francia, 52, 215-16, 290
 Frente Auténtico del Trabajo (FAT), 205-07
 Frente Democrático Nacional (FDN), 124, 248
 Frente Electoral del Pueblo (FEP), 160
 Frente Zapatista, 127
 Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN), 29, 37, 86
 Friedman, Milton, 158

Fuente, Juan Ramón de la, 48, 49, 179
 Fuentes, Carlos, 213, 280
 Fundación Arturo Rosenblueth, 238, 276
 Galbraith, John Kenneth, 92
 Galileo, 214
 Galván, Rafael, 140, 151, 279
 Galván, Úrsulo, 131, 234
 Gandhi, Mahatma, 197
 Garavito, Rosa Albina, 83, 147, 245
 García, Amalia, 29, 47, 83, 91, 135, 147, 227, 245, 263-66, 310-11
 García Canclini, Néstor, 274
 García de León, Antonio, 274, 320
 García Márquez, Gabriel, 57, 214
 García Sainz, Ricardo, 38, 147
 García Villegas, Epigmenio, 19
 Garfias Magaña, Luis, 38
 Garrido, Luis Javier, 135, 274
 Garrido Canabal, Tomás, 209
 Garton Ash, Timothy, 290, 297
 GATT, véase Acuerdo General de Aranceles y Comercio
 Gaulle, Charles de, 291
 General Motors, 205
 Gómez, Pablo, 261
 Gómez Lorenzo, Rosendo, 169, 234
 Gómez Morin, Manuel, 272
 Gómez Salazar, José, 193
 Gómez Tagle, Silvia, 320
 González Casanova, Pablo, 274, 319
 González Curi, Antonio, 35
 González Fernández, José Antonio, 204
 González Garrido, Patrocionio, 80, 102, 103, 106, 209, 210
 González Guevara, Rodolfo, 147
 González Luna, Efraín, 273
 González Pedrero, Enrique, 38, 147
 González Rojo, Enrique, 58, 203, 274
 González Souza, Luis, 135, 274
 Gorbachov, Mijail, 143, 251, 300
 Gorki, Máximo, 204
 Gortari, Elí de, 169

Gramsci, Antonio, 170, 175
 Granados Chapa, Miguel Ángel, 265
 Gran Bretaña, véase Reino Unido
 Grecia, 215
 Guatemala, 52, 121
 Guerra, Félix, 20
 Guerrero, Xavier, 234
 Guevara, Ernesto, Che, 20, 104, 169-72, 202
 Guterres, Antonio, 215
 Gutiérrez, Estela, 319
 Gutiérrez Rebollo, Jesús, 32

Hansen, Tom, 39
 Harvey, Neil, 106
 Henríquez Guzmán, Miguel, 160
 Henríquez Ureña, Pedro, 132
 Hernández, Cesáreo, 107
 Hernández Laos, Enrique, 296
 Hernández López, Julio, 38
 Hernández Navarro, Luis, 171, 274, 317
 Hernández Oramas, Roberto, 165
 Hidalgo y Costilla, Miguel, 131
 Hills, Carla, 293
 Hinojosa, Juan José, 266
Historia y Sociedad (revista), 149, 201
 Hitler, Adolf, 198, 289
 Ho Chi Minh, 197, 202
 Holanda, 215
 Honecker, Erich, 287
 Huerta, Efraín, 169
 Huerta, Victoriano, 111, 270
 Humboldt, Alexander von, 296
 Hungría, 114, 286, 290, 297-300
 Huntington, Samuel P., 64
 Husak, Gustav, 251

Ibarra de Piedra, Rosario, 52, 140
 Ímaz Gispert, Carlos, 227
 Inglaterra, véase Reino Unido
 Instituto de la Revolución Democrática, 27, 43

Instituto Federal Electoral (IFE), 275
 Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), 27, 32
 Instituto Nacional para el Combate a las Drogas (INCD), 32
 Instituto Nacional del Consumidor, 187
 Instituto Nacional Indigenista (INI), 239
 Instituto Nacional de Migración (INM), 39
 Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB), 43, 217
 Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), 54
 Internacional Socialista, 30, 196
 Irlanda, 215
 Italia, 159, 175, 215, 315

Japón, 142
 Jara, Álvaro, 131
 Jaramillo, Rubén, 140, 149, 169, 198, 234
La Jornada (periódico), 97, 149, 171, 241, 262, 317
 Jospin, Lionel, 215-16
 Juan Pablo II, 44, 181-84
 Juncker, Jean-Claude, 215
 Jusidman, Clara, 187-88

Kahlo, Frida, 132, 234
 Kazantzakis, Nikos, 213
 K'Fong, Luis, 320
 King, Jr., Martin Luther, 293
 Kissinger, Henry, 142
 Klima, Victor, 215
 Kriegel, Jan A., 304
 Krieger, Emilio, 135
 Krugman, Paul, 92
 Kundera, Milan, 251
 Kutner, Robert, 92
 Kwasniewski, Alexander, 291

Labastida Ochoa, Francisco, 48, 193, 207, 210, 238, 305
 Laborde, Hernán, 140, 233, 234
 Lagarde, Marcela, 319
 Lagos, Ricardo, 315
 Lamas, Marta, 274

Lange, Oskar, 203
 Lankenau Rocha, Jorge, 36
 Lenin, Vladimir Ilich Ulianov, llamado, 169, 170
 Linares Zapata, Luis, 317
 Lituania, 114
 Liu Boching, 141
 Loeza, Soledad, 317
 Lombardo Toledano, Vicente, 132, 273
 López Moreno, Javier, 107, 209
 López Obrador, Andrés Manuel, 20, 27, 29, 54, 55, 74, 91, 126, 135, 148, 179, 219, 220, 227, 241, 243, 246-48, 264, 294-95
 López Portillo, José, 69, 94
 Loyola Vera, Ignacio, 34
 Lozano Gracia, Antonio, 20, 113
 Lukács, George, 203
 Luna Kan, Francisco, 38, 147

El Machete (revista), 149, 201, 235
 Macker, Michael, 47
 Madero, Francisco I., 159, 163, 221
 Madrazo Cuéllar, Jorge, 18, 96
 Madrazo Pintado, Roberto, 20, 48, 74, 90, 122, 178, 246
 Madrid Hurtado, Miguel de la, 303
 Mandela, Nelson, 197
 Mao Tse-tung, 140-45, 169, 170
 Marcuse, Herbert, 203
 Marcué Pardiñas, Manuel, 166-69
 Martínez, Ifigenia, 245
 Martínez Verdugo, Arnoldo, 140, 156, 234
 Marx, Karl, 170
 Mastroianni, Marcello, 120
 Mata, Filomeno, 169
 Mazo, Alfredo del, 156
 Mbeki, Thabo, 315
Memoria (revista), 92, 156, 157
 Meyer, Lorenzo, 75
 Michel, Concha, 234
 Mirón Lince, Benito, 210
 Mitterrand, François, 291
 Moctezuma Barragán, Esteban, 22

Modotti, Tina, 234
 Monreal, Ricardo, 38, 40, 229
 Monsiváis, Carlos, 90, 104, 171, 274
 Montiel, Arturo, 47
 Montiel Flores, Rodolfo, 46
 Mora, José María Luis, 131
 Mora Rubio, Juan, 165
 Morales Lechuga, Ignacio, 38, 190
 Morelos, José María, 131
 Moreno, Hilario, 203
 Moreno Peña, Fernando, 34
 Moreno Toscano, Alejandra, 319
 Morones, Luis N., 68
 Movimiento de Liberación Nacional (MLN), 33, 133, 148, 150, 151, 166, 279-80
 Movimiento para la Liberación Nacional (MLN), 22, 98
 Muñoz Ledo, Porfirio, 45, 48, 69, 76-77, 82, 147, 245, 261, 264

El Nacional (periódico), 51
 Nagy, Imre, 298
 Neruda, Pablo, Neftalí Ricardo Reyes, llamado, 202, 214
The New York Times (periódico), 32, 49, 95
Newsweek (revista), 115
 Nicaragua, 93, 94, 104, 121, 138
 Nixon, Richard, 142
 Novotny, Antonin, 251
 Obregón, Álvaro, 83
 Ojeda, Nabor, 127
 Ojeda Bohórquez, Ricardo, 44
Oposición (revista), 149, 201
 Orfila Reynal, Arnaldo, 38
 Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ), 212
 Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), 302
 Organización Mundial de Comercio (OMC), 49, 292-93, 302-03
 Organización de las Naciones Unidas (ONU), 33, 296, 304
 Organización de Pueblos y Colonias (OPC), 54
 Orleán, Victor, 298
 Orozco, José Clemente, 198
 Orozco, Víctor, 319
 Ortega, Jesús, 29, 91, 227, 245

Ortega, Manuel, 31
 Ortiz, Guillermo, 24
 Ortiz Mena, Antonio, 209
 Ortiz Pinchetti, José Agustín, 147
 Ovando, Javier, 62

Padierna, María Dolores, 227
 Parra Rodríguez, Gilberto, 245
 Partido Acción Nacional (PAN), 20, 23, 25, 27, 29, 33-37, 43, 46-48, 50, 60, 61, 63-65, 70, 73-75, 82, 83, 99, 105, 107, 114, 120, 124, 126, 130, 135-38, 147, 153-54, 159-60, 162, 163-64, 188-90, 194, 199, 205, 217-20, 223, 229, 247, 261-63, 265, 269, 272-73, 277-78, 307, 310-11, 318
 Partido de la Alianza Social (PAS), 49, 54
 Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), 48
 Partido Comunista Mexicano (PCM), 35, 49, 82, 132-33, 160, 167, 201-03, 233-34
 Partido Mexicano Socialista (PMS), 33, 82, 150, 151, 227, 233
 Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), 33, 82, 149, 151-52, 154, 312
 Partido Patriótico Revolucionario (PPR), 33
 Partido Popular Socialista (PPS), 166-67, 171, 312
 Partido de la Revolución Democrática (PRD), 18, 20, 24, 25, 27-31, 33-37, 39, 40, 42-51, 53, 54, 58, 61, 63-65, 68-71, 73-79, 81-84, 86, 87, 91-93, 96-98, 105, 107, 117-26, 130, 135-38, 146-49, 153, 162, 163-64, 166, 171, 173, 175, 179, 180, 184-93, 198-200, 205, 217-20, 223, 227-33, 239-48, 259-60, 261-66, 269, 272-73, 276-84, 294-95, 297, 307, 310-12, 316-19
 Partido Revolucionario Institucional (PRI), 20, 26-27, 35-38, 40, 43, 46-48, 50, 58-61, 62-65, 69-71, 74-75, 79, 82, 83, 90, 96, 99, 100, 105, 107, 110, 118, 124-30, 135-39, 146-48, 150, 151, 153-56, 163, 164, 180, 188-91, 194, 199, 200, 209, 211, 217-20, 223, 229, 230-32, 236, 241, 242, 244, 248, 257-60, 262-63, 269-72, 277-78, 284, 297, 304, 305, 307-08, 310, 313
 Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), 82, 127, 130, 312-13
 Partido Socialista de los Trabajadores (PST), 312
 Partido Socialista Unificado de México (PSUM), 33, 82, 201, 227, 233, 312-13
 Partido de la Sociedad Nacionalista (PSN), 49, 54
 Partido del Trabajo (PT), 35, 42, 44, 46, 49, 54, 107, 230, 261
 Partido Verde Ecologista de México (PVEM), 35, 42, 230, 261, 311
 Pascoe Pierce, Ricardo, 189
 Pasternack, Boris, 214
 Payán, Carlos, 147
 Paz, Octavio, 280

Pellicer, Carlos, 132
 Peña, Sergio de la, 201-04
 Perelló, Marcelino, 203
 Pérez, Carlos Andrés, 225
 Persson, Goran, 215
 Petkoff, Teodoro, 225
 Petrich, Blanche, 57
 Petróleos Mexicanos (PEMEX), 26, 246, 275
 Pipitone, Ugo, 169-70, 274, 317
Política (revista), 149, 166-69
 Pol Pot, 202
 Polo Uscanga, Abraham, 73, 178
 Polonia, 114, 150, 181, 289-92, 297-98, 300
 Poniatowska, Elena, 57
 Portes Gil, Emilio, 235
 Portugal, 41, 159, 213-15
 Posadas Ocampo, Juan Jesús, 62, 114
 Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, 30, 170
Proceso (revista), 30, 117, 167, 197, 243, 286
 Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), 210, 212, 258-59

Quintana, Víctor, 31
 Quintanilla, Víctor, 320
 Quintero, Armando, 227
 Quirino Salas, Juan José, 147

Rabasa Gamboa, Emilio, 179, 238
 Ramírez, Ignacio, 131
 Rascón, Marco, 317
 Rasmussen, Poul Nystrup, 215
 Reagan, Ronald, 158, 301
 Reygadas, Rafael, 274-75
 Reino Unido, 157, 215, 216, 270, 295, 315, 320
Reforma (periódico), 135, 155, 303
 Reno, Janet, 178
 Revueltas, José, 140, 169, 198, 201, 234, 250, 280
 Revueltas, Silvestre, 234
 Rico Galán, Víctor, 169
 Rius, Eduardo del Río, llamado, 57

Rivera, Diego, 132, 140, 198, 234
 Rivera, Librado, 132
 Rivera, Mario, 58, 234
 Rhodakanaty, Plotino C., 131
 Robledo Rincón, Eduardo, 20, 22, 23, 107, 210
 Robles, Rosario, 48, 188
 Rocha, Ricardo, 89
 Rodríguez, Guadalupe, 234
 Rodríguez Alcaine, Leonardo, 34
 Rodríguez Araujo, Octavio, 135, 317, 320
 Rojo, María, 147
 Roque Villanueva, Humberto, 48, 138
 Rosenberg, Ethel, 198
 Rosenberg, Juluis, 198
 Rúa, Fernando de la, 315
 Ruiz, Samuel, 19, 40, 131, 193
 Ruiz Cortines, Adolfo, 160
 Ruiz Ferro, Julio César, 23, 38
 Ruiz Massieu, José Francisco, 23, 44, 62, 114, 178
 Rumania, 114, 289, 297
 Rusia, 115, 256, 285

Salazar, Antonio de Oliveira, 214
 Salazar, Othón, 82, 203, 234
 Salazar Mendiguchía, Pablo, 46, 54
 Salgado Macedonio, Félix, 245
 Salinas de Gortari, Carlos, 34, 43, 45, 63, 69, 70, 74, 89, 101, 102, 105, 112, 121, 156, 162, 191, 209, 218, 244, 247, 259, 277, 303
 Salinas de Gortari, Raúl, 23, 44
 San Andrés Larráinzar, 24, 26, 80, 103, 180
 Sánchez Aguilar, Luis, 42-43
 Sánchez Anaya, Alfonso, 42, 230
 Sánchez Rebolledo, Adolfo, 266
 Sánchez Susarrey, Jaime, 265
 Sánchez Vázquez, Adolfo, 280
 Sansores, Layda, 35, 38
 Sansores Pérez, Carlos, 38
 Santa Anna, Antonio López de, 80, 103
 Santiago Díaz, Julio César, 53
 Saramago, José, 41, 202, 213-15

Sarmiento, Sergio, 265
 Saucedo, Mario, 77, 245
 Scherer, Julio, 286
 Schettino, Macario, 274, 319
 Schmidt, Samuel, 317
 Schröder, Gerhard, 215, 315
 Schweitzer, Robert, 39
 Segundo Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, 34
 Semo, Ilán, 274
 Sen, Amartya, 215
 Servín, Elisa, 319
 Setzer Marseille, Elmar Harald, 106, 209
 Sick, Otto, 203, 251
 Silva Herzog, Jesús, 48, 131, 198, 280
 Simitis, Costas, 215
 Siqueiros, David Alfaro, 132, 140, 169, 198, 203, 234
El Socialista (periódico), 131
 Sodi de la Tijera, Demetrio, 38, 147
 Solzhenitsin, Alexandr, 198, 214
 Somoza, Anastasio, 93-94
 Soros, George, 304
 Sosamontes, Ramón, 234
 Stalin, José Visarionovich Chugachvili, llamado, 115, 198, 202
 Steinsleger, José, 317
 Subcomandante Marcos, 19, 65, 95-98, 102, 180
 Suecia, 215
 Sue, Eugenio, 131
 Székely, Gabriel, 303

Taibo II, Paco Ignacio, 20
 Taiwán, 92
 Tamayo, Jaime, 276
 Thatcher, Margaret, 158, 291, 301
 Tibol, Raquel, 234
 Toynbee, Arnold, 284
 Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), 17, 33, 129, 137, 205, 207, 275, 279, 304, 320
 Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea (TLCUE), 52
 Trotsky, Leon, 170, 233

Turquía, 285
 Unión Europea, 36, 52
 Unión Nacional de Trabajadores (UNT), 36, 39, 205, 207
 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), 150, 171, 203, 300
El Universal (periódico), 142, 303
 Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), 46, 165
 Universidad de Chapingo, 46, 167
 Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 26, 45, 46, 48, 49, 51, 53, 249-50, 266-69, 305-06, 307-10
 Universidad Pedagógica Nacional (UPN), 46
unomásuno (periódico), 149, 201

 Valadés, José C., 131
 Valdés, Sergio, 38
 Valero, Ricardo, 245, 274
 Vallejo, Demetrio, 82, 140, 149, 151, 169, 198, 234
 Varga, Eugenio, 203
 Vargas, Jesús, 222
 Vargas Lozano, Gabriel, 165, 274, 319
 Vasconcelos, José, 159, 280
 Vázquez, Genaro, 127, 160
 Vázquez Torres, Ignacio, 25
 Vega Domínguez, Jorge de la, 209
 Velázquez, Fidel, 34
 Venezuela, 224-26
 Vera, Raúl, 177
 Vietnam, 89, 198, 256, 293
 Villa, Francisco, 83, 222
 Villanueva Madrid, 45
 Villoro, Luis, 274, 319
La Voz de México (periódico), 149

 Walesa, Lech, 291-92, 298
 Wojtila, Carol, véase Juan Pablo II

 Yáñez Muñoz, Fernando, 26, 101, 111

 Zambrano, Jesús, 311
 Zapata, Emiliano, 83, 131, 198
 Zarur, Amín, 127

Zedillo Ponce de León, Ernesto, 20, 23, 26, 30, 33, 38, 47, 48, 58, 68, 70, 78, 79, 103, 112, 119, 128, 136, 140, 141, 161, 178, 179, 193, 195, 204, 212, 217, 218, 239-40, 247, 259, 301-03
 Zenith, 110
 Zyuganov, Gennadi, 114

ÍNDICE ANALÍTICO

- abstencionismo, 26, 125
- Acteal, matanza de, 37, 53, 179-180, 193, 210, 212, 214
- Acuerdo
 - General de Aranceles y Comercio (GATT), 294
 - Político Nacional, 68, 73-75
 - de San Andrés Larráinzar, 28, 32, 37, 79-80, 103, 180, 193-96, 237, 239
- Aguas Blancas, matanza de, 25, 28, 29, 88-90, 114, 128, 178
- anarquismo, 130

- El Barzón, 27, 31, 147

- clientelismo, 80, 103, 253-60, 272, 314
- consultas ciudadanas, 25, 45, 78, 96, 103-04, 237-40, 275
- crisis financiera, 21, 24, 73, 105, 124

- delincuencia, combate a la, 184-87
- democratización, *véase* transición democrática
- derechos humanos, 30, 31, 33, 36, 88, 210
- deudores, movimiento de, *véase* El Barzón
- devaluación, 24, 40-41
- drogas, *véase* narcotráfico

- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), 17-26, 28, 30, 32, 34, 36, 40, 50, 57-60, 66-68, 75, 78-81, 85-88, 93-108, 111-14, 119, 120, 129, 161-63, 170, 177-78, 179-81, 193-96, 208, 210, 212, 237-40, 275, 278, 280, 282, 319
- elecciones
 - legislativas, 91, 124-25, 129, 135-38, 160, 161-64, 178, 261, 305
 - presidenciales
 - de 1988, 33, 59, 76, 105, 118, 129, 139, 149, 157, 230, 261, 277, 307, 314

de 1994, 18, 58-60, 76-77, 96, 105, 118, 164-65, 261, 277, 314
 de 2000, 46, 48, 54, 77, 129, 173, 219, 243, 261-63, 297, 304, 314, 316-21
 estudiantes, movimiento de (1968), 33, 41, 82, 105, 129, 149, 196-97, 249-50,
 252, 280

Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA), 27, 37, 39, 47, 205,
 217-20, 223, 239, 275, 279, 294

huelga

estudiantil, *véase* Universidad Nacional Autónoma de México
 obrera, 206-07, 235

iglesia católica, 44, 64, 93, 99-100, 102, 177, 182-84, 213-14, 255, 270

impuesto

al Valor Agregado (IVA), 24, 35
 sobre la Renta (ISR), 36

inflación, 40-42

Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), 27, 32

Ley Federal del Trabajo, 204-07

marxismo, 130, 203

narcotráfico, 32, 33, 45, 178

nazismo, 89

Partido de la Revolución Democrática (PRD)

Comité Ejecutivo Nacional (CEN), 31, 37, 39, 45, 47, 70, 122
 elecciones internas, 29, 42, 45, 47, 91-93, 121-23, 227-29, 240-46, 310
 orígenes, 118-19, 150

Partido Revolucionario Institucional (PRI)

Corriente Democrática, 139, 147, 150, 279

privatización, 26, 32, 48, 275

reforma electoral, 124, 128, 307

rescate bancario, *véase* Fondo Bancario de Protección al Ahorro

seguridad social, *véase* Instituto Mexicano del Seguro Social

sindicatos

independientes, 24, 32, 36, 110-11, 151, 206

de electricistas, 46, 149, 205, 275
 extranjeros, 207, 293-94
 ferrocarrileros, 49, 149, 233-36, 280
 de maestros, 87, 205
 oficiales, 108-10, 151, 205
 petroleros, 26, 31
 socialdemocracia, 215-17, 314-16
 socialismo, 130-33

"tercera vía", *véase* socialdemocracia

terremoto, 104, 275

terrorismo, 113

transición democrática, 30, 59, 69, 80, 93-108, 111-12, 234, 270-72, 282-84,
 304-07

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 26, 45, 46, 48, 49, 51,
 53, 249-50, 266-69, 305-06, 307-10

huelga estudiantil, 45, 49, 51, 249-50, 266-69, 309-10
 ocupación, 309-10

zapatismo, *véase* Ejército Zapatista de Liberación Nacional

